ELLA ES INALCANZABLE... EXCEPTO PARA ÉL

twisted GAMES

TWISTED
LIBRO DOS

ANA HUANG

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Playlist
Nota para las lectoras
Parte I
- 1. Bridget
- 2. Rhys
- 3. Bridget
- 4. Rhys/Bridget
- 5. Rhys
- 6. Bridget
- 7. Bridget
- 8. Bridget/Rhys
- 9. Bridget
- 10. Rhys
- 11. Bridget
- 12. Rhys
- 13. Bridget
- 14. Rhys
- 15. Rhys
- 16. Bridget
- 17. Bridget
- 18. Bridget
- 19. Rhys
- 20. Bridget

Parte II
- 21. Bridget
- 22. Rhys
- 23. Bridget

24. Bridget
25. Rhys
26. Bridget
27. Bridget
28. Rhys
29. Bridget
30. Rhys
31. Bridget
32. Bridget
33. Rhys
34. Bridget
35. Rhys
36. Bridget
37. Bridget
38. Bridget
39. Rhys
40. Bridget
41. Rhys
42. Rhys
43. Bridget
44. Bridget
45. Rhys
46. Bridget
47. Rhys
48. Bridget
49. Bridget
50. Rhys
51. Rhys

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Ella es inalcanzable… excepto para él. Descubre la saga más explosiva del momento.

Arrogante y engreído, Rhys Larsen es un guardaespaldas de lujo que tiene dos normas:

1) Proteger a sus clientes a toda costa.

2) No vincularse emocionalmente. Jamás.

Y nunca tuvo la menor tentación de romper estas reglas… hasta que llegó ella.

Ella es Bridget von Ascheberg: una princesa con un temperamento incontenible y un fuego escondido capaz de reducir a ceniza cualquier regla de Rhys.

Esta es la historia de un amor inesperado e imposible… y lleno de fantasías prohibidas.

ANA HUANG

twisted GAMES

TWISTED
LIBRO DOS



A todas las que pasaron del príncipe encantador y se quedaron con el caballero de las cicatrices

Playlist

Queen - Loren Gray
Castle - Halsey
Arcade - Duncan Laurence
You Should See Me in a Crown - Billie Eilish
Telepatía - Kali Uchis*
Stay - Rihanna
Uncover - Zara Larsson
Secret Love Song - Little Mix
They Don't Know About Us - One Direction
Minefields - Faouzia & John Legend
Wildest Dreams - Taylor Swift
Princesses Don't Cry - Aviva
Fairytale (*Slowed version*) - Alexander Rybak
I Guess I'm in Love - Clinton Kane
**Capítulo 18, más por el ambiente que por la letra.*

Nota para las lectoras

Esta historia se desarrolla a lo largo de cuatro años e incluye varias elipsis temporales, especialmente en la Parte I, con la intención de volver al presente. Las líneas temporales se solapan con el libro anterior, *Twisted Love* .

La Parte I se desarrolla durante la segunda mitad de *Twisted Love* (el pasado); la Parte II sucede después (el presente).

Se recomienda, aunque no es imprescindible, leer *Twisted Love* primero para entender lo que ocurre.

Parte I

1

Bridget

—¡Azótame! ¡Azótame, amo!

Ahogué una risa al ver la cara que ponía Booth, mi guardaespaldas, mientras *Cuero* , el loro, graznaba dentro de su jaula. El nombre del loro daba una idea detallada de la vida sexual de su anterior dueño, y aunque a muchos les parecía gracioso, a Booth no. Odiaba a los pájaros. Decía que le parecían ratas gigantes con alas.

—Algún día se llevarán bien. —Emma, la directora de Wags and Whiskers, chasqueó la lengua—. Pobre Booth.

Contuve otra carcajada, a pesar de que me acababa de dar una pequeña punzada en el corazón.

—No creo. Booth se va pronto.

Intenté no pensar en ello. Booth llevaba cuatro años conmigo, pero la semana siguiente se cogería la baja de paternidad y se iría a Eldorra para poder estar con su mujer y su bebé recién nacido. Me alegraba por él, pero le iba a echar de menos. No era solamente mi guardaespaldas, era un amigo, y esperaba poder tener la misma relación con su sustituto.

—Ah, claro, se me había olvidado. —Emma suavizó la expresión. Tenía sesenta y pocos años, el pelo corto y gris y unos amables ojos castaños—. Cuántos cambios en tu vida, cariño.

Sabía lo mucho que odiaba las despedidas.

Llevaba desde segundo de carrera trabajando de voluntaria en Wags and Whiskers, un refugio de animales local, y Emma se había convertido en mi mentora y mi amiga íntima. Por desgracia, ella también se marchaba. Seguiría en Hazelburg, pero iba a dejar su cargo de directora del refugio, lo que significaba que ya no la vería todas las semanas.

—Uno de esos cambios no es obligatorio que ocurra —dije, como una broma a medias—. Podrías quedarte.

Negó con la cabeza.

—Llevo dirigiendo el refugio casi una década, ya es hora de que entre sangre nueva. Alguien que pueda limpiar las jaulas *sin* que le cruja la espalda y la cadera.

—Para eso están los voluntarios. —Me señalé a mí misma. Iba a desarrollar mi argumentación, pero ya no había nada que hacer. Entre Emma, Booth y mi inminente graduación

de Thayer, donde había estudiado Relaciones Internacionales (como debía hacer una princesa), ya había vivido suficientes despedidas como para cubrir los siguientes cinco años.

—Eres un encanto. No se lo digas a los demás, pero... —Bajó la voz hasta que solo se oyó un susurro cómplice—. Eres mi voluntaria favorita. Es raro encontrar a alguien de tu clase que haga esta labor solo porque quiere, y no por hacer el paripé delante de las cámaras.

Me ruboricé con el comentario.

—Es un placer. Me encantan los animales. —Me parecía a mi madre en eso. Era una de las pocas cosas que quedaban de ella.

En otra vida me habría gustado ser veterinaria, pero ¿en esta? Ya me habían planeado todo desde antes de nacer.

—Serías una gran reina. —Emma se echó a un lado para dejar pasar a un empleado con un cachorrito en brazos—. De verdad.

Me reí de solo pensarlo.

—Gracias, pero no tengo ningún interés en ser reina. Incluso aunque lo tuviera, las posibilidades de que lleve la corona son ínfimas.

Como princesa de Eldorra, un pequeño reino europeo, estaba más cerca del poder que la mayor parte de la gente. Mis padres murieron cuando yo era pequeña; mi madre, en el parto, y mi padre, en un accidente de coche unos años después, por lo que era la segunda en la línea de sucesión. A mi hermano Nikolai, que me sacaba cuatro años, le habían educado para suceder a nuestro abuelo, el rey Edvard, desde que tenía uso de razón. Una vez que Nikolai tuviera hijos, yo bajaría más puestos en la línea de sucesión, algo de lo que no tenía queja ninguna. Tenía tantas ganas de ser reina como de bañarme en un tanque de ácido.

Emma frunció el ceño, decepcionada.

—Oh, bueno, pero sigo opinando igual.

—¡Emma! —la llamó uno de los empleados—. Tenemos un problema con los gatos.

Suspiró.

—Cómo no va a haber un problema con los gatos —murmuró—. En fin, quería contarte lo de mi jubilación antes de que te enteraras por otra persona. Seguiré aquí hasta finales de la semana que viene, así que te veo el jueves.

—Me parece bien. —Le di un abrazo de despedida y miré cómo salía corriendo a parar una pelea de gatos, mientras sentía una punzada en el pecho cada vez más intensa.

Menos mal que Emma no me había contado lo de su jubilación hasta el final del turno, porque si no, habría estado dándole vueltas todo el rato.

—¿Está lista, alteza? —preguntó Booth, claramente ansioso por perder de vista a *Cuero* .

—Sí. Vámonos.

—¡Sí, vámonos! —graznó *Cuero* mientras salíamos—. ¡Azótame!

Al final se me escapó una carcajada por el gesto de Booth.

—Te echaré de menos, y *Cuero* también. —Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo para

guarecerlas del frío del otoño—. Háblame del nuevo guardaespaldas. ¿Cómo es?

Las hojas crujieron bajo mis botas mientras caminábamos hacia mi casa a las afueras del campus, tan solo a quince minutos de allí. Me encantaba el otoño y todo lo que suponía (la ropa calentita, el festival de colores terrosos de los árboles, el aroma a canela y a humo en el aire).

En Athenberg no habría podido dar dos pasos sin que alguien me abordara, pero eso era lo bueno de Thayer. Entre el alumnado había tantos miembros de la realeza e hijos de famosos que una princesa no llamaba demasiado la atención. Podía hacer una vida de universitaria más o menos normal.

—No sé mucho sobre el nuevo guardaespaldas —admitió Booth—. Es externo.

Levanté las cejas.

—¿En serio?

La Casa Real a veces contrataba a guardaespaldas externos para unirse a la Guardia Real, pero no era frecuente. En mis veintiún años de vida nunca había tenido un guardaespaldas que fuera externo.

—Dicen que es el mejor —dijo Booth, interpretando mi sorpresa como desconfianza—. Exmiembro de las fuerzas especiales de la Marina, con unas referencias de primera, y experiencia de escolta de personalidades de perfil muy alto. Es el profesional más demandado de su empresa.

—Mmm. —Un militar. Interesante —. Espero que nos llevemos bien.

Cuando dos personas conviven las veinticuatro horas del día, la compatibilidad es importante. Muy importante. Conocía a mucha gente que no encajaba con sus escoltas, así que no solían durarles mucho.

—Seguro que sí. Usted es muy fácil de tratar, alteza.

—Solo lo dices porque soy tu jefa.

Booth sonrió.

—Técnicamente, mi jefe es el director de la Guardia Real.

Le hice un corte de mangas de broma.

—¿Ya estamos con impertinencias? Qué decepción.

Se rio. A pesar de su insistencia en llamarme «alteza», con el paso de los años habíamos establecido una camaradería informal que valoraba mucho. La formalidad excesiva me agotaba.

El resto del tiempo hablamos de la paternidad inminente de Booth y de su traslado a Eldorra. Parecía a punto de estallar de orgullo por su bebé aún por nacer, y no pude evitar una punzada de envidia. No estaba ni de lejos preparada para casarme o tener hijos, pero ansiaba lo que tenían Booth y su mujer.

Amor. Pasión. Poder de elección. Cosas que el dinero no podía comprar.

En los labios se me dibujó una sonrisa sardónica. Si alguien me hubiera leído el pensamiento, le habría parecido una niñata desagradecida. Podía conseguir cualquier cosa material que deseara con un chasquido de dedos, y lo único que pedía era amor.

Pero las personas son personas, al margen de su título, y algunos deseos son universales. Por desgracia, la capacidad para cumplirlos no lo es.

Tal vez me enamorara de un príncipe que cayera rendido a mis pies, pero lo dudaba mucho. Lo más probable era que acabara en un matrimonio aburrido, socialmente aceptado, con un hombre que solo lo hiciera en la postura del misionero, y nos fuéramos de vacaciones al mismo sitio dos veces al año.

Aparté aquel pensamiento tan deprimente. Me quedaba mucho antes de tan siquiera empezar a pensar en el matrimonio, así que ya me preocuparía llegado el momento.

Vislumbré mi casa y me fijé en que había un BMW desconocido aparcado en la entrada. Di por hecho que sería de mi nuevo guardaespaldas.

—Qué pronto ha llegado. —Booth arqueó una ceja, sorprendido—. No tenía que venir hasta las cinco.

—La puntualidad es buena señal, supongo. —Aunque media hora quizás era un *poquito* exagerado.

La puerta del coche se abrió, y una bota negra pisó el suelo con firmeza. A continuación, el hombre más enorme que había visto en mi vida salió del asiento del conductor, y se me secó la boca de repente.

Santa-María-De-Los-Buenorros.

Mi nuevo guardaespaldas debía de medir cerca de dos metros, y tenía los músculos esculpidos por cada centímetro de su poderoso cuerpo. Una melena corta y negra le rozaba el cuello y le caía sobre la mirada gris plomizo, y tenía las piernas tan largas que acortó la distancia entre nosotros en tres zancadas.

Para ser tan enorme, se movía con sorprendente sigilo. Si no hubiera estado mirándole, no me habría dado cuenta de ningún tipo de acercamiento.

Se detuvo delante de mí, y juraría que todo el cuerpo se me inclinó hacia delante, incapaz de resistir su atracción gravitatoria. También me sentí extrañamente tentada a pasarle la mano por los gruesos mechones oscuros. La mayoría de los veteranos de guerra se dejaban el pelo rapado al estilo militar, incluso después de haber terminado el servicio, pero, sin duda, él no era uno de esos.

—Rhys Larsen. —Su voz profunda y rasgada me recorrió el cuerpo como una caricia. Ahora que estaba más cerca, me fijé en una delgada cicatriz que le atravesaba la ceja izquierda y aportaba un toque amenazador a su aspecto. Una barba incipiente le oscurecía la mandíbula, y debajo de las mangas de la camisa se atisbaba un tatuaje.

Era todo lo contrario a los chicos pijos y bien afeitados con los que solía salir, pero eso no impidió que un millón de mariposas empezaran a aletear dentro de mi estómago.

Estaba tan conmocionada por su aspecto que se me olvidó responder hasta que Booth dejó escapar una pequeña tos.

—Yo soy Bridget. Encantada. —Esperaba que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta del

rubor que me había subido a las mejillas.

Omití el título de «*princesa*» a propósito. Me parecía demasiado pretencioso para un encuentro cara a cara tan informal.

Sin embargo, sí que me di cuenta de que Rhys no se había dirigido a mí como «*alteza*», como hacía Booth. No me importaba (llevaba años pidiéndole a Booth que me llamara por mi nombre de pila), pero esa era otra señal de que mi nuevo escolta no era como el anterior.

—Tienes que mudarte.

Parpadeé.

—¿Disculpa?

— Tu casa. —*Rhys señaló con la cabeza mi amplio y acogedor dormitorio—. Es una pesadilla para la seguridad. No sé quién eligió este sitio, pero tienes que mudarte.*

Las mariposas empezaron a chirriar hasta detenerse.

Nos acabábamos de conocer hacía dos minutos, y ya me estaba dando órdenes como si fuera él *el jefe.* ¿Quién se creía que era?

—Llevo dos años viviendo aquí. Nunca he tenido ningún problema.

—Basta con que lo tengas una sola vez.

—No me voy a mudar. —Pronuncié las palabras con una dureza que no solía usar, pero el tono condescendiente de Rhys me sacaba de quicio.

Cualquier tipo de atracción que hubiera sentido hacia él se pulverizó en el aire más rápido que cualquier otra atracción hacia el sexo opuesto que hubiera sentido nunca.

Tampoco es que fuera a ir a ninguna parte. Él era, al fin y al cabo, mi guardaespaldas, pero habría estado bien tener cerca un bombón *sin* el deseo constante de mandarle a la Cochinchina de una patada.

Hombres . Siempre lo fastidiaban todo en cuanto abrían la boca.

—Eres un experto en seguridad —añadí con frialdad—. Apáñatelas.

Rhys me fulminó con la mirada bajo sus cejas gruesas y oscuras. No recordaba la última vez que alguien me había fulminado con la mirada.

—Sí, alteza . —El retintín en la última palabra sonó como si se estuviera burlando del título, y las brasas de indignación en mi estómago se reavivaron.

Abrí la boca para responder, aunque no estaba segura de qué, ya que no me había dicho nada abiertamente hostil, pero Booth me cortó antes de que soltara algo de lo que luego me arrepintiera.

—¿Por qué no entramos? Parece que está a punto de llover —dijo atropelladamente.

Rhys y yo levantamos la vista. El cielo, azul y despejado, nos devolvió un guiño.

Booth se aclaró la garganta.

—Nunca se sabe. Las tormentas a veces aparecen de la nada —murmuró—. Después de usted, alteza.

Entramos en casa en silencio.

Me quité el abrigo y lo colgué en el árbol de latón que había junto a la puerta, antes de hacer otro amago de cortesía.

—¿Quieres tomar algo?

Seguía notando el escozor por lo de antes, pero odiaba el enfrentamiento y no quería que la relación con mi guardaespaldas se torciera nada más empezar.

—No. —Rhys examinó la sala, que había decorado en tonos verde jade y crema. Una empleada venía dos veces al mes a hacer una limpieza a fondo, pero la mayor parte del tiempo yo misma mantenía la casa ordenada.

—¿Por qué no nos conocemos un poco más? —dijo Booth en un tono jovial, y a un volumen demasiado alto—. Eh..., me refiero a usted y Rhys, alteza. Podemos hablar de las necesidades, expectativas, horarios...

—Excelente idea. —Esbocé una media sonrisa y le señalé el sofá a Rhys—. Siéntate, por favor.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos hablamos de toda la logística del cambio. Booth sería mi guardaespaldas hasta el lunes, pero Rhys sería su sombra hasta que se familiarizara con el funcionamiento de todo.

—Está bien. —Rhys cerró la carpeta que contenía un documento pormenorizado de mis horarios de clase semanales, eventos públicos y viajes programados—. Seré sincero, princesa Bridget. No eres la primera, ni serás la última, persona de la realeza que he escoltado. Llevo cinco años trabajando con Seguridad Harper, y ningún cliente ha sufrido jamás ningún daño bajo mi supervisión. ¿Quieres saber por qué?

—Déjame adivinar. Tu encanto arrebatador encandila a los posibles atacantes hasta que se vuelven inofensivos —dije.

Booth ahogó una carcajada, que camufló rápidamente con una tos.

Rhys no movió un músculo. Claro que no. Mi chiste no era del «*Club de la comedia*» , pero imaginé que encontrar una cascada en el Sáhara sería más fácil que encontrar una gota de humor en ese cuerpo gigantesco y tan bien esculpido que daba rabia.

—La razón es doble —dijo Rhys con calma, como haciendo oídos sordos a mi comentario—. Uno, no me involucro en la vida personal de mis clientes. Estoy aquí para salvaguardar tu integridad física. Punto. No estoy aquí para ser tu amigo, ni tu confidente, ni ninguna otra cosa. Esto asegura que mi competencia no se vea comprometida. Dos, mis clientes se hacen cargo de cómo debe funcionar todo para mantener la seguridad.

—¿Y cómo es eso? —Mi sonrisa educada revelaba un atisbo de advertencia del que no se dio cuenta, o que simplemente ignoró.

—Hacen lo que les digo, cuando se lo digo, por razones de seguridad. —Los ojos grises de Rhys se clavaron en los míos. Era como contemplar de frente un muro de acero inoxidable—. ¿Entendido, alteza?

Que le den al amor y a la pasión. Lo único que quería era abofetear esa cara llena de

arrogancia y, de paso, darle un rodillazo en las joyas de la familia.

Apreté los dedos contra los muslos y me obligué a contar hasta tres antes de contestar.

Cuando hablé, mi voz era tan fría que hizo que la Antártida pareciera un paraíso caribeño.

—Sí. —Afilé la sonrisa—. Por suerte para los dos, señor Larsen, no tengo ningún interés en ser tu amiga, confidente ni «ninguna otra cosa».

No me importaba dignarme a contestar a la segunda parte de su frase (la de hacer lo que él dijera, cuando él lo dijera). No era idiota. Siempre había acatado las normas de seguridad de Booth, pero no estaba dispuesta a alimentar el ego de Rhys.

—Bien. —Rhys se levantó. Odiaba lo alto que era. Su presencia anulaba todo lo de alrededor hasta que solo podía prestarle atención a él—. Revisaré la casa antes de hablar de los próximos pasos, que incluirán una mejora del sistema de seguridad. Ahora mismo, cualquier adolescente con acceso a tutoriales de YouTube puede desactivar la alarma. —Me lanzó una mirada de desaprobación antes de desaparecer en la cocina.

Me quedé con la boca abierta.

—O-oye... Tú... —balbuceé, sin palabras por primera vez—. ¡Ni hablar! —Me volví a Booth, que estaba intentando fundirse con una maceta que había al lado de la entrada—. No te vas a ir. Te lo prohíbo.

Rhys no podía ser mi guardaespaldas. Le mataría, y después la mujer de la limpieza me mataría *a mí* por haber llenado la alfombra de sangre.

—Son los nervios del primer día. —La cara de Booth reflejaba tanta inseguridad como su voz —. Se llevarán bien después del... período de adaptación, alteza.

Puede ser... *Solo* si conseguíamos sobrevivir al período de adaptación.

—Tienes razón. —Me presioné las sienes con los dedos y respiré hondo. Puedo hacerlo. No era la primera vez que trataba con gente difícil. Mi primo Andreas era el engendro de Satán, y un lord inglés una vez me intentó meter mano en el Baile de la Rosa de Mónaco. Solo paró cuando le clavé el tenedor en la mano «sin querer».

¿Qué era un guardaespaldas gruñón comparado con un montón de aristócratas aprovechados, reporteros entrometidos y parientes diabólicos?

Rhys volvió. Sorpresa, sorpresa; seguía con el ceño fruncido.

—He detectado seis fallos de seguridad que tenemos que solucionar lo antes posible —dijo—. Lo primero: las ventanas.

—¿Cuáles? —Tranquila. Mantén la calma.

—Todas.

Booth se tapó la cara con las manos mientras valoraba la opción de convertir mis horquillas en armas letales.

No cabía duda de que Rhys y yo no íbamos a sobrevivir al período de adaptación.

2

Rhys

La princesa Bridget von Ascheberg de Eldorra iba a ser mi perdición. Si no mi muerte literal, la muerte de mi paciencia y mi cordura. Estaba convencido, y eso que solo llevábamos dos semanas juntos.

Nunca había tenido un cliente que me sacara tanto de quicio como ella. La verdad es que era guapa (nada bueno cuando estás en mi posición) y encantadora (con todos menos conmigo), pero también era una mosca cojonera. Cuando yo decía «derecha», ella iba a la izquierda; cuando yo decía «vamos», ella se quedaba. Insistía en ir a eventos multitudinarios sin avisar, antes de que yo pudiera examinar el terreno, y se comportaba como si mis medidas de seguridad se pudieran improvisar de cualquier manera.

Bridget decía que siempre lo había hecho así con Booth, y todo había ido bien. Le dije que yo no era Booth, así que me daba igual lo que hiciera o dejara de hacer cuando estaba con él. Ahora mandaba yo.

No se lo tomó bien, pero me importaba un bledo. Mi función no era ganar el título a Mr. Simpático. Mi función era que estuviera a salvo.

Esa noche habíamos ido al bar más abarrotado de gente de Hazelburg. La mitad de Thayer había ido para aprovechar las copas a mitad de precio de la noche del viernes, y estaba seguro de que el bar había sobrepasado su aforo máximo permitido.

Música alta, gente ruidosa. Era el tipo de sitio que menos me gustaba, y, al parecer, el que más le gustaba a Bridget, teniendo en cuenta lo mucho que había insistido para ir.

—Así que... —Su amiga pelirroja, Jules, me miró por encima de una copa—. ¿Conque estabas en la Marina, eh?

—Sí. —No me engañó su tono irónico ni su actitud de chica alocada. Había investigado a fondo los antecedentes de todas las amigas de Bridget antes de aceptar el trabajo, y sabía de sobra que Jules Ambrose era más peligrosa de lo que aparentaba. Pero no suponía ninguna amenaza para Bridget, por lo que no mencioné lo que había hecho en Ohio. No era mi cometido contar esa historia.

—Me encantan los militares —ronroneó.

—Exmilitar, J. —Bridget ni me miró mientras apuraba la copa—. Además, es muy mayor

para ti.

Era una de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo. Yo solo tenía treinta y un años, así que no era mayor en absoluto, pero ya había hecho y presenciado suficiente mierda como para sentirme mayor, especialmente en comparación con unas jóvenes universitarias que ni siquiera habían tenido un trabajo serio todavía.

Yo nunca me había sentido joven, ni siquiera de niño. Crecí entre la escoria y la basura.

Mientras tanto, Bridget se sentó delante de mí y me miró como la princesa de cuento que era. Tenía los ojos azules y grandes y los labios gruesos y rosados encuadrados en un rostro en forma de corazón, una piel perfecta de alabastro y una melena dorada que le caía en ondas por la espalda. La camiseta le dejaba al aire los hombros suaves y en las orejas le brillaban unos pequeños diamantes.

Joven, rica y de la realeza. Lo opuesto a mí.

—Negativo. A mí me gustan mayores. —Jules aumentó el voltaje de su sonrisa mientras me miraba de arriba abajo—. Y estás bueno.

No le devolví la sonrisa. No era tan tonto como para mantener ningún tipo de relación con la amiga de una clienta. Ya tenía las manos ocupadas con Bridget.

Es un decir.

—Déjale en paz —se rio Stella. Graduada en Diseño de Moda y Comunicación. Hija de un abogado medioambiental y la jefa de personal de un alto cargo del gobierno. Estrella de las redes sociales. Repasé mentalmente todo lo que sabía sobre ella mientras hacía una foto del cóctel antes de darle un sorbo—. Búscate a alguien de tu edad.

—Los tíos de mi edad son un coñazo. Si lo sabré yo. He salido con unos cuantos. —Jules le dio un codazo a Ava, la última integrante del grupo de amigas de Bridget. Si olvidábamos las insinuaciones inapropiadas de Jules, eran una pandilla decente. Mucho mejores que los amigos de la estrella de Hollywood en ciernes a quien había protegido durante tres meses insoportables, en los cuales vi más genitales que en toda mi vida—. Hablando de hombres mayores, ¿dónde está tu amorcito?

Ava se sonrojó.

—No ha podido venir. Tenía una reunión con unos socios de Japón.

—Bueno, ya vendrá —dijo Jules—. Estás en un bar lleno de universitarios borrachos y salidos. Me sorprende que todavía no... Ah. Hablando del rey de Roma. Ahí está.

Seguí su mirada hasta un hombre alto de pelo oscuro que se abría paso entre la multitud llena de, efectivamente, universitarios borrachos y salidos.

Ojos verdes, ropa de diseño hecha a medida, una expresión tan fría que hacía que la tundra helada de Groenlandia pareciera una isla tropical.

Alex Volkov.

No le conocía a él personalmente, pero sí su nombre y su reputación. Era una leyenda en determinados círculos.

Como director ejecutivo *de facto* de la empresa de desarrollo inmobiliario más grande del país, Alex tenía suficientes contactos y material para chantajear como para acabar con la mitad del Congreso y otros tantos de la lista de los más ricos del mundo.

No confiaba en él, pero estaba saliendo con una de las mejores amigas de Bridget, lo que significaba que su presencia era inevitable.

La cara de Ava se iluminó al verle aparecer.

—¡Alex! Creía que tenías una reunión de negocios.

—Ha terminado pronto, así que se me ha ocurrido pasarme. —Se dieron un beso en los labios.

—Me encanta tener razón, lo cual ocurre casi siempre. —Jules le dirigió a Alex una sonrisa traviesa—. ¿Alex Volkov en un bar de estudiantes? Jamás pensé que vería algo así.

Él la ignoró.

La música pasó de un *rhythm and blues* suave a un remix de los éxitos más recientes de la radio, y todo el bar se volvió loco. Jules y Stella salieron disparadas de sus sillas a la pista de baile, seguidas por Bridget, pero Ava se quedó donde estaba.

—Id vosotras. Yo me quedo aquí —bostezó—. Estoy cansada.

Jules la miró con horror.

—¡Si solo son las once! —Se volvió a mí—. Rhys, baila con nosotras. Tienes que compensar esta... blasfemia. —Señaló a Ava, acurrucada junto a Alex, que le rodeaba los hombros con un brazo protector. Ava hizo un gesto; Alex no movió ni un músculo de la cara. Había visto bloques de hielo mostrar más emoción que él.

Me quedé sentado.

—Yo no bailo.

—Tú no bailas. Alex no canta. Los dos sois la viva imagen del entusiasmo —gruñó Jules—. Bridge, haz algo.

Bridget me miró antes de retirar la vista.

—Está trabajando. Venga —se rio—. ¿No te valemos Stella y yo?

Jules dejó escapar un suspiro.

—Supongo que sí. Qué manera de hacerme sentir culpable.

—Perfeccioné el arte de hacer sentir culpables a los demás en la escuela de princesas. —Bridget arrastró a sus amigas a la pista de baile—. Vamos.

Para sorpresa de nadie, Ava y Alex dieron por terminada la noche poco después, y yo me quedé solo en la mesa, con un ojo puesto en las chicas y el otro en el resto del bar. Al menos, haciendo el intento. Pero se me iba la mirada a Bridget, y solo a Bridget, más a menudo de lo que me habría gustado; y no solo porque fuera mi clienta.

Sabía que iba a ser un problema desde el primer momento en que Christian me encomendó la nueva misión. Me la encomendó, no me la sugirió, porque Christian Harper solo daba órdenes, no sugerencias. Pero habíamos vivido suficientes cosas como para haberme permitido rechazar el

encargo. Y vaya si quería rechazarlo. ¿Yo, protegiendo a la princesa de Eldorra cuando no quería ni oír hablar de Eldorra? La peor idea de la historia.

Y entonces fue cuando miré la foto de Bridget y vi algo en su mirada que me atrajo. Quizás fue un atisbo de soledad o la vulnerabilidad que trataba de esconder. Fuera lo que fuera, fue suficiente para que aceptara, aunque a regañadientes.

Y ahora estaba ahí, atrapado con una carga que apenas aguantaba; y ella estaba igual que yo.

Eres un imbécil integral, Larsen.

Pero por mucho que Bridget me sacara de mis casillas, tenía que admitir que me gustaba cómo estaba esa noche. Tenía la sonrisa amplia, la cara resplandeciente, los ojos brillantes de entusiasmo y picardía. Nada de la soledad que había visto en la foto que me había enseñado Christian.

Levantaba las manos en el aire y movía las caderas al ritmo de la música, y me deleité con la desnuda extensión de sus piernas largas y suaves antes de retirar la mirada, con la mandíbula tensa.

Había protegido a muchas mujeres guapas, pero cuando conocí a Bridget en persona, tuve una reacción que jamás había tenido con ninguna de mis clientas anteriores. La piel se me calentó, la polla se me puso dura, mis manos sintieron la urgencia de agarrar su melena dorada. Había sido algo visceral, inesperado y casi suficiente como para hacerme renunciar al trabajo antes de empezar, porque desear a una clienta solo podía terminar en desastre.

Pero mi orgullo ganó, y me quedé. Solo esperaba no arrepentirme.

Jules y Stella le dijeron algo a Bridget, que asintió antes de ir a lo que supuse que era el baño. Pasaron dos minutos cuando un chico con pinta de formar parte de una fraternidad vestido con un polo rosa se abalanzó hacia Bridget con determinación.

Se me tensaron los hombros.

Me levanté del asiento mientras el Fraternidiota llegaba hasta Bridget y le susurraba algo al oído. Ella negó con la cabeza, pero él no se fue.

Algo oscuro se me desató en el estómago. Si había algo que odiaba, eran los hombres que no entendían una puta indirecta.

El Fraternidiota se acercó más a Bridget. Ella apartó el brazo antes de que él pudiera tocárselo y volvió a decir algo, con expresión más seria. Parecía cada vez más molesta. Él volvió a acercarse, pero antes de que pudiera tocarla, me metí en medio, cortándole el paso.

—¿Hay algún problema? —Me quedé mirándole.

El Fraternidiota supuraba esa actitud de quien no está acostumbrado a un «no» por respuesta gracias al dinero de papá; y además era tan estúpido o tan arrogante como para darse cuenta de que estaba a dos segundos de partirle la cara en tantos trozos que ni un cirujano plástico habría sido capaz de arreglársela.

—Ningún problema. Solo le estaba preguntando si quería bailar. —El Fraternidiota me miró como si estuviera pensando en enfrentarse a mí.

Era tonto de remate.

—No quiero bailar. —Bridget se colocó detrás de mí y fulminó con la mirada al Fraternidiota —. Ya te lo he dicho dos veces. No me hagas repetírtelo una tercera. No te va a gustar lo que puede ocurrir.

Algunas veces se me olvidaba que Bridget era una princesa, como cuando desafinaba en la ducha (creía que no la oía, pero la oía), o cuando se pasaba la noche estudiando en la mesa de la cocina.

Ahora era una de esas veces. Irradiaba una frialdad real por todos los poros de la piel, y esbocé una pequeña sonrisa de admiración.

El Fraternidiota mantuvo el ceño fruncido, pero llevaba las de perder, y lo sabía. Se dio la vuelta mientras murmuraba « *zorra imbécil* » entre dientes.

A juzgar por el rubor en las mejillas de Bridget, le oyó. Por desgracia para él, yo también.

No había dado ni dos pasos cuando le agarré tan fuerte que pegó un grito. Un giro estratégico de muñeca y le habría roto el brazo, pero no quería montar un número, así que era su día de suerte.

De momento.

—¿Qué has dicho? —Mi voz sonó como una cuchilla.

Bridget y yo no éramos los mejores amigos, pero eso no le daba a nadie derecho a insultarla. No conmigo delante.

Era cuestión de principios y de una decencia básica.

—Na... nada. —El cerebro de chorlito del Fraternidiota por fin se percató de la situación y se puso rojo de pánico.

—No creo que eso fuera nada. —Le apreté más fuerte, y gimió de dolor—. Creo que has usado una palabra muy fea para insultar a esta señorita. —Otro apretón, otro gimoteo—. Y creo que más vale que te disculpes antes de que la situación se agrave. ¿No crees?

No fue necesario explicarle lo que significaba «*agravar*» .

—Lo siento —murmuró el Fraternidiota a Bridget, que le miró con expresión gélida sin decir nada.

—No te he oído —dije yo.

El Fraternidiota me miró con odio, pero no era tan idiota como para ponerse a discutir.

—Lo siento —dijo en voz más alta.

—¿Por qué?

—Por llamarte... —Me lanzó una mirada temerosa—. Por dirigirme a ti con un insulto.

—¿Y? —insistí.

Levantó la ceja, confuso.

Mi sonrisa expresaba más amenaza que humor.

—Di: «Siento mucho ser un cretino pichafloja que no sabe respetar a las mujeres».

Me pareció oír cómo Bridget ahogaba una pequeña risa, pero estaba concentrado en la

reacción del Fraternidiota. Parecía querer darme un puñetazo con la mano libre, y casi deseaba que lo hiciera. Sería gracioso verle intentar llegar hasta mi cara. Le sacaba por lo menos una cabeza, y tenía los brazos cortos.

—Siento mucho ser un cretino pichafloja que no sabe respetar a las mujeres. —Emanaba rencor en oleadas.

—¿Aceptas la disculpa? —le pregunté a Bridget—. Si no, podemos seguir fuera.

El Fraternidiota se puso pálido.

Bridget ladeó la cabeza, con expresión pensativa, y esbocé otra sonrisa maliciosa. Era buena.

—Supongo que sí —dijo finalmente, como si le estuviera perdonando la vida—. No merece la pena perder más tiempo en alguien tan insignificante.

La diversión templó parte de la furia que me hervía en las venas por el comentario del Fraternidiota.

—Tienes suerte. —Le liberé—. Como te vuelva a ver molestándola a ella o a cualquier otra mujer... —Subí el volumen—. Más vale que aprendas a usar la mano izquierda, porque te voy a dejar la derecha fuera de servicio. Para siempre. Lárgate.

No tuve que repetírselo. Salió corriendo, y su polo rosa se fundió con la multitud hasta desaparecer por la puerta principal.

Hasta luego, Lucas.

—Gracias —dijo Bridget—. Agradezco que te hayas metido, aunque es frustrante que haya tenido que intervenir alguien para que pillara la indirecta. ¿Es que mi rechazo no es suficiente? —Frunció el ceño, molesta.

—Algunos son idiotas y otros son gilipollas. —Me eché a un lado para dejar pasar a un grupo de chicos que se reían entre dientes—. Y resulta que te ha tocado el que era las dos cosas.

Sonreí.

—Señor Larsen, parece que estamos manteniendo una conversación cívica.

—¿Ah, sí? Me pinchan y no sangro —bromeé.

Bridget sonrió ampliamente, y juraría que el estómago me dio un pequeño vuelco.

—¿Tomamos algo? —Señaló la barra con la cabeza—. Invito yo.

Negué con la cabeza.

—Estoy de servicio, y no bebo alcohol.

Puso cara de sorpresa.

—¿Nunca?

—Nunca. —No tomaba drogas ni alcohol, tampoco fumaba. Había visto los estragos que causaban y no tenía ningún interés en convertirme en otra cifra de la estadística—. No me va mucho.

La expresión de Bridget daba a entender que sospechaba que había algo más que no le estaba contando, pero no siguió preguntando, lo cual agradecí. La gente suele ser muy entrometida.

—¡Perdón por tardar tanto! —Jules volvió con Stella detrás—. Había una cola infernal en el

baño. —Pasó la mirada de Bridget a mí—. ¿Todo bien?

—Sí. El señor Larsen me estaba haciendo compañía mientras no estabais —dijo Bridget sin atisbo de duda.

—¿En serio? —Jules levantó la ceja—. Qué amable por su parte.

Ni Bridget ni yo mordimos el anzuelo.

—Tranquila, J. —dijo Stella mientras yo me volvía a la mesa, ahora que ya se había resuelto el incidente con el Fraternidiota y sus amigas habían vuelto—. Su trabajo es cuidar de ella.

Efectivamente. Era mi trabajo, y Bridget era mi clienta. Nada más y nada menos.

Bridget me miró de reojo, y su mirada se cruzó con la mía una fracción de segundo antes de que la retirara.

Apreté la mano contra el muslo.

Desde luego, me atraía. Era guapa, lista y tenía carácter. Claro que me atraía. Eso no significaba que debiera hacer algo o fuera a hacerlo.

En los cinco años que llevaba como guardaespaldas, nunca había cruzado los límites de la profesionalidad.

Y no pensaba hacerlo ahora.

3

Bridget

Una de las peores cosas de tener guardaespaldas las veinticuatro horas del día era que había que vivir con él. Con Booth eso no había supuesto ningún problema, porque nos llevábamos genial, pero vivir con Rhys me ponía de los nervios.

De pronto, mi casa parecía demasiado pequeña y, mirara donde mirara, *ahí* estaba Rhys.

Tomando café en la cocina. Saliendo de la ducha. Haciendo ejercicio en el jardín, con los músculos a toda máquina y la piel brillante de sudor.

Todo parecía extrañamente doméstico de una forma que no sentía con Booth, y no me gustaba ni un pelo.

—¿No tienes calor con esa ropa? —pregunté un día extremadamente caluroso mientras miraba a Rhys hacer flexiones.

Aunque fuera otoño, la temperatura rozaba los treinta grados, y por el cuello me resbalaba una gota de sudor a pesar del vestido ligero de algodón y de la limonada fría que tenía entre las manos.

Rhys debía de estar cocido con la camiseta negra y los pantalones de deporte.

—¿Pretendes que me quite la camiseta? —Siguió haciendo flexiones, sin la mínima señal de agotamiento.

Sentí cómo me subía a las mejillas un calor que no tenía nada que ver con el tiempo.

—Más quisieras.

No era la respuesta más original, pero fue lo único que se me ocurrió.

A decir verdad, *sí* que tenía curiosidad por ver a Rhys sin camiseta. No porque quisiera echar un vistazo a sus abdominales (que tenían que ser fantásticos si se parecían al resto de su cuerpo), sino porque estaba empeñado en *no* quitársela. Incluso cuando salía del baño después de ducharse, estaba completamente vestido.

A lo mejor le incomodaba quedarse medio desnudo delante de los clientes, pero me daba la impresión de que Rhys Larsen no solía incomodarse fácilmente. Tenía que ser otra cosa. Un tatuaje ridículo, quizás, o una enfermedad de la piel que solo le afectaba al torso.

Rhys terminó las flexiones y se dirigió a la barra de dominadas.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome o puedo ayudarte en algo, princesa?

Empezó a hacer más calor.

—No te estaba mirando. Estaba rezando en silencio para que no te diera un golpe de calor. Si te da, no voy a ayudarte. Tengo que... leer un libro.

Dios santo, ¿qué estaba diciendo? Ni yo misma lo sabía.

Después de nuestro momento de compañerismo en La Cripta dos semanas atrás, Rhys y yo habíamos vuelto a nuestra dinámica habitual de burla y sarcasmo, que odiaba, porque yo no era una persona especialmente bromista o sarcástica.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en las comisuras de la boca de Rhys, pero desapareció antes de ser real.

—Está bien saberlo.

A esas alturas, estaba convencida de que me había puesto roja como un tomate, pero levanté la barbilla y volví a entrar en casa con toda la dignidad que pude.

Dejé que Rhys se achicharrara al sol. *Deseé* que le diera un golpe de calor. A lo mejor así no tendría tantas ganas de ser un imbécil.

Por desgracia, no le dio, y aún le sobraba energía para ser un imbécil.

—¿Qué tal el libro? —me dijo más tarde, al terminar el ejercicio. Cogí el libro que había más cerca justo antes de que entrara en el salón.

—Fascinante. —Intenté concentrarme en la página en lugar de en la camiseta empapada de sudor que se le había pegado al torso.

Me pareció que tenía los abdominales marcados. Puede que seis, o incluso ocho. Aunque tampoco es que me hubiera puesto a contarlos.

—Tiene pinta. —Rhys seguía impasible, pero me pareció *atisbar* cierta sorna en su voz. Se dirigió al cuarto de baño y, sin darse la vuelta, añadió—: Por cierto, princesa, tienes el libro al revés.

Lo cerré de un golpe, con la cara ardiendo de vergüenza.

Dios, era insufrible. Un caballero no habría dicho eso, pero Rhys Larsen no era ningún caballero. Era la cruz de mi existencia.

Por desgracia, yo era la única que lo opinaba. A todos les parecía simpático su mal humor, incluyendo a mis amigas y a la gente del refugio, así que ni siquiera podía quejarme a ellos de la cruz que suponía para mí.

—¿Qué tal con tu nuevo guardaespaldas? —me susurró Wendy, una de las voluntarias más antiguas de Wags and Whiskers. Miró fugazmente donde estaba sentado Rhys como una estatua hecha de piedra, músculos y tatuajes—. Tiene un aura fuerte y misteriosa. Es muy sexi.

—Eso lo dirás tú, porque no tienes que convivir con él.

Habían pasado dos días desde el incidente del libro al revés, y Rhys y yo no habíamos intercambiado ni una palabra a excepción de «*buenos días*» y «*buenas noches*» .

No me importaba. Era más fácil fingir que no existía.

Wendy se rio.

—Me cambiaría contigo sin dudarlo. Mi compañera de piso está todo el día haciendo pescado en el microondas, deja un pestazo en la cocina y no se parece en nada a tu guardaespaldas. —Se apretó la coleta y se levantó—. Hablando de cambiarnos, me tengo que ir a estudiar. ¿Necesitas algo más aquí?

Negué con la cabeza. Había hecho el cambio de turno con Wendy tantas veces como para saberme la rutina al dedillo.

Rhys no se movió de su rincón. Estábamos solos, pero examinaba la sala como si en cualquier momento fuera a aparecer un asesino por detrás de la caseta de los gatos.

—¿No te cansas? —Rasqué a *Flor* , la última gata que había llegado al refugio, por detrás de las orejas.

—¿De qué?

—De estar todo el día vigilando. —Siempre alerta, buscando el peligro. Era su trabajo, pero nunca había visto a Rhys relajarse, ni siquiera cuando estábamos solos en casa.

—No.

—Sabes que puedes responder algo más que un monosílabo, ¿no?

—Sí.

Era imposible.

—Gracias a Dios que te tengo a ti, cosita —le dije a *Flor* —. Al menos tú tienes una conversación decente.

Maulló en agradecimiento, y yo sonreí. Juro que a veces los gatos son más listos que los humanos.

Hubo otro rato de silencio antes de que Rhys me sorprendiera con una pregunta:

—¿Por qué trabajas de voluntaria en un refugio de animales?

Me sorprendió tanto que hubiera iniciado una conversación no relacionada con la seguridad que me quedé paralizada en medio de una caricia. *Flor* volvió a maullar, esta vez en protesta.

Seguí rascándola y pensé en cuánto debía contarle a Rhys, antes de darle la respuesta simple:

—Me gustan los animales. Por tanto, también los refugios de animales.

—Mmm.

Me dio un escalofrío por la espalda ante el escepticismo de su voz.

—¿Por qué lo preguntas?

Rhys frunció el ceño.

—Porque no me parece la típica actividad que se suele hacer en el tiempo libre.

No quise preguntar qué tipo de cosas *se creía* que me gustaba hacer en mi tiempo libre. La mayoría de la gente me miraba y sacaba conclusiones basadas en mi aspecto y mi origen, y sí, a veces eran ciertas. Me gustaba ir de compras y salir de fiesta tanto como a cualquier otra chica, pero eso no significaba que no me importaran otras cosas también.

—Es increíble lo bien que me conoces después de solo un mes —dije con frialdad.

—Investigo, princesa. —Esa era la única forma en la que Rhys se dirigía a mí. Se negaba a

llamarme por mi nombre de pila o *«alteza»* . Del mismo modo, yo me negaba a llamarle nada que no fuera «señor Larsen». No estaba segura de que sirviera de algo, ya que no daba ninguna señal de que le molestara, pero satisfacía mi lado más malvado—. Sé más de lo que crees.

—Pero no por qué trabajo de voluntaria en un refugio de animales. Así que obviamente tienes que mejorar esas habilidades de investigador.

Me miró con sus ojos grises, y me pareció ver un atisbo de diversión en él antes de que todo se volviera a fastidiar.

—*Touché* —dudó, y añadió con triunfo—: Eres diferente de como pensaba.

—¿Por qué? ¿Porque no soy una cabeza hueca superficial? —Mi voz se enfrió un grado más mientras intentaba disimular el inesperado escozor de sus palabras.

—Nunca he dicho que fueras una cabeza hueca superficial.

—Lo has dado a entender.

Rhys hizo una mueca.

—No eres la primera miembro de la realeza a quien he protegido —dijo—. Ni siquiera la tercera o cuarta. Y todos se comportaban de forma parecida, así que esperaba que tú hicieras lo mismo. Pero no...

Levanté una ceja.

—¿No soy...?

Esbozó una sonrisa tan tímida que casi me la pierdo.

—Una cabeza hueca superficial.

No pude evitarlo. Me reí.

Yo , riéndome de algo que había dicho Rhys Larsen. De nuevo, me pinchan y no sangro.

—A mi madre le gustaban mucho los animales —dije, sorprendiéndome a mí misma. No había planeado hablarle a Rhys de mi madre, pero me sentí obligada a aprovechar aquella tregua en nuestra relación, normalmente antagónica—. Lo he heredado de ella. Pero la Casa Real no admite mascotas, así que la única forma de interactuar regularmente con animales es trabajando como voluntaria en el refugio.

Detuve la mano y sonreí cuando *Flor* levantó la patita como si quisiera chocar los cinco.

—Me gusta, pero también lo hago porque... —busqué las palabras adecuadas— me hace sentir más cerca de mi madre. El amor por los animales es algo que solo comparto con ella. Al resto de mis familiares les gustan, pero no de la misma forma. O les gustaban.

No sabía qué me había empujado a confesar todo aquello. ¿Era porque quería demostrar que no era voluntaria por una maniobra de relaciones públicas? Y, de cualquier forma, ¿qué más me daba lo que Rhys pensara de mí?

O tal vez era porque necesitaba hablar de mi madre con alguien que no la conociera. En Athenberg no podía mencionarla sin que la gente me lanzara miradas de compasión, pero Rhys estaba más tranquilo y sereno que nunca.

—Lo entiendo —dijo.

Eran dos palabras sencillas, pero se colaron en mi interior y calmaron una parte de mi ser que no sabía que necesitaba calma.

Nos miramos a los ojos, y el aire se volvió más denso.

Oscuros, misteriosos, penetrantes. Rhys tenía el tipo de ojos que miraba directamente al alma de los demás y la despojaba de todas las capas de elaboradas mentiras hasta alcanzar la cruda realidad que yacía debajo.

¿Cuántas de mis mentiras habría visto? ¿Habría visto a la chica que había debajo de la coraza, la que llevaba décadas cargando con un peso que le aterrorizaba compartir, la que había matado...?

—¡Amo! ¡Azótame, amo! —*Cuero* eligió ese momento para soltar uno de sus arrebatos de indecencia—. ¡Por favor, azótame!

El hechizo se esfumó tan rápido como se había creado.

Rhys se giró y yo clavé la vista en el suelo, con la respiración agitada en una mezcla de alivio y decepción.

—¡Azó...! —*Cuero* se calló de golpe cuando Rhys lo fulminó con la mirada. El pájaro se atusó las alas y dio unos saltitos por la jaula antes de instalarse en un silencio nervioso.

—Enhorabuena —dije, intentando sacudirme la inquietante electricidad de hacía un momento —. Debes de ser la primera persona que ha conseguido que *Cuero* se calle. Deberías adoptarlo.

—No, gracias. No me van los animales groseros.

Nos miramos un segundo antes de que se me escapara una risita y la cortina de hierro que le cubría los ojos se levantara y me dejara ver otro destello de humor.

No hablamos durante el resto del turno, pero el ambiente entre nosotros se había relajado bastante como para convencerme de que era posible mantener una relación funcional con Rhys.

No estaba segura de si era optimismo o desilusión, pero mi cerebro siempre se agarraba a la más mínima prueba de que la situación no estaba tan mal, para sobrellevar mejor el malestar.

El viento me rozaba la piel desnuda de la cara y el cuello mientras caminábamos hacia casa después de mi turno. Rhys y yo habíamos discutido sobre si volver a pie o en coche, pero al final tuvo que admitir que era una tontería ir en coche cuando estábamos tan cerca.

—¿Te hace ilusión ir a Eldorra? —pregunté. En unos días iríamos a Athenberg a pasar las vacaciones de invierno, y Rhys había mencionado que sería su primer viaje allí.

Esperaba poder mantener la camaradería, pero Rhys se amargó más rápido que una fiesta interrumpida por una redada policial.

—Yo no voy allí de vacaciones, princesa. —Dijo allí como si le estuviera obligando a ingresar en un campo de concentración, no un lugar que *Viajes + Ocio* había catalogado como la novena mejor ciudad del mundo para visitar.

—Ya sé que no vas de vacaciones. —Intenté que no se me notara la molestia y fracasé—. Pero tendrás tiempo li...

El chirrido de unos neumáticos rasgó el aire. Mi cerebro no tuvo tiempo de procesar el sonido

antes de que Rhys me empujara a un callejón cercano y me apretara con el cuerpo contra la pared, mientras desenfundaba la pistola.

Se me aceleró el pulso, tanto por la repentina subida de adrenalina como por la proximidad a él. Irradiaba calor y tensión por cada centímetro de aquel cuerpo enorme y musculado, y me envolvió como una crisálida mientras un coche pasaba a nuestro lado a toda velocidad. Llevaba la música a todo trapo y a través de las ventanillas entreabiertas se oían risas.

Los latidos de Rhys me golpeaban los omóplatos, y nos quedamos congelados hasta mucho rato después de que la música se hubiera disuelto a lo lejos. Ya solo se oía el sonido de nuestra respiración agitada.

—Señor Larsen —dije en voz baja—. Creo que ya está bien.

No se movió. Estaba atrapada entre su cuerpo y la pared, dos muros inamovibles que me protegían del mundo. Había apoyado una mano en la pared, junto a mi cabeza, y estaba tan cerca que sentía todos los bultos y contornos de su cuerpo contra el mío.

Pasó otro rato antes de que Rhys volviera a enfundar la pistola y se girara hacia mí.

—¿Seguro que estás bien? —Su voz era profunda y áspera, y me miró en busca de heridas, aunque no me había pasado nada.

—Sí. El coche ha girado muy rápido. Ya está. —Se me escapó una risa nerviosa, con la piel ardiendo bajo su mirada feroz—. Me ha asustado más que me hayas empujado al callejón.

—Por esto tenemos que ir siempre en coche. —Dio un paso atrás, arrebatándome su calor, y el vacío se llenó de aire helado. Me dio un escalofrío, y deseé haberme puesto un jersey más grueso. De pronto me había entrado mucho frío—. Es muy irresponsable caminar por ahí así de desprotegida. Podrían haberte disparado desde el coche.

Casi se me escapa una risa de solo pensarlo.

—Lo dudo mucho. Es más probable que las ranas críen pelo a que haya un tiroteo en Hazelburg. —Era una de las ciudades más seguras del país, y la mayor parte de los estudiantes ni siquiera *tenía* coche.

Rhys no pareció sorprendido con mi analogía.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Solo hace falta que pase una vez. Se acabó ir o volver andando del refugio a partir de ahora.

—No ha pasado absolutamente nada. Estás exagerando —dije mientras el enfado volvía con fuerza.

Su expresión se volvió de granito.

—Mi trabajo consiste en pensar en todo lo que puede salir mal. Si no te gusta, despídeme. Hasta entonces, haz lo que te digo cuando yo lo diga, como te dije el primer día.

Cualquier rastro de nuestra semitregua del refugio se esfumó. Ojalá hubiera podido despedirle, pero no tenía poder de decisión respecto a mis empleados, ni tampoco razones para despedir a Rhys, aparte de que no nos llevábamos bien.

Me había autoconvencido de que la conversación en el refugio había marcado el principio de

una fase de nuestra relación, pero Rhys y yo habíamos dado un paso adelante y dos atrás.

Nos imaginé en el vuelo a Athenberg con la única compañía del habitual silencio glacial, y me horroricé.

Iban a ser unas vacaciones de Navidad *muy largas* .

4

Rhys/Bridget

Rhys

Bridget y yo llegamos a Athenberg, la capital de Eldorra, cuatro días después de que el decreto de «prohibido caminar» abriera un nuevo frente en nuestra guerra. El viaje en avión había sido más frío que un chapuzón invernal en un río de Rusia, pero me daba igual.

No necesitaba que me dijera cómo hacer mi trabajo.

Contemplé el Cementerio Nacional de la ciudad, casi vacío, mientras el viento aullaba a través de los árboles desnudos. Una intensa y gélida corriente recorría todo el cementerio y se me colaba entre las capas de la ropa, helándome hasta los huesos.

Era el primer día más o menos libre del horario de Bridget desde que aterrizamos, y cuando dijo que quería pasarlo en el cementerio me dejó de piedra.

Cuando supe por qué, lo entendí.

Aunque mantuve una distancia de respeto cuando se arrodilló delante de dos lápidas, sí que pude distinguir los nombres grabados en ellas.

«Josefine von Ascheberg. Frederik von Ascheberg.»

Sus padres.

Yo tenía diez años cuando la princesa Josefine murió al dar a luz. Recordaba haber visto fotos suyas en todas las revistas y todos los canales de televisión durante semanas. El príncipe Frederik murió unos años después en un accidente de tráfico.

Bridget y yo no éramos amigos. Joder, ni siquiera nos llevábamos bien la mayor parte del tiempo. Pero eso no impidió que me diera una punzada en el corazón al ver la tristeza en su rostro mientras murmuraba algo frente a las tumbas de sus padres.

Bridget se apartó un mechón de pelo de la cara y su rostro cambió mientras decía algo más. Pocas veces me importaba lo que la gente hiciera o dijera en su vida personal, pero deseé estar más cerca para poder escuchar qué era lo que le había hecho sonreír.

Me sonó el teléfono y agradecí una distracción que me sacara de aquellos pensamientos inquietantes, hasta que vi el mensaje.

Christian:

Puedo darte el nombre en menos de diez minutos.

Yo:
No. Déjalo.

Me saltó otro mensaje, pero guardé el teléfono sin leerlo.

La rabia se apoderó de mí.

Christian era un cabrón insistente que disfrutaba escarbando en el pasado de los demás. Llevaba dándome la lata desde que se enteró de que iba a pasar las vacaciones en Eldorra (conocía mis reservas hacia el país), y si no hubiera sido mi jefe, y lo más parecido a un amigo que tenía, ya le habría partido la cara.

Le había dicho que no quería saber el nombre, y lo decía en serio. Había sobrevivido treinta y un años sin saberlo. Podría sobrevivir treinta y uno más, o el tiempo que hiciera falta antes de cascarla.

Volví la atención a Bridget justo cuando sonó el chasquido de una ramita, seguido del suave clic del obturador de una cámara.

Levanté la vista y se me escapó un gruñido al ver a un fisgón de pelo rubio asomado por detrás de una lápida cercana.

Putos *paparazzi* .

El gilipollas chilló y trató de salir corriendo cuando se dio cuenta de que le había pillado, pero yo fui más rápido y le agarré de la chaqueta antes de que pudiera dar un paso más.

Por el rabillo del ojo vi cómo Bridget se levantaba, con expresión de preocupación.

—Dame la cámara —dije con una voz tranquila que disimulaba mi furia. Los *paparazzi* eran un mal inevitable cuando trabajaba con personajes públicos, pero había diferencia entre hacer fotos de alguien comiendo o de compras y hacerlas en un momento tan íntimo.

Bridget estaba visitando las *tumbas* de sus padres, por el amor de Dios, y ese pedazo de escoria tenía el valor de entrometerse.

—Ni lo sueñes —dijo el *paparazzo* —. Es un país libre, y la princesa Bridget es una figura pública. Puedo...

No esperé a que terminara la frase para arrancarle la cámara de las manos, tirarla al suelo y hacerla trizas con la bota.

No me gustaba tener que repetir las cosas.

Él aulló en señal de protesta.

—¡Esa cámara valía cinco mil dólares!

—Tienes suerte de que sea lo único que he roto. —Le solté la chaqueta y se la alisé con un gesto más de amenaza que de cortesía—. Tienes cinco segundos para desaparecer de mi vista antes de que cambie de idea.

El *paparazzo* estaba indignado, pero no era tonto. En dos segundos ya había desaparecido entre los árboles, dejando atrás la cámara despedazada. Un minuto después, oí el ruido de un motor y un coche saliendo del aparcamiento a toda velocidad.

—Lo conozco. Es del *National Express* . —Bridget se acercó a mí, no muy sorprendida por el giro de los acontecimientos—. Es el periódico más sensacionalista. Seguro que publican un reportaje contando que me he unido a una secta satánica o algo así, después de lo que has hecho con su cámara.

Resoplé.

—Se lo merecía. No soporto a la gente que no respeta la privacidad de los demás.

Esbozó una pequeña sonrisa, la primera que me había dedicado en muchos días, y se me pasó el frío.

—Es un *paparazzo* . Su trabajo es invadir la privacidad de los demás.

—No cuando los demás están en un puñetero cementerio.

—Estoy acostumbrada. A menos que esté dentro de palacio, siempre me expongo a acabar en los periódicos. —Bridget parecía resignada—. Gracias por ocuparte, aunque tu método haya sido un poco más... agresivo de lo que me gustaría.

En sus ojos se mantuvo el velo de tristeza, y volví a sentir una punzada extraña en el pecho. Quizás era porque empatizaba con el motivo de su tristeza: la sensación de estar sola en el mundo, sin las dos personas que deberían quererte más que nadie.

Yo nunca había sentido ese amor parental, así que a pesar del vacío que albergaba dentro, no sabía lo que me perdía. Pero Bridget *sí* que lo había experimentado, al menos por parte de su padre, por lo que imaginaba que la pérdida era aún más grande para ella.

Tu trabajo no es empatizar con ella, imbécil. Tu trabajo es protegerla. Y punto. Daba igual lo guapa que fuera o lo triste que estuviera, o lo mucho que deseara borrar la melancolía que la envolvía.

Mi trabajo no era hacerla sentir mejor.

Di un paso atrás.

—¿Estás lista? Podemos quedarnos más si quieres, pero tienes un evento en una hora.

—No, ya estoy. Solo quería desear feliz Navidad a mis padres y ponerles al corriente de mi vida. —Bridget se pasó el pelo por detrás de las orejas, cohibida—. Suena ridículo, pero es una tradición, y siento como si me escucharan... —Se interrumpió—. En fin, es una ridiculez.

—No es una ridiculez. —En el pecho se me formó un nudo que empezaba a ahogarme con recuerdos que era mejor olvidar—. Yo hago lo mismo con mis antiguos compañeros del ejército. —Los que estaban enterrados en Washington, aunque intentaba ir también a otros lugares cuando podía.

Yo era la razón por la que habían muerto. Lo menos que podía hacer era presentarles mis respetos.

—¿Sigues en contacto con tus amigos de la Marina? —preguntó Bridget mientras caminábamos hacia la salida.

Vigilé alrededor por si había algún otro *paparazzo* o maleante, pero no había nadie a excepción de nosotros y los fantasmas del pasado.

—Con un par. Aunque no tanto como quisiera.

Mi unidad era como mi familia, pero desde que pasó lo que pasó, fue muy difícil mantener la relación entre los supervivientes. Vernos nos hacía recordar demasiado todo lo que habíamos perdido.

La única persona con la que seguía en contacto era con el comandante de mis primeros días en la Marina.

—¿Por qué lo dejaste? —Bridget hundió las manos hasta el fondo de los bolsillos, y resistí el impulso de abrazarla para transmitirle algo de calor. Hacía muchísimo frío, y su abrigo no parecía lo suficientemente grueso como para protegerla del viento.

—Fue demasiado. Los despliegues, la incertidumbre, los funerales. Ver morir delante de mí a los hombres con los que servía. —El nudo se apretó, y me obligué a tomar aire antes de seguir—. Me quedé muy jodido, y si no lo hubiera dejado en ese momento... —Habría perdido lo poco que quedaba de mí. Agité la cabeza—. Siempre les pasa a los veteranos de guerra. No soy nada especial.

Llegamos al coche, pero cuando le abrí la puerta a Bridget para que entrara, ella me puso la mano en el brazo.

Me puse rígido al sentir cómo su tacto ardía a través de mi ropa con más intensidad que cualquier llama.

—Lo siento —dijo—. Tanto por lo que pasó como por hacerte tantas preguntas.

—Lo dejé hace años. Si no quisiera hablar de ello, no hablaría. No pasa nada. —Retiré el brazo y abrí la puerta del coche, pero su tacto se quedó conmigo—. No me arrepiento de haberme alistado en la Marina. Los chicos de mi unidad eran como hermanos para mí, lo más parecido a una familia que he tenido nunca, y no lo cambiaría por nada del mundo. Pero ¿estar en primera línea de fuego? No, no quería volver a vivir eso.

Nunca se lo había contado a nadie. De nuevo, no tenía nadie a quien *contárselo*, a excepción de mi antigua terapeuta, y ya tenía bastantes problemas que tratar con ella como para profundizar también en los motivos por los que dejé el ejército.

—Y aun así elegiste ser guardaespaldas —señaló Bridget—. No es exactamente una profesión exenta de riesgo.

—Tengo habilidades para ser guardaespaldas. —Muchos antiguos miembros de la Marina hacían carrera como guardaespaldas, y Christian podía ser un cabrón, pero era un cabrón persuasivo. Me había convencido para firmar en la línea de puntos antes de pisar suelo estadounidense—. Aunque desde que trabajo para ti he corrido más riesgos que nunca.

Frunció el ceño, confusa, y por poco se me escapa una sonrisa.

Por poco.

—El riesgo de que me estalle una arteria se ha multiplicado por diez.

La confusión se esfumó de la cara de Bridget, y fue sustituida por una combinación de risa y exasperación.

—Me alegra ver que has recuperado el sentido del humor, señor Larsen. Es un milagro navideño.

Se me escapó una carcajada, un sonido que apenas reconocía como propio, y algo en mi interior se agitó, desesperado por la idea de que existía algo más allá de la oscuridad que me había atormentado durante tanto tiempo.

Bridget puso cara de sorpresa antes de regalarme una sonrisa tímida, y aquel algo levantó la cabeza ante el nuevo estímulo.

Lo reprimí.

Me podía permitir una risa. Solo eso.

—Vámonos. —Se me borró la sonrisa—. O llegaremos tarde.

Bridget

Si pudiera resumir mi relación con Rhys en una canción, sería *Hot N Cold* , de Katy Perry. Nos peleábamos y nos hacíamos el vacío, y de un momento a otro pasábamos a reírnos y a estrechar la relación con algún chiste.

Vale, estrechar la relación quizás no sea el término adecuado para describir lo que había ocurrido en el aparcamiento del cementerio. Interactuar como seres normales y corrientes sería más preciso. Y Rhys no se había reído, sino que más bien había dejado escapar media carcajada, pero tal vez eso en su idioma significaba reírse. No me lo imaginaba partiéndose de risa, al igual que tampoco podía imaginarme a la Roca bailando *ballet* .

Pero si algo había aprendido en el último mes, era que necesitaba aprovechar los altibajos de nuestra relación siempre que pudiera. Así que después de mi visita «sorpresa» a un instituto local, donde di un discurso sobre la importancia de la amabilidad y la salud mental, saqué a relucir un tema que llevaba una semana evitando.

—Normalmente me quedo en Eldorra bastante tiempo durante las vacaciones, pero me alegra volver antes al campus este año —dejé caer mientras nos sentábamos en un restaurante al lado del instituto.

No respondió.

Justo cuando pensaba que Rhys había ignorado el anzuelo, dijo:

—Dispara, princesa. ¿Qué quieres?

Ya había vuelto el gruñón.

Fruncí el ceño ligeramente. Me sentía como una niña pidiéndole permiso a su padre cada vez que hablaba con él, lo cual era ridículo, pero irradiaba tanta autoridad que a veces se me olvidaba que él era mi empleado y no al revés.

Bueno, técnicamente era empleado de la Casa Real, pero eso era un detalle sin importancia.

—Mi grupo favorito va a tocar en Washington en enero. Ava y yo ya hemos comprado

entradas para verlos —dije.

—Nombre del grupo y lugar del concierto.

Se lo dije.

—Lo reviso y te digo. —Rhys cerró de golpe la carta cuando el camarero se acercó—. Hamburguesa, poco hecha, por favor. Gracias.

Pedí la comida y esperé a que se fuera antes de repetir con voz tensa:

—Ya he comprado las entradas. —Traducción: voy a ir, te guste o no.

—Con seguro de cancelación, espero. —Su mirada afilada examinó el restaurante, sin dejar escapar ni un solo detalle de los clientes ni de la distribución de la sala.

Yyyyy ahí estaba el bajón en nuestra relación, como un reloj.

—Tu trabajo no es joderme la vida. *Deja* de comportarte como un padre sobreprotector. —Mi frustración aumentó. Prefería odiarle todo el tiempo a que mis emociones oscilaran de un lado a otro como una balanza rota. Era agotador—. ¿Cómo puedes seguir teniendo trabajo? Me sorprende que tus clientes anteriores no se hayan quejado a tu empresa de tu... tu...

Rhys arqueó una ceja mientras yo buscaba las palabras adecuadas.

—Tus tendencias controladoras —dije sin mucha convicción. Mierda. Necesitaba un arsenal de insultos mejor.

—Porque soy el mejor. Lo saben, y tú también —dijo con arrogancia. Se inclinó, con la mirada sombría—. ¿Crees que quiero hacer de padre contigo? No quiero. Si quisiera tener hijos, trabajaría en una oficina y me instalaría en una casa a las afueras de la ciudad con una valla blanca y un perro. Pero me dedico a esto para salvar vidas, princesa. He acabado con muchas, y ahora... —Se detuvo en seco, pero sus palabras quedaron flotando en el aire.

Me acordé de lo que había dicho en el aparcamiento. *Fue demasiado. Los despliegues, la incertidumbre, los funerales. Ver morir delante de mí a los hombres con los que servía.*

Rhys no había entrado en detalles sobre lo que le pasó cuando estaba en el ejército, pero no hacía falta. Me lo podía imaginar.

La culpa y la compasión brotaron en mi estómago y se acurrucaron en mi corazón.

Por eso tenía tantas dudas respecto a mis sentimientos hacia él. Lo que no me gustaba era la actitud y el comportamiento de Rhys, no él, porque entendía por qué hacía lo que hacía.

Él era un enigma que, por desgracia, no sabía resolver.

—Solo hace falta un pequeño desliz —terminó Rhys—. Un segundo de distracción para entrar en un campo de minas y salir volando por los aires. Un solo descuido y podrías acabar con una bala en la cabeza. —Se inclinó hacia atrás, con los ojos plomizos entrecerrados—. Así que no, me importa una mierda si ya tienes las entradas. Voy a examinar el lugar igualmente, y si algo no me convence, no vas. Fin de la historia.

En mi mente se arremolinaron una docena de respuestas diferentes, pero la única que me salió fue la que no quería decir:

—No estamos en zona de guerra —dije con calma—. No tenemos que estar en guardia las

veinticuatro horas del día.

Rhys apretó la mandíbula y, a pesar de haber dejado la Marina años atrás, supuse que llevaba mucho tiempo librando sus propias batallas internas.

—La vida es una zona de guerra, princesa. Cuanto antes te des cuenta, más segura estarás.

Aunque mi vida no era perfecta, era bastante mejor que la de la mayoría de la gente. Lo sabía. Había crecido en una burbuja, protegida del lado más oscuro de la humanidad, y por eso era increíblemente privilegiada. Pero la idea de vivir como si estuviéramos en guerra todos los días me ponía extremadamente triste.

—Hay más cosas que hacer en la vida además de intentar no morir. —Clavé la mirada en Rhys mientras el camarero nos traía los platos y los servía en la mesa—. Solo es un concierto. Te prometo que no me va a pasar nada.

5

Rhys

No me va a pasar nada, mis cojones.

Las palabras que Bridget había pronunciado con tanta confianza un mes atrás, volvieron para estallarle en la cara a ella y, por extensión, a mí también. Después de revisar el lugar del concierto, le dije expresamente que no fuera, ya que se celebraba en un almacén cochambroso que la policía tendría que haber cerrado por incumplir mil y una normas de seguridad. El edificio estaba a una ráfaga de viento de derrumbarse.

Sin embargo, Bridget había hecho caso omiso de mis órdenes y se había escapado en mitad de la noche para ir al maldito concierto, solamente para ser secuestrada después.

Efectivamente. Fue secuestrada por un mercenario que las acorraló a Ava y a ella en la calle.

No era solo el concierto lo que me enfurecía. Si Bridget hubiera insistido en ir, yo la habría acompañado, porque era mi protegida. No podía retenerla físicamente para evitar que hiciera lo que quería.

No, lo que me enfurecía era que se hubiera escabullido a mis espaldas, ya que el secuestro se podría haber evitado si me hubiera dicho la verdad.

Miré por el retrovisor para asegurarme de que Bridget seguía allí. Aunque estuviera furioso, verla en el asiento trasero, magullada pero a salvo, alivió parte del gélido terror que me había invadido desde que me desperté y me di cuenta de que había desaparecido.

Por suerte, había tenido la precaución de colocar a escondidas un chip de seguimiento en su teléfono móvil unas semanas antes, y este me indicó que estaba en Filadelfia, donde las encontré a las dos, Ava y Bridget, atadas y a merced de un matón a sueldo. Toda la situación era el desenlace de una larga y sórdida historia entre Alex Volkov, el tío psicópata de Alex, que había tomado a Ava como rehén contra su sobrino, y muchos años de secretos y venganzas.

Sinceramente, me importaba una mierda la historia. Lo único que me importaba era sacar a Bridget viva de allí, y ya lo había hecho, aunque solo fuera para poder matarla con mis propias manos.

—Ava se queda con nosotros esta noche. —Bridget, con el ceño fruncido, le pasó una mano por el pelo a su amiga con delicadeza—. No quiero que esté sola.

Ava iba acurrucada en su regazo, y sus sollozos eran más suaves que antes, pero aún lo

bastante frecuentes como para que me diera un escalofrío. No tenía ni idea de qué hacer cuando alguien lloraba delante de mí, especialmente si a esa persona su exnovio le había confesado que llevaba mintiéndole durante toda la relación para vengarse del hombre que creía que había asesinado a su familia. Y esto era solo la versión resumida de lo que había ocurrido.

Todo era una mierda, pero Alex Volkov siempre había sido un perturbado, de los que son capaces de asesinarte cuando tienen un mal día. Al menos todo el mundo estaba vivo... A excepción de su tío y el matón.

—Está bien. —Las palabras resonaron en el coche como un disparo.

Bridget se estremeció, y una pequeña semilla de culpa me brotó en el estómago. No fue suficiente para ahogar mi ira, pero sí para hacerme sentir como un gilipollas mientras aparcaba en la puerta de su casa. Había vivido un infierno, y lo correcto era dejarla descansar de todo lo ocurrido en las últimas veinte horas antes de echarme encima de ella.

Palabra clave: correcto. Pero nunca me ha importado mucho hacer lo correcto. Lo único que me importaba era lo necesario, y era necesario que Bridget entendiera que no podía pasarse mis normas por el forro. Estaban para protegerla, joder; y como le hubiera pasado algo...

Me atravesó una punzada de terror.

Entramos en la casa, y esperé hasta que Ava se hubo retirado al cuarto de Bridget para señalar con la cabeza a mi derecha.

—Cocina. Ya.

Bridget se abrazó el cuerpo con los brazos. Me invadió otra oleada de furia al ver la piel irritada y enrojecida de sus muñecas, donde le habían atado las cuerdas.

Si el mercenario no estuviera ya muerto, le descuartizaría yo mismo y procuraría recrearme más de lo que lo había hecho Alex.

Entró en la cocina y se puso a preparar un té, evitando el contacto visual conmigo.

—Todo ha acabado bien —dijo con un hilo de voz—. Estoy bien.

Una vena me latió en la sien.

—Estás bien —repetí. Salió como un gruñido.

Estábamos a un metro y medio. Yo en la puerta, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo; Bridget en el fregadero, con una taza entre las manos y los ojos enormes en medio de su semblante pálido.

—He cometido un error, pero...

—¿Un error? —En mis venas se desató un fuego que me abrasaba por dentro—. Un error es equivocarse de clase. Un error es olvidarse de echar la llave cuando te vas de casa. Que un psicópata te secuestre y esté a punto de matarte porque te has escapado como una adolescente saltándose el toque de queda diría que es algo más que un error.

A cada palabra que pronunciaba levantaba la voz un poco más. Nunca antes había perdido los papeles con un cliente, pero Bridget tenía la extraña habilidad de llevarme al límite de mis emociones, tanto buenas como malas.

—No es que quisiera que me secuestraran. —El fuego volvió a los ojos de Bridget—. El concierto era perfectamente seguro, a pesar de lo que dijeras. Fue después... —Cogió aire profundamente—. No iban a por mí. Iban a por Ava, y dio la casualidad de que yo estaba con ella. Podría haber pasado en cualquier momento.

La vena de mi sien me latió con más fuerza.

—No. No podría haber pasado en cualquier momento. —Avancé hacia ella, y mi boca se llenó de un placer sombrío cuando vi que abría los ojos de terror. Bien. *Debería* temerme, porque estaba a punto de aguarle la fiesta con fuego del infierno—. ¿Quieres saber por qué?

Bridget tuvo la sensatez de no contestar. A cada paso que yo daba, ella retrocedía, hasta que acabó con la espalda contra la pared y las manos blancas de apretar la taza.

—Porque yo habría estado allí —susurré—. Y me importa una soberana mierda si iban a por ti, a por Ava o a por la puta gallina Caponata. Si yo hubiera estado allí, habría neutralizado a ese cabrón antes de que te pusiera un dedo encima. —No era arrogancia, era la verdad. Había una razón por la que yo era el agente más demandado de Harper, y no era por mi forma de ser—. ¿Qué te dije cuando nos conocimos?

Bridget no contestó.

—¿Qué-te-dije? —Apoyé el antebrazo en la pared encima de su cabeza y la mano junto a su cara, acorralándola. Estábamos tan cerca que podía olerle el perfume (algo sutil y embriagador, como a flores frescas de un día de verano) y ver el anillo oscuro alrededor de sus pupilas. Nunca había visto unos ojos así, tan profundos y azules que era como mirar directamente las profundidades del océano. Eran el tipo de ojos que te atraían y te absorbían sin que te dieras cuenta.

El hecho de que me fijara en algo tan estúpido justo el peor día de mi carrera solo me enfurecía más.

—Que hiciera lo que tú dijeras, cuando tú me lo dijeras. —En su susurro había un atisbo de desafío.

—Exacto. No lo has hecho, y has estado a punto de morir. —Si no hubiera llegado allí en ese momento... Se me heló la sangre. Estaba Alex, pero ese puto loco era capaz tanto de pegarle un tiro a Bridget como de salvarla—. ¿Sabes lo que podría haber...? —Me detuve a mitad de frase. Había levantado mucho el tono. Apreté la mandíbula y me obligué a respirar profundo—. Ya sé que opinas que soy un controlador y un paranoico, pero no te prohíbo cosas porque quiera torturarte, princesa. Quiero protegerte, y como sigas desafiándome a la mínima, vas a conseguir que te maten a ti y a los que vayan contigo. ¿Quieres eso?

—No. —El desafío seguía ahí, pero no pasé por alto el brillo en los ojos de Bridget ni el leve temblor de su barbilla.

La dureza funcionaba, y ella necesitaba una buena dosis.

Aun así, suavicé el tono de voz al continuar:

—Tienes que confiar en mí. Deja de pelearte conmigo por todo y, por el amor de Dios, *no* te

escapes de mí a mis espaldas. La próxima vez me lo dices.

—Cada vez que intento hablar contigo, acabamos discutiendo y la conversación no va a ninguna parte. —Bridget me miró fijamente, incitándome a que le llevara la contraria. No lo hice. Estaba acostumbrado a hacer las cosas a mi modo, y mi modo solía ser el correcto—. La confianza va en los dos sentidos. Le colocaste un chip a mi teléfono...

—Y menos mal que lo hice, porque si no probablemente estarías muerta —gruñí.

Apretó los labios y mi mirada se fue sin querer a su boca. Jugosa, rosada y capaz de más insolencia de lo que cabría esperar de una princesa correcta y recatada. Excepto que no había nada correcto ni recatado bajo su superficie... ni en los pensamientos que se me pasaban por la cabeza.

Era el peor momento para pensar en algo mínimamente relacionado con el sexo. La habían secuestrado hacía menos de cuarenta y ocho horas, por el amor de Dios. Pero la adrenalina y la excitación para mí siempre habían ido de la mano y, sinceramente, había muy pocas veces en las que no me excitara. Incluso enfadado con ella, la deseaba.

La polla se me empezó a poner dura, y volví a apretar los puños. Había protegido a las mujeres más guapas del mundo: estrellas de cine, supermodelos, herederas, muchas de las cuales habían dejado claro que estaban más que dispuestas a obedecer mis órdenes tanto en la cama como fuera; pero yo nunca había aceptado sus ofertas. Nunca me habían tentado.

No imaginaba que la única mujer que preferiría verme arder antes que tocarme fuera, precisamente, la que iba a acabar deseando.

—Has dicho que necesitas que confíe en ti. ¿Cómo hacerlo cuando tú no confías en mí? —Bridget puso su voz de negociar, que reconocía por las incontables veces que la había acompañado a actos públicos.

El tono me irritó sobremanera. Preferiría, con mucho, que me faltara al respeto a que me tratara como a un desconocido que quisiera quitarse de encima.

—Te propongo un trato. Quita el chip y yo haré lo que tú me digas, cuando tú lo digas, siempre y cuando tenga que ver con la seguridad. —La mirada de Bridget se fundió con la mía —. Te lo prometo.

Tócate las narices. Era *ella* la que había cometido el error, pero ahora intentaba negociar *conmigo* .

Y yo estaba pensando en acceder.

—¿Por qué debería creerte? —Suspiré profundamente y a ella le dio un pequeño escalofrío. A través de la fina seda negra de su vestido se le marcaban claramente los pezones. Duros como piedras, suplicaban que los tocara. Tal vez era por el escalofrío (lo único que las gruesas paredes y las dobles ventanas no podían evitar), pero a juzgar por las mejillas rosadas de Bridget, yo no era el único que se había dado cuenta de la intensa carga del aire entre nosotros.

Respiré por la nariz. Seguía duro como una roca, y lo odiaba. La odiaba a ella por tentarme de esa forma. Y me odiaba a mí mismo por no tener más autocontrol con todo lo relacionado con

ella.

—Yo no rompo mis promesas, señor Larsen. —Bridget insistía en llamarme por mi apellido, al igual que yo insistía en llamarla «*princesa*» . A ninguno nos gustaba, pero ninguno quería dar su brazo a torcer. La historia de nuestra relación—. ¿Hay trato?

La mandíbula se me tensó. Uno. Dos. Tres.

Mi primer instinto fue decir: «*Y una mierda*» . El chip era la única razón por la que seguía viva. Pero aquello era lo más cerca que habíamos estado de una tregua, y aunque no tenía reparos en hacer de poli malo, prefería trabajar con una Bridget cooperativa a tener que vigilar todos los días cada uno de sus movimientos.

—De acuerdo —gruñí—. Empezaremos con un periodo de prueba. Cuatro meses. Si cumples tu parte del trato, te dejo en paz. Pero como no la cumplas, te esposaré a mí hasta que ni siquiera puedas mear tranquilamente. ¿Entendido?

Volvió a apretar los labios, pero no replicó.

—Un periodo de prueba de cuatro meses. Vale. —Dudó, y acto seguido añadió—: Una cosa más...

No me lo podía creer.

—Tienes que estar de broma.

Se puso roja.

—No le digas a nadie lo que ha pasado. Especialmente a la Casa Real.

—Me estás pidiendo que mienta. —Estaba obligado a informar a Christian de cualquier incidente con los clientes. El último que no lo hizo... Se arrepintió de su decisión, por así decirlo. A lo grande.

—No es mentir. Es omitir información —me corrigió Bridget—. Piénsalo. Como mi abuelo se entere de lo que ha pasado, te despedirán y tu reputación acabará por los suelos.

Apelando a mi ego. Buen intento, princesa.

—Mi reputación aguantará. —Levanté una ceja—. Creía que te gustaría librarte de mí.

Se puso aún más roja.

—Ya sabes lo que dicen. Mejor lo malo conocido...

—Mmm. —Además de las interacciones informales ocasionales, no nos soportábamos, a pesar de mi polla dura y sus pezones como piedras. Una cosa era la lujuria, pero si seguíamos así, nos mataríamos. Por no mencionar que estaba rompiendo todas las normas habidas y por haber si mantenía en secreto lo que había ocurrido en Filadelfia. Debía informar a Christian y dejar que él lo hablara con la Casa Real. Además, la diplomacia se le daba mejor a él que a mí.

Pero la idea de alejarme de Bridget y no volver a verla nunca me provocaba una extraña punzada de incomodidad. Por muy exasperante que fuera, era una de las clientas más interesantes que había tenido nunca. Más lista, más amable y menos malcriada y soberbia.

—Supongo que tu trato no tiene nada que ver con el hecho de que no volverás a oler la libertad si el rey se entera de lo que ha pasado. —Mi aliento le rozó la oreja, y volvió a

estremecerse—. ¿Eh, princesa?

Para ser la segunda en la línea de sucesión, tenía bastante margen de maniobra en sus idas y venidas. Pero si el rey Edvard descubría que alguien había secuestrado a su preciosa nieta, la encerraría bajo llave.

Bridget tragó saliva.

—¿Y qué importa eso? Al final, queremos lo mismo. Mantener el *statu quo* . Tú mantienes tu reputación, y yo, mi libertad.

¿Mantener el *statu quo* ? No sé yo.

Sería muy fácil rendirse al deseo que me rugía en las venas, agarrarla del pelo con el puño y descubrir cuánto calor albergaba debajo de esa coraza fría. Ella deseaba lo mismo que yo. Lo sentía en su respiración agitada, en la manera en la que me miraba, en el suave arco que formaba su cuerpo contra el mío.

Al parecer yo no era el único que me excitaba con la furia y la adrenalina.

Piensa con la cabeza, Larsen. No con la entrepierna.

Cerré los ojos y me obligué a contar hasta diez en silencio. Cuando los abrí, se toparon con los de Bridget.

Tormentas grises contra cielos azules.

—Tenemos un trato. Pero como lo rompas o vuelvas a hacer algo a mis espaldas... —Bajé la voz, grave y llena de amenazas veladas—. Te vas a enterar por las malas de lo que ocurre cuando negocias con el diablo.

6

Bridget

Primer mes de prueba

—Me estás vacilando. —Saqué el chaleco negro del paquete y dejé que me colgara de los dedos como una prenda de ropa sucia.

Rhys le dio un sorbo al café y no levantó la vista del periódico.

—No bromeo con la seguridad.

—Esto es un chaleco antibalas.

—Soy consciente. Lo he comprado yo.

Inhala. Exhala.

—Señor Larsen, explícame por favor *por qué* necesito un chaleco antibalas. ¿Cuándo se supone que me lo tengo que poner? ¿En clase? ¿En mi próximo turno en el refugio?

—Es para protegerte de las balas. Y sí, claro, póntelo ahí si quieres.

Me tembló un músculo detrás del ojo. Había pasado un mes desde que hicimos el trato. Y vale. La había liado. Nunca debí haberme escapado con Ava, pero estaba tan triste por sus problemas con Alex que quería animarla.

Obviamente, no había salido bien. Todo lo contrario.

El incidente del secuestro había arrojado un jarro de agua fría sobre mi concepción de la seguridad personal, y me había comprometido a tener un comportamiento más responsable. Odiaba admitir que Rhys tenía razón porque la mayor parte del tiempo era un capullo arrogante, pero todos los días se jugaba la vida por mí. Sin embargo, también parecía empeñado en hacerme renegar del trato con las sugerencias más intolerables.

Como un maldito chaleco antibalas.

—Lo he comprado por si acaso —dijo Rhys con suavidad—. Ahora que lo mencionas, deberíamos probarlo la próxima vez que estés en público.

«Quita el chip y yo haré lo que tú me digas, cuando tú lo digas, siempre y cuando tenga que ver con la seguridad. Te lo prometo.»

Apreté los dientes. Rhys había quitado el chip, y yo no había roto mi promesa.

—Vale. —Se me encendió la bombilla y sonreí—. Pues me lo pongo ahora.

Por fin levantó la cabeza, con expresión suspicaz por la facilidad con la que había accedido.

—¿Adónde vamos?

—De compras.

Si había algo que Rhys odiara, era acompañarme de compras. Era la típica debilidad masculina, y tenía la intención de explotarla.

Su rostro se oscureció aún más y yo sonreí con ganas.

Esto va a ser divertido.

Una hora más tarde, llegamos al centro comercial de Hazelburg, una meca de cuatro plantas de tiendas con las que podía torturar a Rhys. Por suerte, era invierno, lo que significaba que podía ocultar la mayor parte del volumen del chaleco debajo de un jersey grueso y un abrigo.

Según Rhys, me había comprado una versión más ligera, pero el chaleco seguía siendo muy incómodo, pesado y daba mucho calor. Por poco me arrepiento de mi plan de venganza, pero la cara de Rhys hizo que todo valiera la pena... Hasta que se sobrevino la catástrofe.

Me estaba probando ropa en la duodécima tienda del día cuando me quedé atascada en un vestido. Había cogido por error la talla que no era, y la tela implacable se me clavó en la caja torácica y me dejó atrapada con los brazos por encima de la cabeza. No veía nada y apenas podía moverme.

—*Mierda* . —No solía decir palabrotas, pero la situación lo requería. Uno de mis miedos más irracionales de siempre era quedarme atascada en un vestido dentro de un probador.

—¿Qué pasa? —preguntó Rhys desde el otro lado—. ¿Va todo bien?

—Sí. —Cogí la punta del vestido e intenté tirar de él hacia arriba, sin éxito—. Estoy bien.

Diez minutos después, estaba sudando y jadeando del esfuerzo y la falta de aire, y me dolían los brazos de tenerlos tanto tiempo subidos.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué coño haces ahí dentro? —Percibí el enfado de Rhys al otro lado de la puerta, alto y claro—. Tardas mucho.

No había escapatoria. Tenía que pedir ayuda.

—¿Puedes llamar a una vendedora? Necesito ayuda con... una cosa de la ropa.

Hubo una larga pausa.

—Se te ha atascado algo.

Las llamas de la vergüenza me subieron a la cara.

—Tú llama a alguien. Por favor.

—No puedo. Una empleada se ha ido a comer, y la otra tiene una cola de seis personas en la caja. —Me imaginé que Rhys había escrutado los movimientos de todo el mundo mientras me esperaba—. Yo te ayudo.

Si hubiera podido ver mi reflejo, seguro que me habría encontrado con una máscara de horror devolviéndome la mirada.

—*No* . ¡No puedes pasar!

—¿Por qué no?

—Porque estoy... —Medio desnuda. Expuesta—. Indecente.

—Ya he visto alguna que otra vez a mujeres medio desnudas, princesa. O me dejas pasar para ayudarte con el problema que sea que tengas, o vas a tener que esperar sentada una hora, que es lo que la cajera va a tardar en quitarse toda la cola. Se mueven más despacio que una tortuga puesta de morfina.

El universo me odiaba. Estaba convencida.

—Vale —dije en contra de mi voluntad, con las llamas de la vergüenza ardiendo cada vez con más fuerza—. Pasa.

Los probadores no tenían pestillo, y en un segundo la presencia de Rhys llenó el pequeño espacio. Aunque no le hubiera oído entrar, le habría sentido. Exudaba una intensa energía que cargaba cada molécula de aire y hacía que vibrara con él.

Ruda. Masculina. Poderosa.

Contuve el aliento mientras se acercaba, pisando con suavidad el suelo de linóleo con las botas. Para ser tan grande, se movía con la agilidad de una pantera.

El vestido me cubría el pecho, pero mis bragas de encaje se veían perfectamente, e intenté no pensar en cuánta carne le estaba enseñando a Rhys mientras este se colocaba delante de mí. Estaba tan cerca que sentía el calor que irradiaba su cuerpo y olía su aroma a jabón.

La tensión y el silencio bulleron con la misma fuerza cuando me agarró el dobladillo por encima de la cabeza y tiró de él. Se deslizó medio centímetro antes de detenerse otra vez, y me retorcí cuando la tela se me clavó en la piel.

—Voy a intentarlo por arriba —dijo Rhys con la voz distante y controlada.

Por arriba. Es decir, que tenía que ponerme las manos en la piel desnuda.

—Vale. —Me salió una indeseable voz de pito.

Todos los músculos del cuerpo se me tensaron cuando me puso las palmas de las manos en lo alto de las costillas. Pasó los pulgares por las rozaduras que me acababa de hacer el vestido antes de enganchar sus dedos debajo de la tela todo lo que pudo para subirlo poco a poco.

No podía seguir conteniendo la respiración.

Por fin solté el aire, con el pecho agitado, como si quisiera sentir más profundamente el tacto áspero y cálido de Rhys. Mis jadeos sonaron vergonzosamente fuertes en medio del silencio.

Rhys hizo una pausa. El vestido me llegaba a la mitad de los hombros, suficiente para dejar al aire mi pecho solo cubierto por el sujetador.

—Relaja la respiración, princesa, o esto no va a funcionar —dijo con un tono algo más tenso que un minuto antes.

Me moría de calor, pero logré controlar la respiración y él reanudó su trabajo.

Un poco más... Un poco más... Y fui libre.

Respiré aire fresco y parpadeé hasta ajustarme a la luz después de haber estado atrapada en el vestido durante veinte minutos.

Lo agarré, con la cara ardiendo de vergüenza y alivio.

—Gracias. —No sabía qué más decir.

Rhys dio un paso atrás, con la mandíbula como el granito. En lugar de contestar, cogió el chaleco antibalas y la camiseta que me ponía debajo e hizo un gesto con el dedo.

—Ven aquí.

—Me lo puedo poner yo sola.

De nuevo, no contestó.

Suspiré y me acerqué a él. Estaba muy cansada para pelearme, y no me resistí cuando me pasó la camiseta por el pecho, seguida del chaleco. Le observé en el espejo mientras ajustaba las correas del vestido hasta que se acomodó en mi torso. Seguía con el vestido en la mano, colocado estratégicamente para que me cubriera las bragas.

No sabía por qué me importaba tanto. Rhys mostraba el mismo interés en mi desnudez que en un maniquí de gomaespuma.

Sentí una punzada de enfado.

Rhys terminó de colocar el chaleco, pero antes de que pudiera retirarme, sus manos se aferraron a mis bíceps como un agarre metálico. Eran tan grandes que me abarcaban todo el brazo.

Me miró a los ojos en el espejo y bajó la cabeza hasta pegar la boca a mi oído.

—No te creas que no sé lo que llevas haciendo todo el día. —El aliento de Rhys me acarició la piel en una oscura advertencia—. Esta vez lo he dejado pasar, princesa, pero no me gustan los juegos. Por suerte, has pasado la prueba. —Me deslizó las manos hacia arriba por los brazos hasta apoyarlas en los hombros revestidos por el chaleco, dejando un reguero de fuego a su paso —. Tienes que aprender a seguir instrucciones sin replicar. Me da igual si te parecen ridículas. Un retraso de un segundo puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Si digo que te agaches, te agachas. Si digo que te pongas el chaleco antibalas en la puta playa, te pones el chaleco. ¿Entendido?

Retorcí el vestido con las manos.

—¿El chaleco era una prueba para ver si me lo ponía? Eso es muy... tramposo. —Un día entero perdido en una prueba estúpida. Sentí el peso de la indignación en el estómago—. Odio cuando haces esto.

Rhys esbozó una media sonrisa.

—Prefiero que me odies y estés viva a que me quieras, pero estés muerta. —Me soltó los hombros—. Vístete. Nos vamos.

Cerró la puerta tras él.

Por fin podía respirar, pero sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

Prefiero que me odies y que estés viva a que me quieras, pero estés muerta.

El problema era que no le odiaba. Odiaba sus normas y restricciones, pero no a él.

Ojalá odiarle.

Mi vida habría sido mucho más fácil.

Tercer mes de prueba

—No puedo ir.

—¿Cómo que no puedes ir? —La voz de Jules rebosaba incredulidad al otro lado del teléfono —. Llevamos hablando de este festival desde segundo. Nos hemos vestido a juego. ¡Stella ha alquilado un coche! Puede que nos matemos en un accidente porque conduce fatal...

—¡Te estoy oyendo! —gritó Stella a lo lejos.

—... pero es la única que tiene carnet.

—Ya lo sé. —Miré fijamente a Rhys, que estaba sentado en el sofá mientras afilaba un cuchillo como un psicópata—. A cierto guardaespaldas no le ha parecido seguro.

Llevaba años planeando ir al festival de música de Rokbury con mis amigas, y ahora tenía que caerme del plan.

—¿Y qué? Ven igual. Es él quien trabaja para ti, no al revés.

Ojalá hubiera podido, pero todavía estábamos en el periodo de prueba del trato, y las preocupaciones de Rhys no eran del todo infundadas. Rokbury se celebraba en un *camping* , a una hora y media de Nueva York, y aunque parecía una maravilla, todos los años pasaba algo: una tienda de campaña que se incendiaba, una pelea de borrachos que acababa en el hospital, una estampida provocada por el pánico... Además, anunciaban tormenta el fin de semana del festival, lo cual significaba que el *camping* se convertiría en un gigantesco lodazal, pero mis amigas querían arriesgarse de cualquier forma.

—Lo siento, J. Otro año iré.

Jules suspiró.

—Dile a tu maromo que está buenísimo, pero que es un completo aguafiestas.

—No es mi maromo. Es mi guardaespaldas. —Bajé la voz, pero me pareció ver como Rhys hacia una brevísima pausa antes de seguir puliendo el cuchillo.

—Peor aún. Se ha hecho con el control de tu vida y a cambio no recibes ni una ración de polla.

—*Jules* .

—Sabes que es verdad. —Otro suspiro—. Vale, lo pillo. Te echaremos de menos, pero ya nos veremos a la vuelta.

—Me parece bien.

Colgué el teléfono y me senté en el sillón, con el FOMO (*Fear of Missing Out* , «miedo a perderse cosas») por las nubes. Había comprado las entradas del festival hacía meses, antes de que Rhys empezara a trabajar para mí, y ahora tenía que revendérselas a un niñato cualquiera de mi clase de Teoría Política.

—Estarás contento —dije con resquemor.

No respondió.

Rhys y yo habíamos establecido una dinámica más funcional en los últimos tres meses, pero algunas veces seguía teniendo ganas de lanzarle un libro de texto a la cabeza. Como ahora.

Sin embargo, cuando llegó el día del festival el fin de semana siguiente, me llevé la sorpresa de mi vida.

Entré en el salón y se me salieron los ojos de las órbitas al ver que todo estaba completamente cambiado. Los muebles estaban agrupados a un lado, y habían sido reemplazados por una pila de almohadas de estampado *boho* y unos cojines en el suelo. Sobre la mesa de café había varios aperitivos y refrescos, y en la pantalla de la tele se podía ver en directo el festival de Rokbury. Y la joya de la corona era una tienda de campaña decorada con lucecitas, exactamente iguales que las que se ponían en el recinto del festival.

Rhys se sentó en el sofá, ahora colocado junto a la pared y debajo de la ventana, y frunció el ceño mirando su teléfono.

—Pero qué... —Me froté los ojos. No, no estaba soñando. La tienda, la comida, todo estaba ahí—. ¿Qué es esto?

—Un festival de interior —murmuró.

—Tú has preparado esto. —Más que una pregunta, era una declaración de incredulidad.

—A regañadientes, y con ayuda. —Rhys levantó la mirada—. Tu amiga pelirroja es una amenaza.

Claro. Eso tenía más sentido. Mis amigas debían de sentirse mal por que me perdiera el festival, así que me habían organizado una fiesta de consolación, por llamarlo de algún modo. Pero algo no encajaba.

—Ellas se fueron anoche.

—Lo dejaron todo listo de antemano mientras estabas en la ducha.

Mmm, podía ser. Me daba duchas muy largas.

Entusiasmada y algo más calmada, cogí un puñado de patatas fritas, gominolas y gaseosa y me arrastré hasta la tienda de campaña llena de cojines, donde vi las actuaciones de mis grupos favoritos por la tele. El sonido y la imagen eran tan buenos que *casi* era como estar allí.

Tenía que admitir que estaba más cómoda de lo que habría estado en el propio festival, pero echaba de menos disfrutarlo rodeada de toda la gente.

Después de una hora, saqué la cabeza de la tienda, dubitativa.

—Señor Larsen, ¿quieres unirte? Hay mucha comida.

Seguía sentado en el sofá, con el ceño fruncido como un oso que se acaba de despertar en el lado equivocado de la cueva.

—No, gracias.

—Venga. —Le llamé con la mano—. No me dejes sola con la fiesta. Es tristísimo.

Rhys hizo un gesto de burla antes de levantarse del asiento.

—Solo porque me has hecho caso con lo de no ir al festival.

Esta vez fui yo la que frunció el ceño.

—Lo dices como si estuvieras adiestrando a un perro.

—La mayoría de las cosas de la vida son como adiestrar a un perro.

—No es verdad.

—Vas a trabajar, te pagan. Cortejas a una chica, te acuestas con ella. Estudias, sacas buenas notas. Acción y recompensa. La sociedad funciona así.

Abrí la boca para rebatírselo, pero tenía razón.

—Nadie dice «*cortejar*» desde hace años —murmuré. Odiaba cuando tenía razón.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente.

Era demasiado grande para meterse en la tienda conmigo, así que se sentó al lado, en el suelo. A pesar de mi insistencia, se negó a tocar la comida, y dejó que yo me comiera todos los aperitivos.

Una hora después, había ingerido tanto azúcar e hidratos de carbono que me dolía un poco la tripa, y Rhys parecía aburrido y a punto de dormirse.

—Ya veo que no eres fan de la música electrónica. —Me estiré con un gesto de dolor. La última bolsa de patatas con sal y vinagre no había sido buena idea.

—Suena como un anuncio malo de Mountain Dew.

Casi me atraganto con el agua.

—De acuerdo. —Me limpié la boca con una servilleta, incapaz de contener la sonrisa. Rhys estaba tan serio que disfrutaba cada vez que su coraza de piedra se resquebrajaba—. Pues dime. Si no te gusta la electrónica y el *dance* , ¿qué te gusta?

—No suelo escuchar música.

—¿Y alguna afición? —insistí—. Tienes que tener un *hobby* .

No respondió, pero el breve destello de desconfianza en sus ojos me dijo todo lo que necesitaba saber.

—¡Tienes uno! —Sabía tan poco de Rhys, aparte de su trabajo, que me aferré a ese bocado de información como un animal hambriento—. ¿Qué es? Déjame adivinarlo. Tejer. No, ir a ver pájaros. No, hacer *cosplay* .

Eran los *hobbies* más aleatorios e impropios de Rhys que se me ocurrieron.

—No.

—¿Sellos? ¿Yoga? ¿Pokémon?

—Si te lo digo, ¿te callas? —dijo de malos modos.

Respondí con una sonrisa virginal.

—Puede.

Rhys dudo un momento antes de decir:

—A veces dibujo.

De todas las cosas que esperaba que dijera, no estaba ni entre las primeras cien.

—¿Qué dibujas? —pregunté con tono burlón—. Seguro que coches blindados y alarmas de seguridad. A lo mejor un pastor alemán cuando te pones nostálgico y tontorrón...

Resopló.

—Excepto por lo del pastor alemán, haces que parezca la hostia de aburrido. —Abrí la boca y él alzó la mano—. Ni lo sueñes.

Cerré la boca, pero mantuve la sonrisa.

—¿Cómo empezaste a dibujar?

—Me lo sugirió mi terapeuta. Dijo que me ayudaría con mi condición. Y resulta que me gusta. —Se encogió de hombros—. Acabé con la terapeuta, pero seguí dibujando.

Me atravesó otro destello de sorpresa, tanto por el hecho de que fuera a terapia como por que lo dijera de una forma tan abierta. La mayoría de la gente no lo admitía con tanta facilidad.

Pero tenía sentido. Había servido en el ejército durante diez años. Imaginaba que había vivido una buena cantidad de experiencias que le habrían marcado.

—¿Trastorno de estrés postraumático? —pregunté con suavidad.

Rhys asintió con la cabeza.

—Sí, TEPT complejo. —No entró en detalles, ni se los pedí. Era un tema demasiado personal como para hurgar en él.

—Qué decepción —dije cambiando de tema, ya que *sentía* que estaba volviendo a cerrarse—. Tenía la esperanza de que hicieras *cosplay* . Pegarías de Thor, solo que con el pelo moreno.

—Es la segunda vez que intentas que me quite la camiseta, princesa. Cuidado, o pensaré que estás intentando seducirme.

Me puse roja.

—No estoy intentando que te quites la camiseta. Thor ni siquiera... —Me detuve cuando vi que se le escapaba una carcajada—. Me estás vacilando.

—Cuando te picas, te pones como un tomate.

Entre el festival de interior y la frase de «*te pones como un tomate*» en boca de Rhys, estaba convencida de que me había despertado en una realidad alternativa.

—*No* me he puesto como un tomate —dije con toda la dignidad que pude—. Al menos no soy yo la que se niega a operarse.

Rhys frunció las cejas gruesas y oscuras.

—La cara de asco —aclaré—. Seguro que un buen cirujano plástico te la puede arreglar.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire durante un segundo antes de que Rhys hiciera algo que me dejó de piedra. Se rio.

Y fue una risa real, no la media risita que se le había escapado en Eldorra. Arrugó los ojos y se le marcaron las líneas tenues y extrañamente sensuales de alrededor. El blanco de sus dientes contrastaba con su piel bronceada.

El sonido se deslizó por mi interior, áspero y rugoso como imaginaba que sería su tacto.

Tampoco es que hubiera imaginado nunca cómo sería su tacto. Era una suposición.

—*Touché* . —El final de la risa le asomó por las comisuras de la boca y se transformó en algo magnífico y luego devastador.

Y ahí fue cuando ocurrió otra catástrofe, una mucho más perturbadora que quedarse atascada en un vestido demasiado estrecho dentro de un probador.

Algo ligero y aterciopelado me rozó el corazón... y revoloteó. Solo una vez, pero fue bastante para identificarlo.

Una mariposa.

No, no, no.

Me encantaban los animales, de verdad, pero no podía tener una mariposa en el estómago. No por Rhys Larsen. Debía morir inmediatamente.

—¿Estás bien? —Me miró extrañado—. Parece que estás a punto de vomitar.

—Sí, estoy bien. —Me volví a concentrar en la pantalla, intentando no mirarle—. He comido demasiado, y muy rápido. Eso es todo.

Pero estaba tan nerviosa que no pude concentrarme en nada durante el resto de la tarde, y cuando al fin llegó la hora de dormir, no fui capaz de conciliar el sueño.

No podía gustarme mi guardaespaldas. No podía provocarme esas mariposas.

Solo las había sentido nada más conocerle, pero habían muerto en cuanto Rhys abrió la boca. ¿Por qué volvían ahora, cuando ya sabía lo insufrible que era?

Tranquilízate, Bridget.

Me empezó a vibrar el móvil y cogí la llamada, agradecida por la distracción.

—¡Bridge! —gritó Jules claramente achispada—. ¿Cómo vas, amor?

—Aquí en la cama. —Me reí—. ¿Te lo estás pasando bien en el festival?

—Síii, pero te echo de menos. Sin ti no mola tanto.

—A mí también me gustaría estar allí. —Me quité un mechón de pelo del ojo—. Al menos he tenido el festival de interior. Ha sido una idea genial, por cierto. Muchas gracias.

—¿Festival de interior? —Jules parecía confusa—. ¿De qué hablas?

—Lo que preparasteis con Rhys —le recordé—. La tienda, los cojines, la comida...

—Igual voy más pedo de lo que creía, pero no tengo ni idea de lo que hablas. Yo no preparé nada con Rhys.

Sonaba sincera, y no tenía motivos para mentir. Pero si Rhys no lo había planeado con mis amigas...

Se me aceleró el latido.

Jules siguió hablando, pero yo ya había desconectado.

Ya no sentía una, sino un millón de mariposas revoloteando en el estómago.

7

Bridget

Cuarto mes de prueba

Cuando llegó la graduación un mes después, ya había logrado encerrar a todas las mariposas en una jaula, excepto a una rebelde que se escapó dos veces. La primera, cuando vi a Rhys haciéndole mimos a *Flor* , quien con lo adorable que era había conseguido conquistarle. Y otra vez cuando vi cómo se le tensaban los músculos mientras metía las bolsas de la compra en casa.

No les hacía falta gran cosa para echar a volar. Malditas.

Aun así, a pesar de los bichos pesadísimos que vivían de gratis en mi estómago, intenté comportarme con normalidad alrededor de Rhys. No me quedaba otra.

—¿Me vas a dar alguna medalla o un certificado de reconocimiento por haberme portado tan bien estos cuatro meses? —Daba la casualidad de que el último día del periodo de prueba coincidía con mi ceremonia de graduación, y no pude resistirme a burlarme de Rhys mientras esperábamos a que Ava preparara el trípode para hacer la foto. Era nuestra fotógrafa de grupo no oficial.

—No. Lo que ganas es un teléfono sin rastreador. —Rhys examinó el patio, con la mirada clavada en los padres de barriga cervecera y en las madres blancas y rubias vestidas de marca de arriba abajo.

—Lleva todo este tiempo sin rastreador.

—Pues ahora se queda así.

Al parecer, Rhys nunca había oído hablar de la empatía. Estaba intentando estar de buen rollo, y él estaba más serio que un ataque al corazón.

¿En serio, Bridget? ¿Este es el tío por el que sientes mariposas?

Antes de que se me ocurriera una respuesta ingeniosa, Ava nos hizo un gesto para que fuéramos a hacernos las fotos, y Rhys se quedó por detrás mientras yo me colocaba junto a Jules, Stella, Josh y Ava, que controlaba la cámara con una aplicación del móvil.

Ya me ocuparía luego de las mariposas. Era el último día en el campus con mis amigas como alumna y quería disfrutarlo.

—Me has pisado —le dijo Jules a Josh.

—Pues quita el pie de donde estoy yo —replicó Josh.

—Lo dices como si tuviera la intención de poner alguna parte de mi cuerpo en tu camino...

—Tendría que desinfectarme después de...

—¡Que os calléis! —Stella levantó las manos en el aire, haciéndonos callar a todos con su tono. Normalmente era la más zen del grupo—. O subo a Instagram las peores fotos que tengo de *vosotros dos* .

Josh y Jules ahogaron un grito.

—¡Ni de coña! —dijeron a la vez antes de mirarse.

Contuve una carcajada mientras Ava, que era quien solía mediar en los conflictos entre su amiga y su hermano, sonreía.

Al final logramos hacernos una foto de grupo decente, y luego otra, y otra, hasta que tuvimos bastantes fotos como para llenar media docena de álbumes, y entonces llegó la hora de despedirnos.

Abracé a mis amigas e intenté tragarme el nudo de emoción que tenía en la garganta.

—Os voy a echar de menos.

Jules y Stella se quedarían en Washington, una para estudiar Derecho y la otra para trabajar como asistente en la revista *D. C. Style* , pero Ava se iba a Londres con una beca de estudios de un curso entero, y yo me iba a Nueva York.

Había convencido a la Casa Real de que me dejaran quedarme en el país como embajadora de Eldorra. Si había algún evento que requiriera la presencia de la familia real de Eldorra, yo iría en representación. Desgraciadamente, por mucho que quisiera quedarme en Washington, la mayoría de los actos se celebraban en Nueva York, por lo que iría para allá.

Le di el abrazo más largo e intenso a Ava. Entre su drama familiar y su ruptura con Alex, lo había pasado fatal en los últimos meses, y necesitaba más cariño que nadie.

—Te va a encantar Londres —dije—. Será un nuevo comienzo, y tienes el librito que te regalé con todos los lugares de visita obligada.

Ava esbozó una breve sonrisa.

—Seguro que sí. Gracias. —Miró alrededor, quizás buscando a Alex. Daba igual lo que dijera, no lo había superado, y probablemente no lo haría durante un tiempo.

No le vi entre la multitud, pero tampoco me sorprendía. Para ser un supuesto genio, podía ser bastante idiota. Había dicho y hecho cosas terribles, pero se preocupaba por Ava. Solo que era demasiado terco o estúpido para hacerse cargo.

Anoté mentalmente ir a verle antes de irme a Nueva York. Estaba cansada de esperar a que sacara la cabeza de su propio culo.

Después de una última ronda de abrazos, mis amigas se fueron con sus familias hasta que solo quedamos Rhys y yo.

Mi abuelo y Nikolai querían ir, pero tuvieron que cancelar el viaje en el último momento por no sé qué crisis diplomática con Italia. A los dos les dio rabia perderse mi graduación, pero les

aseguré que no me importaba.

Y era verdad. Entendía las responsabilidades que conllevaban la corona y la sucesión al trono. Pero eso no significaba que no pudiera revolcarme en un poco de autocompasión.

—¿Estás lista? —preguntó Rhys con un tono más amable de lo habitual.

Asentí, reprimiendo el cosquilleo de soledad en el estómago mientras íbamos hacia el coche. La graduación, el cambio de ciudad, despedirme del que había sido mi hogar los últimos cuatro años... Eran muchos cambios en poco tiempo.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no me di cuenta de que estábamos yendo al centro en vez de a casa, hasta que vi a lo lejos el Monumento a Washington.

—¿Adónde vamos? —Me recoloqué en el asiento—. No me estarás llevando a algún almacén para descuartizarme, ¿no?

No veía la cara de Rhys, pero casi podía escuchar su mirada.

—Si quisiera hacer eso, lo habría hecho nada más conocerte. —Me pareció más insultante que tranquilizador, y fruncí el ceño, pero cuando estaba a punto de replicarle, añadió—: Me imaginaba que no querrías quedarte en casa y pedir comida la noche de tu graduación.

Pues *no* , no quería quedarme en casa la noche de mi graduación. Me parecía bastante triste, pero también lo era cenar sola en cualquier restaurante de la ciudad.

Iba con Rhys, pero a él le pagaban por estar ahí, y no es que hablara por los codos precisamente. Y, sin embargo..., había adivinado justo lo que necesitaba sin que yo le hubiera dicho ni una palabra.

Otra mariposa se me escapó del estómago antes de que volviera a meterla en su jaula.

—¿Y adónde vamos, entonces? —volví a preguntar, a medida que la intriga reemplazaba a la melancolía.

Se detuvo delante de un centro comercial pequeño. No había muchos de ese estilo en Washington, pero este tenía todas las tiendas de un centro comercial grande, y además un Subway, un salón de manicura y un restaurante llamado Walia.

—El mejor etíope de la ciudad. —Rhys apagó el motor.

Me dio un vuelco el corazón. La comida etíope era mi favorita. Pero di por hecho que Rhys lo había elegido al azar sin acordarse del dato, que se me había escapado una vez en el coche.

—No te creo —dije—. El mejor etíope está en la calle U.

Pues no. En cuanto probé la *injera* y el *tibs* de ternera una hora después, confirmé que Rhys tenía razón. *Sí* que era el mejor etíope de la ciudad.

—¿Cómo es que no conocía este sitio? —pregunté, partiendo otro trozo de *injera* para coger la carne. En la cultura etíope, el pan es un utensilio más con el que comer.

—No lo conoce mucha gente. Fui el escolta de un pez gordo etíope durante varios meses. Así es como descubrí este sitio.

—Eres una caja de sorpresas. —Mastiqué la comida, pensativa. Después de tragar, añadí—: Ya que es mi fiesta de graduación, vamos a jugar a un juego. Se llama «Conociendo a Rhys

Larsen».

—Suena aburrido. —Rhys examinó el restaurante—. Yo ya conozco a Rhys Larsen.

—Yo no.

Suspiró profundamente y yo me contuve para no ponerme a dar saltos de alegría, porque el suspiro significaba que estaba a punto de ceder. No solía ceder, pero cuando lo hacía, disfrutaba como una niña en una tienda de golosinas.

—Vale. —Rhys se reclinó hacia atrás y se cruzó de brazos como un perfecto gruñón—. Solo porque es tu graduación.

Sonreí.

Bridget, uno. Rhys, cero.

Durante el resto de la cena le estuve bombardeando a preguntas que siempre había querido preguntarle, empezando por las más tontas:

¿Comida favorita? El boniato asado.

¿Color favorito? El negro. (Sorpresa.)

¿Película favorita? *Reservoir Dogs* .

Una vez agotadas las preguntas básicas, pasé a un terreno más personal. Para mi sorpresa, respondió a casi todas las preguntas sin quejarse. Las únicas que eludió fueron las relativas a su familia.

¿Tu mayor miedo? El fracaso.

¿Tu mayor sueño? La paz.

¿De qué te arrepientes más? De la inacción.

Rhys no elaboró sus respuestas, y yo tampoco le presioné. Ya me había dado más de lo que esperaba, y si le presionaba demasiado, se cerraría.

Al final, me armé de valor para sacar un tema que llevaba rondándome varias semanas.

El vino dulce ayudaba. Me hacía entrar en calor, me excitaba, y a cada sorbo iba eliminando cualquier clase de inhibición.

—Respecto al festival de interior que hiciste con lo de Rokbury...

Rhys pinchó un trozo de carne, ignorando a la mesa de mujeres que le miraban desde la esquina.

—¿Qué pasa?

—Mis amigas no sabían de qué les estaba hablando cuando se lo mencioné. —También lo había comprobado con Ava y Stella, por si acaso, y las dos se me quedaron mirando como si tuviera dos cabezas.

—¿Y qué?

Apuré el vino, hecha un manojo de nervios.

—Que dijiste que mis amigas te ayudaron a prepararlo.

Rhys masticó en silencio, sin contestar.

—¿Se te ocurrió...? —Se me formó un extraño nudo en la garganta. Debía de haber comido

demasiado—. ¿Se te ocurrió a ti la idea? ¿Y lo preparaste todo solo?

—No es para tanto. —Siguió comiendo sin mirarme.

Sabía que había sido él desde que hablé por teléfono con Jules, pero escuchar su confirmación era otra historia.

Las mariposas del estómago se me escaparon todas a la vez, mientras el nudo en mi garganta se iba haciendo cada vez más grande.

—Sí que es para tanto. Fue... un detalle por tu parte. Igual que lo de esta noche. Gracias. —Empecé a darle vueltas a mi anillo de plata—. Pero no entiendo por qué no me dijiste que fue idea tuya, ni por qué lo hiciste. Si ni siquiera te caigo bien.

Rhys frunció el ceño.

—¿Quién dice que no me caigas bien?

—Tú.

—Yo nunca he dicho eso.

—Lo has dado a entender. Siempre estás quejándote y riñéndome.

—Solo cuando no me escuchas.

Me mordí los labios para no darle una respuesta cortante. La noche estaba yendo muy bien, y no quería estropearla, incluso aunque a veces me hiciera sentir como una niña rebelde.

—No te lo dije porque no era apropiado —añadió con la voz grave—. Eres mi clienta. No debería... hacer ese tipo de cosas.

Me estalló el corazón en el pecho.

—Pero el caso es que lo hiciste.

Rhys hizo un gesto de disgusto, como si estuviera enfadado por sus propias acciones.

—Sí.

—¿Por qué?

Levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron por fin.

—Porque sé lo que es la soledad.

La soledad.

La palabra me golpeó con más fuerza de la debida. No estaba sola físicamente; todos los días a todas horas estaba rodeada de gente. Pero por mucho que me esforzara en fingir que era una universitaria normal y corriente, no lo era. Era la princesa de Eldorra. Eso significaba *glamour* y fama, pero también guardaespaldas y protección las veinticuatro horas del día, chalecos antibalas y una vida planeada, no vivida.

El resto de los miembros de la realeza que conocía, incluido mi hermano, se conformaban con vivir la vida en una pecera. Yo era la única desesperada por escapar de mi propia piel.

La soledad.

De alguna forma, Rhys había reconocido esa verdad inherente en mí antes incluso que yo.

—Detallista y observador. —Era muy observador con el entorno, pero jamás habría esperado que lo fuera también conmigo, ni que viera partes de mí que incluso me negaba a mí misma—. *Sí*

que eres una caja de sorpresas.

—No se lo cuentes a nadie, o tendré que matarlos.

La tensión se rompió, y esbocé una sonrisa pequeña y genuina.

—También tienes humor. Estoy segura de que los extraterrestres han secuestrado tu cuerpo.

Rhys resopló.

—Que lo intenten.

No le hice más preguntas, y Rhys no me dio más respuestas. Terminamos la cena en un agradable silencio y después de que pagara la cuenta (se negó a pagar a medias) paseamos hasta un parque cercano para bajar la cena.

—¿Me dejas que vaya por ahí sin el chaleco? —bromeé. El chaleco antibalas estaba colgado al fondo de mi armario, no lo había tocado desde el día del centro comercial.

De pronto recordé las manos de Rhys en el probador y me ruboricé.

Menos mal que estaba oscuro.

—No me hagas arrepentirme. —Rhys hizo una pausa antes de añadir—: Has demostrado que puedes comportarte sin que yo esté todo el día detrás —dijo a regañadientes.

Había tenido más cuidado en los últimos meses, incluso cuando Rhys no me daba instrucciones explícitas, pero no esperaba que se hubiera dado cuenta. No había dicho nada hasta ahora.

Sentí un calor agradable en el estómago.

—Señor Larsen, puede que al final no nos acabemos matando.

Torció el gesto.

Seguimos andando por el parque, entre parejas que se enrollaban en los bancos, grupos de adolescentes junto a las fuentes y un músico callejero tocando la guitarra.

Quería quedarme en ese momento para siempre, pero la cena, el alcohol y un largo día habían conspirado para dejarme exhausta, y no pude evitar un pequeño bostezo.

Rhys se dio cuenta de inmediato.

—Hora de irse, princesa. A la cama.

Quizás fue porque estaba delirando del cansancio y las emociones del día, o quizás por mi reciente sequía sexual, pero de solo pensar en la idea de que él «me llevara a la cama», me subió un calor por todo el cuerpo.

Porque en mi imaginación hacíamos absolutamente de todo menos dormir.

Las imágenes de Rhys desnudo encima de mí, debajo de mí, detrás de mí... se agolparon en mi cerebro hasta que los muslos se me tensaron y la ropa me empezó a raspar la piel. De pronto sentía la lengua demasiado espesa, el aire demasiado ligero.

Mi primera fantasía sexual con él, y estaba a un metro y medio de distancia, mirándome fijamente.

Yo era una princesa, él mi guardaespaldas.

Yo tenía veintidós años, él treinta y uno.

Estaba mal, pero no podía parar.

Los ojos de Rhys se oscurecieron. No podía leer la mente, pero tenía la ligera intuición de que podía entrar dentro de mi cerebro y descubrir cada uno de los pensamientos sucios y prohibidos que tenía sobre él.

Abrí la boca, sin saber muy bien qué iba a decir, pero tenía que decir algo para romper el silencio peligrosamente cargado.

Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar palabra, un disparo rompió en dos la noche y se desató el caos.

8

Bridget/Rhys

Bridget

Recuerdo que estaba de pie. Y, en cuestión de un segundo, ya estaba en el suelo, con la mejilla apoyada contra la hierba, mientras Rhys protegía mi cuerpo con el suyo, y los gritos resonaban por todo el parque.

Pasó todo tan rápido que a mi cerebro le costó unos instantes asimilar lo que estaba ocurriendo.

Cena. Parque. Disparos. Gritos.

Palabras sueltas que tenían sentido por sí solas, pero que no podía relacionar entre sí en una línea de pensamiento coherente.

Sonó otro disparo, seguido de más gritos.

Aún encima de mí, Rhys soltó una maldición en un volumen tan bajo que me pareció que me la había imaginado.

—Cuando cuente hasta tres, corremos a ese árbol. —Su tono calmado me tranquilizó un poco —. ¿Vale?

Asentí. Mi cena amenazaba con hacer acto de presencia, pero me obligué a centrarme. No podía perder la calma, no mientras estuviéramos en el campo de visión de un atacante.

Entonces le vi. Estaba tan oscuro que no le distinguía con detalle, a excepción del pelo, más bien largo y rizado, y la ropa: sudadera, vaqueros, deportivas. Se parecía a cualquiera de mis compañeros de clase de Thayer, lo cual me asustaba todavía más.

Nos dio la espalda, como si mirara algo, o *a alguien* (la víctima), pero en cualquier momento podía darse la vuelta otra vez.

Rhys se separó para que yo pudiera impulsarme con las manos y las rodillas, sin levantarme del todo. Él sacó la pistola y entonces el hombre gruñón pero detallista de la cena desapareció, y fue reemplazado por un soldado de sangre fría.

Concentrado. Decidido. Letal.

Por primera vez, vi al hombre que había sido en el ejército, y me recorrió un escalofrío por toda la espalda. Sentí lástima de cualquiera que se hubiera enfrentado a él en el campo de batalla.

Rhys hizo la cuenta atrás con el mismo tono calmado.

—Tres, dos, uno... ¡ya!

No pensé. Solo corrí.

Detrás de nosotros sonó otro disparo, me estremecí y me tropecé con una roca suelta. Rhys me agarró de los brazos con las manos firmes y el cuerpo todavía protegiéndome por detrás, y me guio hasta la espesura de los árboles en el extremo del parque. No podíamos llegar a la salida sin pasar al lado del tirador, donde no había nada para cubrirse, por lo que tendríamos que esperar a que llegara la policía.

Suponía que llegarían de un momento a otro. Alguien del parque tendría que haberles llamado.

Rhys me empujó detrás de un árbol grande.

—Espera aquí y *no* te muevas hasta que yo te diga —ordenó—. Y, sobre todo, no dejes que te vea.

Se me aceleró el pulso.

—¿Adónde vas?

—Alguien tiene que pararle.

Sentí un sudor frío por todo el cuerpo. No podía estar diciendo lo que me parecía que estaba diciendo.

—Pero no tienes que ser tú. La policía...

—Cuando lleguen ya será demasiado tarde. —Rhys estaba más serio que nunca—. No te muevas.

Y desapareció.

Miré con horror cómo Rhys cruzaba la amplia extensión de hierba hasta el atacante, que apuntaba a alguien tirado en el suelo. Un banco me impedía ver quién era la víctima, pero cuando bajé la cabeza para mirar por debajo, mi terror se multiplicó.

No era una persona. Eran dos. Un hombre y, a juzgar por el tamaño de la persona que tenía al lado, un niño.

Ahora sabía por qué Rhys había puesto esa cara antes de ir.

¿Quién apuntaría con un arma a un *niño* ?

Me presioné la boca con el puño, conteniendo las ganas de vomitar. Hacía menos de una hora, estaba bromeando con Rhys mientras tomábamos vino y pan y pensando en lo que iba a echar en la maleta de Nueva York. Y ahora estaba escondida detrás de un árbol en un parque, viendo cómo mi guardaespaldas corría hacia lo que podía ser una muerte segura.

Rhys era un soldado con experiencia, pero seguía siendo humano, y los humanos se morían. Uno podía estar vivo y, a continuación, muerto, dejando tan solo una carcasa inerte y vacía de la persona que era antes.

—Cielo, me temo que tengo malas noticias. —Me pareció que mi abuelo tenía los ojos irritados, y me apreté la jirafa de peluche contra el pecho, sintiendo cómo el miedo me invadía

todo el cuerpo. Mi abuelo nunca lloraba—. Es tu padre. Ha tenido un accidente.

El recuerdo se esfumó de mi memoria justo a tiempo para ver cómo el hombre que estaba en el suelo volvía la cabeza ligeramente. Había visto a Rhys pasando por detrás del atacante.

Por desgracia, ese pequeño movimiento fue suficiente para advertir al atacante, que se dio la vuelta y disparó otra vez al mismo tiempo que Rhys también lo hacía.

Dejé escapar un grito.

Rhys. Disparo. Rhys. Disparo.

Las palabras se repetían en mi cerebro como el mantra más espantoso del mundo.

El atacante se desplomó en el suelo. Rhys se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

A lo lejos empezaron a sonar sirenas de policía.

Todo, desde el primer disparo hasta el último, había sucedido en menos de diez minutos, pero el terror tenía una forma curiosa de distorsionar el tiempo hasta hacer que cada segundo pareciera una eternidad.

Parecía que la cena hubiera sido hacía años. Y la graduación, en otra vida.

El instinto me devolvió al presente, y corrí hacia Rhys, con el corazón en la garganta.

Por favor, que esté bien.

Cuando llegué, me di cuenta de que había desarmado al atacante, que ahora se estaba desangrando entre gemidos en el suelo. A pocos metros, el hombre al que había apuntado con la pistola también sangraba, y bajo la luz de la luna vi que estaba pálido. El niño, de unos ocho o nueve años, arrodillado a su lado, nos miraba a Rhys y a mí con los ojos como platos.

—¿Qué coño haces? —ladró Rhys al verme.

Lo examiné en busca de alguna herida, pero estaba tan entero y gruñón como siempre, así que me imaginé que no tenía nada grave.

El niño, por su parte, necesitaba que alguien le consolara.

Ignoré la pregunta de Rhys y me agaché hasta bajar al nivel del niño.

—Tranquilo —dije con suavidad. No me acerqué para no asustarle más—. No te vamos a hacer daño.

Apretó el brazo de quien deduje que era su padre.

—¿Mi padre se va a morir? —preguntó con un hilo de voz.

Un nudo de emoción se me formó en la garganta. Debía de tener la misma edad que yo cuando murió mi padre, y...

Basta. Esto no va de ti. Céntrate en el presente.

—Los médicos llegarán enseguida para curarle. —Eso esperaba. El hombre estaba perdiendo el conocimiento por momentos y no paraba de sangrar, hasta que se formó un charco que manchó las zapatillas de su hijo.

Para ser más precisos, los que iban a venir eran los técnicos de emergencias, pero no le iba a explicar la diferencia a un niño traumatizado. «Médicos» sonaba más tranquilizador.

Rhys se arrodilló a mi lado.

—Tiene razón. Los médicos saben lo que hacen. —Habló con una voz suave que nunca le había oído, y se me encogió el corazón. Mucho—. Nos quedaremos contigo hasta que lleguen. ¿Qué te parece?

Al niño le tembló el labio, pero asintió.

—Vale.

Antes de que pudiera decir nada más, aparecieron unas luces detrás de nosotros y una voz retumbó por todo el parque.

—¡Policía! ¡Manos arriba!

Rhys

Preguntas. Revisión médica. Más preguntas, seguidas de unas cuantas palmadas en la espalda por ser un «héroe».

La siguiente hora puso a prueba mi paciencia como nunca antes... gracias a la maldita mujer que me acompañaba.

—Te dije que no te movieras. Era una orden simple, princesa —gruñí. Verla correr hacia mí mientras el atacante seguía libre me había provocado más pánico que el hecho de que me apuntara a la cabeza con la pistola.

Daba igual que ya le hubiera desarmado. ¿Y si tenía una segunda pistola que no había visto?

Me dio un escalofrío de terror.

Podía aguantar un disparo. Pero no que le hicieran daño a Bridget.

—Te habían disparado, señor Larsen. —Se cruzó de brazos. Yo me senté en la parte de atrás de la ambulancia con ella de pie, frente a mí—. Ya habías neutralizado al atacante, y creía que ibas a *morir* .

Le tembló la voz al final de la frase, y toda mi ira se esfumó de pronto.

Además de mis compañeros de la Marina, no recordaba la última vez que alguien se había preocupado de verdad por mí. Pero Bridget lo había hecho, por algún motivo desconocido, y no solo porque yo fuera su guardaespaldas. Lo veía en sus ojos y lo escuchaba en el temblor de su voz, normalmente firme y segura.

Y eso me dolía más que una bala en el pecho.

—Estoy bien. La bala solo me ha rozado. Ni siquiera ha entrado en la carne. —Los técnicos de emergencias me habían vendado y en dos o tres semanas estaría como nuevo.

Al sorprender al atacante, este había disparado por acto reflejo, sin apuntar bien. Al esquivar la bala a tiempo me había librado de una herida en el hombro mucho más grave.

Se lo habían llevado al hospital bajo custodia policial. Seguían investigando lo ocurrido, pero por lo que había presenciado, parecía que el objetivo del atacante era el padre del niño. Parecía

ser por algo relacionado con un mal negocio o un ajuste de cuentas. El tirador estaba drogado, hasta el punto de no importarle llevar a cabo su venganza en un parque lleno de gente.

Por suerte, también iba tan drogado que se había puesto a divagar sobre todo lo que le había hecho aquel hombre, en lugar de dispararle directamente.

Las ambulancias se habían llevado al padre y al hijo hacía rato. El padre había perdido mucha sangre, pero le habían estabilizado y se recuperaría. El niño estaba ileso. Traumatizado, pero vivo. Me había asegurado antes de que se fueran.

Gracias a Dios.

—Estabas sangrando. —Bridget me pasó los dedos por el vendaje, y su tacto atravesó la gasa hasta llegar a mis huesos.

Me puse rígido y ella se quedó inmóvil.

—¿Te duele?

—No. —O, por lo menos, no de esa forma.

Pero me miraba como si tuviera miedo de que desapareciera en un parpadeo. Me dolía el pecho como si me hubiera arrancado un pedazo de corazón y se lo hubiera quedado.

—Seguro que no te imaginabas que tu noche de graduación iba a terminar así. —Me pasé una mano por la barbilla y mi boca se torció en una mueca—. Deberíamos haber ido directos a casa después de cenar.

Había utilizado la excusa mala de dar un paseo por el parque para bajar la comida, cuando en realidad lo único que quería era alargar la noche, porque cuando nos despertáramos al día siguiente, todo volvería a ser como siempre. La princesa y su guardaespaldas, la clienta y el empleado.

Era lo máximo que podíamos ser, pero eso no impedía que durante la cena se me hubieran pasado por la cabeza todo tipo de pensamientos. Por ejemplo, que podría haberme quedado con ella toda la noche, aunque normalmente odiaba contestar preguntas personales. O si Bridget sabría tan dulce como parecía, o las ganas que tenía de despojarla de su frialdad hasta llegar al fuego que había debajo. Disfrutar de su calor, dejar que ardiera el mundo hasta que solo quedáramos nosotros.

Pero no eran más que pensamientos. Los aparté de mi mente en un segundo, pero aun así se quedaron al fondo, como la letra de una canción muy pegadiza.

Volví a fruncir el ceño.

Bridget negó con la cabeza.

—No. Estaba siendo una buena noche hasta... Bueno, hasta esto. —Señaló con la mano el parque—. Si nos hubiéramos ido a casa, quizás el padre y el hijo habrían muerto.

—Quizás, pero la he cagado. —No ocurría a menudo, pero era capaz de admitirlo llegado el caso—. Mi prioridad número uno como guardaespaldas es protegerte a ti, no jugar a ser el héroe. Debería haberte sacado de allí y escapar, pero... —Se me tensó la mandíbula.

Bridget esperó paciente a que terminara. Incluso con el pelo revuelto y el vestido sucio de

haberse arrastrado por el suelo, parecía un ángel en el infierno de mi vida. Melena rubia, ojos oceánicos, y un resplandor que no procedía de su belleza exterior, sino de la interior.

Era demasiado bella para que la tocara con cualquier parte de mi ser, pero algo me obligó a continuar.

—Cuando iba al instituto, conocí a un chico. —Los recuerdos se desplegaron como una película manchada de sangre, y sentí una punzada de culpa en las tripas—. No era mi amigo, pero quizás sí lo más parecido que tenía a un amigo. Vivíamos muy cerca, y me invitaba a su casa los fines de semana. —Yo nunca invitaba a Travis a la mía. No quería que viera cómo era vivir ahí.

—Un día iba de camino a su casa y vi cómo le atracaban a punta de pistola justo delante de su jardín. Su madre estaba en el trabajo, y era un barrio peligroso, donde podían pasar esas cosas. Pero Travis se negó a darle su reloj al atracador. Era un regalo de su padre, que murió cuando él era pequeño. El atracador no se lo tomó bien y le pegó un tiro ahí mismo, a plena luz del día. Nadie, ni yo mismo, hizo nada por evitarlo. En nuestro barrio había dos reglas de supervivencia: una, cierra la boca, y dos, métete en tus asuntos.

Noté un sabor amargo en la boca. Recordé la imagen y el sonido del cuerpo de Travis desplomándose contra el suelo. Le salía sangre del pecho a borbotones, tenía la mirada desencajada por la sorpresa... y la traición, al ver que yo me había quedado ahí mirando cómo se moría.

—Me fui a casa, vomité y me prometí que nunca más volvería a ser un cobarde.

¿De qué te arrepientes más? De la inacción.

Me alisté en el ejército para tener un propósito y la familia que nunca tuve. Me hice guardaespaldas para absolverme de pecados que nunca podría expiar.

Vidas salvadas por vidas perdidas, directa o indirectamente.

¿Tu mayor miedo? El fracaso.

—No fue culpa tuya —dijo Bridget—. Tú también eras un niño. No podías hacer nada contra un atracador armado. Si lo hubieras intentado, quizás también habrías muerto.

Otra vez. Otra vez la palabra «*muerto*» .

Bridget apartó la mirada, no sin que antes le viera un brillo sospechoso en los ojos.

Apreté los puños.

No lo hagas. Pero ya la había cagado unas cuantas veces esa noche. ¿Qué importaba otra más?

—Ven aquí, princesa. —Levanté el brazo. Ella se acercó y enterró la cabeza en mi hombro sano. Nunca nos habíamos mostrado tan vulnerables el uno con el otro, y removió algo en mi interior.

—No pasa nada. —Le di unas incómodas palmadas en el brazo. No se me daba bien consolar a los demás—. Ya está. Todos estamos bien, excepto el gilipollas de la pistola. Supongo que hoy no era la mejor noche para dejarse el chaleco antibalas en casa.

Ahogó una risa que me hizo vibrar.

—¿Eso es un chiste, señor Larsen?

—Solo una observación. No...

—Es broma —añadió—. Ya lo sé.

Nos sentamos en la parte de atrás de la ambulancia un rato más, mirando cómo la policía acordonaba la zona mientras yo intentaba contener el sentimiento de protección que me ardía en el pecho. Era protector con todos mis clientes, pero esto era distinto. Más visceral.

Una parte de mí quería alejarla todo lo posible, y otra quería arrastrarla a mis brazos y no soltarla nunca.

Pero no podía.

Bridget era demasiado joven, demasiado inocente y estaba demasiado lejos de mi alcance. Y más me valía no olvidarlo.

9

Bridget

Algo cambió la noche de mi graduación. Tal vez fue el trauma compartido, o el hecho de que Rhys se hubiera abierto a mí por voluntad propia respecto a su pasado, pero la enemistad que teníamos se había transformado en otra cosa; algo que me quitaba el sueño por las noches y que volvía locas a las mariposas que tenía en el estómago.

No estaba pillada exactamente. Solo era atracción unida a... ¿curiosidad? ¿Fascinación? Fuera lo que fuera, me estaba llevando al límite, porque en la lista de las peores ideas que se me habían ocurrido nunca, escaparme a escondidas y sufrir un secuestro ocupaban el segundo puesto. Desarrollar sentimientos no platónicos hacia mi guardaespaldas ocupaba el primero.

Por suerte, mi agenda en Nueva York me mantenía tan ocupada que apenas tenía tiempo ni para respirar, así que mucho menos para permitirme fantasías inapropiadas.

Rhys y yo nos mudamos a Manhattan tres días después de la graduación, y ese verano fue un torbellino de reuniones de juntas benéficas, compromisos sociales y búsqueda de casa.

Cuando llegó agosto, ya había firmado el alquiler de una pequeña casa en Greenwich Village, había destrozado dos pares de tacones de tanto caminar por la ciudad, y había conocido a todo el mundo del circuito social, incluso a los que habría preferido *no* conocer.

—Se te ha ido. —Rhys examinó a la muchedumbre que nos rodeaba.

Estábamos en la inauguración de una nueva exposición del Upper East Side de artistas de Eldorra, lo cual normalmente no causaba tanto revuelo, pero en la lista de invitados estaba el actor de cine de acción Nate Reynolds y los *paparazzi* habían acudido en manada.

—¿Qué? —dije mientras posaba para las cámaras. Las apariciones públicas eran agotadoras. Era capaz de aguantar sonrisas, saludos y conversaciones vacías hasta cierto punto antes de caer redonda del aburrimiento, pero era parte de mi trabajo, así que sonreí y me aguanté.

—La sonrisa. Se te ha ido.

Tenía razón. Ni me había dado cuenta.

Recargué las pilas e intenté no bostezar. Dios, estaba deseando llegar a casa. Todavía me quedaba una comida, dos entrevistas, una reunión de la junta de la Fundación de Rescate de Animales de Nueva York y un par de recados que hacer, pero después..., pijamita y a dormir.

No es que odiara mi trabajo, pero me habría gustado hacer algo más significativo que ser un

simple maniquí andante y parlante.

Y así siempre. Día tras día, mes tras mes de lo mismo. El otoño se convirtió en invierno, después en primavera y verano, y después en otoño otra vez.

Rhys lo pasó conmigo, severo y malhumorado como siempre, aunque había rebajado su actitud autoritaria. Al menos para lo que él solía ser. Comparado con cualquier persona normal, seguía siendo sobreprotector hasta la extenuación.

Me encantaba el cambio y lo odiaba al mismo tiempo. Me encantaba porque tenía más libertad, lo odiaba porque ya no podía usar mi enfado como escudo contra lo que fuera que estuviera creciendo entre nosotros.

Y había algo. No estaba segura de si yo era la única que se daba cuenta, o si él lo veía también.

No le pregunté. Era más seguro así.

—¿Alguna vez has pensado en dedicarte a otra cosa que no sea *guardaespaldar* ? —le pregunté una de esas raras noches en las que me quedé en casa. Por una vez, no tenía ningún plan aparte de una cita con la tele y un tarro de helado, lo que me hacía muy feliz.

Era septiembre, y habían pasado casi dos años desde que conocí a Rhys y más de un año desde la mudanza a Nueva York. Me había vuelto loca con la decoración otoñal, que incluía una guirnalda de hojas sobre la chimenea, cojines de colores terrosos, mantas y un pequeño centro de mesa de una calabaza.

Rhys y yo estábamos viendo una comedia delirante que me había salido en las recomendaciones de Netflix. Él estaba sentado, tieso como una vela, completamente vestido con su traje de trabajo, mientras yo estaba acurrucada con los pies en el sofá y un tarro de helado entre las manos.

—¿«Guardaespaldar»?

—Seguro que existe —dije—. Y si no, me la acabo de inventar por decreto real.

Sonrió.

—Cómo no. Y respondiendo a tu pregunta, no, no lo he pensado. Ya lo pensaré cuando deje de *guardaespaldar* .

Puse los ojos en blanco.

—Debe de ser increíble verlo todo en blanco y negro.

Rhys posó la mirada en mí durante un segundo y la retiró.

—Créeme —dijo—. No todo es blanco y negro.

Sin motivo aparente, el corazón me dio un pequeño vuelco, pero me obligué a no preguntarle a qué se refería. Probablemente no se refería a nada en concreto. Era una frase hecha.

Me volví a concentrar en la película y en no mirar al hombre sentado a mi lado.

Funcionaba. Más o menos.

Me reí por algo que dijo un personaje y al mirar de reojo me di cuenta de que Rhys me estaba observando.

—Es bonita —dijo.

—¿Qué?

—Tu sonrisa real.

De «pequeño vuelco» nada. El corazón me dio una voltereta.

Sin embargo, esta vez lo disimulé señalándole con la cuchara.

—Eso era un cumplido.

—Si tú lo dices.

—No eches balones fuera. —Estaba orgullosa de lo normal que parecía, cuando la realidad era que mis órganos estaban haciendo cosas que eran de todo menos normales. Revoloteaban, saltaban, se retorcían. Mi médico habría flipado—. Esto es un acontecimiento. El primer cumplido de Rhys Larsen a Bridget von Ascheberg, y solo ha costado dos años. Anótalo.

Rhys resopló, pero tenía un brillo divertido en la mirada.

—Un año y diez meses —dijo—. Si contamos bien.

Él sí lo contaba.

Como mi corazón siguiera dando volteretas, le iban a dar el oro en los Juegos Olímpicos.

Esto no está bien. Nada bien.

Sintiera lo que sintiera por Rhys, no podía convertirse en nada más de lo que era en ese momento. Así que, en un esfuerzo por liberarme de mis reacciones hacia mi guardaespaldas, cada vez más perturbadoras, había accedido a tener una cita con Louis, el hijo del embajador de Francia ante las Naciones Unidas, cuando me lo encontré un mes antes.

Louis se había presentado en la cita a las siete en punto con un ramo de flores rojas y una sonrisa encantadora, que se marchitó al ver al guardaespaldas que yo llevaba detrás. Estaba tan cerca que notaba el calor de su cuerpo.

—Son para ti. —Louis me extendió el ramo con un ojo puesto en Rhys—. Estás muy guapa.

Detrás de mí sonó un gruñido, y Louis tragó saliva.

—Gracias, son preciosas —dije con una sonrisa cortés—. Deja que las ponga en agua y ahora mismo vuelvo.

Se me borró la sonrisa cuando volví con Louis y me giré hacia Rhys.

—Señor Larsen, ven un momento, por favor. —Una vez entramos en la cocina, le susurré—. Deja de amenazar a mis citas con la pistola.

No le había visto, pero estaba convencida de que había insinuado el arma por debajo de la chaqueta.

Louis no era el primer chico con el que quedaba en Nueva York, aunque la última vez que había tenido una cita había sido meses atrás. Rhys seguía espantando a cualquier potencial novio, y la mitad de los hombres de la ciudad tenían miedo de pedirme salir por temor a que les pegara un tiro.

Hasta el momento no me había molestado, porque mis anteriores citas no me importaban mucho, pero era un incordio tener que estar constantemente intentando ignorar la extraña

atracción que ejercía Rhys en mí.

Rhys intensificó su mirada asesina.

—Lleva alzas en los zapatos. Merece que le amenace.

Apreté los labios, pero un vistazo rápido a los pies de Louis a través de la puerta de la cocina me confirmó la observación de Rhys. Pensaba que era más alto. No tenía nada en contra de las alzas, pero siete centímetros me parecía demasiado.

Por desgracia, aunque podía pasar por alto las alzas, no pude ignorar la absoluta falta de química que tuvimos.

Cenamos en un precioso restaurante francés, donde tuve que esforzarme para no quedarme dormida mientras él divagaba sobre sus veranos en Saint-Tropez. Ryhs, sentado a la mesa de al lado, mantenía una expresión tan sombría que los clientes de una mesa próxima pidieron que los cambiaran de sitio.

Cuando terminamos de cenar, Louis estaba tan alterado por la presencia amenazante a menos de un metro de distancia que volcó sin querer la copa de vino y por poco hizo que a un camarero se le cayera la bandeja.

—No pasa nada —dije ayudando a Louis, muerto de vergüenza, a limpiar el desastre mientras el camarero hiperventilaba al ver la mancha del mantel—. Ha sido un accidente.

Le lancé una mirada asesina a Rhys, que me la devolvió sin una pizca de remordimiento.

—Claro. —Louis sonrió, todavía rojo de vergüenza.

Cuando terminamos de limpiar, dejó una generosa propina para el camarero y me dio las buenas noches. No me pidió una segunda cita.

No me molestó. Los que sí me molestaban eran ciertos ojos grises.

—Has asustado muchísimo a Louis —dije mientras Rhys y yo volvíamos a casa. No era capaz de controlar la ira que se impregnaba en mi voz—. La próxima vez intenta no poner tan nervioso a mi acompañante como para que acabe tirándose el vino encima.

—Si se asusta con esa facilidad, es que no merece que salgas con él. —Rhys se había vestido según la etiqueta del restaurante, pero la chaqueta y la corbata no podían enmascarar la masculinidad cruda e indómita que le invadía en poderosas oleadas.

—Ibas armado y le estabas mirando fijamente como si acabara de matar a tu perro. No es muy difícil ponerse nervioso en una situación así. —Tiré las llaves a la mesita y me quité los tacones.

—No tengo perro.

—Era una metáfora. —Me solté el pelo y me deshice las ondas con la mano—. Sigue así y acabaré como una de esas solteronas de las novelas históricas. Has espantado a todos los hombres con los que he salido en el último año.

Lo que no había cambiado en todo ese tiempo era mi rechazo a llamarle con otro nombre que no fuera «señor Larsen», y su rechazo a llamarme con otro nombre que no fuera «*princesa*» .

Rhys frunció el ceño.

—Dejaré de asustarlos cuando tengas mejor gusto para los hombres. Ya sé por qué tu vida

amorosa es un fracaso. Mira a los cretinos con los que te empeñas en salir.

Me invadió la furia. Mi vida amorosa *no* era un fracaso. Estaba cerca, pero no lo era todavía.

—Mira quién fue a hablar.

Se cruzó de brazos.

—¿Qué insinúas?

—Insinúo que no te he visto salir con nadie desde que trabajas para mí. —Me quité la chaqueta y se le fue la mirada a mis hombros desnudos durante una fracción de segundo antes de volver a mi cara—. No tienes ninguna autoridad para darme consejos.

—Yo no salgo nunca con nadie. Eso no significa que no sepa identificar a un idiota redomado cuando le veo.

Hice una pausa, sorprendida por lo que acababa de admitir. Rhys siempre estaba conmigo durante el día, pero por la noche estaba fuera de servicio. A veces se quedaba y a veces no. Siempre asumía que las noches que salía estaba haciendo... cosas.

Me invadió una mezcla de alivio e incredulidad. Incredulidad, porque aunque Rhys no era el hombre más encantador del mundo, sí que estaba bastante bueno como para que la mayor parte de las mujeres pasaran por alto su mal humor. Alivio, porque... Bueno, prefería no analizar mucho eso.

—¿Llevas dos años célibe? —La pregunta se me escapó antes de pudiera pensarla bien, y me arrepentí al instante.

Rhys levantó una ceja, y su ceño se convirtió en una sonrisa burlona.

—¿Me estás preguntando sobre mi vida sexual, princesa?

Me puse roja de vergüenza, tanto por haber hecho una pregunta tan inapropiada como por escuchar la palabra «sexual» en su boca.

—No te he preguntado eso.

—A lo mejor no he ido a un colegio pijo como tú, pero entiendo los subtextos. —Le brillaron los ojos—. Y, por cierto, salir con chicas y acostarse con ellas no es lo mismo.

Claro. Por supuesto.

Una sensación desagradable reemplazó el alivio anterior. La idea de que «no saliera con nadie» me irritaba más de lo debido.

—Ya lo sé —dije—. Yo tampoco salgo con todos con los que me acuesto.

¿Qué estoy diciendo? Llevaba tanto tiempo sin acostarme con nadie que me sorprendía que mi vagina no me hubiera demandado por negligencia, pero quería... ¿Qué? ¿Demostrar que Rhys no era el único que podía acostarse con gente sin compromiso? ¿Picarle?

Si era eso, había funcionado, porque se le borró la sonrisa y frunció el ceño aún más.

—¿Y cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien sin compromiso?

Levanté la barbilla, negándome a que me amedrentara con su mirada de hierro.

—Esa es una pregunta extremadamente inapropiada.

—Tú has preguntado primero —replicó—. Responde a la pregunta, princesa.

Respira. Escuché en mi cabeza la voz de Elin, la secretaria de Comunicación de la Casa Real, aconsejándome sobre cómo controlar a la prensa. *No puedes controlar lo que dicen ellos, pero sí que puedes controlar lo que dices tú. No dejes que te vean sufrir. Desvía la atención si es necesario, recupera el poder y guía la conversación hacia donde quieras que vaya. La princesa eres tú. No te acobardes delante de nadie.* Elin daba miedo, pero era buena, y me tomé su consejo al pie de la letra mientras intentaba no picar en el anzuelo de Rhys.

Uno..., dos..., tres...

Exhalé y me puse firme, mirándole por encima del hombro a pesar de que me sacaba dos cabezas.

—No. Y esta conversación se ha terminado —dije con frialdad. Antes de que este tren descarrile más—. Buenas noches, señor Larsen.

Sus ojos me llamaban cobarde. Los míos le decían que se metiera en sus asuntos.

El aire se llenó de un silencio denso durante el duelo de miradas. Era tarde y estaba cansada, pero antes morir que retirar la mirada.

A juzgar por la postura de Rhys, parecía pensar lo mismo.

Nos habríamos quedado así eternamente, mirándonos fijamente el uno al otro, si no hubiera sido por el estridente sonido del teléfono. Incluso en ese momento, dejé que sonara tres veces antes de retirar la mirada de Rhys y mirar quién llamaba.

Enseguida mi enfado fue reemplazado por la confusión y la preocupación al ver quién me estaba llamando. Nikolai. Mi hermano y yo rara vez hablábamos por teléfono, y eran las cinco de la mañana en Eldorra. Él era madrugador, pero no *tanto* .

Lo cogí, consciente de la mirada de Rhys, que aún quemaba.

—Nik, ¿pasa algo?

Nikolai no me llamaría sin previo aviso a esas horas a menos que fuera una emergencia.

—Me temo que sí. —Su voz sonaba exhausta—. Es el abuelo.

Me invadió el pánico y tuve que agarrarme a la mesa para sostenerme mientras Nikolai me explicaba la situación. No. El abuelo no. Era la única figura paterna que me quedaba, y como la perdiera...

Rhys se acercó a mí, con expresión de preocupación, pero se detuvo cuando negué con la cabeza. Cuanto más hablaba Nikolai, más ganas tenía de vomitar.

Quince minutos después, colgué la llamada, aturdida.

—¿Qué ha pasado? —Rhys estaba a pocos metros, pero notaba cierta tensión en su postura, como si estuviera listo para asesinar al causante de mi inquietud.

Todo lo que quedaba de nuestra estúpida discusión se desvaneció y sentí la urgencia repentina de arrojarme a sus brazos y dejar que su fuerza me sostuviera.

Pero, por supuesto, no podía hacer eso.

—Es... es mi abuelo. —Me tragué las lágrimas que amenazaban con empezar a resbalarme por las mejillas. Llorar era una terrible falta de decoro. Los miembros de la realeza no lloraban

delante de los demás. Pero, en ese momento, no era una princesa. Solo era una nieta muerta de miedo ante la idea de perder al hombre que la había criado—. Ha tenido un infarto y le han llevado al hospital, y... —Levanté la vista hacia Rhys, con una presión tan grande en el pecho que no podía ni respirar—. No sé si va a salir de esta.

10

Rhys

Bridget quería irse a Eldorra esa misma noche, pero la convencí para que durmiera un poco primero. Habíamos tenido un día muy largo, y aunque yo funcionaba bien durmiendo lo mínimo, Bridget podía ponerse... de mal humor.

Se empeñaba en decir que no, pero era verdad. Yo lo sabía. A menudo era el receptor de su mal humor. Además, no había mucho que pudiéramos hacer a las once de la noche.

Mientras ella dormía o intentaba dormir, yo hice las maletas, reservé un vuelo a través de la línea directa vip 24 horas de su aerolínea habitual de vuelos chárter y dormí unas horas antes de despertarme a tiempo para ir a por café y desayuno al bar más cercano.

Salimos de casa justo cuando el sol asomaba por el horizonte y nos dirigimos al Aeropuerto de Teterboro en silencio. Cuando subimos al avión privado, Bridget casi temblaba de inquietud.

—Gracias por encargarte de todo. —Se puso a juguetear con su collar y negó con la cabeza cuando la azafata le ofreció un vaso de zumo—. No tenías por qué.

—No hay problema. Solo era una llamada. —Nada me ponía más incómodo que el exceso de gratitud. En un mundo ideal, la gente aceptaría un gesto amable y no lo volvería a mencionar nunca más. Así todo sería más sencillo.

—No era solo una llamada. Era hacer las maletas, y traer el desayuno, y... venir conmigo.

—Mi trabajo es ir contigo, princesa.

Puso cara de decepción y me sentí automáticamente el tío más cabrón del mundo. Qué manera de consolar a alguien cuando está triste, Larsen.

Si yo no hubiera sido yo y ella no hubiera sido ella, me habría intentado disculpar, pero tal y como estaba la cosa, mejor no empeorarla. Las palabras no eran mi fuerte, especialmente con Bridget. Todo salía mal cuando hablaba con ella.

Cambié de tema.

—Me parece que deberías dormir más.

Hizo una mueca.

—¿Tan mal estoy?

Y por eso tengo que aprender a cerrar la boca. Me restregué la mano por la cara, avergonzado y enfadado conmigo mismo.

—No me refería a eso.

—No pasa nada. Ya sé que estoy horrible —dijo Bridget—. A Elin, la secretaria de Comunicaciones, le entrarían los siete males si me viera así.

Resoplé.

—Princesa, no podrías estar horrible ni a propósito.

Aunque parecía más cansada de lo habitual y tenía unas ojeras púrpuras y no le brillaba la piel tanto como siempre, seguía dándole mil vueltas a cualquier otra chica.

Bridget levantó las cejas.

—¿Eso era otro cumplido, señor Larsen? Dos en dos años. Cuidado, o me voy a creer que te caigo bien.

—Tómatelo como quieras —dije—. Pero me caerás bien el día que yo te caiga bien a ti.

A Bridget se le escapó una sonrisa auténtica, y por poco se la devuelvo. A pesar de mis palabras, en ese momento nos llevábamos bien, al margen de alguna discusión puntual. La transición del principio había sido dura, pero habíamos aprendido a adaptarnos y comprometernos..., excepto cuando salía con chicos.

Ni uno solo de esos idiotas era merecedor de su tiempo, y tenían suerte de que no les hubiera arrancado los ojos por mirarla como la miraban.

Si no hubiera ido con ella a las citas, habrían intentado algo, estoy seguro, y de solo pensarlo me hervía la sangre.

Noté que la mirada de Bridget se desviaba al teléfono del avión cada pocos minutos, hasta que al fin dije:

—Es bueno que no llamen.

El príncipe Nikolai había prometido llamar si había alguna noticia. Todavía no había habido ninguna, pero, en una situación así, que no hubiera noticias era la mejor noticia.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Pero me está volviendo loca no saber lo que pasa. Debería estar allí. Debería haberme mudado después de la graduación en lugar de empeñarme en quedarme en Estados Unidos. —Le corroía la culpa—. ¿Qué pasa si no vuelvo a verle nunca más? ¿Y si...?

—No lo pienses. Pronto estaremos allí.

El vuelo a Athenberg duraba siete horas. Podía pasar de todo en siete horas, pero me guardé esa parte para mí.

—Él nos crio, ¿sabes? —Bridget se volvió hacia la ventanilla con la mirada perdida—. Al morir mi padre, mi abuelo nos acogió e hizo todo lo que pudo para cubrir ese vacío paterno con el que nos quedamos Nik y yo. A pesar de ser el rey y tener siempre mil cosas que hacer, sacaba tiempo para nosotros de donde no había. Venía a desayunar con nosotros cada mañana cuando no estaba de viaje, y siempre iba a todas las actividades del colegio, incluso a aquellas que no eran importantes. —Sonrió débilmente—. Una vez canceló una reunión con el primer ministro japonés solo para verme hacer de «girasol tres» en la obra de teatro de quinto de primaria. Era

una actriz terrible, y ni siquiera mi estatus real fue suficiente para que me dieran un papel con frase.

Se me escapó una sonrisa al imaginarme a la pequeña Bridget disfrazada de girasol.

—Provocando un conflicto internacional con diez años. ¿Por qué no me sorprende?

Me fulminó con la mirada.

—Que conste que tenía once años, y que el primer ministro lo entendió. Él también era abuelo. —Se le esfumó la sonrisa—. No sé qué voy a hacer como le pase algo... —susurró.

Ya no se refería al primer ministro.

—Todo tiene solución. —No era del todo verdad, pero no sabía qué otra cosa decir.

Realmente se me daba fatal lo de consolar a los demás. Y por eso era guardaespaldas y no enfermero.

—Tienes razón. Claro que sí. —Bridget respiró profundo—. Lo siento. No sé qué me pasa. Normalmente no me pongo así. —Le empezó a dar vueltas al anillo que llevaba en el dedo—. Bueno, ya está bien de hablar de mí. Cuéntame algo sobre ti que no sepa.

¿Traducción? Distráeme de la idea de que mi abuelo pueda estar muriéndose.

—¿Como qué?

—Como... —Se quedó pensando unos instantes—. Cuál es tu *pizza* favorita.

Era una pregunta que no había hecho en el interrogatorio improvisado de la cena de su graduación.

—No como *pizza* . —Se le borró la sonrisa de un plumazo y puso cara de horror—. Es broma. Hay que mejorar esa ingenuidad, princesa.

—En dos años no te he visto nunca comer una. Podría ser —se defendió.

Volví a sonreír.

—No es mi comida favorita, pero me gusta la de *pepperoni* . Menos es más.

—Ya veo. —Bridget se quedó mirando mi conjunto de camisa negra, pantalones negros y botas negras. Algunos clientes preferían que sus guardaespaldas se vistieran de etiqueta (traje, corbata, auricular, toda la pesca), pero Bridget quería que yo me mezclara con la gente, de ahí el conjunto informal.

No lo hizo con intención sexual, pero eso no impidió que mi entrepierna se pusiera en guardia mientras bajaba la mirada desde mis hombros hasta mi estómago y muslos. Era vergonzosa la cantidad de erecciones espontáneas que había tenido por estar cerca de ella, teniendo en cuenta que ya era mayorcito, no un saco de hormonas que aún va al instituto.

Pero Bridget era el tipo de mujer que aparece una vez en la vida, y su carácter empeoraba la situación, porque tenía, y mucho. Pero era un buen carácter, al menos cuando no se convertía en obstinación y me sacaba de quicio.

Acepté el puesto creyendo que sería una chica mimada y engreída como las otras princesas a las que había protegido, pero resultó ser lista, amable y con los pies en la tierra, y a través de la

fachada de frialdad vislumbraba suficiente brillo como para desear quitarle toda la ropa hasta dejarla desnuda para mí y solo para mí.

La mirada de Bridget se detuvo en la zona debajo de mi cinturón. La polla se me puso todavía más dura, y me agarré a los reposabrazos con toda la fuerza que pude. Eso estaba mal. Joder, estaba preocupada porque su abuelo pudiera estar muriéndose, y yo fantaseando con follarla en todas las posturas posibles dentro del puto avión.

Tengo un problema serio. Lo de menos era el dolor de entrepierna.

—Te recomiendo que dejes de mirarme así, princesa —dije, con la voz letalmente suave—. A menos que estés planeando hacer algo al respecto.

Quizás era lo más inapropiado que le había dicho nunca, y muy lejos de cualquier tipo de profesionalidad, pero en ese momento me tambaleaba al borde de la cordura.

A pesar de lo que había insinuado el día anterior, llevaba sin tocar a una mujer desde que empecé en ese trabajo, y estaba perdiendo la cabeza poco a poco. No era porque no quisiera. Iba a bares, tonteaba con chicas, tenía dónde elegir, pero no sentía nada. Ni chispas, ni deseo, ni lujuria. Me habría preocupado por mi amiguito de ahí abajo si no fuera por mis reacciones viscerales hacia Bridget.

La única persona que me la ponía dura en ese momento era mi clienta.

Tengo la peor suerte del mundo.

Bridget levantó la cabeza, con los ojos como platos.

—No estoy... No estaba...

—Pregúntame otra cosa.

—¿El qué?

—Has dicho que querías saber más sobre mí. Pregúntame otra cosa —dije entre dientes. Lo que sea para apartar de mi mente el deseo de subirte la falda y descubrir lo mojada que estás para mí.

Porque lo estaba. Quitando mi larga y reciente sequía, tenía bastante experiencia con el sexo opuesto como para identificar las señales de la excitación femenina a un kilómetro de distancia.

Pupilas dilatadas, mejillas sonrosadas, respiración agitada.

Sí, sí, y por supuesto que sí.

—Bueno, eh... —Bridget se aclaró la garganta, más nerviosa de lo que jamás la había visto—. Háblame... Háblame de tu familia.

Eso sí que fue un jarro de agua fría para mi libido.

Me puse rígido, y mi deseo se desvaneció mientras intentaba averiguar cómo responder.

Cómo no va a querer hablar justo de lo único sobre lo que odio hablar.

—No hay mucho que contar —dije por fin—. No tengo hermanos. Mi madre murió cuando era pequeño. Nunca conocí a mi padre. Mis abuelos también murieron.

Quizás debería haberme saltado la última parte, teniendo en cuenta la situación con su abuelo, pero Bridget no pareció inmutarse.

—¿Qué pasó?

No necesitaba concretar a qué se refería. A mi querida madre.

—Sobredosis —dije de golpe—. Cocaína. Yo tenía once años, y me la encontré al volver del colegio. Estaba sentada delante de la tele, con su programa favorito en marcha. Tenía un plato de pasta a medias en la mesa. Pensaba que se había quedado dormida, porque a veces le pasaba viendo la tele, pero cuando me acerqué... —Tragué saliva—. Tenía los ojos abiertos. Pero no miraban a nada. Y entonces me di cuenta de que estaba muerta.

Bridget ahogó un grito. Mi historia siempre provocaba lástima cuando se la contaba a la gente. Pero no me gustaba que se compadecieran de mí.

—¿Sabes lo más gracioso? Cogí el plato de pasta y lo fregué, como si se fuera a despertar y a gritarme por no haberlo hecho. Luego fregué todos los demás. Apagué la tele. Recogí la mesa. No fue hasta después de todo eso que llamé a urgencias. —Se me escapó una risa débil mientras Bridget me miraba con una expresión insoportablemente calmada—. Ya estaba muerta, pero en mi mente no lo estaría de verdad hasta que apareciera la ambulancia y lo confirmara oficialmente. Lógica infantil.

No había hablado tanto de mi madre en más de dos décadas.

—Lo siento mucho —dijo Bridget en voz baja—. Perder a tus padres nunca es fácil.

Ella lo sabía mejor que nadie. Había perdido a los dos, y a su madre no llegó a conocerla. Igual que yo, excepto porque en mi caso aún cabía la posibilidad de que mi padre estuviese vivo, mientras que para ella no había opciones.

—No me compadezcas, princesa —dije mientras le daba vueltas a una botella de agua entre las manos, deseando que contuviera algo más fuerte. No bebía alcohol, pero a veces sentía el impulso—. Mi madre era una zorra.

Bridget abrió los ojos de par en par. No mucha gente hablaba de la muerte de su madre y acto seguido la llamaba zorra.

Pero si alguien merecía ese apelativo, era Deidre Larsen.

—Aun así, era mi madre —continué—. El único pariente que me quedaba. No tenía ni idea de quién era mi padre, y aunque lo hubiera sabido, estaba claro que no quería saber nada de mí. Así que sí, me puse triste cuando murió, pero tampoco estaba devastado.

Joder, fue un alivio. Lo que dije era enfermizo y retorcido, pero vivir con mi madre era una pesadilla. Antes de la sobredosis pensé muchas veces en escaparme, pero siempre me retenía un extraño sentido de la lealtad.

Puede que Deidre fuera una drogadicta abusiva y alcohólica, pero también era lo único que me quedaba en el mundo, y yo era lo único que le quedaba a ella. Y quizás eso era suficiente.

Bridget se inclinó hacia mí y me apretó la mano. Me puse tenso mientras una inesperada descarga eléctrica me subía por el brazo, pero me mantuve estoico.

—Tu padre no tiene ni idea de lo que se ha perdido —dijo con voz sincera, y yo sentí un calor en el pecho.

Me quedé mirando el contraste de su mano suave y cálida en la mía, áspera y maltratada.

La elegancia contra la sangre. La inocencia contra la oscuridad.

Dos mundos que no debían mezclarse nunca.

Retiré la mano y me levanté de golpe.

—Tengo que ir a revisar unos documentos —dije.

Era mentira. Había terminado el papeleo la noche anterior para poder hacer el viaje a Eldorra, y me sentía mal por dejar a Bridget sola en ese preciso momento, pero necesitaba alejarme de ella para recomponerme.

—Vale. —Parecía sorprendida por el repentino cambio de humor, pero no tuvo oportunidad de decir nada más antes de que yo me fuera al asiento de atrás para no tener que mirarla a la cara.

Me daba vueltas la cabeza, se me había vuelto a poner dura y mi profesionalidad se había arrojado por la ventanilla.

Me restregué la mano por la cara, maldiciéndome en silencio a mí mismo; a Christian, al antiguo guardaespaldas de Bridget por haber tenido un puto bebé, y a todo lo que había contribuido a que me metiera en el lío en el que estaba en ese momento. Es decir, muerto de deseo por alguien a quien no debía desear, y a quien jamás podría tener.

Había aceptado el trabajo con un objetivo, pero ahora tenía dos.

El primero era proteger a Bridget.

El segundo era resistirme a ella.

11

Bridget

Rhys y yo no volvimos a hablar en el avión, pero consiguió quitarme de la cabeza la situación con mi abuelo lo suficiente como para caer rendida justo después de que se fuera. No había dormido nada la noche anterior, así que me pasé la mayor parte del vuelo inconsciente.

Cuando aterrizamos me volvieron los nervios, y me tuve que contener para no gritarle al chófer que fuera más rápido mientras atravesábamos toda la ciudad de camino al hospital. Cada segundo que pasábamos parados en un semáforo era un segundo más que no estaba con mi abuelo.

¿Y si perdía la oportunidad de verle con vida solo por uno, dos, tres minutos?

Me empecé a marear y tuve que cerrar los ojos y obligarme a respirar profundo para que no me sobrepasara la ansiedad.

Cuando al fin llegamos al hospital, Markus, el jefe de seguridad de mi abuelo y su mano derecha, nos estaba esperando en la entrada secreta que utilizaban para los pacientes vips. Desde el coche vi la horda de reporteros que se agolpaban en la puerta de entrada principal, y la imagen triplicó mi ansiedad.

—Su majestad está bien —dijo Markus nada más verme. Parecía algo más desaliñado que de costumbre, lo que en el mundo de Markus significaba que un pelo se le había movido de su sitio y que tenía una pequeña arruga en la camisa—. Se ha despertado justo antes de que bajara.

—Uf, gracias a Dios. —Suspiré de alivio. Si mi abuelo estaba despierto, era porque ya no estaba tan grave. ¿No?

Subimos en ascensor hasta la *suite* privada de mi abuelo, donde me encontré a Nikolai caminando por el pasillo con el ceño fruncido.

—Me ha echado —dijo por toda explicación—. Dice que doy muchas vueltas.

Esbocé una sonrisa.

—Típico de él. —Si había algo que Edvard von Ascheberg III odiara, era que le agobiasen.

—Sí. —A Nikolai se le escapó una risa de resignación y alivio al mismo tiempo, antes de darme un abrazo—. Me alegro de verte, Bridget.

No nos veíamos ni hablábamos a menudo. Vivíamos vidas diferentes (Nikolai, en Eldorra, como príncipe heredero, y yo en Estados Unidos, como una princesa que hacía todo lo posible

por fingir que no lo era), pero nada unía más a dos personas que la tragedia compartida.

Por otra parte, eso significaba que quizás podríamos haber sido uña y carne después de la muerte de nuestros padres. Pero no había sido así exactamente.

—También me alegro de verte. —Le abracé y me volví hacia su novia—. Hola, Sabrina.

—Hola. —Me dio un abrazo rápido y cariñoso.

Sabrina era una azafata estadounidense que Nikolai había conocido en un vuelo transoceánico. Llevaban dos años saliendo, y cuando su relación salió a la luz generó un gran revuelo mediático. ¿Un príncipe saliendo con una plebeya? Carne de prensa del corazón. Desde entonces el interés había disminuido, en parte porque Nikolai y Sabrina eran muy discretos con su relación, pero seguían siendo la comidilla de la sociedad de Athenberg.

Tal vez por eso yo sentía la presión de salir con alguien «apropiado». No quería volver a decepcionar a mi abuelo. Le había cogido cariño a Sabrina, pero por poco le da un ataque cuando se enteró de su relación.

—Te está esperando dentro. —Nikolai esbozó una media sonrisa—. Pero no te pongas a deambular, o te echará como a mí.

Me reí.

—Lo tendré en cuenta.

—Te espero aquí —dijo Rhys. Normalmente insistía en seguirme a todas partes, pero ahora entendió que necesitaba un momento a solas con mi abuelo.

Le sonreí en agradecimiento antes de entrar en la habitación.

Edvard estaba, como me habían dicho, despierto y recostado en la cama, pero verle con el camisón de hospital y conectado a las máquinas me provocó una avalancha de recuerdos.

—¡Papá, despierta! ¡Por favor, despierta! —Lloré, mientras intentaba zafarme del brazo de Elin para salir corriendo a su lado—. ¡Papá!

Pero por mucho que gritara o llorara, él seguía pálido e inmóvil. La máquina a la que estaba conectado emitía un pitido largo y constante, y todo el mundo en la habitación empezó a gritar y a correr, a excepción de mi abuelo, que se quedó sentado con la cabeza gacha y los hombros temblando. Habían obligado a Nikolai a salir de la habitación, y ahora intentaban que yo saliera también, pero me negué.

No hasta que papá se despertara.

—Papá, por favor. —Había gritado hasta quedarme afónica, y mi última súplica salió en un susurro.

No lo entendía. Estaba bien unas horas antes. Había salido a comprar palomitas y chucherías porque se habían acabado las de la cocina del palacio y dijo que era una tontería mandar a alguien a por algo que podía comprar él mismo. Dijo que cuando volviera veríamos Frozen *mientras nos comíamos las palomitas.*

Pero nunca volvió.

Había oído hablar a los médicos y enfermeros. Decían algo sobre un coche y un choque

repentino. No sabía lo que significaba, pero estaba segura de que nada bueno.

Y supe que papá no iba a volver nunca más.

Sentí el ardor de las lágrimas que amenazaban con asomar, y un nudo en la garganta que ya conocía, pero sonreí e intenté que no se me notara la preocupación.

—Abuelo. —Corrí junto a Edvard. Cuando era pequeña le llamaba abuelo y nunca dejé de hacerlo, aunque ahora solo podía hacerlo a solas porque el protocolo era demasiado «informal» para un rey.

—Bridget. —Estaba pálido y parecía cansado, pero esbozó una sonrisa débil—. No tenías que venir hasta aquí. Estoy bien.

—Me lo creeré cuando me lo diga el médico. —Le apreté la mano en un gesto tranquilizador, tanto para él como para mí.

—Soy el rey —replicó—. Cuando yo digo algo, se hace.

—No por motivos médicos.

Edvard suspiró y gruñó, pero no siguió discutiendo. En cambio, me preguntó por Nueva York, y le puse al día de todo lo que había hecho desde que le vi en Navidad, hasta que se cansó y se quedó frito en mitad de mi anécdota sobre la cita en la que Louis se tiró encima la copa de vino.

Se negó a contarme cómo había acabado en el hospital, pero Nikolai y los médicos me informaron. Al parecer, mi abuelo padecía una afección cardíaca que no le habían diagnosticado nunca, y que solían desarrollar los pacientes sometidos a una ansiedad o estrés extremos. En estos casos, esta dolencia podía provocar un paro cardíaco repentino, e incluso la muerte.

El paro cardíaco casi me da a mí cuando me lo contaron, pero los médicos me aseguraron que el caso de mi abuelo había sido leve. Se había desmayado y había perdido el conocimiento durante un rato, pero no había necesitado cirugía, lo cual era positivo. Sin embargo, la enfermedad no tenía cura y necesitaría un cambio radical de estilo de vida para reducir su nivel de estrés si quería evitar un incidente más grave en el futuro.

Me podía imaginar la respuesta de Edvard. Era adicto al trabajo como el que más.

Los médicos le dejaron ingresado tres días más, para tenerle bajo control. Querían que fuera una semana entera, pero él se negó. Dijo que no era bueno para la imagen pública, y que tenía que volver al trabajo. Y cuando un rey ordena algo, nadie le lleva la contraria.

Cuando volvió a casa, Nikolai y yo hicimos todo lo posible para que delegara algunas responsabilidades en sus consejeros, pero él nos ignoró.

Tres semanas después, seguíamos en un punto muerto, y yo ya no podía más.

—Es un cabezota. —No pude disimular la frustración mientras guiaba a mi caballo hacia la parte trasera de los terrenos de palacio. Edvard, harto de que Nikolai y yo le insistiéramos para que hiciera caso a los consejos del médico, por la tarde prácticamente nos echó del palacio. «*Salid a que os dé el sol* —dijo—. *Y dejadme en paz con mi estrés.*» A Nikolai y a mí no nos había hecho gracia—. Al menos debería reducir las reuniones nocturnas.

—Ya sabes cómo es el abuelo. —Nikolai se acercó a lomos de su caballo, con el pelo revuelto

por el viento—. Es más cabezota que tú.

—¿Me estás llamando cabezota *a mí* ? Tócate las narices —me burlé—. Si no recuerdo mal, tú eres el que se pasó tres días en huelga de hambre porque el abuelo no te dejó saltar en paracaídas con tus amigos.

Nikolai se rio.

—Y funcionó, ¿no? Se rindió antes de que terminara el tercer día. —Mi hermano era la viva imagen de nuestro padre: pelo trigueño, ojos azules, mandíbula cuadrada... A veces le veía tan parecido que me dolía el corazón—. Además, eso no fue nada comparado con tu *insistencia* para irte a vivir a Estados Unidos. ¿Tan odioso es este país?

Pues vale. Nada como un bonito día de otoño con su ración de culpa.

—Sabes que no fue por eso.

—Bridget, puedo contar con los dedos de una mano las veces que has venido a casa en los últimos cinco años. No veo más explicación.

—Sabes que os echo de menos al abuelo y a ti. Pero es que... Cada vez que vengo... —Intenté encontrar la mejor manera de expresarme—. Me ponen bajo escrutinio. Diseccionan todas y cada una de las cosas que hago, digo o me pongo. Te lo juro, la prensa rosa es capaz de convertir una simple *tos* en una historia. Pero en Estados Unidos a nadie le importa lo que haga, mientras no cometa ninguna locura. Puedo ser normal. O al menos tan normal como puede ser alguien como yo.

Aquí no puedo respirar, Nik.

—Ya sé que es mucho —dijo Nikolai con expresión conciliadora—. Pero nacimos para esto, y te has criado aquí. Antes no tenías ningún problema con la fama.

Sí que lo tenía. Pero no lo mostraba.

—Era muy joven. —Paramos a los caballos, le acaricié la crin al mío y me reconfortó el tacto familiar de su pelo sedoso—. La gente no era tan despiadada cuando era pequeña, y además eso fue antes de que fuera a la universidad y experimentara lo que es vivir una vida normal. Y está... muy bien.

Nikolai me miró con una expresión extraña. Si no lo supiera, habría jurado que era de culpa, pero eso no tenía sentido. ¿Por qué iba a sentirse culpable?

—Bridget...

—¿Qué? —El corazón se me aceleró. Su tono, su expresión, la tensión de su postura. Fuera lo que fuera lo que tuviera que decirme, sabía que no me iba a gustar.

Miró al suelo.

—Me vas a odiar por esto.

Agarré con fuerza las riendas del caballo.

—Dímelo y ya está.

—Antes, quiero que sepas que no lo he planeado —dijo Nikolai—. Nunca esperé conocer a Sabrina y enamorarme de ella, ni esperaba estar así dos años más tarde.

La confusión se me mezcló con la aprensión. ¿Qué tiene que ver Sabrina con todo esto?

—Te lo querría haber contado antes —añadió—. Pero ingresaron al abuelo y ha sido una locura... —Tragó saliva con dificultad—. Bridge, le he pedido a Sabrina que se case conmigo. Y ha dicho que sí.

De todo lo que esperaba que dijera, esto era lo último. De lejos.

No conocía mucho a Sabrina, pero me caía bien. Era dulce y divertida, y hacía feliz a mi hermano. Eso me parecía suficiente. No entendía por qué le ponía nervioso contármelo.

—Nik, eso es genial. ¡Felicidades! ¿Ya se lo has contado al abuelo?

—Sí. —Nikolai me sostuvo la mirada con un velo de culpabilidad.

Se me borró la sonrisa.

—¿Se ha enfadado? Sé que no le hizo gracia cuando empezasteis a salir, porque... —Me paré en seco. Me recorrió un escalofrío por toda la espalda cuando por fin encajé las piezas del puzle —. No te puedes casar con Sabrina. No tiene sangre noble.

Eso era lo que decía la ley, no yo. La Ley de Matrimonios Reales de Eldorra estipulaba que los monarcas debían estar casados con alguien de cuna noble. Era una ley arcaica pero férrea y, como futuro rey, Nikolai estaba bajo esa jurisdicción.

—No —dijo Nikolai—. No tiene sangre noble.

Me quedé mirándole. Había tanto silencio que podía escuchar cómo caían las hojas al suelo.

—Entonces ¿qué quieres decir?

Un globo de terror se me empezó a hinchar en el estómago, y creció y creció hasta que me arrebató todo el aire de los pulmones.

—Bridget, voy a abdicar.

El globo estalló, dejando trozos de terror repartidos por todo mi cuerpo. Por el corazón, la garganta, los ojos y los dedos de las manos y de los pies. Me quedé tan impactada que no pude pronunciar ni una palabra en un minuto entero.

—No. —Parpadeé, esperando que eso me despertara de la pesadilla. Pero no me despertó—. No vas a abdicar. Vas a ser rey. Llevas toda la vida preparándote. No puedes tirarlo por la borda.

—Bridget...

—No. —Todo a mi alrededor se nubló, los colores de las hojas y el cielo y la hierba se fundieron en un infierno multicolor—. Nik, ¿cómo has podido?

Normalmente, era capaz de razonar para salir de cualquier situación, pero en ese momento había perdido cualquier tipo de razón, y solo sentía pura emoción y náuseas en el estómago.

No puedo ser reina. Nopuedonopuedonopuedo.

—¿Crees que quiero hacerte esto? —Nikolai agravó la expresión—. Ya sé lo que supone. Llevo *meses* agonizando por esto, intentando encontrar vacíos legales o razones por las que alejarme de Sabrina. Pero ya sabes cómo es el Parlamento. Lo tradicional que es. Nunca derogarían la ley, y yo... —Suspiró, y de pronto parecía que tenía muchos más que veintisiete años—. No puedo romper con ella, Bridget. La amo.

Cerré los ojos. De todas las razones por las que Nikolai podía decidir abdicar, había elegido justo la única por la que no podía culparle.

Yo nunca me había enamorado, pero había soñado con ello toda la vida. Encontrar ese gran amor, el tipo de amor por el que mereciera la pena renunciar a un trono.

Nikolai sí que lo había encontrado. ¿Cómo iba a reprocharle algo por lo que hasta yo misma daría mi alma?

Cuando volví a abrir los ojos, seguía allí, erguido y orgulloso sobre su caballo. Parecía el rey que ya nunca sería.

—¿Cuándo? —pregunté con tono de resignación.

Su expresión se suavizó de alivio. Probablemente esperaba que nos peleáramos, pero el estrés del último mes me había dejado sin fuerzas. De cualquier forma, no serviría de nada. Una vez que mi hermano tomaba una decisión, no había vuelta atrás.

La terquedad estaba en los genes familiares.

—Esperaremos a que se calme el furor por el ingreso del abuelo. Quizás en un mes o dos. Ya sabes cómo son las noticias. Para entonces ya será agua pasada. También mantendremos el compromiso en secreto hasta ese momento. Elin ya está trabajando en el comunicado de prensa y en la estrategia, y...

—Un momento. —Levanté la mano—. ¿*Elin* ya lo sabe?

Nikolai se ruborizó al darse cuenta de que había metido la pata.

—Tenía que...

—¿Quién más lo sabe? —Pum. Pum. Pum. El corazón me retumbaba a un volumen demasiado alto. Me pregunté si yo también sufriría algún tipo de afección cardíaca, como mi abuelo. También me pregunté qué podría pasar si Nikolai abdicaba y yo me moría ahí mismo, encima del caballo—. ¿A quién más se lo has contado antes que a mí?

Mastiqué las palabras. Cada una tenía un sabor más amargo que la anterior, recubierto de traición.

—Solo a Elin, al abuelo y a Markus. Tenía que contárselo. —Nikolai no me apartó la mirada —. Elin y Markus tienen que hacer frente a esto, tanto política como mediáticamente. Necesitan tiempo.

Se me escapó una carcajada. Nunca había emitido un sonido tan feroz en toda mi vida, y mi hermano se estremeció.

—¿Que ellos necesitan tiempo? ¡Yo necesito tiempo, Nik! —Libertad. Amor. Poder de elección. Eran cosas de las que apenas había podido disfrutar, y que ahora se habían esfumado para siempre. O se esfumarían después de que Nikolai anunciara oficialmente la abdicación—. Necesito las dos décadas y media que tú has tenido de preparación para el trono. Necesito no sentirme como una segundona en una decisión que va a cambiar mi vida entera. Necesito... —Necesito salir de aquí.

O si no, tal vez cometa una locura, como pegarle un puñetazo en la cara a mi hermano.

Nunca le había dado un puñetazo a nadie, pero había visto bastantes películas como para hacerme a la idea.

En lugar de terminar la frase, espoleé al caballo para que iniciara un trote que enseguida se transformó en galope.

Respira. Tú respira.

—¡Bridget, espera!

Ignoré el grito de Nikolai y volví a espolear al caballo para que galopara más rápido hasta que los árboles se convirtieron en un borrón.

Bridget, voy a abdicar.

Sus palabras resonaron en mi cabeza, provocándome.

Nunca, jamás, ni una sola vez me había planteado la posibilidad de que Nikolai no fuera a ser el heredero al trono. Él quería ser rey. Todo el mundo quería que fuese rey. Estaba preparado.

¿Yo? No creía que pudiera estar nunca preparada.

¿Cuándo le propuso matrimonio a Sabrina? ¿Hace cuánto tiempo que lo sabe todo el mundo? ¿Fue su idea de abdicar la razón por la que al abuelo le dio el infarto?

No recordaba haber visto un anillo de compromiso en la mano de Sabrina el día del hospital, pero tenía sentido si lo querían mantener en secreto.

No me habían dicho nada de un asunto que me afectaba más que a nadie además de a Nikolai, y estaba tan consumida por la agitación, que no me di cuenta de la rama baja hacia la que me estaba dirigiendo, hasta que fue demasiado tarde.

El dolor me estalló en la frente. Me caí del caballo y aterricé en el suelo con un golpe seco, y mi último recuerdo fueron las nubes de tormenta que se cernieron sobre mí antes de que la oscuridad me tragara por completo.

12

Rhys

Noté que algo no iba bien antes incluso de entrar en el vestíbulo del palacio, donde escuché al príncipe Nikolai hablando en susurros. Se me erizó el pelo de la nuca y aunque no pude entender lo que decía el hermano de Bridget, el tono de su voz hizo que me saltaran todas las alarmas.

Mis botas chirriaron en el suelo de mármol pulido del vestíbulo, y Nikolai se calló de pronto. Estaba en medio del espacio diáfano de dos pisos junto a Elin y Viggo, el jefe adjunto de seguridad de la Casa Real. Había memorizado la cara y el nombre de todos los miembros del personal por si acaso algún intruso se intentaba colar en el palacio vestido de empleado.

Incliné la cabeza.

—Alteza.

—Señor Larsen. —Nikolai respondió con otra breve inclinación de cabeza—. Confío en que esté disfrutando de su día libre.

Como había tanta seguridad en el palacio, yo no estaba de servicio cuando Bridget estaba allí, que era la mayor parte de los días desde el ingreso de su abuelo. Era extraño. Estaba tan acostumbrado a estar con ella las veinticuatro horas del día, que...

No la echas de menos. Descarté la ridícula idea antes de que se convirtiera en un pensamiento real.

—Ha estado bien. —Había intentado volver a dibujar, pero no había hecho mucho más que unos pocos trazos en un papel. Hacía meses que se me había agotado la creatividad, la inspiración, o como quiera que se diga, y ese era el primer día que había cogido el cuaderno de dibujo.

Necesitaba ocupar las manos y la mente con algo.

Algo que no fuera un metro setenta y cinco, con cara de ángel y unas curvas que se ajustaban perfectamente a las palmas de mis manos.

Oh, por el amor de Dios.

Apreté la mandíbula, decidido a no fantasear con mi clienta delante de su hermano. Ni en ninguna parte, joder.

—¿Dónde está la princesa Bridget? —Según su horario, tenía que estar montando a caballo con Nikolai. Pero parecía que estaba a punto de diluviar, así que di por hecho que habían

acabado antes.

Nikolai intercambió una mirada con Elin y Viggo, y la aguja de mi radar de problemas se acercó a la zona de alerta roja.

—Seguro que su alteza está en alguna parte del palacio —dijo Viggo. Era un hombre bajo y fornido, con expresión rubicunda y un aire a Danny DeVito, pero en escandinavo—. Estamos buscándola en estos momentos.

La aguja pasó de la zona de alerta roja a la zona blanca de emergencia.

—¿Cómo que la están buscando? —Mantuve la calma en la voz, pero en el estómago me bullían la inquietud y la furia—. Creía que estaba con usted, alteza.

Elin intercambió una mirada con Viggo. No hizo falta que hablara para que la oyera gritar: «¡*Viggo* , idiota!».

Ocurriera lo que ocurriera, yo no estaba autorizado para saberlo.

Nikolai se revolvió, con expresión de inquietud.

—Lo estaba, pero hemos discutido y..., eh..., se ha ido en el caballo.

—¿Hace cuánto tiempo? —Me importaba un bledo si había sonado irrespetuoso. Era una cuestión de seguridad personal, y yo era el guardaespaldas de Bridget. Tenía derecho a saber lo que había pasado.

La incomodidad de Nikolai aumentó notablemente.

—Hace una hora.

La furia estalló, superando a la inquietud por un pelo.

—¿Hace una hora ? ¿Y nadie ha pensado en llamarme?

—Vigile ese tono, señor Larsen —advirtió Elin—. Está hablando con el príncipe heredero.

—Soy consciente. —Elin podía coger sus miraditas y metérselas por el culo con el palo que tenía permanentemente metido dentro—. ¿Nadie ha visto a la princesa desde entonces?

—Un guardabosques ha encontrado su caballo —dijo Viggo—. Lo hemos llevado de vuelta a...

—Ha encontrado su caballo. —Me latió una vena en la sien—. Es decir, ella no iba encima y tampoco lo ha devuelto a los establos. —Daba igual lo enfadada que estuviera, Bridget nunca dejaría a un animal a su suerte. Le había pasado algo. Me invadió el pánico—. Vamos a ver, ¿han buscado por los terrenos del palacio o solo dentro?

—Su alteza no va a estar fuera —replicó Viggo—. ¡Está diluviando! Estará dentro...

—A menos que se haya caído del caballo y esté inconsciente en alguna parte. —Dios, ¿cómo coño había llegado ese personaje a jefe adjunto de Seguridad? Había hámsteres con más cerebro que él.

—Bridget es una jinete excelente, y ya hay algunas personas que la están buscando fuera. Puede que se haya metido en alguno de sus escondites. Cuando era pequeña lo hacía. —Nikolai miró a Viggo—. Pero el señor Larsen tiene razón. No está de más ser exhaustivos. ¿Enviamos a más personas para que peinen los terrenos?

—Como desee, alteza. Puedo trazar unos cuadrantes...

Alucino.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando Viggo terminó aquella frase estúpida. Una lástima que el jefe de Seguridad, que sí era competente, estuviera de vacaciones, porque su segundo era un idiota redomado. Para cuando terminara de trazar los cuadrantes, Bridget podría estar herida de gravedad.

—¿Adónde va? —me llamó Elin.

—A hacer mi trabajo.

Aceleré el paso, maldiciendo el enorme tamaño del palacio, mientras corría hacia la salida más cercana. Cuando salí fuera, mi pánico se convirtió en terror absoluto. Un trueno retumbó con tanta fuerza que la puerta se cerró tras de mí con un golpe, y llovía tanto que los jardines y las fuentes se veían borrosos.

La finca era demasiado grande como para ponerme a buscar yo solo, así que tenía que idear una estrategia. Lo mejor que podía hacer era empezar por el sendero ecuestre oficial de la esquina sudeste, y buscar desde ahí, aunque probablemente la lluvia ya debía de haber borrado las huellas.

Por suerte, el palacio contaba con varios carritos motorizados para desplazar a los visitantes por la finca, por lo que llegué al sendero ecuestre en diez minutos, en lugar de la media hora que me habría llevado a pie.

—Vamos, princesa, ¿dónde estás? —murmuré, con los ojos incapaces de ver más allá de la tromba de agua que invadía el aire.

Por la cabeza se me pasaban todo tipo de imágenes de Bridget tirada en el suelo, con el cuerpo retorcido y fracturado. Se me heló la piel, y las manos se me resbalaron en el volante por el sudor.

Si algo le pasara, asesinaría a Viggo. Lentamente.

Recorrí los senderos, pero veinte minutos después seguía sin aparecer y empecé a desesperarme. *Tal vez* estaba dentro, pero tenía la intuición de que no, y mi intuición nunca fallaba.

Quizás estaba en una zona donde no llegaba el carrito. No estaba de más revisarlo.

Apagué el motor y salí de un salto, ignorando las gotas de lluvia que se me clavaban en la piel como agujas.

—¡Bridget! —La lluvia se tragó su nombre, y solté una maldición en voz baja—. ¡Bridget! —volví a gritar, con las botas hundidas en el suelo embarrado mientras buscaba por la zona cercana al sendero principal. La lluvia me pegaba la camisa y los pantalones a la piel, dificultando mis movimientos, pero en el ejército había soportado cosas peores que una tormenta.

No me iba a rendir hasta encontrarla.

Estaba a punto de moverme hacia otra zona cuando me pareció ver algo rubio por el rabillo del ojo. Me dio un vuelco el corazón y me quedé inmóvil una fracción de segundo antes de salir

corriendo hacia ella.

Por favor, que sea ella.

Era ella.

Me dejé caer de rodillas a su lado, con el corazón en un puño al ver lo pálida que estaba y el enorme moratón púrpura en su cabeza. Un fino hilo de sangre le corría por la sien, y al mezclarse con la lluvia se disolvía en un color rosado. Estaba inconsciente y completamente empapada.

Un gruñido de bestia protectora me brotó del pecho con tal ferocidad que me asustó.

Iba a matar a Viggo. Si no hubiera dado largas, si alguien me hubiera *llamado* y me hubiera dicho que Bridget había desaparecido...

Me obligué a dejar de lado la ira por el momento. Tenía cosas más importantes en las que concentrarme.

Le tomé el pulso, era débil pero constante. Gracias a Dios. Enseguida le examiné el resto del cuerpo en busca de alguna otra lesión.

La respiración era normal, no tenía nada roto y no había sangre, excepto en el golpe de la frente. Tenía el casco torcido y la ropa y las mejillas manchadas de barro.

La bestia en mi interior volvió a gruñir, lista para hacer pedazos no solo a Viggo, sino también a Nikolai por no haberla protegido, o al menos por no haber estado a su lado.

Probablemente él no habría podido hacer nada para evitar que Bridget se cayera del caballo (supuse que había ocurrido eso, a juzgar por el casco y la posición en el suelo), pero a la bestia le daba igual eso. Lo único que sabía era que estaba herida, y alguien tenía que pagar.

Luego.

Primero tenía que llevarla a la enfermería.

Solté otra maldición cuando me di cuenta de que no tenía cobertura. La tormenta debía de haber dejado la red fuera de servicio.

Siempre decían que no había que trasladar a una persona herida sin un profesional presente, pero no me quedaba opción.

Cogí a Bridget en brazos y la llevé hasta el carrito, sosteniéndole el cuello con una mano. Llevábamos la mitad del camino cuando oí un gemido débil.

El corazón me dio otro vuelco.

—Princesa, ¿estás despierta? —pregunté en voz baja, para no asustarla.

Bridget dejó escapar otro gemido y entreabrió los ojos.

—¿Señor Larsen? ¿Qué haces? ¿Qué ha pasado? —Intentó girar la cabeza para mirar alrededor, pero la detuve apretándole el muslo.

—Estás herida. No te muevas a menos que sea estrictamente necesario.

Llegamos al carrito, la senté con cuidado en el asiento del copiloto y acto seguido me puse al volante y encendí el motor. Me invadió tanto alivio que casi me atraganto.

Estaba bien. Quizás tenía una conmoción cerebral, a juzgar por el golpe, pero estaba consciente y podía hablar y estaba viva .

—¿Te acuerdas de lo que ha pasado? —Quería acelerar para llegar rápido al palacio, donde había un médico disponible las veinticuatro horas, pero me obligué a conducir despacio para minimizar los golpes y los movimientos bruscos.

Bridget se tocó la frente con un gesto de dolor.

—Estaba cabalgando y de pronto... apareció una rama. No la vi hasta que ya fue demasiado tarde. —Cerró los ojos—. Me duele la cabeza y veo todo borroso.

Maldita sea. Una conmoción cerebral, seguro.

Apreté el volante con fuerza mientras imaginaba que era el cuello de Viggo.

—Enseguida llegamos al palacio. De momento tú relájate, no te obligues a hablar.

Por supuesto, no me hizo caso.

—¿Cómo me has encontrado? —Bridget hablaba más despacio que de costumbre, y el leve tono de dolor en su voz hizo que se me revolviera el estómago.

—Te he estado buscando. —Aparqué el carrito junto a la puerta trasera—. Tenéis que despedir al jefe adjunto de Seguridad. Es un imbécil. Si no te hubiera encontrado, él seguiría buscándote *dentro* del palacio como... ¿Qué?

—¿Cuánto tiempo has estado buscándome? —Bridget me miró con una expresión rara, que hizo que se me retorciera el corazón.

—No me acuerdo —gruñí—. Vamos adentro. Estás empapada.

—Tú también. —No se movió del asiento—. ¿Me has ido a buscar en mitad de la tormenta tú solo?

—Como te decía, Viggo es imbécil. Adentro, princesa. Tienen que mirarte el corte y el moratón. Es probable que tengas una conmoción cerebral.

—Estoy bien. —Pero Bridget no se resistió cuando la cogí por la cintura y le coloqué el brazo alrededor de mi cuello, dejando que me utilizara como muleta mientras entrábamos.

Por suerte, la enfermería no estaba muy lejos de la entrada, y cuando la doctora vio el estado en el que llegaba Bridget, se puso en acción.

Mientras le ponía un parche en la frente y la examinaba exhaustivamente en busca de alguna lesión más, yo me fui a secar al baño y esperé en el pasillo. No sabía si podría resistir la cólera al ver el corte de Bridget.

Se oyeron unas pisadas rápidas en el vestíbulo y gruñí cuando vi a Nikolai correr hacia mí, seguido de Viggo y Elin. Algún empleado debía de haberles alertado de que había llegado con Bridget.

Perfecto. Me apetecía desahogarme.

—¿Bridget está bien? —preguntó el príncipe con expresión preocupada.

—Más o menos. La está revisando la doctora ahora mismo. —Esperé hasta que Nikolai entrara en la enfermería para volverme hacia Viggo.

—*Tú* . —Agarré a Viggo por el cuello de la camisa y lo levanté hasta que sus pies colgaron en el aire—. Te *dije* que estaba fuera. Cualquier persona con dos dedos de frente sabría que estaba

fuera, y aun así has perdido una hora entera buscándola *dentro* mientras Bridget estaba inconsciente bajo la lluvia.

—¡Señor Larsen! —Elin sonó escandalizada—. Esto es el palacio real, *no* un bar de mala muerte donde pelearse con los demás clientes. Baje a Viggo.

La ignoré y bajé la voz hasta que solo Viggo pudo oírme.

—Más te vale *rezar* para que la princesa no tenga nada grave.

—¿Me estás amenazando? —preguntó.

—Sí.

—Podría despedirte.

Le mostré los dientes en una falsa sonrisa.

—Inténtalo.

Mi contrato estaba en manos del jefe de seguridad de la Casa Real, pero Viggo no tendría la más mínima opción de librarse de una buena ni en sueños, y mucho menos de despedirme sin la aprobación de su jefe.

Le solté del cuello y le dejé caer al suelo cuando se abrió la puerta de la enfermería.

—Señor Larsen, Viggo, Elin. —Si la doctora se había dado cuenta de que había una pelea en la puerta, no lo demostró—. Ya la he examinado. Pueden pasar.

Mi furia hacia Viggo pasó a un segundo plano frente a mi preocupación por Bridget, mientras nos agolpábamos en la diminuta enfermería, donde Bridget estaba sentada en la cama. No pareció alegrarse por ver a Nikolai, que estaba a su lado con expresión tensa.

La doctora nos informó de que Bridget, en efecto, tenía una conmoción cerebral, pero que se recuperaría en diez o doce días. También tenía un esguince de muñeca leve y estaba incubando un resfriado. Nada demasiado grave, pero la esperaban unas semanas incómodas.

Fulminé con la mirada a Viggo, que se escondía detrás de Nikolai como un cobarde.

Me quedé hasta que se marcharon todos, y la doctora me miró de reojo antes de murmurar una excusa y salir por la puerta, dejándome solo con Bridget.

—Estoy bien —dijo Bridget antes de que pudiera abrir la boca—. Unas semanas de descanso y estaré como nueva.

Me crucé de brazos, no muy convencido.

—¿Qué coño ha pasado? Nikolai me ha dicho que saliste corriendo después de que discutierais.

Se le ensombreció la expresión.

—Una pelea entre hermanos. No fue nada.

—Y una mierda. Tú nunca huyes cuando te enfadas.

Por no mencionar que Bridget no le había dirigido la palabra ni una vez cuando estaba en la sala, lo cual significaba algo. Nunca ignoraría a su hermano a menos que la hubiera cabreado *de verdad* .

—Hay una primera vez para todo —dijo.

—Joder, princesa, tienes que tener más cuidado. Si te pasara algo... —Me callé de golpe, tragándome el resto de la frase. «No sé lo que haría .»

La expresión de Bridget se suavizó.

—Estoy bien —repitió—. No te preocupes por mí.

—Demasiado tarde, joder.

Vaciló, con intención de decir algo, y finalmente dijo:

—Es tu trabajo.

La frase quedó flotando en el aire, cargada de significado.

Se me tensó la mandíbula.

—Sí —contesté por fin, mientras el corazón me daba otro vuelco—. Es mi trabajo.

13

Bridget

Las siguientes semanas fueron un calvario, no solo porque estuviera convaleciente por las heridas, sino porque la pausa en mi calendario de eventos me dio mucho tiempo libre para darle vueltas a la abdicación de Nikolai.

Iba a ser reina. Tal vez no al día siguiente ni dentro de un mes, pero sí algún día, y eso ya me parecía demasiado pronto.

Me llevé la copa de vino a los labios y me quedé mirando el cielo estrellado. Habían pasado tres semanas desde mi conversación con Nikolai.

Ya me había recuperado de la conmoción cerebral y del resfriado. Seguía teniendo cuidado con la muñeca, pero por lo demás estaba bien, lo que significaba que tenía que volver a las reuniones sobre cómo y cuándo anunciar la abdicación, cómo gestionar las consecuencias, los planes para mi traslado permanente a Eldorra y un millón de cosas más que hacían que me diera vueltas la cabeza.

Esa mañana, mi familia, Markus y yo, habíamos acordado hacer el comunicado oficial en el plazo de un mes. O mejor dicho, ellos lo habían acordado y yo lo había aceptado porque no me quedaba otra.

Un mes. Un mes más de libertad, y se acabó.

Estaba a punto de dar otro sorbo cuando la puerta de la azotea se abrió con un crujido. Me puse rígida y me quedé con la boca abierta al ver a Rhys. A juzgar por la forma en la que levantó las cejas, estaba tan sorprendido de verme como yo de verle a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos a la vez.

Solté una pequeña carcajada.

—Señor Larsen, esta es mi casa. Debería ser yo la única que preguntara eso.

—Creía que nadie subía aquí. —Se sentó en la silla que había a mi lado, e intenté no fijarme mucho en lo bien que olía, como a jabón y a algo más que era inconfundiblemente suyo. Limpio, sencillo, masculino.

Estábamos en la azotea de una de las torres del ala norte del palacio, adonde solo se podía acceder desde el pasillo de servicio junto a la cocina. No era nada comparada con la azotea ajardinada oficial del palacio, y apenas cabían las sillas que uno de los empleados me había

ayudado a subir después de sobornarle. Pero por eso me gustaba. Era mi refugio secreto, el lugar adonde me escapaba cuando necesitaba pensar y huir de miradas indiscretas.

Apuré el vino y fui a coger la botella que tenía a los pies, cuando me di cuenta de que ya estaba vacía. No solía beber tanto, pero necesitaba algo para aliviar la ansiedad que me perseguía últimamente como una nube negra.

—Solo vengo yo. La mayoría no conoce este sitio —dije—. ¿Cómo lo has encontrado *tú* ?

—Encuentro todo. —Rhys sonrió cuando arrugué la nariz ante su arrogancia—. Tengo los planos del palacio, princesa. Conozco todos los recovecos de este lugar. Es mi...

—Trabajo —terminé—. No tienes que recordármelo todo el rato.

Había dicho lo mismo en la enfermería de la doctora Hausen. No estaba segura de por qué me molestaba tanto. Quizás porque, por un segundo, habría jurado que su preocupación por mí iba más allá de sus obligaciones profesionales. Y quizás, por un segundo, habría jurado que deseaba eso. Deseaba que se preocupara por mí , no por su clienta.

Rhys hizo una mueca antes de posar la mirada en mi frente.

—¿Qué tal el moratón?

—Desapareciendo, gracias a Dios. —Ya estaba de un verde amarillento pálido. Todavía era desagradable, pero mejor que el púrpura brillante del principio—. Y ya no me duele tanto.

—Bien. —Pasó los dedos con delicadeza por encima del moratón, y se me entrecortó la respiración. Rhys nunca me tocaba, a menos que fuera necesario, pero en ese momento no lo era. Lo que significaba que simplemente quería tocarme—. Tienes que tener más cuidado, princesa.

—Ya me lo has dicho.

—Y te lo seguiré diciendo hasta que se te meta en la cabeza.

—Créeme. Ya lo tengo en la cabeza. ¿Cómo no acordarme, si no dejas de darme la matraca?

A pesar de mis quejas, encontré un gran consuelo en su insistencia. En un mundo en el que todo lo demás cambiaba, Rhys seguía siendo él de una forma maravillosa e implacable, y no quería que eso cambiara nunca.

Dejó la mano en mi frente un instante más antes de bajarla y retirarla, y recuperé el oxígeno.

—Y bien. —Rhys se reclinó, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza. Me preguntó sin mirarme—: ¿A quién te sueles traer aquí arriba?

—¿Qué? —Ladeé la cabeza, confusa—. Nunca he traído a nadie aquí.

—Hay dos sillas. —Señaló con la cabeza la mía y luego la que ocupaba él—. ¿Para quién es la segunda? —Su tono era distendido, pero escondía algo de tensión.

—Para nadie. Hay dos sillas porque... —vacilé—. No lo sé. Supongo que porque esperaba encontrar a alguien a quien traer aquí arriba algún día. —Tenía la idea tonta y romántica de subir con algún chico misterioso allí para besarnos y reírnos y hablar toda la noche, pero cada día había menos posibilidades de que eso pasara.

—Mmm. —Rhys se quedó en silencio un minuto antes de decir—: ¿Quieres que me vaya?

—¿Qué? —Sonaba como un disco rayado.

Tal vez el golpe en la cabeza me había trastornado el cerebro, porque nunca me había costado tanto hablar con coherencia.

—Parece que este es tu lugar secreto. No me había dado cuenta de que me estaba entrometiendo cuando he subido —dijo secamente.

Sentí un cálido torbellino en el estómago.

—No te estás entrometiendo —le dije—. Quédate. Por favor. Me viene bien la compañía.

Y ya está.

No pude contener una sonrisa. Y no creía que fuera a ser capaz de compartir aquel espacio con nadie más, pero me gustaba que Rhys estuviera conmigo. No tenía la urgencia de llenar el silencio con charlas tontas, y su presencia me reconfortaba, a pesar de irritarme también a veces. Cuando él estaba cerca, me sentía segura.

Estiré las piernas y sin querer le di una patada a la botella vacía, que rodó por el suelo hasta Rhys. Me agaché para recogerla al mismo tiempo que él, y nuestros dedos se tocaron un segundo.

No, ni siquiera un segundo. Una décima de segundo. Pero fue suficiente para que la electricidad me subiera por el brazo y me bajara por la columna vertebral.

Retiré la mano, con la piel ardiendo, mientras él cogía la botella y la colocaba al otro lado de su silla, lejos de nuestras piernas.

Nuestro breve contacto parecía indecente, como si estuviéramos haciendo algo que no debíamos hacer. Lo cual era ridículo. Ni siquiera lo había planeado. Fue un accidente.

Le estás dando demasiadas vueltas.

Las nubes se desplazaron, dejando ver parte de la luna, y la luz se derramó por toda la torre, iluminando la cara de Rhys. Parecía más serio que hacía un momento.

Incluso así, estaba guapísimo. No como una escultura griega perfecta, sino de una manera auténtica y masculina. La barba oscura, la pequeña cicatriz que le atravesaba la frente, los ojos metálicos...

Se me revolvió un poco el estómago mientras intentaba no pensar en lo solos que estábamos ahí arriba. Podríamos hacer cualquier cosa y nadie se enteraría.

Nadie, salvo nosotros.

—He oído que nos vamos la semana que viene —dijo Rhys. Puede que me lo imaginara, pero percibí la tensión en su voz, como si él también intentara luchar contra algo que apenas podía controlar.

—Sí. —Esperaba que no me hubiera salido la voz tan temblorosa como me pareció—. Mi abuelo ya está estable, y tengo cosas que hacer en Nueva York antes de mudarme aquí.

Me di cuenta de mi error mientras lo decía.

Todavía no le había hablado a Rhys de la abdicación de Nikolai, lo que significaba que no estaba al corriente de mi plan de mudarme a Athenberg. Para siempre.

Rhys se quedó inmóvil.

—¿Cómo? —Sonaba calmado, pero en sus ojos se empezó a formar una tormenta que era de todo menos eso—. ¿Mudarte aquí?

Tragué saliva.

—Sí.

—No lo habías mencionado, princesa. —Seguía calmado, pero amenazador, como el ojo de un huracán—. Creo que es algo importante que debería saber.

—No es seguro, pero ese es el plan. Quiero... estar más cerca de mi abuelo. —Era una verdad a medias. Se había recuperado bien de su ingreso hospitalario, y un equipo le controlaba las veinticuatro horas del día, pero seguía preocupada por él y quería estar más cerca, por si pasaba cualquier cosa. Sin embargo, como princesa heredera también era necesario que volviera a Athenberg para formarme para ser reina. Llevaba décadas de retraso.

Rhys respiró por la nariz.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Pronto —susurré.

La Casa Real mantenía en absoluto secreto la abdicación de Nikolai, y yo no podía decir ni una palabra hasta el comunicado oficial. Le podría haber dicho antes a Rhys que me iba a mudar a Eldorra con la misma excusa que acababa de usar, pero quería fingir que todo era normal un poco más de tiempo.

Era estúpido, pero en los últimos tiempos había estado muy desorientada y no entendía lo que hacía.

Algo brilló en los ojos de Rhys. Si no lo conociera, habría pensado que estaba herido .

—Bueno, por fin te puedes librar de mí —dijo con ligereza, pero su cara era un poema—. Hablaré con mi jefe el lunes y haremos todo el papeleo para la transición.

La transición.

Mi aliento, mi corazón. Todo se detuvo.

—¿Vas a renunciar?

—No me necesitas. Tienes a la Guardia Real. Si no renuncio, van a terminar mi contrato. Da lo mismo.

No se me había ocurrido, pero tenía sentido. La Casa Real había contratado a Rhys porque no querían prescindir de ningún miembro de la Guardia Real mientras yo vivía en Estados Unidos. Pero, ahora que iba a volver, no necesitaban contratar a un externo.

—Pero sí que... —Te necesito.

Tal vez Rhys y yo no nos habíamos llevado bien al principio, pero ahora no podía imaginar cómo sería no tenerle a mi lado.

El secuestro. La graduación. El ingreso de mi abuelo. Docenas de viajes, cientos de actos, miles de momentos, como cuando me pidió sopa de pollo cuando estaba enferma o cuando me dejó su chaqueta porque se me olvidó la mía en casa.

Había pasado mucho conmigo.

—Pues nada. —Parpadeé para alejar el dolor—. Nos queda un mes y luego... te irás.

A Rhys se le oscureció la mirada y se le tensó la mandíbula.

—No te preocupes, princesa. A lo mejor consigues que Booth vuelva a ser tu guardaespaldas. Será como en los viejos tiempos.

De pronto me entró una furia irracional. Hacia él, hacia aquel tono despectivo, hacia toda la situación.

—Puede que sí —espeté—. Ojalá. Es el mejor guardaespaldas que he tenido nunca.

Fue un golpe bajo y, a juzgar por la forma en la que se tensó Rhys, di en el blanco.

—Bien. Pues así ganamos todos —dijo con un tono frío y controlado. Se levantó y se fue por la puerta sin mirar atrás.

Sonó un portazo detrás de él y di un bote.

Detrás de los ojos volví a sentir la punzada de dolor y por la mejilla me resbaló una lágrima. Me la limpié con rabia.

No tenía motivos para llorar. Había cambiado muchas veces de guardaespaldas, y estaba acostumbrada a las despedidas. Rhys ni siquiera llevaba tanto tiempo conmigo. Booth había estado cuatro años y no lloré cuando se fue.

Me cayó otra lágrima. También la limpié.

«Las princesas no lloran.» La voz reprobatoria de Elin resonó en mi cabeza.

Tenía razón.

Me negaba a pasar el último mes agonizando, y menos aún por Rhys Larsen. Volveríamos a Nueva York, pondría en orden mis asuntos y exprimiría cada minuto del tiempo que me quedaba como princesa, no como heredera al trono.

Adiós al decoro y al protocolo. Si había un momento en que debía vivir la vida que realmente deseaba, era ahora.

¿Y si a Rhys no le parecía bien? Me daba igual.

14

Rhys

Tres semanas después

Algunas personas tienen días de mierda o semanas de mierda. Yo había tenido un mes de mierda.

Mi relación con Bridget había sido muy fría desde que me dijo que iba a volver a Eldorra, y odiaba que fuéramos a pasar así nuestros últimos días juntos.

Nuestros últimos días juntos.

Se me formó un nudo en la garganta de solo pensarlo, pero me obligué a ignorarlo y concentrarme en la tarea que tenía entre manos. Todavía estaba de servicio. Nos quedaba una semana en Nueva York. Después, la acompañaría a Athenberg, donde me quedaría otra semana hasta pasarle el testigo a su nuevo guardaespaldas.

No sabíamos quién iba a ser el nuevo, pero ya le odiaba. Aunque no tanto como al tío con el que Bridget estaba bailando en ese momento.

Estábamos en la sala vip del Borgia, una discoteca muy exclusiva del centro de Manhattan, y Bridget estaba abrazada a un guapito imbécil que llevaba toda la noche detrás de ella. Le reconocí: Vincent Hauz, un heredero de un imperio de la electrónica y un famoso mujeriego que se pasaba la mayor parte de su vida bebiendo, saliendo de fiesta y haciendo ricos a todos los camellos de la ciudad. Él y Bridget habían coincidido ya en algún evento.

Pero nunca le había querido arrancar los brazos hasta ahora.

Solo había que mirarle a la cara para adivinar qué tipo de pensamientos se le estaban pasando por la cabeza, y no tenían nada que ver con bailar. Al menos, no verticalmente.

Me hirvió la sangre cuando Bridget se rio de algo que dijo Vincent. Estaba convencido de que no era capaz de decir nada ingenioso ni aunque le amenazaran con quitarle la herencia, pero Bridget también estaba borracha. Ya se había metido entre pecho y espalda dos cócteles y cinco chupitos (los había contado) y podía ver el rubor de sus mejillas debido al alcohol desde la otra punta de la sala.

Llevaba un vestido brillante plateado que apenas le tapaba el culo, y un par de tacones de aspecto letal que la transformaban en una auténtica amazona. Tenía la melena dorada algo

despeinada, las piernas largas y la piel brillante por el sudor; estaba increíble. Pero no era ella misma.

Normalmente, Bridget no se habría puesto un vestido así (no porque no pudiera, sino porque no era su estilo), pero llevaba comportándose de una forma muy rara desde la noche de la azotea. Más salvaje, más desinhibida y más propensa a tomar decisiones cuestionables.

Como en este caso: Vincent Hauz. No le gustaba. Ella misma lo había dicho una vez, y sin embargo ahí estaba, restregándose contra él.

Él se acercó más y le deslizó la mano por la espalda hasta llegar a su culo.

Antes de saber lo que estaba haciendo, me abrí paso a través de la pista de baile y agarré a Vincent del hombro con tanta fuerza que se apartó y se dio la vuelta.

—¿Puedo ayudarte? —Su tono rezumaba desdén mientras me miraba de arriba abajo, con cara de asco por mi falta de ropa de diseño o accesorios de lujo.

A joderse. A lo mejor le gustaba más mi puño en su cara.

—Sí. —Le mostré los dientes en una sonrisa—. Quítale las manos de encima antes de que lo haga yo por ti.

—¿Y quién coño eres tú para decirme lo que tengo que hacer? —dijo Vincent con desprecio.

El que está a punto de partirte la cara en veinte trozos.

Antes de que pudiera responder, Bridget se puso en medio.

—Nadie. —Me fulminó con la mirada—. Estoy *bien* . Vuelve a tu sitio.

Y una mierda.

Si Bridget no hubiera sido mi clienta, la habría arrastrado al baño, la habría tumbado en el lavabo y le habría dado unos azotes por su tono insolente.

En lugar de eso, le devolví la mirada, esforzándome por mantener mi temperamento bajo control.

¿Quería salir de fiesta? Vale. ¿Quería hacerme el vacío? Vale. Pero por encima de mi cadáver iba a enrollarse con el gilipollas de Vincent Hauz. Ese tío era un pozo de ETS.

Los ojos de Vincent pasaron de uno a otro hasta que se dio cuenta.

—¡Tú eres el guardaespaldas! —Chasqueó los dedos—. Tío, haberlo dicho antes. Tranquilo. —Le pasó el brazo por la cintura a Bridget y se arrimó más a ella con una sonrisa lasciva—. La cuidaré bien.

Ya no quería darle una hostia. Ahora prefería arrancarle todos los dientes.

Por desgracia, eso significaba montar una escena, y la regla número uno de los guardaespaldas era no montar una escena. Así que hice lo siguiente que podía hacer. Le apreté más fuerte del hombro hasta que escuché un pequeño *crac* por encima de la música.

Vincent gritó y soltó a Bridget con un gesto de dolor.

—Pero ¿qué cojones haces?

—¿Qué te he dicho sobre quitarle las manos de encima? —pregunté con calma.

—Estás zumbado —espetó—. Bridget, ¿quién es este tío? ¡Despídele!

Le ignoré y me volví hacia Bridget.

—Es hora de irnos, alteza. —Estábamos acaparando la atención, que era lo último que quería. Pero no pensaba dejar que ese ser asqueroso se aprovechara de ella—. Mañana tienes que madrugar.

No era verdad. Le estaba ofreciendo una salida, pero no la aceptó.

—Buena idea. —Bridget evitó mi mirada de advertencia y le puso la mano en el pecho a Vincent. El corazón me latía con furia—. Ya me iré con Vincent. Puedes tomarte el resto de la noche libre.

—Ya la has oído. —Vincent se zafó de mi brazo y se colocó detrás de Bridget. Cobarde —. Fuera de aquí. La llevaré a casa por la mañana. —Le dio un repaso con la mirada babosa.

El tío no tenía ni una sola neurona dentro de la cabeza. Si la hubiera tenido, en ese momento habría echado a correr.

—Error. *Esto* es lo que vamos a hacer. —Mantuve un tono de voz jovial. Coloquial. Pero bajo el barniz de cortesía había una afilada hoja de acero—. Te vas a dar media vuelta, te vas a ir y no vas a volver a hablar con ella, ni a tocarla, ni siquiera a mirarla, nunca más. Tómatelo como la primera y la última advertencia que voy a hacerte, señor Hauz.

Sabía su nombre. Él sabía que yo sabía su nombre. Y si era tan imbécil como para ignorar mi advertencia, iría a por él, le arrancaría las pelotas y se las daría de desayuno.

La cara de Vincent se tiñó de un tono púrpura.

—¿Me estás *amenazando* ?

Me incliné sobre él, saboreando el miedo que se reflejaba en sus ojos.

—Sí.

—No le escuches —dijo Bridget con los dientes apretados—. No sabe lo que está diciendo.

Vincent dio otro paso más, rezumando odio, pero en su mirada aún había miedo.

—Pues vale. Yo paso de esto. —Se alejó, furioso, hasta desaparecer entre la multitud de borrachos.

Bridget se volvió hacia mí.

—¿Qué *problema* tienes?

—Mi problema es que te estás comportando como una niñata mimada y borracha —solté—. Vas tan pedo que no tienes ni idea de lo que haces.

—Sé perfectamente lo que hago. —Me clavó la mirada, llena de fuego y desafío, y me invadió un extraño calor. No sabía por qué su furia me ponía tanto. Tal vez porque era una de las pocas veces que la veía a ella , y no la máscara que se ponía para el mundo—. Me lo estoy pasando bien, y pienso salir de aquí con un chico. Y no me lo vas a impedir.

Sonreí con frialdad.

—Tienes razón. Te vas a ir con un chico. Conmigo.

—No, contigo no. —Bridget se cruzó de brazos.

—Tienes dos opciones. —Me incliné lo suficiente como para oler su perfume—. Puedes salir

de aquí por tu propio pie como una adulta o te puedo llevar a cuestas en el hombro como a una niña pequeña. ¿Qué prefieres, princesa?

No era la única que estaba cabreada esa noche.

A mí me cabreaba que se hubiera pasado la última media hora dejando que un pedazo de cretino le metiera mano. Me cabreaba que estuviéramos discutiendo cuando solo nos quedaban dos semanas juntos. Y, sobre todo, me cabreaba desearla tanto y no poder tenerla.

Si había algo que su regreso a Eldorra dejaba claro, era que nuestra relación era temporal. Siempre lo había sido, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

Al fin y al cabo, ella era una princesa, y yo el tío al que habían contratado hasta que ya no me necesitaban.

Bridget se ruborizó.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

—Se te olvida que aquí no eres el jefe, señor Larsen.

La temperatura de mi sonrisa subió otros diez grados.

—¿Quieres probar esa teoría?

Hizo una mueca. Durante un segundo, creí que se quedaría solo para fastidiarme. Después, sin mediar palabra y sin mirarme, me empujó y se dirigió a la salida, con paso firme. La seguí, con el ceño tan fruncido que todos los de la discoteca se apartaron a mi paso como canicas.

Cogimos el primer taxi que vimos para volver a casa de Bridget y, al llegar, apenas el vehículo había detenido la marcha cuando ella saltó fuera y se dirigió a toda velocidad a la puerta principal. Pagué al conductor y la alcancé en cuatro zancadas.

Entramos en casa, con nuestras pisadas resonando en el parqué. Cuando llegamos al piso de arriba, Bridget abrió la puerta de su habitación y trató de cerrármela en la cara, pero metí el brazo por el hueco antes de que pudiera hacerlo.

—Tenemos que hablar —dije.

—No quiero hablar. Ya me has arruinado la noche. Ahora déjame en paz.

—No hasta que me digas qué narices está pasando. —Clavé la mirada en la suya, buscando un indicio de lo que estaba pasando en esa cabeza—. Llevas semanas comportándote de forma extraña. Pasa algo.

—No pasa nada. —Bridget renunció a intentar impedirme la entrada a su habitación y soltó la puerta. La empujé para abrirla del todo, pero me quedé en el umbral, observando. Esperando—. Tengo veintitrés años, señor. Larsen. Y las chicas de veintitrés años salen de fiesta y beben y se acuestan con chicos.

En la mandíbula se me tensó un músculo.

—Pero no como tú lo has hecho desde que volvimos a Nueva York.

No la parte de acostarse con chicos, gracias a Dios, sino la de salir y beber.

—A lo mejor estoy cansada de vivir la vida como debo y quiero vivir la vida como puedo . —

Bridget se quitó las joyas y las colocó en su tocador—. Mi abuelo estuvo a punto de morir. Estaba de pie y a continuación se desplomó en el suelo. ¿Por qué no me iba a pasar a mí lo mismo?

Sus palabras tenían algo de verdad, pero no la verdad absoluta. Conocía cada inflexión de su voz, cada significado detrás de cada movimiento. Había algo que no me estaba diciendo.

—¿Así que has decidido que quieres pasar los que podrían ser tus últimos momentos con el puto Vincent Hauz? —me burlé.

—Ni siquiera le conoces.

—Le conozco lo suficiente.

—Por favor. —Bridget se volvió hacia mí, con furia y algo más triste brillando en sus ojos—. *Cada vez* que sonrío a un hombre, te abres paso entre nosotros como un oso defendiendo su territorio. ¿Por qué, señor Larsen? Sobre todo teniendo en cuenta que me dijiste al conocernos que nunca te involucras en la vida personal de tus clientes.

No respondí, pero mi mandíbula siguió latiendo al ritmo de mi pulso. Tic. Tic. Tic. Era una bomba a punto de hacer estallar por los aires nuestras vidas tal y como las conocíamos.

—Puede que... —La expresión de Bridget se volvió contemplativa mientras daba un paso hacia mí. Error número uno —... quieras estar en el lugar de ellos. —Sonrió, pero mantuvo la mirada atormentada—. ¿Me deseas, señor Larsen? La princesa y el guardaespaldas. Sería una historia muy bonita para contar a tus amigos.

Error número dos.

—Es mejor que dejes de hablar, alteza —dije con suavidad—. Y ten mucho, pero que mucho cuidado con lo que haces a continuación.

—¿Por qué? —Bridget dio otro paso hacia mí, luego otro, hasta que estuvo a pocos centímetros de distancia—. No te tengo miedo. Todos los demás sí lo tienen, pero yo no. —Me puso la mano en el pecho.

Error número tres.

No le dio tiempo ni a gritar antes de que le diera la vuelta y la inclinara sobre la cómoda cercana, agarrándole de la barbilla con una mano y tirándole de la cabeza hacia atrás mientras le agarraba del cuello con la otra. Mi polla se clavó contra su culo, dura y furiosa.

Llevaba toda la noche al límite. Joder, llevaba dos años al límite. Desde el momento en que Bridget von Ascheberg entró en mi vida, había entrado en una cuenta atrás hacia la destrucción, y quizás esta noche iba a ser la noche en que todo se fuera a la mierda.

—Pues deberías, princesa. ¿Quieres saber por qué? —gruñí—. Porque tienes razón. Te deseo. Pero no quiero besarte ni hacerte el amor. Quiero follarte . Quiero castigarte por ir de chula y por dejar que otro hombre te ponga las manos encima. Quiero arrancarte ese puto vestidito y embestirte tan fuerte que no puedas caminar en varios días. Quiero todo eso, aunque no pueda tenerlo. Pero como no dejes de mirarme así... —Le apreté más la barbilla y la garganta. Me miró

fijamente en el espejo, con los labios entreabiertos y los ojos oscuros del calor—. Puede que lo haga de cualquier forma.

Eran palabras duras y amargas, impregnadas de lujuria e ira a partes iguales. Las dije para asustarla, pero Bridget parecía cualquier cosa menos asustada. Parecía excitada .

—Pues hazlo —dijo. Me quedé quieto, con la mano agarrada a su garganta mientras mi polla amenazaba con hacerme un agujero en los pantalones—. Fóllame como acabas de prometer.

15

Rhys

Escuchar la palabra fóllame en boca de Bridget, con esa voz tan educada y elegante...

Me armé de todo el autocontrol que pude para no hacer lo que había dicho que haría. Lo que me había pedido que hiciera.

Pero aunque lo único que quería era mandar *a la mierda* la sensatez y darle justo lo que los dos ansiábamos, no lo hice. Bridget seguía borracha. Tal vez no tan borracha como estaba media hora antes, pero lo suficientemente intoxicada como para tener los sentidos alterados.

No tenía ni idea de si la que hablaba era ella o el alcohol. Joder, había estado a punto de irse con Vincent Hauz a casa, y le odiaba.

—Eso no era una promesa, princesa. —Le apreté la piel con los dedos.

—A mí me lo ha parecido.

Dios. La tentación estaba tan cerca que casi la podía saborear. Solo tenía que estirar la mano y...

¿En qué coño estás pensando, Larsen?, gruñó mi conciencia interna. Es tu clienta, por no mencionar que también es una princesa, joder. Aléjate de ella de una puta vez antes de hacer algo de lo que te arrepientas aún más.

Daba igual que solo le quedaran dos semanas como mi clienta. Lo seguía siendo, y esa noche ya habíamos sobrepasado casi todos los límites profesionales.

—A esto me refiero —dije, sin tener claro si estaba más enfadado con ella o conmigo mismo —. Te estás comportando como si fueras otra persona. La Bridget que yo conozco no le pediría a su guardaespaldas que la follara. ¿Qué coño te pasa?

Su expresión se endureció.

—No necesito una charla íntima, señor Larsen. O me follas, o ya encontraré a alguien que lo haga.

Se le escapó un pequeño grito cuando la volví a empujar sobre la cómoda, de tal modo que su cuerpo quedó en un ángulo de noventa grados y su mejilla apoyada contra la madera.

Me incliné hasta quedarme tan cerca que pude oír cada respiración entrecortada.

—Vuelve a decir eso —le dije— y serás responsable de la muerte lenta y dolorosa de un hombre. ¿Eso es lo que quieres, princesa?

Bridget apretó los puños.

—No me vas a tocar, pero tampoco dejas que nadie me toque. Pues, entonces dime, ¿qué coño quieres , señor Larsen?

A ti.

Toda mi frustración, toda mi vida, estaba llegando al punto de ebullición.

—¡Quiero saber por qué te has estado comportando como una adolescente irresponsable en lugar de como una adulta!

Bridget era la persona más sensata que conocía. Al menos, lo había sido antes del trasplante de personalidad.

—¡Porque esta es la última oportunidad que tengo! —gritó. Nunca, ni una sola vez en los dos años que había trabajado con ella, la había oído levantar la voz, y me sorprendió lo suficiente como para soltarla y dar un paso atrás. Bridget se zafó de mí y me miró de frente, con el pecho agitado por la emoción—. Me queda una semana. Una semana hasta...

Un repentino y gélido terror se apoderó de mí.

—¿Hasta qué? —pregunté, a punto de sentir la bilis en la garganta—. ¿Estás enferma?

—No. —Bridget apartó la mirada—. No estoy enferma. Solo voy a ser lo que la mayoría de la gente sueña.

La confusión ahuyentó mi breve destello de alivio.

—El título de princesa heredera —aclaró. Se desplomó contra la cómoda, con el rostro cansado—. Antes de que lo digas, ya lo sé. Problemas del primer mundo, bla, bla, bla. Hay gente que se muere de hambre y yo me quejo por haber heredado un trono.

Mi confusión se multiplicó.

—Pero el Príncipe Nikolai...

—... va a abdicar. Por amor. —Bridget esbozó una sonrisa sin humor—. Tuvo el descaro de enamorarse de una plebeya, y por eso tiene que renunciar a su derecho de nacimiento. Porque la ley prohíbe al monarca de Eldorra casarse con alguien que no sea de sangre noble.

Por el amor de Dios. ¿Qué era eso, el siglo XVII ?

—Pero eso es una gilipollez.

—Sí, pero una gilipollez que tenemos que acatar. Incluida yo, ahora que soy la siguiente en la línea de sucesión al trono.

Hice una pequeña mueca ante la idea de que se casara con otro hombre. Era irracional, pero ninguna de mis reacciones era racional cuando se trataba de ella. Bridget era capaz de borrar todo mi sentido de la lógica y la corrección.

Prosiguió, ajena a mi agitación:

—La Casa Real hará el comunicado oficial la semana que viene. No podía contárselo a nadie hasta entonces, y por eso no he dicho nada. —Tragó saliva—. Después del comunicado, seré oficialmente la heredera al trono, y mi vida ya no será mía. Todo lo que haga y diga tendrá que ver con la corona, y no puedo defraudar a mi familia ni a mi país. —Suspiró profundamente—.

Por eso me he vuelto un poco... loca últimamente. Quiero saborear la normalidad por última vez. Relativamente hablando.

Guardé silencio mientras digería la bomba.

Bridget, futura reina de Eldorra. Hostia puta.

Tenía razón en lo de que la mayoría de las mujeres matarían por estar en su lugar. Pero Bridget era una chica que una vez salió corriendo en mitad de una tormenta para bailar bajo la lluvia. Que pasaba su tiempo libre trabajando como voluntaria en un refugio de animales y que prefería quedarse en casa viendo la televisión y comiendo helado que asistir a una fiesta elegante.

Para ella, ser reina no era un sueño; era su peor pesadilla.

—No debía ser yo. Yo era la sustituta. —Bridget parpadeó, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas. Se me formó un nudo en la garganta al mirarla—. Nunca debí ser yo —repitió.

Le agarré la barbilla y se la giré hasta que me miró.

—Eres muchas cosas, princesa. Cabezota, exasperante, una mosca cojonera la mitad del tiempo. Pero te prometo que no eres sustituta de nadie.

Se le escapó una carcajada débil.

—Creo que eso es lo más agradable que me has dicho nunca.

—No te acostumbres.

Otra pequeña risa se desvaneció tan rápido como había llegado.

—¿Qué voy a hacer? —susurró Bridget—. No estoy preparada. No creo que esté preparada nunca.

—Eres Bridget von Ascheberg —dije—. Estarás preparada.

Bridget sobresalía en todo lo que hacía, y ser reina no sería una excepción.

—Mientras tanto... —Esperaba no arrepentirme de lo que iba a decir—. Vas a vivir tu vida como quieras. Siempre y cuando no incluya al imbécil de Vincent Hauz.

Como volviera a cruzarme con ese cabrón, le rompería todos los huesos del cuerpo solo por tocarla y ocupar espacio en sus pensamientos. No se merecía ni un centímetro de ella.

Bridget se animó un poco.

—¿Significa eso que me vas a follar?

Vale, sigue borracha.

Gruñí, muy consciente de la erección que no había disminuido en absoluto en todo ese rato.

—No, princesa. No es una buena idea.

Ella frunció el ceño.

—Pero está en mi lista de deseos.

Oh, Dios. Me daba miedo preguntarlo, pero...

—¿Tienes una lista de deseos?

Bridget asintió.

—Para antes de volver a Eldorra. —Enumeró con los dedos los puntos de la lista—. Uno, ir a

algún lugar donde nadie sepa quién soy ni le importe. Dos, comer, leer y tomar el sol todo el día sin tener que preocuparme por ningún evento o por tener que madrugar al día siguiente. Tres, hacer una actividad que genere adrenalina y por la que mi abuelo montara en cólera si se enterara, como el *puenting* . Y cuatro, tener un orgasmo que no me haya dado yo misma. —Se encogió de hombros—. Llevo mucho tiempo.

Joder. Ahora la imagen de Bridget provocándose un orgasmo quedaría grabada para siempre en mi mente.

Me pasé una mano por la cara.

¿Cómo *coño* me he metido en esta situación?

La noche había descarrilado hasta tal punto que ya no era capaz de ver las vías.

—El uno está descartado ya —dijo Bridget—. Pero puedes ayudarme con el cuatro.

Iba a lograr algo que ni mi madre ni el ejército habían logrado. Iba a matarme.

—Vete a la cama —dije con voz tensa—. Tú sola. Estás borracha y es tarde.

Bridget me miró fijamente la entrepierna, donde se me notaba una evidente excitación bajo los pantalones.

—Pero...

—No. —Necesitaba salir de allí. Inmediatamente—. No hay peros. Ya me lo agradecerás por la mañana.

Antes de que pudiera protestar más, salí y fui directo a mi baño, donde me di la ducha más larga y fría del mundo. No logró calmarme el calor de la excitación. Tampoco surtió efecto que me sacudiera la polla hasta llegar a un orgasmo muy poco satisfactorio.

Solo había una cosa que pudiera acabar con mi frustración, y la había rechazado como un idiota.

Cerré el grifo y me sequé, resignado a una noche de insomnio.

Mientras tanto, no podía quitarme de la cabeza la terrible idea que se había estado gestando en mi mente desde que Bridget me habló de su lista de deseos. Al contrario, cada vez me parecía una idea *mejor* .

Era una locura y probablemente un riesgo. No tenía tiempo para prepararme, e iba en contra de todo mi entrenamiento y de mi instinto de protección.

Pero no podía quitarme de la cabeza los ojos tristes de Bridget, ni sus palabras.

«Quiero saborear la normalidad por última vez.»

—Me voy a arrepentir de esto —murmuré mientras salía del baño y abría el portátil.

No importaba.

Porque por mucho que quisiera que Bridget estuviera a salvo, era más importante que fuera feliz.

16

Bridget

¿Era posible morir de humillación?

Cuarenta y ocho horas antes habría dicho que no, pero mientras me tomaba el desayuno en la mesa frente a Rhys, mi respuesta era un rotundo *sí* . O me explotaría la cara de bochorno, o bien me derretiría en un charco de vergüenza, lo que ocurriera primero.

—¿Quieres más beicon? —Me extendió el plato.

Negué con la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos.

Me había levantado con un dolor de cabeza horroroso, un calor palpitante entre las piernas y un recuerdo espantosamente claro de todo lo que había hecho (y dicho) la noche anterior.

«Fóllame como acabas de prometer.»

«Cuatro, tener un orgasmo que no me haya dado yo misma. Llevo mucho tiempo.»

Me atraganté con la tostada y me entró un ataque de tos.

Rhys levantó la ceja.

—¿Estás bien? —Llevaba toda la mañana muy tranquilo, como si no hubiera pasado nada, y no estaba segura de si eso me aliviaba o me ofendía.

—Sí —dije sin apenas voz. Cogí el vaso de agua y me bebí la mitad de golpe hasta que se me pasó la tos.

—Deberías comer algo con hidratos —dijo con calma—. Van bien para la resaca.

—¿Cómo sabes que tengo resaca?

—Anoche te tomaste cinco chupitos, cada uno de una cosa distinta. No es difícil saberlo.

El hecho de que recordara que la fiesta de anoche había sucedido me hundió aún más en la vergüenza. Ojalá hubiera podido borrar de su mente *y* de la mía todo lo que pasó después del Borgia.

Ya que eso no era posible, estuve tentada de hacerme la tonta y fingir que no me acordaba de lo que había pasado, pero *sí* que me acordaba, y si no sacaba el tema, me perseguiría para siempre.

—Escucha. Respecto a lo de anoche... —Me obligué a mirar a Rhys—. Estaba borracha y no pensaba con claridad, y dije algunas cosas que no debería haber dicho. Perdona si te hice sentir incómodo.

En la cara de Rhys se dibujó algo parecido a la decepción.

—Yo también —dijo—. Estamos empatados.

No quiero besarte ni hacerte el amor. Quiero follarte. Quiero castigarte por ir de chula y por dejar que otro hombre te ponga las manos encima. Quiero arrancarte ese puto vestidito y embestirte tan fuerte que no puedas caminar en varios días.

En mi frente asomó una gota de sudor. Me retorcí en el taburete, tratando de aliviar las palpitaciones de mi clítoris, pero no hacía más que empeorarlo.

No tendría que haber dicho lo que dije, pero eso no significa que no lo hubiera dicho de verdad. Cuando Rhys me tumbó contra la cómoda y me empezó a restregar la polla...

Me bebí de una sentada el resto del agua para calmar el calor que me ardía en la piel.

—En ese caso, lo mejor es fingir que lo de anoche no ocurrió y no volver a mencionarlo nunca más.

Necesitaba más agua. Y aire acondicionado. Y puede que un baño de hielo también.

—Por mí vale. —Rhys apoyó una mano en la encimera mientras se bebía una taza de café con la otra. Fue un movimiento cotidiano que no tenía por qué ser tan sexi, pero lo era—. Con una excepción.

Oh, Dios.

—¿Y es...?

—Tu lista de deseos. —Me clavó los ojos metálicos—. ¿De verdad quieres hacer eso antes de ir a Eldorra?

No me esperaba que dijera eso.

Dejé escapar un suspiro de alivio antes de acordarme del número cuatro de la lista de deseos y sonrojarme otra vez.

—Sí, pero la mayoría no es posible.

Era más una lista de fantasías que una lista de deseos. Ya lo sabía cuando se me ocurrió, pero soñar era gratis.

—¿Y si te dijera que sí es posible? —Rhys colocó la taza en el fregadero antes de volver a mirarme.

—Diría que te estás cachondeando de mí.

Torció la boca en una pequeña sonrisa, y me entraron escalofríos. Rhys no solía sonreír, pero cuando lo hacía, era devastador.

—Me hace gracia cómo hablas, princesa.

«Fóllame como acabas de prometer.»

El recuerdo se debió de cruzar en mi mente al mismo tiempo que en la suya, porque se le borró la sonrisa y se le calentó la mirada mientras yo me hundía un poco más en el asiento.

—No, no me estoy cachondeando de ti —dijo con la voz más áspera que un segundo antes—. Puedo hacer realidad tu lista de deseos si quieres.

No tuve el valor suficiente para preguntarle si también incluía el número cuatro.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Es mi buena acción del año.

Era la típica no respuesta de Rhys, pero la intriga podía más que el fastidio.

—Vale, he picado —dije—. ¿Qué tienes en mente?

—No es una cosa. Es un lugar. —Rhys volvió a sonreír al ver mi cara de sorpresa—. Nos vamos a Costa Rica.

17

Bridget

Dos días después, aterrizamos en Costa Rica como Rhys había prometido, e hicimos un viaje de dos horas en coche desde el aeropuerto hasta un pequeño pueblo en la costa del Pacífico.

Miré desde la ventana el exuberante paisaje, con la cabeza dándome vueltas por lo rápido que había pasado todo. No podía creer que Rhys, el mismísimo señor Seguridad y Protección, fuera quien hubiera sugerido ese viaje de última hora, pero no pensaba quejarme. No había estado nunca en Costa Rica, así que la idea de pasar cuatro días en un paraíso tropical me parecía, bueno, el paraíso.

Terminamos de empaquetar las cosas para la mudanza, y esa misma mañana devolví las llaves. El resto de las cosas pendientes las podía hacer online. Era, a todos los efectos, libre hasta que volviéramos a Nueva York.

—Ya está. —Rhys se detuvo frente a una enorme casa de campo de dos pisos—. Número uno de la lista de deseos.

«Ir a algún lugar donde nadie sepa quién soy ni le importe.»

Sin duda, había dado en el clavo. La casa se encontraba en lo alto de una colina y era la única en varios kilómetros a la redonda. ¿Cómo habría encontrado Rhys ese lugar?

Se me formó un nudo de emoción en la garganta mientras sacábamos las maletas del coche de alquiler y nos dirigíamos a la entrada.

—¿Cómo lo has organizado todo tan rápido?

Rhys nunca me dejaría ir a ningún lado sin haber hecho un reconocimiento previo, pero solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde que le dije lo de mi lista. Tenía que investigar el pueblo, reservar el vuelo y la casa y gestionar los miles de detalles que conlleva un viaje real, todo en tan poco tiempo...

—He hecho un poco de trampa —admitió mientras abría la puerta—. Un antiguo compañero de la Marina se mudó aquí hace un par de años y es el dueño de esta casa. Ahora mismo está de vacaciones y me la ha dejado unos días. Vengo todos los años, así que conozco el pueblo y a la gente. Es seguro. Muy tranquilo. Está todo controlado.

—Justo lo que necesito —murmuré. El nudo en la garganta se hizo más fuerte.

Rhys me enseñó la casa. Las paredes acristaladas ofrecían unas vistas impresionantes de

trescientos sesenta grados del océano Pacífico. Todo era un gran espacio abierto y ventilado, hecho de piedra y madera natural, y el diseño de la casa hacía que se integrara con el entorno, en lugar de dominarlo. Pero lo mejor era la piscina infinita en la azotea de la segunda planta. Desde un ángulo concreto daba la impresión de que se fundía con el propio océano.

Rhys, cómo no, también me mostró el sistema de seguridad. Cristales tintados a prueba de balas, sensores de movimiento de última generación, una habitación del pánico subterránea con suministros de comida para un año. Eso fue todo lo que escuché antes de desconectar.

Agradecía las medidas de seguridad, pero no necesitaba un desglose detallado de la marca y el modelo de las cámaras. Lo único que quería era comer y bañarme.

—Recuérdame que le dé las gracias a tu amigo —dije—. Este sitio es increíble.

—Le encanta enseñarlo, por eso siempre invita a la gente a venir —dijo brevemente Rhys—. Pero se lo diré.

Ya eran cerca de las dos, así que lo primero que hicimos al terminar de ver la casa fue cambiarnos e ir al pueblo para comer. El pueblo estaba a veinte minutos en coche de la villa y, según Rhys, tenía menos de mil habitantes. Ni uno solo de ellos parecía saber o importarle quién era yo.

Número uno de la lista de deseos.

Comimos en un pequeño restaurante familiar a cuya dueña, una mujer mayor de cara redonda llamada Luciana, se le iluminó la cara al ver a Rhys. Le ahogó a besos antes de abrazarme a mí también.

—¡Ay, qué bonita! —exclamó mirándome—. Rhys, ¿es tu novia?

—No —dijimos Rhys y yo al mismo tiempo. Nos miramos antes de aclarar—: Solo somos amigos.

—Oh. —Luciana pareció decepcionada—. Un día traerás a una novia —añadió—. Quizás seas tú. —Me guiñó un ojo antes de llevarnos a una mesa.

Culpé al calor de mi sonrojo repentino.

En lugar de pedir del menú, Rhys me dijo que confiara en el criterio de Luciana, y me alegré de haberlo hecho cuando la comida salió veinte minutos después. Olla de carne, arroz con pollo, plátanos maduros... Todo estaba tan delicioso que le habría rogado a Luciana que me diera las recetas si mis habilidades culinarias fueran más allá de batir huevos y hacer café.

—Esto está increíble —dije después de comerme un bocado de pollo con arroz.

—Luci hace la mejor comida del pueblo.

—Sí, pero no me refiero a eso. Me refiero a esto . —Señalé alrededor—. El viaje. Todo. No tenías por qué.

Especialmente porque Rhys lo pagaba todo de su bolsillo. Suponía que su amigo le dejaba la villa gratis, pero el vuelo, el alquiler del coche... Todo costaba un dineral. Me había ofrecido a pagárselo, pero había lanzado una mirada tan letal que no había vuelto a sacar el tema.

—Tómatelo como un regalo de despedida —dijo Rhys sin levantar la vista de su plato—. Dos

años. Me parecía que valía la pena hacer un viaje.

El pollo, que me parecía tan delicioso un segundo antes, se convirtió en ceniza en mi boca.

Claro. Casi se me había olvidado. A Rhys solo le quedaban dos semanas como mi guardaespaldas.

Clavé el tenedor en la comida, sin apetito.

—¿Ya tienes nuevo cliente? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

Fuera quien fuera, ya le odiaba por haber conseguido un principio con Rhys en lugar de un final.

Rhys se frotó la nuca con la mano.

—Me voy a tomar un pequeño descanso. A lo mejor vuelvo a Costa Rica, o me voy a Sudáfrica un tiempo.

—Oh. —Volví a pinchar el pollo con más fuerza—. Suena bien.

Genial. Él estaría jugando al trotamundos mientras yo daba clases de cómo ser reina en el palacio. Puede que conociera a alguna chica guapa costarricense o sudafricana con la que pasar los días surfeando y foll...

Ya está bien.

—¿Y tú? —preguntó Rhys, con un tono también aparentemente despreocupado—. ¿Ya sabes quién es tu nuevo guardaespaldas?

Sacudí la cabeza.

—Pedí que fuera Booth, pero ya tiene asignada a otra persona.

—Qué curioso. Pensé que se portarían mejor, teniendo en cuenta que eres la princesa heredera. —Rhys cortó el pollo con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Todavía no soy la princesa heredera. Pero, bueno, vamos a hablar de otra cosa. —La conversación me estaba deprimiendo—. ¿Qué planes divertidos se pueden hacer aquí?

No muchos. Después de comer, Rhys y yo paseamos por el pueblo, donde compré algunos recuerdos para mis amigas. Visitamos una galería de arte de artistas locales, hicimos un descanso en una cafetería donde me tomé el mejor café que había probado nunca, y compramos comida en el mercado.

Fue un día normal y corriente, lleno de actividades mundanas y nada especialmente emocionante.

Fue perfecto.

Cuando estábamos volviendo a la casa, estaba lista para caer rendida, pero Rhys me paró antes de dormirme.

—Si puedes aguantar despierta un rato más, hay algo que merece la pena ver.

La curiosidad venció al cansancio.

—Más vale que esté bien. —Le seguí hasta la azotea y me senté en una de las butacas de mimbre junto a la piscina, donde ahogué un bostezo—. Me pongo de mal humor cuando duermo poco.

—Créeme, lo sé —se burló Rhys—. Pero me alegro de que lo admitas.

Miré cómo apagaba todas las luces, incluidas las exteriores.

—¿Qué haces? —Nunca apagaba todas las luces hasta justo antes de irse a la cama.

Se sentó a mi lado, y le brillaron los dientes en la oscuridad antes de levantar la barbilla.

—Mira arriba, princesa.

Lo hice. Y me quedé boquiabierta.

Miles y miles de estrellas salpicaban el cielo sobre nosotros, tan numerosas y densas que parecían un cuadro más que la vida real.

La Vía Láctea, allí mismo, en todo su esplendor.

No había pensado que allí se pudiera ver con tanta claridad, pero tenía sentido. Estábamos en lo alto de una colina, a muchos kilómetros de la ciudad más cercana. No había nada ni nadie a excepción de nosotros, el cielo y la noche.

—Pensé que te gustaría —dijo Rhys—. Esto no se suele ver en Nueva York ni en Athenberg.

—No, claro que no se ve. —Me invadió la emoción—. Y tenías razón. Me encanta. Merece la pena acostarme más tarde y ponerme de mal humor.

Soltó una pequeña carcajada que se me instaló en el estómago y me calentó por dentro.

Nos quedamos fuera otra hora más, mirando al cielo, embriagados por la belleza.

Me gustaba pensar que allí arriba estaban mis padres, mirándome.

Me pregunté si habría cumplido sus expectativas, si estarían orgullosos de mí. Me pregunté qué dirían sobre la abdicación de Nikolai, y si mi madre sabía que era yo quien debía haber muerto ese día en el hospital, no ella.

Ella tendría que ser la reina, no yo.

Al menos mi padre y ella estaban juntos. Fueron una de las parejas con suerte que empezaron en un matrimonio concertado y acabaron enamorándose. Mi padre nunca volvió a ser el mismo después de la muerte de mi madre, o eso me decía todo el mundo. Yo era demasiado joven para notar la diferencia.

A veces me preguntaba si perdió el control del coche a propósito para poder reunirse antes con ella.

Volví la cabeza para mirar a Rhys. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad lo suficiente como para poder distinguir la pequeña protuberancia de su nariz y la curva de sus labios.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunté, en parte porque quería saberlo, y en parte porque quería sacar mis pensamientos del camino macabro que habían tomado.

—No.

—¿En serio? ¿Nunca?

—No —volvió a decir Rhys. Levantó una ceja—. ¿Te sorprende?

—Un poco. Eres mayor. Deberías haberte enamorado tres veces como mínimo. —Tenía diez años más que yo, así que no era mayor en absoluto, pero me gustaba hacerle rabiar a veces.

El aire se llenó de un sonido profundo y jovial, y me quedé de piedra al ver que se estaba

riendo . La risa más profunda y auténtica que le había escuchado nunca.

Era preciosa.

—Un amor por década —dijo Rhys cuando dejó de reírse—. Según ese cálculo, tú ya deberías haberte enamorado dos veces. —La intensidad de su mirada me atravesó en la oscuridad—. Así que dime, princesa, ¿has estado enamorada alguna vez?

—No. —Volví la atención a las estrellas—. Pero espero estarlo algún día.

18

Bridget

Pasamos cuatro días increíbles y perfectos en Costa Rica.

Me levantaba tarde y me pasaba el día comiendo, tomando el sol y leyendo una novela romántica que había comprado en el aeropuerto. Número dos de la lista de deseos.

El tercer día, Rhys me llevó en coche a Monteverde para lanzarme en tirolina. Dijo que era la mejor empresa de la zona y que él mismo lo había hecho con ellos varias veces.

Aun así, estaba en absoluta tensión mientras me preparaba para bajar por la tirolina más larga. Hasta ese momento solo nos habíamos tirado por los cables más cortos, y era divertido, pero yo ya estaba lista para *más* .

La tirolina por la que estaba a punto de tirarme se extendía por encima del bosque neblinoso, tan larga que no se veía el otro extremo. En el estómago se me acumuló una mezcla de emoción y nervios.

—Revísala de nuevo —dijo Rhys después de que el guía me diera el visto bueno.

Nadie se molestó en discutir. Rhys obligó al guía a comprobar tres veces mi arnés antes de tirarme por cada cable, y era inútil quejarse.

—Si te quedas atascada, no te asustes —dijo Rhys después de que el guía me diera la salida (otra vez)—. Vamos a buscarte.

—Con ese «vamos» se refiere a «voy» —se rio el guía—. Pero sí, vamos a buscarla. No se preocupe, señorita.

—No se me había ocurrido hasta ahora que me podía quedar atascada, así que muchas gracias —dije con sorna.

Rhys no movió ni un músculo, pero se le pasó el mal humor cuando me coloqué en posición. El guía me empujó y por fin me precipité por el cable. El viento me azotaba el pelo y no pude contener una enorme sonrisa.

Tirarse en tirolina daba un poco de miedo desde el suelo, pero una vez en el aire era una delicia.

Cerré los ojos y saboreé el viento y la sensación de estar lejos de todo. Sin preocupaciones, sin responsabilidades, tan solo la naturaleza y yo.

Al llegar al siguiente árbol, no pude resistirme a esperar a Rhys para burlarme de él cuando

llegó poco después.

—¿Ves? Estoy bien —dije—. No tienes que recoger mis trocitos del suelo.

Número tres de la lista de deseos, hecho.

Para ser tan sobreprotector, Rhys estaba *mucho* más relajado allí. No totalmente relajado, pero había cambiado sus pantalones negros por pantalones cortos y camisetas blancas, y accedía a la mayoría de las actividades que yo quería hacer con la mínima queja, incluido el *parasailing* y una excursión en *quad* .

Sin embargo, lo único a lo que se negó fue a meterse en la piscina conmigo, y en nuestra última noche hice un último esfuerzo para hacerle cambiar de opinión.

—Nunca he oído hablar de un militar de la Marina que no se meta en el agua. —Subí a la azotea, donde Rhys estaba dibujando en su cuaderno. Todavía no me había enseñado ninguno de sus bocetos, y yo tampoco se lo había pedido. El arte era muy personal, y no quería obligarle a mostrarme nada que no quisiera—. Venga. Es el último día, y no has aprovechado esto ni una sola vez. —Señalé la reluciente piscina.

—Es una piscina, princesa. —Rhys no levantó la vista de su libro—. He estado en piscinas otras veces.

—Demuéstralo.

No contestó.

—Vale. Pues supongo que me bañaré sola. Otra vez. —Me encogí de hombros y dejé que la tela blanca cayera al suelo antes de pasar junto a Rhys hacia el agua.

Puede que caminara más despacio de lo normal y que moviera las caderas un poco más de lo habitual.

También puede que me hubiera puesto mi bikini más pequeño y escandaloso. Al fin y al cabo, todavía quedaba un punto por tachar de la lista de deseos.

Estaba borracha cuando le hablé a Rhys de la lista, pero ahora estaba sobria, y todavía quería que me ayudara a cumplir el punto número cuatro.

Me sentía atraída por él; él se sentía atraído por mí. Eso era obvio tras lo que había pasado en mi cuarto después del Borgia. No iba a ser mi guardaespaldas mucho más tiempo, y nadie se enteraría si no lo contábamos.

Un revolcón salvaje y apasionado con mi guardaespaldas sexi antes de asumir el deber de toda una vida. ¿Era mucho pedir?

Me metí en la piscina y contuve una sonrisa al sentir el calor de la mirada de Rhys en mi piel, pero no me di la vuelta hasta que llegué al borde del agua. Cuando le miré, Rhys tenía la cabeza inclinada sobre su cuaderno de dibujo, pero sus hombros mostraban una tensión que no tenía antes.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —Le intenté engatusar—. El agua está buenísima.

—Estoy bien —dijo en tono cortante.

Suspiré y lo dejé estar... de momento.

Mientras él dibujaba, yo hice largos en la piscina, disfrutando del agua fresca en la piel y los rayos del sol sobre la espalda.

Cuando por fin me tomé un descanso, ya casi estaba atardeciendo, y el calor del crepúsculo le daba un resplandor brumoso y onírico a todo el entorno.

—Última oportunidad, señor Larsen. —Me eché el pelo hacia atrás y parpadeé para quitarme el agua de los ojos—. Báñate ahora o calla para siempre.

Fue cursi, pero hizo que una sonrisa se asomara a los labios de Rhys antes de volver a ponerse serio.

—¿Vas a dejar de incordiarme si te digo que no?

Sonreí.

—No creo.

Me dio un vuelco el corazón cuando cerró el libro, lo dejó en la mesa y se levantó.

No esperaba que cediera.

Caminó hasta la piscina, se quitó la camiseta y yo me quedé sin aliento.

Hombros anchos, unos músculos perfectamente esculpidos, unos abdominales en los que se podría rallar queso. La absoluta perfección masculina.

Se me aceleró el corazón mientras le devoraba con la mirada. Los tatuajes se arremolinaban en su pecho, en ambos bíceps y en un costado, y una profunda forma de V marcaba el camino hacia lo que parecía (según lo que había sentido cuando me había tumbado en la cómoda) un paquete impresionante.

Rhys se metió en el agua y nadó hacia mí, y su cuerpo grande y poderoso atravesó el líquido azul con la agilidad de un delfín.

—Ya está. Me he bañado. —Se acercó a mi lado, con un mechón de pelo oscuro húmedo sobre los ojos, y resistí el impulso de apartárselo de la cara—. ¿Contenta?

—Sí. Deberías ir sin camiseta más a menudo.

Rhys levantó las cejas, a mí se me encendieron las mejillas y enseguida lo intenté arreglar:

—Pareces más relajado así. Menos intimidante.

—Princesa, es mi trabajo ser intimidante.

Ojalá no volviera a escuchar nunca más la frase *«es mi trabajo»* .

—Ya sabes a qué me refiero —refunfuñé—. Siempre estás muy inquieto en la ciudad.

Se encogió de hombros.

—Es lo que pasa cuando tienes TEPT-C.

Trastorno de estrés postraumático complejo. Lo busqué cuando me dijo que lo tenía. Los síntomas incluían la hipervigilancia, es decir, estar constantemente en guardia por cualquier amenaza. A diferencia del TEPT normal, provocado por un acontecimiento traumático singular, el TEPT complejo era el resultado de un trauma duradero que se prolongaba durante meses o incluso años.

Se me encogió el corazón al imaginar en todo lo que debía de haber pasado para que le

hubieran diagnosticado esa condición.

—¿Y el arte te ayuda?

—Más o menos. —Rhys mantenía una expresión insondable—. Pero llevo meses sin poder dibujar nada. —Señaló la mesa con la barbilla—. Solo estaba haciendo tonterías. Ver si se me ocurría algo.

—Cuando se te ocurra, quiero verlo. Me encantan los bocetos de alarmas de seguridad —bromeé antes de acordarme de que solo nos quedaba una semana juntos.

Se me esfumó la sonrisa.

Rhys me miró fijamente.

—Si eso es lo que quieres.

Quería muchas cosas, pero ninguna tenía que ver con el arte.

—¿Te puedo decir una cosa, señor Larsen?

Asintió con la cabeza.

—Te voy a echar de menos.

Se quedó inmóvil, tan inmóvil que pensé que no me había oído. Después, con la voz dolorosamente suave, dijo:

—Yo también te voy a echar de menos, princesa.

Pues no te vayas. Tenía que haber alguna forma de que se quedara. No era miembro de la Guardia Real, pero llevaba dos años conmigo. No entendía por qué tenía que cambiar de guardaespaldas solo por mudarme a Eldorra.

Salvo por el hecho, claro, de que Rhys se tendría que mudar conmigo allí. Aunque hubiera vivido conmigo todo ese tiempo, había una gran diferencia entre vivir bajo protección en Estados Unidos y mudarse a un país extranjero durante un tiempo indeterminado. Además, él había renunciado.

Incluso aunque convenciera a la Casa Real de prorrogar su contrato, ¿estaría dispuesto a aceptar la oferta?

No me atrevía a preguntárselo por si decía que no, pero el tiempo se estaba agotando.

Se oyó un fuerte estallido en la distancia antes de que pudiera sacar el tema, y Rhys se dio la vuelta para ver unos fuegos artificiales en el cielo.

Se relajó. Pero yo no, porque por fin comprendí por qué nunca se había quitado la camisa delante de mí.

Tenía la espalda (una espalda fuerte y preciosa) llena de cicatrices. Se entrecruzaban en su piel en forma de cortes furiosos casi blancos, salpicados de algunas marcas redondas que estaba segura de que eran marcas de quemaduras de cigarrillos.

A juzgar por la forma en la que Rhys tensó los hombros, debió de darse cuenta de su error, pero no volvió a ocultarlas. No tenía sentido. Ya las había visto, y ambos lo sabíamos.

—¿Qué pasó? —susurré.

Se hizo un largo silencio antes de responder:

—A mi madre le gustaba el cinturón —dijo por toda respuesta.

Ahogué un grito y se me revolvieron las tripas. ¿Su propia madre le había hecho eso?

—¿Y nadie hizo ni dijo nada? ¿Algún profesor o algún vecino? —No me podía imaginar que un abuso de ese nivel hubiera pasado desapercibido.

Rhys se encogió de hombros.

—Había muchos chavales en situaciones familiares complicadas. Algunos estaban peor que yo. Que se «castigara» a un niño no era motivo de alarma.

Me entraron ganas de llorar al imaginar al pequeño Rhys tan solo que no era más que una estadística para aquellos que tendrían que haberle protegido.

No odiaba a mucha gente, pero de pronto odié a todos los que supieron o sospecharon lo que le ocurría y no movieron un dedo para evitarlo.

—¿Por qué lo hacía? —Le pasé los dedos por la espalda, de manera tan leve que apenas llegó a ser una caricia. Se le tensaron los músculos con mi contacto, pero no se apartó.

—Deja que te cuente una historia —dijo—. Trata de una chica guapísima que vivía en un pequeño pueblo de mierda del que siempre soñó con escapar. Un día conoció a un hombre que se había mudado unos meses al pueblo por trabajo. Era muy guapo. Carismático. Le prometió que se la llevaría con él cuando se fuera del pueblo, y ella le creyó. Se enamoraron y vivieron un romance apasionado. Pero ella se quedó embarazada. Y cuando se lo contó a este hombre que decía que la amaba, él se puso furioso y la acusó de querer cazarle para siempre. Al día siguiente, se había marchado. Sin más. No dio ni una pista de adónde fue, y resultó que incluso su nombre era falso. Estaba sola, embarazada y sin dinero. Sin amigos ni padres que la ayudaran. Se quedó con el bebé, quizás por la esperanza de que el hombre volviera a por ellos algún día, pero nunca lo hizo. Ahogó la tristeza en las drogas y el alcohol y se convirtió en una persona diferente. Más mezquina. Más dura. Culpó al niño de haber arruinado su única oportunidad de ser feliz, y descargó su ira y frustración con él. Normalmente con el cinturón.

Mientras hablaba, con la voz tan baja que apenas podía oírle, las piezas fueron encajando una por una. Por qué Rhys se negaba a beber, por qué rara vez hablaba de su familia y de su infancia, el TEPT... Tal vez fuera fruto de su infancia tanto como del servicio militar.

Una pequeña parte de mí empatizaba con su madre y con el dolor que debió de haber sufrido, pero ningún dolor justificaba que le hiciera pagar a un niño inocente.

—No fue culpa del niño —dije. Una lágrima me resbaló por la mejilla antes de que pudiera detenerla—. Espero que lo sepa.

—Lo sabe —dijo Rhys. Me secó la lágrima con el pulgar—. No llores por él, princesa. Él está bien.

Por alguna razón, eso me hizo llorar más fuerte. Era la primera vez que lloraba delante de alguien desde que murió mi padre, y me habría muerto de vergüenza si no hubiera estado tan desconsolada.

—Sssh. —Me secó otra lágrima, con el ceño fruncido—. No debería habértelo dicho. No es la

mejor manera de acabar unas vacaciones.

—No. Me alegro de que lo hayas hecho. —Me acerqué y le puse la mano sobre la suya antes de que pudiera apartarse—. Gracias por compartirlo conmigo. Significa mucho.

Era lo máximo que Rhys se había abierto a mí desde que nos conocíamos, y lo valoraba mucho.

—Es solo una historia. —Pero tenía los ojos llenos de emoción.

—No existe nada que solo sea una historia. Todas las historias son importantes. Incluida la tuya. Especialmente la tuya.

Le solté la mano y nadé alrededor de su espalda, donde volví a rozarle la piel con los dedos antes de besarle una de las cicatrices de una forma suave y ligerísima.

—¿Puedo? —susurré.

Se le tensaron aún más los músculos, hasta el punto de que empezó a temblar bajo mi contacto, pero respondió con un rígido movimiento de cabeza.

Le besé otra cicatriz. Y luego otra.

Todo estaba en silencio, excepto por la respiración entrecortada de Rhys y el débil rugido del océano en la distancia.

Había dejado de llorar, pero mi corazón seguía sufriendo por él. Por nosotros. Por todo lo que nunca podríamos tener por culpa de la vida que nos había tocado vivir.

Pero ahora mismo el resto del mundo no existía, y el mañana aún no había llegado.

Última oportunidad.

—Bésame —dije con suavidad.

Él se estremeció.

—Princesa... —Le salió la voz baja y áspera. Llena de dolor—. No podemos. Eres mi clienta.

—Aquí no. —Le rodeé con los brazos y le puse la mano en el pecho, donde su corazón bombeaba con fuerza a toda velocidad—. Aquí, yo solo soy yo, y tú solo eres tú. Número cuatro de la lista de deseos, señor Larsen. ¿Te acuerdas?

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí, lo sé. No estoy borracha como la noche del Borgia. Sé perfectamente lo que hago. —Contuve el aliento—. La pregunta es: ¿y tú?

No le veía la cara, pero podía adivinar que dentro de él se estaba librando una guerra.

Me deseaba. Lo sabía. Pero no sabía si eso sería suficiente.

El agua formaba pequeñas ondas a nuestro alrededor. A lo lejos estallaron más fuegos artificiales. Y Rhys seguía sin responder.

Justo cuando pensaba que me iba a rechazar y se iba a marchar, dejó escapar una maldición en voz baja, se dio la vuelta y me agarró, y solo me dio tiempo a coger un instante de aliento antes de que me agarrara del pelo y fundiera su boca con la mía.

19

Rhys

Bridget von Ascheberg iba a acabar conmigo. Lo sabía desde el primer momento en que la vi, y mis predicciones se cumplieron a tiempo real mientras la devoraba.

Acabaría con mi autocontrol, con mi profesionalidad y con cualquier atisbo de supervivencia. Pero nada de eso me importó cuando me di cuenta de lo dulce que sabía, o de la perfección con la que sus curvas encajaban en mis manos, como si estuviera hecha a medida para mí.

Dos años de miradas, esperas y deseos. Al final habían desembocado en esto, y era incluso mejor de lo que había imaginado.

Bridget me rodeó el cuello con los brazos, y su cuerpo se volvió maleable bajo el mío. Sabía a menta y a azúcar, y en ese momento se convirtió en mi sabor favorito del mundo entero.

La empujé contra la pared de la piscina y la agarré con fuerza, sin despegar la boca de ella en ningún momento.

No era un beso dulce. Era duro, exigente y posesivo, fruto de años de frustración y tensión acumulada, pero Bridget me correspondió con una entrega absoluta. A cambio, ella me tiraba del pelo, jugaba con la lengua y emitía unos gemidos suaves que llegaban directos a mi polla.

—¿Es esto lo que quieres? —Le pellizqué el pezón por encima del bikini. Ese puto bikini. Por poco se me salen los ojos cuando pasó por delante de mí un rato antes, y me alegraba de que nunca se lo hubiera puesto para ir a la playa. Si lo hubiera hecho, habría tenido que matar a cualquier cretino que se hubiera atrevido a mirarla, y no era lo que más me apetecía hacer mientras estaba de vacaciones... Prefería dedicar el tiempo a explorar cada centímetro de su delicioso cuerpo—. ¿Eh?

—Sí. —Bridget arqueó la espalda cuando la toqué—. Pero más. Por favor.

Gruñí.

Sin duda, va a acabar conmigo.

La volví a besar con violencia antes de que le enganchara las piernas alrededor de mi cintura, la sacara de la piscina y la llevara hasta su habitación. Para lo que quería hacer, necesitaba algo más que el borde de la piscina.

La coloqué en la cama, maravillado con su belleza. Tenía el pelo mojado, la piel reluciente, la cara roja por la excitación.

Lo único que deseaba era enterrarme en ella con tanta fuerza que no se olvidara nunca de mí, pero, incluso en la nebulosa de lujuria, sabía que eso no era posible.

Si cruzábamos ese puente, nunca podría dejarla marchar, y acabaría con los dos. Aunque en mi caso no me importaba. Yo ya estaba acabado.

Pero ¿Bridget? Se merecía algo mejor que yo.

Se merecía el mundo.

—Número cuatro de la lista de deseos. Dos reglas —dije con la voz áspera—. Una, lo que hagamos aquí, se queda aquí. En este cuarto, en esta noche. Y no volveremos a hablar de ello nunca. ¿Entendido?

Era duro, pero había que decirlo, por el bien de los dos. De otro modo, podría perderme en la fantasía de lo que podría ser, y eso era más peligroso que cualquier depredador o enemigo.

Bridget asintió.

—Dos, no vamos a follar.

Puso cara de confusión.

—Pero has dicho que...

—Hay otras formas de provocar que alguien se corra, princesa. —Le toqué el pecho y le pasé el pulgar por el pezón antes de dar un paso atrás—. Ahora sé buena y quítate el bikini para mí.

Vi cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo, pero se arrodilló en la cama e hizo lo que le pedí: se desató la parte de arriba del bikini y después la de abajo con una lentitud agonizante.

Dios santo. No era religioso, pero si había algún momento para creer en Dios, era este.

Ya que no podía tocarla con las manos (todavía no), la acaricié con la mirada. La devoré con los ojos de una forma descarada y sucia, desde sus pechos grandes y firmes hasta su coño, que brillaba de humedad.

—Tócate —ordené—. Déjame ver lo que llevas haciendo todas estas noches sola en tu cuarto.

En su cuerpo floreció un profundo rubor, que le puso la piel marfil de un tono rosado, y deseé recorrer ese camino con la lengua. Marcarla con los dientes y las manos. Gritarle al mundo quién era su dueño, quién debía serlo.

Yo.

Apreté los puños.

A pesar del rubor, Bridget no me quitó los ojos de encima mientras se acariciaba los pechos, apretándose y pellizcándose los pezones antes de deslizar la mano entre sus piernas.

Al momento ya estaba gimiendo de placer, con la boca abierta y la respiración entrecortada mientras se frotaba el clítoris y se metía los dedos en el coño.

Mientras tanto, yo la devoraba con los ojos como un león desgarraría a una gacela. Feroz. Voraz. Destructivo.

Tenía la polla tan dura que me dolía, pero no la toqué. Todavía no.

—¿Estás pensando en mí, princesa? —pregunté con suavidad—. ¿Eh? ¿Estás pensando en las ganas que tienes de que te empuje contra la cama y te folle con la lengua hasta que te corras en

mi cara?

Bridget gimió mientras se tocaba cada vez más rápido al escuchar mis palabras obscenas. Seguía de rodillas, con los muslos temblando de deseo.

—Pu... puede.

—Es una pregunta de sí o no. Responde —gruñí—. ¿En quién piensas cuando te metes los dedos en el coñito?

Bridget se estremeció mientras echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos.

—En ti.

—¿Qué te estoy haciendo?

Gimió.

Me acerqué a la cama y le agarré de la barbilla con una mano, obligándola a mirarme.

—¿Qué-te-estoy-haciendo?

—Me estás follando —jadeó. Estaba tan cerca que olía su excitación y escuchaba el chapoteo de sus dedos resbalando por su coño—. Estoy tumbada en la cómoda, y te veo detrás de mí en el espejo. Agarrándome del pelo. Follándome desde atrás. Llenándome con tu polla.

Joder. No me había corrido en los pantalones desde que empecé el instituto, pero ahora estaba a punto de descargar.

—A ver si te lavas esa boca, princesa. —La agarré de la muñeca con la otra mano, obligándola a parar. Bridget gimió en señal de protesta, pero no la solté.

Me di cuenta de que estaba a punto de correrse, pero esta noche sus orgasmos me pertenecían.

La empujé a la cama, la agarré de las muñecas por encima de la cabeza y se las até con la parte de arriba del bikini.

—¿Qué haces? —La cara de Bridget se llenó de una mezcla de inquietud y expectación.

—Asegurarme de que puedo tomarme mi tiempo contigo, princesa. Túmbate y deja que cumpla el último punto de tu lista de deseos.

Le di otro beso en la boca antes de bajar al cuello. Las clavículas. Los hombros. Cuando llegué a los pechos, le lamí los pezones hasta que empezó a gemir y quiso zafarse de las improvisadas ataduras, pero el nudo era demasiado fuerte.

¿Una de las cosas más útiles que aprendí en la Marina? Cómo hacer un buen nudo.

Le tiré con suavidad del pezón con los dientes mientras le metía un dedo dentro, y luego dos, abriéndome camino dentro de ella.

Se me escapó un gruñido.

—Estás empapada.

—Por favor. —Le ardía la piel—. Necesito... Necesito...

—¿Qué necesitas? —Le di un beso en el vientre y fui bajando hasta llegar a su coño. Le metí los dedos más profundamente, los arrastré fuera y volví a metérselos. Suficiente para ponerla al límite, pero no para que se corriera.

—Necesito correrme —gimió—. Rhys, por favor.

Me quedé inmóvil.

—¿Cómo me has llamado? —Levanté la cabeza y me miró con lujuria y algo más que le brillaba en los ojos azules.

—Rhys —repitió en un susurro.

El sonido de mi nombre en sus labios era lo más bonito que había escuchado nunca.

Tomé aire antes de reanudar mi tarea.

—Te vas a correr, princesa. Pero no hasta que yo te lo diga.

Volví a bajar la cabeza y le rocé el clítoris con los dientes antes de chuparlo. Entre eso y el dedo que le estaba haciendo, estaba chorreando hasta los muslos, y yo lamí cada gota como si llevara un día sin comer.

Qué puta delicia. Nunca había sido adicto a nada, pero ahora era adicto al sabor y a la textura de su coño.

Bridget me agarraba la cabeza, con movimientos frenéticos y desesperados, y sus gemidos de súplica iban creciendo a medida que la devoraba.

Por fin tuve piedad de ella e hice presión con el pulgar sobre su clítoris y moví los dedos hasta tocar el punto exacto para hacerla estallar.

—Córrete —ordené.

Apenas había acabado de pronunciar la palabra antes de que Bridget se arqueara en la cama con un grito agudo. Se corrió con tanta fuerza y durante tanto tiempo que tardó unos cinco minutos en dejar de temblar, y contemplar su orgasmo por poco provoca que yo mismo rompiera la regla que me había impuesto.

No follar.

La desaté y le acaricié las débiles marcas rojas que le habían hecho las cuerdas en la piel.

Bridget yacía en la cama, absolutamente extenuada, pero cuando me moví para levantarme de la cama, me detuvo.

—Se te está olvidando algo. —Clavó la vista en el bulto de mis pantalones.

—Créeme, no se me olvida nada. —Era difícil de olvidar teniendo en cuenta que la tenía a punto de reventar.

—Entonces deja que me ocupe de esto.

Se me entrecortó el aliento cuando me rozó con los dedos.

—Ese no era el trato.

—El trato ha cambiado. —Bridget me bajó los pantalones y se quedó boquiabierta al ver mi tamaño.

—Bridget... —Mi protesta se convirtió en un gemido cuando me la agarró con las dos manos.

—Has dicho mi nombre. —Me pasó la lengua por la punta y lamió las primeras gotas antes de metérsela en la boca.

No respondí. No podía.

Todo dejó de existir a excepción de su calor en mi polla, y de pronto tuve la certeza de que ni

siquiera el cielo podía ser mejor que aquello.

La sangre me corría por las venas como fuego líquido, y el corazón me bombeaba con una mezcla de lujuria y algo más que prefería no nombrar, mientras enredaba los dedos en el pelo de Bridget.

Qué preciosidad.

Intentó metérsela entera en la boca, pero era demasiado grande, o bien el ángulo no lo permitía. Dejó escapar un débil gemido ahogado de frustración, y yo solté una carcajada antes de apartarme y recolocarme para que se tumbara de espaldas.

—Dime si es demasiado. —Deslicé la punta de mi polla entre sus labios antes de introducirla en su boca. A cada pocos centímetros hacía una pausa, para dejar que se acostumbrara al tamaño hasta que por fin se la metí hasta el fondo de la garganta.

Joder. No solía necesitar recurrir al viejo truco de enumerar mentalmente jugadores de béisbol, pero en ese momento pensar en los Washington Nationals era lo único que podía contenerme para no terminar ahí mismo la noche.

Bridget se atragantó y empezó a toser, con los ojos llenos de lágrimas, y la saqué hasta que solo quedó la punta.

—¿Demasiado?

Negó con la cabeza, con los ojos oscuros, llenos de ansia, y yo volví a empujar con un gemido.

Fuimos cogiendo ritmo, al principio más despacio, y luego más rápido a medida que se acomodaba. Bridget dejó de atragantarse, y en cambio empezó a gemir, y sus jadeos enviaban pequeñas vibraciones a mi polla, y bajó la mano para masturbarse mientras yo jugueteaba con sus pezones.

—Eso es —gruñí—. Métela entera hasta la garganta como una buena chica.

Tenía la piel llena de gotas de sudor mientras entraba y salía de su boca hasta que ya no pude más. La suave calidez de su boca, la imagen de cómo se tocaba mientras le enterraba la polla hasta la garganta...

El orgasmo me estalló por todo el cuerpo como fuegos artificiales. La saqué en el último instante y descargué, cubriéndole el pecho de gruesos hilos de semen. Me corrí con tanta intensidad que por poco me desplomo en el suelo a continuación, y eso nunca me había pasado. Jamás.

Cuando terminé, Bridget se había corrido otra vez, y el sonido de nuestra respiración entrecortada se mezclaba con un intenso olor a sexo en el aire.

—Guau. —Parpadeó, con aspecto de estar bastante conmocionada.

Yo me reí, con la cabeza (y lo que no era la cabeza) todavía dándome vueltas por las sacudidas.

—Eso debería decir yo. —Le di un beso rápido antes de levantarla de la cama y llevarla al cuarto de baño—. Vamos a limpiarte, princesa.

Después de la ducha, donde no pude resistirme a volver a masturbarla hasta que tuvo otro orgasmo, cambié las sábanas y la metí en la cama. En su cara se reflejaban el cansancio y la satisfacción y, por una vez, me dejó que la cuidara sin quejarse mientras la arropaba bajo las sábanas y le apartaba el pelo de la cara.

—Número cuatro de la lista de deseos. Para que digas que no te doy nada —bromeé.

Bridget hizo un amago de bostezo mientras se reía al mismo tiempo.

—Número cuatro de la lista de deseos —murmuró somnolienta—. Ha sido perfecto. —Parpadeó, con los ojos azules algo tristes—. Desearía que pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

Se me encogió el corazón.

—Yo también, princesa. —Le di otro beso, el más suave de toda la noche, e intenté retener su sabor y su tacto en mi memoria.

Cuando se quedó dormida, me senté y la contemplé durante un rato, sintiéndome como un completo pirado, pero incapaz de retirar la mirada. Su pecho subía y bajaba con respiraciones pausadas, y mantenía una leve sonrisa en la cara. Parecía más contenta de lo que había estado en varias semanas, y deseé tener el poder de hacer que ese momento durara para siempre, como ella quería.

«Lo que hagamos aquí, se queda aquí. En este cuarto, en esta noche. Y no volveremos a hablar de ello nunca.»

Era mi regla. Y tenía que cumplirla porque Bridget no solo era mi clienta. Era la futura reina de Eldorra, y eso conllevaba un montón de complicaciones y mierdas que odiaba, pero contra las que no podía hacer nada.

La miré por última vez, fijándome en todos sus detalles, antes de endurecer la expresión y marcharme.

Número cuatro de la lista de deseos.

Daba igual lo que dijera o quisiera mi corazón, lo de esa noche había ocurrido solo para cumplir su deseo.

Eso era todo.

Solo podía ser así.

20

Bridget

A la mañana siguiente me levanté dolorida pero sonriente. Llevaba siglos sin levantarme de tan buen humor, y tardé un minuto en recordar por qué.

Me vinieron a la mente fragmentos de la noche anterior, al principio despacio, después todos a la vez, y me sonrojé al recordar las obscenidades que había dicho y hecho en ese mismo cuarto.

Pero no podía dejar de sonreír.

Necesito hacer listas de deseos más a menudo.

Me quedé un rato más en la cama, reacia a romper la neblina de sueño que me envolvía, pero ese mismo día nos volvíamos a Nueva York y tenía que levantarme.

Cuando lo hice, encontré la ropa de viaje preparada en el armario, y me di cuenta de que el resto de la habitación estaba impoluta. No había zapatos revueltos en el suelo, ni bikinis colgando de la silla, ni maquillaje esparcido por el tocador.

Rhys debía de haber terminado de hacerme la maleta. Estaba tan frita que ni siquiera me había enterado.

Confirmé mis sospechas cuando bajé al salón y le vi esperándome al lado de las maletas. Atrás quedaron las camisetas informales y los pantalones cortos que había llevado los últimos días; ya había vuelto a su conjunto negro habitual.

Sentí una punzada en el pecho. Ya echaba de menos al Rhys de vacaciones.

—Buenos días, alteza —dijo sin levantar la vista del teléfono—. Su desayuno está listo en la cocina. El vuelo sale a mediodía, así que deberíamos salir en tres cuartos de hora.

Se me borró la sonrisa. Alteza . Ni siquiera princesa .

Habíamos acordado que la noche anterior se quedaría en la noche anterior, pero no esperaba un cambio tan drástico así de rápido. Rhys estaba casi más frío ahora que cuando nos acabábamos de conocer.

—Gracias. —Me pilló con la guardia tan baja que no se me ocurrió nada más que decir—. Por hacer las maletas y el desayuno.

—De nada.

Mi buen humor se desvaneció, pero disimulé la decepción mientras me tomaba el desayuno y Rhys se aseguraba de dejar la casa lista antes de irnos.

Dejó la cocina para el final, tal vez porque estaba yo.

—Señor Larsen. —No me parecía bien llamarle Rhys, teniendo en cuenta la frialdad que había entre nosotros.

—¿Sí? —Abrió el frigorífico ya vacío y le echó un vistazo antes de cerrarlo.

—Tengo una proposición.

Se tensó, y no pude contener una sonrisa.

—No ese tipo de proposición —dije—. Y antes de que lo digas, quiero que sepas que no tiene nada que ver con... los sucesos recientes. —Esperaba no estar haciendo el ridículo, pero si lo estaba haciendo, me daba igual. Cuando quería algo, necesitaba decirlo. Si no, no podría culpar a nadie, salvo a mí misma, cuando llegara el momento de arrepentirme imaginando lo que habría pasado—. Eres un buen guardaespaldas, y yo ya he pasado por bastantes cambios con la abdicación de Nikolai. Quiero a alguien de confianza a mi lado para hacer la transición.

Rhys estaba quieto como una estatua.

—Si lo solicito oficialmente, creo que la Casa Real estará dispuesta a extenderte el contrato hasta que me sienta más cómoda en el nuevo cargo. —Respiré hondo—. Te tendrías que mudar a Eldorra temporalmente, y si te parece demasiado, lo entiendo. Pero te quería dar la opción. En el caso de que quieras quedarte.

No mentía cuando decía que no tenía nada que ver con la noche anterior. Llevaba semanas dándole vueltas a la idea y posponiéndola sin parar. Pero estábamos llegando al final, y si no lo decía ahora, nunca pasaría.

Rhys parpadeó por fin.

—¿Cuándo necesita que le responda?

Me invadió otra oleada de decepción. Claro que tenía que pensárselo. Era un compromiso muy grande. Pero aun así, creía...

—Esta semana, antes de que termine oficialmente tu contrato.

Asintió con expresión neutra.

—Le daré una respuesta antes de que termine la semana. Gracias por la oportunidad. —Rhys salió de la cocina, y me quedé mirando el punto donde estaba.

Ya está.

No sonrió, no mostró ningún indicio de si estaba contento, sorprendido o incómodo. Solo: «*Le daré una respuesta antes de que termine la semana*» , como si nuestra relación fuera estrictamente profesional.

Intenté darle otro bocado a la tostada, pero me rendí y enterré la cara entre las manos.

Bridget von Ascheberg, ¿qué has hecho?

Rhys y yo no hablamos durante el largo viaje en coche hasta el aeropuerto, ni en el propio vuelo. Había tanta tensión entre nosotros que casi deseé que la noche anterior no hubiera sucedido, pero no podía obligarme a arrepentirme.

Las consecuencias no me gustaban, pero la noche había sido increíble.

Número cuatro de la lista de deseos.

Era mucho más que una lista de deseos, pero eso era un secreto que tendría que guardarme.

—No tienes por qué, pero... ¿puedes venir conmigo mañana? —le pregunté a Rhys mientras dejaba mi maleta en la *suite* . Habíamos aterrizado en Nueva York unas horas antes, y nos quedaríamos en el Plaza hasta volar a Eldorra en un par de días. Nikolai anunciaría la abdicación al día siguiente, y yo tenía una rueda de prensa después. De solo pensarlo se me revolvía el estómago—. Para el discurso.

Por primera vez en todo el día, Rhys relajó la expresión.

—Claro, princesa.

Era curioso lo mucho que odiaba ese apelativo al principio, y cómo ahora se me encogía el corazón al escucharlo.

Esa noche intenté dormir, pero mi mente no paraba de darle vueltas a miles de pensamientos y preocupaciones. Costa Rica, Rhys, si seguiría siendo mi guardaespaldas, la reacción pública a la abdicación de Nikolai y su compromiso con Sabrina, la salud de mi abuelo, mi debut como princesa heredera al trono, mi mudanza a Eldorra...

Me froté los ojos. Respira. Tú respira.

Al final me quedé dormida en un sueño inquieto, lleno de pesadillas en las que me aplastaba una corona gigante mientras todo el mundo me señalaba y se reía.

A la mañana siguiente, me desperté más temprano de lo previsto para prepararme para la rueda de prensa y taparme las ojeras con maquillaje. Me salté el desayuno, ya que no confiaba mucho en que no fuera a vomitarlo, pero cuando Rhys apareció a las siete en punto de la mañana, como había prometido, insistió en pedir unos huevos y un zumo al servicio de habitaciones. Café no. Dijo que me ayudaría con la ansiedad, y para mi sorpresa, me ayudó.

El discurso de Nikolai empezó a las ocho, y lo vimos en silencio mientras mi hermano (vestido con su uniforme militar, con expresión seria pero decidida) pronunciaba las palabras que cambiarían para siempre la historia de Eldorra.

—... y, por la presente, anuncio que abdico de mi título de príncipe heredero al trono de Eldorra y me retiro de la línea de sucesión. Esta decisión no ha sido fácil...

Los gritos ahogados del público se podían oír incluso a través de la pantalla, pero Nikolai siguió.

La decisión más importante de mi vida...

Mi amor por este país...

Sucedido por mi hermana, la princesa Bridget...

Me pasé todo el discurso petrificada. Sabía que la abdicación iba a suceder, pero era surrealista ver y escuchar a Nikolai anunciándola por televisión.

Al terminar el discurso, apareció el presentador de las noticias, visiblemente impactado, pero Rhys apagó la televisión antes de que oyera lo que iba a decir.

—¿Necesita un momento? —Irradiaba una confianza y una autoridad tan naturales que por

poco me calma los nervios.

Por poco.

A mí me tocaba dar mi propia rueda de prensa pronto, pero tenía ganas de vomitar.

Sí. Preferiblemente un millón de momentos.

—No. —Carraspeé y repetí con la voz firme—: No. Vámonos.

Me retoqué el pelo y la ropa una última vez antes de salir de la *suite* . Todo lo que un miembro de la realeza decía o se ponía en público tenía un simbolismo oculto, y yo me había vestido para la batalla con un elegante traje de Chanel, tacones y un sutil broche de oro, rubíes y diamantes que representaba los colores de la bandera de Eldorra.

La imagen: todo bajo control y lista para la sucesión.

La realidad: un completo desastre.

Mientras Rhys y yo bajábamos al vestíbulo en ascensor, se apoderó de mí una especie de entumecimiento que hizo que todo me empezara a dar vueltas.

Décimo... Noveno... Octavo...

El estómago se me encogía un poco más a cada piso que bajábamos.

Cuando llegamos al vestíbulo, las puertas del ascensor se abrieron y vi a una horda de periodistas agolpados en la entrada del hotel, retenidos por guardias de seguridad. Sus gritos se multiplicaron al verme, y todo el mundo se dio la vuelta para mirar quién estaba provocando tal revuelo.

Yo.

Ya había tenido que lidiar con la prensa varias veces en el pasado, pero este era mi primer encuentro con ellos como princesa heredera. No tendría por qué ser diferente, pero lo era.

Todo era diferente.

Se me entrecortó la respiración. Sentí unas punzadas de oscuridad que bailaban en los bordes de mi campo de visión, y me empezaron a flaquear las piernas.

—Respira, princesa —dijo Rhys con calma. No sé cómo, siempre lo adivinaba—. Eres la futura reina. No dejes que te intimiden.

Inhala. Exhala.

Tenía razón. No podía afrontar mi primer día en mi nuevo rol con miedo y cobardía. Incluso aunque tuviera ganas de salir corriendo a mi *suite* y no volver a salir nunca más, tenía una responsabilidad que cumplir.

Puedo hacerlo.

Era la futura reina de Eldorra. Ya era hora de actuar como tal.

Tomé aire, me puse firme y levanté la barbilla, ignorando las miradas del resto de los huéspedes del hotel mientras caminaba hacia la salida, que era el principio de mi nueva vida.

Parte II

21

Bridget

Seis semanas después

—Su majestad está listo para recibirla. —Markus salió del despacho de mi abuelo, con la cara tan desencajada que parecía que se hubiera tragado un limón.

—Gracias, Markus. —Sonreí. No me devolvió la sonrisa. Apenas hizo un pequeño gesto de cortesía con la cabeza antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo.

Suspiré. Estaba muy equivocada si creía que ser la princesa heredera al trono iba a mejorar mi relación con la mano derecha de Edvard. Markus parecía más disgustado que nunca, quizás porque la cobertura de prensa tras la abdicación de mi hermano no había sido... ideal.

¿Y otra cosa que tampoco era ideal? Mi mote. Princesa a Tiempo Parcial. Al parecer, a la prensa rosa no le parecía bien que la futura reina hubiera pasado tanto tiempo fuera de Eldorra, y cada vez que podían se explayaban cuestionando mi compromiso con el país y mi capacidad general para reinar.

Lo peor era que tenían parte de razón.

—Te veo mañana en el corte de la cinta —le dije a Mikaela, que me había acompañado a la reunión con Elin sobre el control de daños de mi imagen.

—Suena bien. —Mikaela echó un vistazo a la puerta semiabierta de Edvard—. Suerte —susurró.

No sabíamos por qué mi abuelo quería hablar conmigo, pero sabíamos que no sería por nada bueno. No me convocaba a su despacho a menos que fuera algo grave.

—Gracias. —Esbocé una sonrisa débil.

Mikaela era mi mejor amiga de pequeñas y ahora era mi mano derecha en mi preparación para ser reina. Era hija del barón y la baronesa Brahe, y lo sabía todo sobre toda la alta sociedad de Eldorra, por lo que la había contratado para que me ayudara a recuperar el favor de la sociedad de Athenberg. Llevaba tanto tiempo sin vivir allí que estaba completamente fuera de onda, algo inaceptable para una futura reina.

No esperaba que fuese a aceptar una tarea de tanta responsabilidad, pero, para mi sorpresa, accedió.

Mikaela me dio un pequeño apretón en el brazo antes de irse, y me armé de valor para entrar en el despacho de Edvard. Era una sala enorme, con paneles de caoba, un techo muy alto, vistas a los jardines del palacio y un escritorio tan grande como para dormir la siesta en él.

Edvard sonrió al verme. Tenía mucho mejor aspecto que en las semanas de después del ataque, y no había mostrado ningún síntoma desde aquel susto, pero yo seguía preocupada por él. Los médicos decían que su enfermedad era impredecible, por lo que todos los días me despertaba con la duda de si sería el último día en que vería a mi abuelo con vida.

—¿Qué tal va la preparación? —me preguntó nada más sentarme en el asiento frente al suyo.

—Va bien. —Me metí las manos entre los muslos para aplacar los nervios—. Aunque algunas de las sesiones parlamentarias son un poco... —tediosas. Perfectas para coger el sueño. Tan aburridas que preferiría ver crecer la hierba — largas.

A nadie le gusta más oírse hablar que a un ministro que tiene la palabra. Era increíble la verborrea que tenían para lo poco que decían.

Por desgracia, entre los deberes de un monarca estaba acudir a las sesiones parlamentarias al menos una vez a la semana, y mi abuelo pensó que sería útil que me fuera familiarizando ya con el proceso.

Desde que volví a Eldorra, mis días se habían llenado de reuniones, eventos y «clases de reina» desde que me levantaba hasta que me acostaba. Aunque no me importaba. Me mantenía la mente alejada de Rhys.

Maldita sea. Se me formó un nudo en la garganta y me obligué a apartar cualquier pensamiento sobre mi antiguo guardaespaldas.

La risa de Edvard me devolvió al presente.

—Es una manera muy diplomática de decirlo. El Parlamento es algo diferente a lo que estás acostumbrada, pero es una parte esencial del gobierno, y como reina necesitarás llevarte bien con ellos... lo cual me lleva al motivo por el que te he pedido que vengas. —Hizo una pausa y añadió —: De hecho, hay varias cosas de las que quería hablar contigo, empezando por Andreas.

Se me juntó la confusión con la cautela.

—¿Mi primo Andreas?

—Sí. —Edvard hizo una pequeña mueca—. Se va a quedar en el palacio unos meses. Llega el martes.

—¿Qué? —Mi abuelo frunció el ceño ante mi falta de decoro, y me recompuse inmediatamente—. ¿Por qué viene aquí? —pregunté con la voz más calmada, aunque sentía de todo menos calma—. Si tiene su propia casa en la ciudad.

Andreas, el hijo del difunto hermano de mi abuelo, era (cómo decirlo con tacto) un completo y absoluto gilipollas. Si el privilegio, la misoginia y la imbecilidad en general tuvieran forma humana, sería la de Andreas von Ascheberg.

Por suerte, se había mudado a Londres para ir a la universidad y se había quedado ahí. Llevaba años sin verle, y no le echaba de menos en absoluto.

Y ahora no solo volvía a Eldorra, sino que se iba a quedar en el palacio con nosotros.

Mátame, camión.

—Le gustaría instalarse definitivamente en Eldorra —dijo Edvard con cuidado—. Meterse más en política. Y se aloja aquí porque dice que le gustaría reconectar contigo, ya que lleváis mucho tiempo sin veros.

No me tragué la excusa. Andreas y yo nunca nos habíamos llevado bien, y de solo pensar que se iba a meter en política me daban ganas de salir corriendo.

A diferencia de la mayoría de las monarquías constitucionales, donde la familia real se mantenía políticamente neutral, en Eldorra la familia real sí que participaba en política de forma limitada. Pero ojalá no fuera así, para que Andreas no tuviera ningún poder de decisión en la vida de la gente.

—¿Por qué ahora? —pregunté—. Creía que estaba ocupado viviendo la vida loca en Londres.

Andreas siempre había sido un fanfarrón, y presumía de sus notas e insinuaba sutilmente lo buen rey que sería (a veces a la cara de Nikolai, cuando él era el heredero al trono), pero nunca había ido más allá. Solo hablaba. Lo más cerca que había estado de la política era cuando estudiaba Políticas.

Edvard levantó una ceja gruesa y gris.

—Es el siguiente en la línea de sucesión después de ti.

Lo miré fijamente. No era posible que estuviera insinuando lo que creía que estaba insinuando.

Como mi madre era hija única y yo no tenía hijos, Andreas era el siguiente en la línea de sucesión, ahora que Nikolai había abdicado. Intenté imaginármelo como rey y me dio un escalofrío.

—Voy a ser sincero —dijo Edvard—. Andreas ha insinuado ciertas... ambiciones respecto a la corona, y no cree que una mujer pueda hacer ese trabajo.

Oh, me habría encantado que Andreas hubiera estado allí en ese momento para poder decirle dónde meterse sus ambiciones.

—Que se lo comente a la reina Isabel la próxima vez que vaya de visita al palacio de Buckingham —dije con frialdad.

—Sabes que yo no estoy de acuerdo con él. Pero Eldorra no es Reino Unido o Dinamarca. Es un país más... tradicional, y me temo que muchos miembros del Parlamento piensan lo mismo que Andreas.

Apreté los dedos contra la silla.

—Entonces menos mal que el Parlamento no nombra al monarca.

Puede que no quisiera reinar, pero no soportaba que nadie me dijera que no podía reinar solo por ser mujer. Daba igual que la monarquía fuera meramente simbólica. Éramos la cara visible de la nación, y de ninguna manera iba a dejar que nos representara alguien como Andreas.

Edvard dudó.

—Esa es la otra razón por la que quería hablar contigo. El Parlamento no nombra al monarca, pero existe la Ley de Matrimonios Reales.

Se me encogió el estómago de terror. La Ley de Matrimonios Reales, promulgada en 1732, era la ley arcaica que obligaba a los monarcas a casarse con alguien de sangre noble. Fue la razón por la que Nikolai abdicó, y yo había evitado pensar en ella todo lo posible porque significaba que mis posibilidades de casarme por amor eran escasas o nulas.

No era solo cuestión de encontrar a un noble que me gustara. Las potenciales parejas se elegían para obtener el máximo beneficio político, y yo no era tan ingenua como para esperar un matrimonio por amor.

—No me tengo que casar todavía. —Intenté controlar el temblor de mi voz—. Tengo tiempo...

—Ojalá fuera así. —La expresión de Edvard se llenó de una mezcla de culpa y desasosiego—. Pero mi enfermedad es impredecible. Podría darme otro ataque en cualquier momento y quizás la próxima vez no tenga tanta suerte. Ahora que Nikolai ha abdicado, hay más presión aún para asegurarnos de que estés lista para el trono lo antes posible. Eso incluye encontrar un marido digno.

Técnicamente, el matrimonio no era un requisito imprescindible para ser monarca, pero Eldorra no había tenido un monarca soltero en... Bueno, nunca.

Noté la bilis en la garganta, tanto por la posibilidad de perder a mi abuelo en cualquier momento, como por la idea de vivir el resto de mi vida con un hombre al que no amara.

—Lo siento, cariño, pero es así —dijo Edvard con suavidad—. Ojalá pudiera protegerte de las duras verdades de la vida como antes, pero algún día serás reina, y el tiempo de tenerte entre algodones ya se ha acabado. Eres la última persona en la línea de sucesión directa, la única que se interpone entre Andreas y la corona —nos estremecimos al unísono—, y la única forma de asegurar que el trono y el país queden en buenas manos es casarte con un aristócrata respetable, en el próximo año, a ser posible.

Bajé la cabeza, abrumada por la resignación. Podría abdicar como lo había hecho Nikolai, pero no iba a hacerlo. Por mucho que me molestara que me hubiera metido en esta situación, él lo había hecho por amor. Si yo lo hiciera, sería por puro egoísmo.

Además, el país no sobreviviría a *dos* abdicaciones tan seguidas. Seríamos el hazmerreír del mundo, y yo nunca mancharía el nombre de nuestra familia ni la corona pasándosela a Andreas.

—¿Cómo voy a encontrar un marido tan pronto? Tengo la agenda tan llena que casi no tengo tiempo ni de dormir, mucho menos de salir con chicos.

Mi abuelo entornó los ojos y de pronto me pareció más un joven travieso que un rey que llevaba décadas en el trono.

—Déjamelo a mí. Tengo una idea. Pero antes de eso, hay otra cosa que quería hablar contigo. Tu guardaespaldas.

La palabra «*guardaespaldas*» hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa con él?

Todavía me estaba acostumbrando a mi nuevo guardaespaldas, Elias. Estaba bien. Era majo, competente, educado.

Pero no era Rhys.

Rhys, que se había alejado de mí un mes antes sin mirar atrás.

Rhys, que me había regalado los mejores cuatro días de mi vida y después actuó como si no hubieran significado nada.

Tal vez no habían significado nada. Tal vez me había imaginado la conexión que hubo entre nosotros, y en ese momento él estaba ocupado viviendo la vida en Costa Rica o en Sudáfrica.

Número cuatro de la lista de deseos.

Sentí en el pecho un ardor familiar, me encajé la mandíbula y me recompuse.

Las princesas no lloran. Y mucho menos por un hombre.

—Hemos recibido una llamada bastante extraña de Seguridad Harper —dijo Edvard.

Seguridad Harper. La agencia para la que trabajaba Rhys.

—Rh... ¿El señor Larsen está bien? —Se me aceleró el pulso de miedo. ¿Estaba herido? ¿Muerto?

No se me ocurría ninguna otra razón por la que hubiera llamado la agencia, teniendo en cuenta que ya no trabajaba para la Casa Real.

—Está bien. —Edvard me miró raro—. Sin embargo, nos han pedido algo inusual. Normalmente no contemplaríamos una idea así, pero Christian Harper tiene una gran influencia. No se le puede decir que no a la ligera, incluso siendo el rey, y ha pedido una especie de favor en nombre del señor Larsen.

Cada vez estaba más confusa.

—¿Qué favor?

—Quiere volver a formar parte de tu equipo de seguridad personal. —Si no hubiera estado sentada, me habría caído redonda, y eso que todavía no había añadido—: Para siempre.

22

Rhys

—Pues estamos en paz.

Me coloqué el teléfono entre la oreja y el hombro para poder coger la maleta del compartimento superior.

—Ya te he dicho que sí.

—Quiero asegurarme de que te ha quedado claro. —La voz de Christian se filtró a través de la línea, con un barniz suave y lánguido que escondía una cuchilla por debajo. Reflejaba al hombre detrás de la voz, un seductor capaz de matarte con una sola mano sin perder la sonrisa.

Mucha gente se había dado cuenta de lo que ocultaba esa sonrisa cuando ya era demasiado tarde.

Era lo que hacía a Christian tan peligroso y tan bueno como CEO de la agencia de seguridad privada más exclusiva del mundo.

—No me había dado cuenta de que te habías encariñado tanto de la princesa —añadió.

La insinuación hizo que se me tensara la mandíbula y, en mis prisas por salir del avión, por poco atropello a un hombre mayor con una desafortunada chaqueta marrón.

—No me he encariñado de ella. Pero es la clienta menos molesta que he tenido, y estoy harto de rotar entre estrellas del pop y niñatas ricas cada pocos meses. Es una decisión práctica.

La verdad es que supe que la había cagado menos de veinticuatro horas después de haber rechazado su oferta de prorrogar mi contrato. Estaba en el avión de vuelta a Washington, y habría obligado al piloto a dar la vuelta de no ser porque me habrían metido en la lista negra y habría acabado detenido de forma bastante desagradable por cortesía del gobierno de Estados Unidos.

Pero no hacía falta contarle eso a Christian.

—Así que te mudas a Eldorra, el país que más odias. —No era una pregunta, y tampoco sonaba muy convencido—. Tiene sentido.

—No odio Eldorra. —El país estaba cargado de significado para mí, pero no tenía nada en contra del propio sitio. Era un problema mío, no de sus habitantes... o al menos de la mayor parte.

Una mujer que iba andando a mi lado con una camiseta de «Recuerdo de Eldorra» se me

quedó mirando, y le devolví la mirada hasta que se sonrojó y apretó el paso.

—Si tú lo dices. —La voz de Christian adoptó un tono de advertencia—. Accedí a tu petición porque confío en ti, pero no hagas nada estúpido, Larsen. La princesa Bridget es una clienta. Y la futura reina de Eldorra, además.

—No jodas, Sherlock. —Christian era técnicamente mi jefe, pero nunca se me había dado bien ser un lameculos, ni siquiera en el ejército. Era algo que me había traído bastantes problemas—. Y no lo has hecho porque confíes en mí. Lo has hecho porque me he pasado todo el mes solucionando *tus* movidas.

Si no, habría cogido el primer vuelo a Eldorra nada más llegar a Washington.

Y si no, Christian no habría accedido a mover hilos por mí. Nada de lo que hacía era desinteresado.

—De cualquier forma, recuerda a qué vas allí —dijo con calma—. Vas a proteger la integridad física de la princesa Bridget. Punto.

—Soy consciente. —Salí del aeropuerto y me golpeó una ráfaga de aire helado. El invierno en Eldorra era muy frío, pero había sobrevivido a cosas peores en la Marina. El viento apenas me molestaba—. Tengo que colgar.

Colgué el teléfono sin decir nada más y me puse en la cola de los taxis.

¿Cuál habría sido la reacción de Bridget al descubrir que iba a volver? ¿Alegría? ¿Furia? ¿Indiferencia? No había rechazado mi petición de volver a ser su guardaespaldas, lo cual era una buena señal, pero tampoco estaba seguro de si la Casa Real le había dado opción.

Fuera lo que fuera, lo asumiría. Solo quería volver a verla.

Me había ido porque creía que era lo correcto. Acordamos que lo que pasara en Costa Rica se quedaría en Costa Rica, y había intentado distanciarme después. Para darnos a los dos la oportunidad. Porque si nos acercábamos más el uno al otro, terminaríamos en una situación que podría destruirla.

Bridget era una princesa, y se merecía a un príncipe. Yo no era eso. Ni de lejos.

Pero solo tardé un día en darme cuenta de que me importaba un bledo. No podía dejarme llevar completamente por mis sentimientos, pero tampoco podía alejarme, así que había acabado volviendo. Estar con ella sin estar de verdad tal vez era una forma de tortura, pero era mejor que no tenerla nunca. Las últimas seis semanas habían sido prueba de ello.

—Se le ha caído esto.

Se me tensaron los músculos, y en cinco segundos hice una evaluación del extraño que iba detrás de mí.

Debía de tener treinta y tantos años. Pelo castaño, abrigo caro, y las manos suaves (le miré ambas) de alguien que nunca ha hecho un trabajo físico más allá de levantar un bolígrafo.

Sin embargo, me mantuve en guardia. No era una amenaza física, pero eso no significaba que no pudiera ser otro tipo de amenaza. Además, no me gustaba que se me acercaran los desconocidos.

—Eso no es mío —dije, desviando la mirada hacia la cartera de cuero negro agrietado que llevaba en la mano.

—¿No? —Frunció el ceño—. Me ha parecido ver que se le caía del bolsillo, pero hay mucha gente. Debo de haberlo visto mal. —Me examinó con unos ojos almendrados muy penetrantes—. ¿Estadounidense?

Respondí con un movimiento seco de cabeza. Odiaba las charlas vacías, y había algo en él que me incomodaba. Aumenté el nivel de alerta.

—Me lo imaginaba. —El hombre tenía una dicción perfecta, pero con el mismo leve acento de Eldorra que Bridget—. ¿Está de vacaciones? Los estadounidenses no suelen venir aquí en invierno.

—Trabajo.

—Ah, yo también he vuelto por trabajo, por decirlo de alguna manera. Soy Andreas. —Me extendió la mano libre, pero no me moví.

No estrechaba las manos de desconocidos, y menos en un aeropuerto.

Si a Andreas le molestó mi descortesía, no lo mostró.

Se deslizó la mano en el bolsillo y sonrió, aunque la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Disfrute de su estancia. Quizás nos volvamos a ver.

Puede que la frase pudiera sonar simpática o incluso como una invitación, para algunos. Para mí, era más bien como una amenaza.

—Puede. —Esperaba que no. No conocía a ese tío, pero no me inspiraba ninguna confianza.

Llegó mi turno en la cola de los taxis, así que metí la maleta en el maletero y le di al taxista la dirección del palacio, sin volverle a dirigir la mirada a Andreas.

Tardé casi una hora en llegar al extenso complejo por culpa del tráfico, y cuando se abrieron las puertas doradas me puse tenso de la expectación.

Por fin.

Solo habían pasado seis semanas, pero me habían parecido seis años.

Era verdad lo que decían de que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Una vez que el guardia de la entrada me dio el visto bueno, me registré con Malthe, el jefe de seguridad, y después con Silas, el jefe de la residencia real, que me informó de que me alojaría en la casa de huéspedes del palacio. Me mostró el pequeño edificio de piedra, situado a quince minutos del edificio principal, y se puso a detallarme todas las normas y el protocolo hasta que le interrumpí.

—¿Está su alteza aquí? —Siempre que había ido a Eldorra me había alojado en la casa de huéspedes, por lo que no necesitaba volver a escuchar toda la perorata.

Silas suspiró profundamente.

—Sí, su alteza está en el palacio con lady Mikaela.

—¿Dónde?

—En el salón de la segunda planta. Pero no le espera hasta mañana —señaló con énfasis.

—Gracias. Puedo ir solo. —Traducción: vete .

Dejó escapar otro suspiro antes de irse.

Cuando se marchó, me di una ducha rápida, me cambié y me dirigí al palacio. Tardé media hora en llegar al salón, y reduje el paso al escuchar la risa cristalina de Bridget a través de la puerta.

Dios, había echado de menos su risa. Había echado de menos todo de ella.

Empujé la puerta y entré, y fijé la mirada directamente en Bridget.

Melena dorada. Piel cremosa. Era todo gracia y luz, y llevaba su vestido amarillo favorito, el que siempre se ponía cuando quería parecer profesional pero relajada.

Estaba delante de una pizarra gigantesca llena de lo que parecían docenas de pequeños retratos pegados. Su amiga Mikaela estaba agitando las manos y hablando animadamente, hasta que se percató de mi presencia.

—¡Rhys! —exclamó. Era morena y bajita, de pelo rizado, pecas, y un carácter inquietantemente jovial—. Bridget me dijo que ibas a volver. ¡Me alegro de verte!

Asentí con la cabeza como saludo.

—Lady Mikaela.

Bridget se dio la vuelta. Nos miramos y me quedé sin aire en los pulmones. Durante seis semanas solo había podido aferrarme a su recuerdo, y verla en persona era abrumador.

—Señor Larsen. —Su tono era frío y profesional, pero escondía un ligero temblor.

—Alteza.

Nos miramos fijamente, con las respiraciones sincronizadas. Incluso desde la otra punta de la habitación, podía vislumbrar su pulso en la base de su garganta. La pequeña marca debajo de su oreja izquierda. La forma en la que el vestido le resbalaba por las caderas como la caricia de un amante.

Nunca pensé que fuera a ponerme celoso de un vestido, pero así estaba la cosa.

—Llegas justo a tiempo. —La voz de Mikaela rompió el hechizo—. Necesitamos una opinión externa. Bridget no se decide.

—¿Sobre qué? —Mantuve la mirada fija en Bridget, que seguía congelada en el sitio.

—¿Qué debería puntuar más a la hora de elegir una pareja romántica: la inteligencia o el sentido del humor?

Bridget se puso rígida, y finalmente aparté la mirada de ella y la arrastré hasta Mikaela.

—¿Puntuar?

—Estamos clasificando a los invitados al baile de cumpleaños de Bridget —explicó Mikaela —. Bueno, estoy. Ella se niega. Pero va a estar lleno de hombres, y no va a poder bailar con todos. Necesitamos reducir la cantidad. Queda un hueco para bailar, y estoy entre lord Rafe y el príncipe Hans. —Se dio un golpecito en la barbilla con la pluma—. Por otra parte, el príncipe Hans es un príncipe , así que quizás no le haga falta sentido del humor.

El calor que había sentido al ver a Bridget volvió a desvanecerse.

—¿De qué estás hablando? —dije, con la voz dos octavas más baja de lo normal.

—Del baile de cumpleaños de Bridget. —Mikaela sonrió—. Sirve también como evento para buscar pareja. ¡Vamos a encontrarle un marido!

23

Bridget

Me quería morir.

Si se hubiera abierto una trampilla en el suelo y me hubiera tragado, habría sido la persona más feliz de la tierra. O del núcleo de la tierra, en este caso.

Por desgracia, seguía en el salón frente a una pizarra llena de fotos de solteros europeos, con Rhys y su cara imperturbable y Mikaela sin darse cuenta de nada.

—Es el evento de la temporada —continuó—. Es un poco precipitado, pero el equipo de Elin está trabajando en ello sin descanso y las invitaciones se han enviado esta mañana. Ya han confirmado asistencia decenas de personas. —Dejó escapar un suspiro lánguido—. Un montón de hombres guapos, todos de punta en blanco en la misma sala. Me muero.

Sí, la gran idea a la que mi abuelo se había referido el otro día en su despacho era una gala de emparejamiento encubierta. Yo había protestado, horrorizada ante la idea de pasar toda una noche, nada menos que la de mi cumpleaños , hablando y bailando con egos gigantes disfrazados de humanos.

Mi opinión cayó en saco roto.

Al parecer, mi vigésimo cuarto cumpleaños era una buena excusa para invitar a todos los solteros del mercado europeo a la fiesta, y además era en pocas semanas, por lo tanto era una fecha perfecta, aunque a Mikaela le pareciera algo precipitada.

—No sabía que estuviera buscando marido, alteza —dijo Rhys con tanta frialdad que se me erizó la piel de los brazos.

La corriente eléctrica que corría entre nosotros se congeló hasta convertirse en hielo.

Al mismo tiempo, en el estómago se me encendió un chispazo de indignación. No tenía derecho a enfadarse. Fue él quien se marchó e insistió en mantener las cosas entre nosotros como algo meramente profesional después de Costa Rica. Esperaba que no creyera que, después de seis semanas, podía cambiar de opinión y volver como si nada, y pretender que yo hubiera dejado mi vida en suspenso por él.

—Es una cuestión de política e imagen pública —dijo Mikaela antes de que pudiera responder —. De todas formas, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí. —Chasqueó los dedos—. Lord Rafe y

el príncipe Hans. No te preocupes. El príncipe Hans puntúa más, está claro. —Movió la foto al lado del «*sí*» de la pizarra.

—Entonces la dejo con esto, alteza. Solo he pasado a saludar. —La expresión de Rhys se oscureció, y sentí una punzada de frustración, que se unió al cóctel de emociones que me corría por las venas: excitación y vértigo por volver a verlo, fastidio por su hipocresía, furia persistente por que se hubiera marchado semanas antes, y una pizca de culpa, aunque no estuviéramos saliendo, aunque nunca hubiéramos salido, y aunque yo fuera libre de bailar con todos los hombres de Athenberg si me apetecía.

«Lo que hagamos aquí, se queda aquí. En este cuarto, en esta noche. Y no volveremos a hablar de ello nunca.»

Esa era su norma, así que ¿por qué tenía que sentirme culpable?

—Señor Larsen...

—Hasta mañana, alteza.

Rhys se fue.

Antes de saber lo que estaba haciendo, le seguí hasta fuera, con todo el cuerpo rígido de determinación.

No pensaba volver a sumergirme en una espiral infinita de «qué habría pasado si». Ya tenía bastantes cosas de las que preocuparme. Si Rhys tenía algún problema, me lo podía decir a la cara.

—¿Adónde vas? —me llamó Mikaela—. ¡Todavía tenemos que decidir el orden del baile!

—Al baño —dije a mi espalda—. Confío en ti. Ordénalos como quieras.

Apreté el paso hasta alcanzar a Rhys al doblar la esquina.

—Señor Larsen.

Esta vez se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—El baile ha sido idea de mi abuelo, no mía. —No le debía ninguna explicación, pero me sentí obligada a dársela, igualmente.

—Es tu cumpleaños, princesa. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Apreté la mandíbula mientras se me encogía el estómago al escuchar la palabra «*princesa*» .

—¿Así que te parece bien que baile toda la noche con otros hombres?

Rhys se dio la vuelta por fin y parpadeó con los ojos grises inescrutables.

—¿Por qué no? Parece la solución perfecta. Encuentras a un príncipe estupendo, te casas y reináis juntos por siempre jamás. —Sus palabras estaban teñidas de burla—. La vida de una princesa, justo como debe ser.

De pronto, algo se rompió dentro de mí.

Estaba furiosa . Furiosa con Nikolai por abdicar y salir corriendo a California con Sabrina para «tomarse un tiempo» para sí mismos. Furiosa por no tener el control de mi vida. Y, sobre todo, furiosa con Rhys por convertir nuestro reencuentro en un momento desagradable después de *seis semanas* sin vernos.

—Tienes razón —dije—. Es la solución perfecta. No veo el momento. A lo mejor hago algo más que bailar. A lo mejor encuentro a alguien a quien besar y llevarme a la...

Dos segundos más tarde, estaba inmovilizada contra la pared. Rhys ya no parpadeaba. Sus ojos se habían oscurecido, hasta convertirse en nubes de tormenta casi negras como las que empapan la ciudad en primavera.

—No es buena idea terminar esa frase, princesa —dijo en voz baja.

Lo había provocado a propósito, pero tuve que contener un escalofrío ante el peligro que emanaba.

—Quítame las manos de encima, señor Larsen. Ya no estamos en Estados Unidos, y estás sobrepasando los límites.

Rhys se acercó, y me costó concentrarme al estar tan consumida por *él* . Por su olor, su aliento en mi piel. Por los recuerdos de miradas persistentes y risas robadas y puestas de sol en una piscina al otro lado del mundo.

—Me la sudan los límites. —Cada palabra le salió lenta y deliberada, como si quisiera grabarlas en mi piel.

—Menudo primer día de trabajo. Como en los viejos tiempos. —Apreté la espalda contra la pared aún más, intentando huir del calor abrasador que emitía el cuerpo de Rhys—. ¿Qué haces aquí, señor Larsen? Estuviste feliz de irte cuando te pedí que te quedaras.

—Si crees que he estado lo más mínimamente feliz estas últimas seis semanas —dijo en tono sombrío—, no puedes estar más equivocada.

—Estabas lo bastante feliz como para quedarte tanto tiempo. —Intenté ocultar el dolor de mi voz, sin éxito.

Rhys suavizó un poco la expresión.

—Créeme, princesa. Si hubiera tenido opción, habría vuelto mucho antes.

Las alas aterciopeladas de las mariposas me acariciaron el corazón.

Basta. Aguanta.

—Lo que me lleva de nuevo a la pregunta —dije—. ¿Qué haces aquí?

Se le tensó un músculo de la mandíbula. No se había afeitado ese día, y en la cara lucía una barba más espesa de lo que estaba acostumbrada.

Apreté los puños, reprimiendo el impulso de acariciarle la sombra negra de la mejilla y la cicatriz de la ceja. Solo para asegurarme de que estaba allí de verdad.

Enfadado y exasperante, pero allí .

—Estoy...

—¿Interrumpo algo?

Rhys se apartó tan rápido de mí que tardé unos segundos en procesar lo que había pasado. Cuando lo hice y vi quién nos había interrumpido, el estómago me dio un vuelco.

Porque al fondo del pasillo, con una expresión entre curiosa y burlona, estaba nada menos que mi primo Andreas.

—Iba para mi habitación cuando he oído algo y he venido a investigar —dijo—. Perdón si me he... entrometido.

Rhys habló antes de que yo pudiera decir nada.

—¿Qué coño haces aquí?

—Soy el primo de Bridget. —Andreas sonrió—. Pues al final sí que nos hemos vuelto a ver. El mundo es un pañuelo.

Pasé la mirada de uno a otro.

—¿Os conocéis? ¿Cómo puede ser?

—Nos hemos conocido en el aeropuerto —dejó caer Andreas—. Creía que se le había caído la cartera, pero resulta que no. Hemos tenido una charla muy agradable, aunque no me has llegado a decir cómo te llamas. —La última parte de la frase la dirigió a Rhys, que esperó unos segundos antes de responder:

—Rhys Larsen.

—El señor Larsen es mi guardaespaldas —dije—. Me estaba... ayudando a sacarme algo del ojo.

Me maldije a mí misma en silencio por ser tan imprudente. Estábamos en el pasillo lateral de una zona tranquila del palacio, pero había ojos y oídos por todas partes. Debería haber tenido cuidado de no ponerme a discutir con Rhys en un sitio donde cualquiera podía pasar y oírnos.

A juzgar por la expresión de Rhys, debió de pensar lo mismo.

—¿En serio? Qué considerado. —Andreas no sonaba convencido, y no me gustaba la forma en la que nos estaba examinando.

Me puse firme y le miré de frente. No pensaba dejar que me intimidara. No en mi propia casa.

—Has mencionado que estabas de camino a tu habitación —le dije—. Pues no te entretenemos más.

—Es la primera vez que nos vemos en varios años, y me das esta bienvenida. —Andreas suspiró, mientras se quitaba los guantes con una lentitud deliberada y se los guardaba en los bolsillos—. Eres otra ahora que eres princesa heredera, querida prima.

—Tienes razón —dije—. *Sí* que soy otra. Soy tu futura reina.

A Andreas se le borró la sonrisa, y vi a Rhys sonreír de reojo.

—Me alegro de que hayas llegado bien —dije en son de paz, aunque solo fuera porque no tenía ninguna gana de entablar hostilidades con mi primo durante el mes o el tiempo que se fuera a quedar allí—. Pero tengo que volver a una reunión. Luego hablamos.

Con «luego» me refería a «nunca», a ser posible.

—Por supuesto. —Andreas inclinó la cabeza y nos dirigió una última mirada a mí y a Rhys antes de desaparecer por el vestíbulo.

Esperé dos minutos antes de relajarme.

—Tu primo parece un gilipollas —dijo Rhys.

Me reí, y por fin se aligeró el ambiente entre nosotros.

—No solo lo parece. Lo es . Pero también es familia, así que nos lo tenemos que comer con patatas. —Hice girar mi anillo en el dedo, intentando volver al punto donde habíamos dejado la conversación anterior—. Sobre lo que pasó antes de que Andreas nos interrumpiera...

—He vuelto porque quería volver —dijo Rhys—. Y... —Hizo una pausa, como si dudara en decir lo que estaba a punto de decir—. No quería que estuvieras sola mientras te enfrentabas a toda esta mierda. —Señaló todo el lujo que había a nuestro alrededor.

Sola.

Era la segunda vez que lo decía. Primero la noche de mi graduación, y ahora otra vez. Y tenía razón las dos veces.

Había intentado, sin éxito, nombrar la sensación de vacío que me atormentaba desde que Rhys se había ido. La que me invadía cuando me acostaba en la cama por las noches y trataba de pensar en algo que me hiciera ilusión al día siguiente. La que me abrumaba en los momentos más extraños, como cuando estaba en medio de un evento o fingía reír junto a los demás.

Ahora podía ponerle nombre.

Soledad.

—Bueno. —Sonreí, tratando de esconder lo mucho que me habían afectado sus palabras—. Me alegro de que hayas vuelto, señor Larsen. Al menos, cuando no te comportas como un arrogante de primera.

Se rio.

—Me alegro de haber vuelto, princesa.

Ese era el reencuentro que quería. No me caía bien Andreas, pero al menos había roto el hielo entre Rhys y yo.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —Dijera lo que dijera, no era solo mi guardaespaldas, y en el fondo los dos lo sabíamos.

—Vamos a donde tengas que ir —dijo Rhys—. Yo te protejo. Y ya está.

—Haces que suene muy sencillo. —Cuando la realidad es tan complicada. Entre Costa Rica, la separación y su reaparición justo cuando más presión tenía para encontrar un marido «adecuado», me sentía como un bichito atrapado en una red de secretos y responsabilidades de las que no podía liberarme.

—Es simple. —Rhys habló con tanta confianza que su voz me resonó en los huesos—. Cometí un error cuando me fui, y ahora voy a arreglarlo.

—Así de fácil.

—Así de fácil. —Sonrió ligeramente con la comisura de la boca—. Aunque imagino que me lo vas a poner lo más difícil posible.

Se me escapó una risa débil.

—¿Cuándo lo hemos tenido fácil tú y yo?

A pesar de que seguía enfadada con Rhys por haberse ido, me di cuenta de algo. El vacío y el malestar habían desaparecido.

24

Bridget

—Debo decir que esta noche está absolutamente preciosa, alteza —dijo Edwin, conde de Falser, mientras me conducía al salón de baile.

—Gracias. Usted también está muy elegante. —Edwin tenía el pelo de color arena y complexión atlética. No estaba nada mal, pero no fui capaz de expresar entusiasmo más allá de mi cumplido soso.

Tras semanas de planificación frenética, ya había llegado la noche de mi gran baile y no podía estar más decepcionada. Mis compañeros de baile habían sido todos unos inútiles, y yo no había tenido ni un momento de respiro desde que entré por la puerta. Me había pasado todo el rato bailando con uno detrás de otro, charlando con uno detrás de otro. No había comido nada más que dos fresas birladas de la mesa de postres entre dos bailes, y sentía los tacones como dos cuchillas atadas a los pies.

Edwin sacó pecho.

—Me preocupo *mucho* por mi aspecto —dijo, en un intento de poner tono humilde—. Me ha hecho el esmoquin a medida el mejor sastre de Athenberg, y Eirik, recientemente nombrado por *Vogue* como el mejor peluquero de Europa, viene a mi casa cada dos semanas a peinarme. También he construido un nuevo gimnasio en mi casa. Puede que algún día se lo enseñe. —Me lanzó una sonrisa arrogante—. No quiero presumir, pero creo que estará a la altura de cualquier cosa que tenga en el palacio. Máquinas de *cardio* de alta gama, juegos de mancuernas DISKUS de acero inoxidable no reactivo de grado 303...

Me invadió el pánico. Santo Dios , prefería escuchar a la pareja de baile anterior analizar los patrones de tráfico de Athenberg en hora punta.

Por suerte, terminé de bailar con Edwin antes de que siguiera hablando de su gimnasio, y pronto me encontré en los brazos de mi siguiente pretendiente.

—Bueno. —Sonreí alegremente a Alfred, el hijo del conde de Tremark. Era unos pocos centímetros más bajo que yo, y tenía una visión directa de su calvicie. Intenté que eso no me disuadiera. No quería ser una de esas personas superficiales que solo se preocupan por la apariencia, pero habría sido más fácil *no* centrarse en su aspecto si me hubiera dado algo más con

lo que trabajar. No me había mirado a los ojos ni una sola vez desde que empezamos a bailar—. He oído que..., eh..., que sabe mucho de pájaros.

Alfred había construido una pajarera en su finca y, según Mikaela, uno de sus pájaros se cagó en la cabeza de lord Ashworth durante el baile anual de primavera del conde.

Alfred respondió algo entre dientes.

—Lo siento, no le he oído —dije educadamente.

Otro murmullo, seguido de un rubor que le subió por toda la cara hasta la calva.

Nos hice el favor a los dos de dejar de hablar. Me pregunté quién le habría obligado a ir a la fiesta, y quién lo estaría pasando peor, si él o yo.

Bostecé y miré por todo el salón de baile, buscando algo que captara mi interés. Mi abuelo era el centro de atención de algunos ministros en un rincón. Mikaela merodeaba cerca de la mesa de postres, ligando con un invitado al que no reconocí, y Andreas se deslizaba entre la multitud como una serpiente.

Deseaba que mis amigas estuvieran allí. Había hecho una videollamada con Ava, Jules y Stella ese mismo día, y las echaba tanto de menos que me dolía. Prefería pasar mi cumpleaños comiendo helado y viendo comedias románticas cursis que bailando con gente que ni siquiera me caía bien.

Necesito un descanso. Uno pequeño. Solo para respirar.

—Disculpe —dije tan bruscamente que Alfred se tropezó del susto y por poco le tira la bandeja a un camarero que pasaba por allí—. No... me encuentro bien. ¿Le importa si acabamos antes el baile? Lo siento muchísimo.

—Oh, no hay problema, alteza —dijo, por fin de manera audible, lleno de alivio—. Espero que se mejore.

—Gracias. —Le eché un vistazo a Elin. Estaba de espaldas a mí, mientras hablaba con el columnista de sociedad que cubría la fiesta, y me escabullí del salón antes de que me viera.

Aceleré el paso por el vestíbulo hasta llegar al cuarto de baño que se encontraba en una tranquila alcoba, semioculto por un gigantesco busto de bronce del rey Federico I.

Cerré la puerta con llave, me senté en la taza del váter y me quité los zapatos con un suspiro de alivio. El vestido me envolvía en una nube de seda y tul de color azul pálido. Era un diseño precioso, al igual que mis tacones plateados de tiras y el collar de diamantes que descansaba sobre mis clavículas, pero lo único que quería era ponerme el pijama y meterme en la cama.

—Dos horas más —dije. O quizás fueran tres. No podían ser más de tres. Debía de haber bailado ya con todos los hombres del salón, y no estaba más cerca de conseguir marido de lo que estaba al principio de la noche.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en las manos. No lo pienses .

Si me ponía a pensar (que la nación entera me estaba observando y que un hombre en aquella sala probablemente era mi futuro marido) entraría en barrena. Y si me ponía a pensar en un hombre en particular, gruñón y lleno de cicatrices, con unos ojos que podían fundir el acero y

unas manos que podrían fundirme a mí , acabaría en un camino que solo podía conducirme a la ruina.

Había evitado mirar a Rhys durante toda la noche, pero sabía que estaba allí, vestido con un traje negro y un pinganillo, exudando una masculinidad tan cruda que muchas invitadas revoloteaban a su alrededor en lugar de fijarse en los príncipes que solían ser la mercancía valiosa en ese tipo de fiesta.

No habíamos pasado ni un momento a solas desde el día en que llegó, pero probablemente eso era bueno. No me fiaba de mí misma cuando él estaba cerca.

Me quedé en el baño varios minutos más antes de obligarme a salir. De otro modo, Elin me habría ido a buscar y me habría arrastrado de vuelta como a una niña desobediente.

Me volví a poner los zapatos con un pequeño gesto de dolor, abrí la puerta y me topé de frente contra un muro.

Un muro de casi dos metros, muy serio.

—¡Dios santo! —Me llevé la mano al pecho, donde el corazón me latía al triple de la velocidad normal—. Qué susto.

—Lo siento. —Rhys no parecía sentirlo—. Te has ido de la fiesta. Soy tu guardaespaldas. —Levantó una ceja—. Suma dos y dos.

Un clásico de Rhys. Si había una forma maleducada de contestar a una preguntar, él la encontraría.

—Vale. Pues ya estoy lista para volver a la fiesta, así que si me disculpas... —Pasé a su lado, pero me agarró del brazo antes de que pudiera ir más lejos.

El tiempo se detuvo y el espacio se redujo hasta el punto exacto donde me había agarrado de la muñeca con una mano enorme. Su moreno natural contrastaba con mi piel pálida, y tenía los dedos ásperos y callosos, a diferencia de las manos suaves y lisas de los lores y príncipes con los que había bailado toda la noche. Me invadió el deseo de sentir cómo se deslizaban por mi piel, marcándome como suya.

Número cuatro de la lista de deseos.

Mi respiración sonaba entrecortada en la pequeña e íntima alcoba. No estaba bien el poder que ese hombre ejercía sobre mí, pero me sentía impotente frente a mi corazón, mis hormonas y la fuerza indomable que era Rhys Larsen.

Después de lo que me pareció una eternidad, pero que en realidad fueron solo unos segundos, Rhys habló.

—No he tenido la oportunidad de decir esto antes —dijo—. Pero feliz cumpleaños, princesa.

Pum, pum, pum, mi corazón se disparó.

—Gracias.

No me soltó la muñeca, y yo no se lo pedí.

El aire entre nosotros se espesó con palabras no dichas.

Me pregunté si lo nuestro habría funcionado en una vida diferente, en un mundo diferente.

Uno en el que yo solo fuera una mujer y él solo fuera un hombre, sin el peso de las reglas y las expectativas de los demás.

Y me odiaba a mí misma por preguntarme esas cosas porque Rhys nunca me había dado ninguna señal de que estuviera interesado en mí más allá de la atracción física y la obligación profesional.

Ninguna, a excepción de los momentos de encuentro en los que me miraba como si yo fuera todo su mundo, y se negaba a pestañear.

—¿Estás disfrutando del baile?

Tal vez me lo imaginé, pero me pareció sentir cómo su pulgar me rozaba la suave piel de la muñeca.

Pum. Pum. Pum.

—Está bien. —Estaba demasiado distraída por lo que podía o no estar pasando en mi muñeca como para que se me ocurriera una respuesta mejor.

—¿Solo bien? —Ahí estaba. Otro roce del pulgar. Podría haber jurado que sí—. Has pasado bastante tiempo con el conde de Falser.

—¿Cómo sabes cuál es el conde?

—Princesa, conozco a todos los hombres que siquiera piensan en tocarte. Y con este has bailado. Dos veces —añadió con un tono peligrosamente suave.

Tal vez debería haberme asustado, pero en cambio, se me erizó la piel y se me tensaron los muslos.

¿Qué me pasa?

—Menudo talento. —Solo había bailado dos veces con Edwin porque él me había insistido, y estaba demasiado cansada como para negarme.

Rhys sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—Así que... el conde de Falser... ¿Él es el elegido?

—No. —Negué con la cabeza—. A menos que quiera pasarme el resto de mi vida oyendo hablar de su ropa y del equipamiento de su gimnasio.

Rhys presionó el pulgar contra mi pulso.

—Bien.

Por la forma de decirlo, dio a entender que el conde había escapado de la muerte por un pelo.

—Debería regresar al baile —dije, aunque era lo último que quería—. Elin debe de estar volviéndose loca.

—¿Volviéndose ?

Solté la primera carcajada real de la noche.

—Qué malo eres.

—Solo digo la verdad.

Ese era el Rhys al que había echado de menos. El humor ácido, los atisbos de suavidad oculta. Ese era el Rhys de verdad.

—¿Qué tal los veinticuatro? —me preguntó mientras volvíamos al salón de baile.

—Igual que los veintitrés, pero más hambrienta y más cansada. ¿Qué tal los treinta y cuatro? —Había cumplido treinta y cuatro en las semanas en las que habíamos estado separados. Pensé en llamarle por su cumpleaños, pero me eché atrás en el último momento.

—Igual que los treinta y tres, pero más fuerte y más inteligente.

Se me escapó un resoplido, medio divertido, medio molesto, y él esbozó una sonrisa.

Cuando volvimos al baile, Elin nos esperaba en la puerta de brazos cruzados.

—Bien. La has encontrado —dijo sin mirar a Rhys—. Alteza, ¿dónde estabas?

—Tenía que ir al baño. —Solo era una mentira a medias.

—¿Cuarenta minutos? Te has perdido el baile con el príncipe Demetrios, que se acaba de ir. —Elin suspiró—. Bueno, no importa. Quedan candidatos mejores. Venga, rápido. Ya casi se ha acabado la fiesta.

Gracias a Dios.

Reanudé los bailes. Elin me observaba como un halcón, y yo estaba demasiado aterrada como para mirar en dirección a Rhys, no fuera que se me viera algo en la cara que no quería que viera.

—¿Tan aburrido soy?

—¿Perdón? —Volví la atención a mi actual pareja de baile, Steffan, el hijo del duque de Holstein.

—Estás mirando todo el rato detrás de mí. O hay algo fascinante, o mi análisis de la profundidad del estilo arquitectónico del palacio no es tan interesante como creía.

Me subió un rubor a las mejillas.

—Disculpa. —Ninguna de mis parejas de baile anteriores se había dado cuenta de mi atención errática, y di por hecho que él tampoco—. Ha sido muy maleducado por mi parte.

—No hay de qué disculparse, alteza. —Los ojos de Steffan se arrugaron con una sonrisa bienintencionada—. Debo admitir que se me podría haber ocurrido un tema de conversación mejor que la historia del neoclasicismo. Es lo que pasa cuando me pongo nervioso. Empiezo a soltar un montón de datos inútiles.

Me reí.

—Supongo que hay peores formas de lidiar con los nervios.

La piel me empezó a arder de repente y tropecé un segundo antes de poder controlarme.

—¿Estás bien? —preguntó Steffan, con cara de preocupación.

Asentí, obligándome a no mirar a Rhys, pero podía sentir el calor de su mirada en mi espalda.

Céntrate en Steffan. Era la pareja de baile más agradable que había tenido en toda la noche, y cumplía todos los requisitos de un príncipe consorte adecuado: era divertido, encantador y guapo, por no mencionar que tenía la sangre más azul de todas las sangres.

Me gustaba. Aunque sin ninguna intención romántica .

—Parece que se nos ha acabado el tiempo —dijo Steffan cuando se apagó la música. Por fin se había terminado la fiesta—. Pero quizás podríamos salir otro día juntos, los dos solos. La

nueva pista de patinaje de Nyhausen es muy bonita, y sirven el mejor chocolate caliente de la ciudad.

Una cita.

Quise decir que no, porque no quería engañarle, pero ese era el objetivo del baile: conseguir un marido, y no podía conseguir un marido sin tener una cita primero.

—Suena muy bien —dije.

Steffan sonrió.

—Estupendo. Te llamo más tarde para organizar los detalles.

—Pues ya tenemos plan.

Salí a dar el discurso de clausura agradeciendo a todos su asistencia, y después de que los invitados se marcharan uno a uno, me apresuré a salir del salón de baile, ansiosa por desaparecer antes de que Elin me interceptara.

Llevaba medio camino recorrido cuando alguien me bloqueó el paso.

—Alteza.

Ahogué un grito.

—Lord Erhall.

El presidente del Parlamento me miró por encima del hombro. Era un hombre alto y enjuto, con el pelo canoso y los ojos como los de un reptil, fríos y depredadores. También era una de las personas más poderosas del país, de ahí que estuviera invitado, a pesar de no estar en el rango de edad de los candidatos solteros.

—Su majestad y yo la echamos de menos en la reunión de ayer —dijo—. Discutimos la nueva propuesta de reforma fiscal, a la que estoy seguro de que usted habría contribuido mucho.

No se me escapó el matiz burlón. A veces asistía a las reuniones semanales que mi abuelo tenía con el presidente del Parlamento, y Erhall había insinuado en múltiples ocasiones que pensaba que yo no pintaba nada allí.

Era uno de los miembros del Parlamento a los que Edvard se había referido cuando dijo que había gente que se negaba a ver a una mujer en el trono.

—Efectivamente —dije con frialdad—. Llevan años intentando aprobar una legislación similar, ¿no es así, señor presidente? *Parece* que podría beneficiarse de nuevas ideas.

Erhall hizo un gesto tenso, pero respondió con una voz engañosamente ligera:

—Espero que haya disfrutado del baile, alteza. La búsqueda de marido es la prioridad de una princesa, sin duda.

Todo el mundo conocía el verdadero propósito del baile, pero nadie era lo suficientemente estúpido o descortés como para expresarlo en voz alta..., excepto Erhall, que ejercía el suficiente poder como para salirse con la suya insultando a la princesa heredera en su propia fiesta. Incluso se rumoreaba que podría ser primer ministro tras las próximas elecciones.

Resistí el impulso de abofetearle. Pero eso sería entrar en su juego. Nadie se alegraría más que Erhall si mi imagen pública sufriera un revés, lo que ocurriría si me pillaban agrediendo al

presidente del Parlamento en mi cumpleaños.

—Permítame ser franco, alteza. —Erhall se alisó la corbata—. Es usted una joven encantadora, pero el trono de Eldorra requiere algo más que una cara bonita. Tiene que entender la política, la dinámica, los problemas serios del país. Su hermano fue educado para ello, pero usted ni siquiera ha vivido en Eldorra en los últimos años. ¿No cree que sería mejor que le cediera la responsabilidad de la corona a alguien más adecuado para ese rol?

—¿Y quién es ese alguien? —Mi voz goteaba miel venenosa—. Un hombre, imagino.

Era increíble que estuviéramos manteniendo esa conversación, pero el Parlamento nunca se había caracterizado por adelantarse a los tiempos.

Erhall sonrió, lo bastante sensato como para no darme una respuesta directa.

—Quien usted considere, alteza.

—Que quede claro, señor presidente. —Tenía la cara ardiendo por la humillación, pero lo superé. No le daría la satisfacción de ver que me había tocado las narices—. No tengo intención de abdicar, dar un paso a un lado o ceder mis responsabilidades a nadie. —Aunque me muera de ganas—. Un día me sentaré en el trono y usted tendrá que responder ante mí, *eso* si todavía sigue en el poder. —La expresión de Erhall se ensombreció ante mi indirecta poco sutil—. Por tanto, lo mejor para todos es que tengamos una relación cordial. —Hice una pausa y añadí—: En ese sentido, le sugiero que rebaje el tono cuando hable conmigo o con cualquier miembro de la familia real. Usted es un invitado. Nada más.

—No... —Erhall dio un paso hacia mí, luego palideció y retrocedió rápidamente.

Rhys se acercó a mí, con el rostro inexpresivo pero los ojos más oscuros que una nube de tormenta.

—¿Te está molestando, alteza?

Erhall le fulminó con la mirada, pero tuvo la prudencia de mantener la boca cerrada.

—No. El presidente ya se iba. —Esbocé una sonrisa cortés—. ¿No es así, señor presidente?

Los labios del presidente se afinaron. Asintió con fuerza y murmuró «alteza» antes de dar media vuelta y marcharse.

—¿Qué te ha dicho? —Rhys desprendía amenaza en oleadas palpables, y estaba convencida de que habría ido a por Erhall y le habría roto el cuello si se lo hubiera pedido.

—Nada que valga la pena repetir. De verdad —insistí al ver que Rhys seguía mirando el lugar donde Erhall se había detenido—. Olvídate de él.

—Ha estado a punto de agarrarte.

—No se habría atrevido. —No estaba segura de lo que Erhall pensaba hacer antes de que apareciera Rhys, pero era demasiado inteligente como para perder la calma en público—. Por favor, déjalo. Solo quiero irme a dormir. Ha sido una noche larga.

No quería gastar más energía con Erhall. No valía la pena.

Rhys me hizo caso, aunque no parecía muy contento. De nuevo, rara vez parecía contento.

Me acompañó a mi habitación, y cuando llegamos a la puerta, sacó algo del bolsillo de su

traje.

—Tu regalo de cumpleaños —dijo bruscamente mientras me entregaba una hoja de papel enrollada y atada con un lazo—. No es nada del otro mundo, pero lo tenía y pensé que a lo mejor te gustaba.

Se me cortó el aliento.

—No tenías por qué regalarme nada.

Nunca nos regalábamos nada por nuestros cumpleaños. Lo máximo que hacíamos era invitarnos a comer, e incluso en esos casos fingíamos que era por otro motivo ajeno al cumpleaños.

—No es nada. —Rhys me miraba, con los hombros rígidos, mientras desataba el lazo con cuidado y desenrollaba el papel.

Cuando vi lo que era, ahogué una exclamación.

Era yo.

Un dibujo de mí, para ser exactos, en una piscina rodeada de colinas, con el océano a lo lejos. Tenía la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa en la cara, y parecía más libre y feliz de lo que jamás recordaba haberme sentido. La curva de mis labios, el brillo de mis ojos, incluso el pequeño lunar bajo mi oreja...

Lo había captado todo con exquisito y minucioso detalle, y al verme a través de sus ojos parecía la mujer más guapa del mundo.

—No es una joya ni nada por el estilo —dijo Rhys—. Quédatelo si quieres, o tíralo si no. Me da igual.

—¿Tirarlo? —Me apreté el dibujo contra el pecho—. ¿Estás de broma? Rhys, esto es precioso.

Mis palabras se quedaron flotando en el aire, y nos dimos cuenta al mismo tiempo de que le había vuelto a llamar por su nombre. La primera vez que lo hice fue en Costa Rica.

Pero no sonó raro porque en ese momento no era el señor Larsen. Era Rhys.

Y Rhys me había hecho el mejor regalo que me habían hecho nunca. Tenía razón, no era un bolso caro o una joya de diamantes, pero prefería tener un dibujo hecho por él que cien diamantes de Tiffany.

Cualquiera podía comprar un diamante. Solo él podría haber sido capaz de dibujarme de esa manera, y no se me escapó que además era la primera vez que compartía su arte conmigo.

—Está bien. —Se encogió de hombros.

—No está bien, es *precioso* —repetí—. En serio, gracias. Lo guardaré siempre.

Nunca había pensado que llegaría ese momento, pero Rhys se sonrojó. Se sonrojó de verdad.

Miré con fascinación cómo el color le subía por el cuello y las mejillas, y me invadió el deseo de seguir su camino con la lengua.

Pero, por supuesto, no podía hacer eso.

Me pareció que quería decir algo más, pero, fuera lo que fuera, se lo pensó mejor.

—No es una alarma de seguridad, pero esa puedo guardarla para Navidad —dijo con una sonrisa torcida.

Sonreí, aturdida por la combinación de su regalo y su broma. No había nada que me gustara más que ver a Rhys bromear, ya que normalmente estaba muy serio.

—La estaré esperando.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, señor Larsen.

Esa noche, me tumbé en la cama y me quedé mirando el dibujo de Rhys a la luz de la luna que se colaba por las cortinas. Deseaba volver a ser esa chica. Todavía no era la princesa heredera y tomaba el sol en un pueblo remoto donde nadie podía encontrarme. Pero ya no lo era.

Quizás me gustaba tanto el dibujo de Rhys no solo porque lo hubiera hecho él, sino porque inmortalizaba una versión de mí misma que no podría volver a ser nunca más.

Enrollé el dibujo con delicadeza y lo metí en un rincón seguro del cajón de mi mesilla de noche.

«Princesa a Tiempo Parcial.»

«El trono de Eldorra requiere algo más que una cara bonita.»

«No tengo intención de abdicar, dar un paso a un lado o ceder mis responsabilidades a nadie.»

Hasta ahora, había sido una participante pasiva en mi propia vida, al dejar que otros tomaran decisiones por mí, o que la prensa me pisoteara y que gente como Erhall me tratara con condescendencia.

Ya no. Era hora de tomar las riendas del asunto.

El juego político de Eldorra era el campo de batalla, y esto era la guerra.

25

Rhys

Alguien dijo alguna vez que el infierno son los otros.

Tenía razón.

Concretamente, el infierno era *mirar* cómo los demás daban vueltas alrededor de una pista de hielo, bebían chocolate caliente y se ponían ojitos como si estuvieran en una comedia romántica cutre.

Ni siquiera era Navidad, por el amor de Dios. Era peor.

Era el día de San Valentín.

Un músculo se me tensó en la mandíbula cuando escuché la risa de Bridget, a la que se unió la risa más grave de Steffan, y sentí cómo crecían en mí las ganas de asesinar a alguien (un hombre de pelo rubio cuyo nombre empezaba por S).

Y, además, ¿qué coño les hacía tanta gracia?

No podía imaginar que existiera algo tan gracioso, y menos algo que dijera san Steffan.

Bridget y Steffan ni siquiera deberían estar en una cita ahora mismo.

Solo habían pasado cuatro días desde el baile de cumpleaños de ella. ¿Quién demonios tiene una cita con alguien que conoce desde hace cuatro días? Debería haber controles de antecedentes. Burocracia. Vigilancia las veinticuatro horas del día para asegurarse de que Steffan no era un asesino psicópata o un adúltero en la intimidad.

Las princesas no deberían tener una cita hasta que hubiera al menos un año de datos que revisar, en mi opinión. Cinco años, para estar completamente seguros.

Por desgracia, mi opinión no le importaba una mierda a la familia real, y así fue como acabé en la pista de patinaje sobre hielo más grande de Athenberg, viendo a Bridget sonreír a Steffan como si hubiera acabado con el hambre en el mundo.

Él sonrió y dijo algo que volvió a hacer reír a Bridget. Le apartó un mechón de pelo de la cara y yo acerqué la mano a la pistola. Y la habría sacado si los periodistas no hubieran abarrotado la pista, fotografiando a Bridget y Steffan, grabando con sus cámaras y transmitiendo en directo la cita como si fuera un evento olímpico.

—Qué buena pareja hacen —me dijo la reportera que tenía al lado, una morena con curvas vestida con un traje rosa fosforito que me hacía daño a los ojos—. ¿No te parece?

—No.

Parpadeó, claramente sorprendida por mi respuesta arisca.

—¿Por qué no? ¿Tienes algo en contra del lord Holstein?

Prácticamente pude ver cómo salivaba ante la perspectiva de una jugosa historia.

—Soy un empleado —dije—. No tengo opiniones acerca de la vida personal de mis clientes.

—Todo el mundo tiene opiniones. —La periodista sonrió y me recordó a un tiburón dando vueltas en el agua—. Soy Jas. —Me tendió la mano. No se la acepté, pero eso no la disuadió—. Si se te ocurre una opinión... O cualquier otra cosa... —En su voz se deslizó un tono sugestivo—. Llámame.

Sacó una tarjeta de visita del bolso y me la puso en la mano. Estuve a punto de tirarla al suelo, pero no era tan gilipollas, así que me la metí en el bolsillo sin mirarla.

El cámara de Jas le dijo algo en alemán y ella se alejó para responderle.

Bien. No soportaba a los entrometidos ni las conversaciones de ascensor. Además, estaba ocupado intentando no asesinar a Steffan.

Había investigado sus antecedentes antes de la cita de hoy y, en teoría, el cabrón era perfecto. Hijo del duque de Holstein, uno de los hombres más poderosos de Eldorra, era un ilustre jinete que hablaba seis idiomas con soltura y se había graduado como el mejor de su clase en Harvard y Oxford, donde estudió Ciencias Políticas y Economía. Tenía un impecable historial de filantropía y su última relación con una heredera de Eldorra había terminado en términos amistosos después de dos años. Basándome en mis interacciones con él hasta ahora, parecía amable y decente.

Le odiaba.

No porque hubiera crecido en una vida de privilegios, sino porque podía tocar libremente a Bridget en público. Podía llevarla a patinar, hacerla reír y quitarle el pelo de los ojos, y nadie diría ni mu.

Mientras tanto, lo único que podía hacer yo era quedarme ahí mirando, porque las mujeres como Bridget no estaban hechas para hombres como yo.

—¡Nunca llegarás a nada, pedazo de mierda! —gritó mamá, fulminándome con una mirada mezquina y llena de odio—. Mírate. Inútil y escuchimizado. Debería haberme deshecho de ti cuando tuve la oportunidad.

Me quedé callado. La última vez que le había contestado, me había azotado tan fuerte con el cinturón que me había hecho sangre y no pude dormir de espaldas durante semanas. Había aprendido que la mejor manera de manejar su mal humor era esperar a que se olvidara de mí. Y eso solía ocurrir cuando ya llevaba la mitad de la botella.

—Si no fuera por ti, ya estaría fuera de este pueblo de mierda.

El resentimiento la invadía en oleadas. Estaba de pie junto a la mesa, con una bata rosa descolorida mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Tenía las mejillas pálidas y hundidas, y aunque solo tenía veintitantos años, podía pasar por una cuarentona.

Me metí las manos debajo de los brazos y traté de encogerme mientras ella seguía

despotricando. Era viernes por la noche. Odiaba los viernes por la noche porque significaba que me esperaba un fin de semana entero solo con mamá.

—Qué desperdicio de espacio... Nada como tu padre... ¿Me oyes, pedazo de mierda?

Me quedé mirando las grietas del suelo hasta que se desdibujaron.

Algún día saldría de allí. Tenía que haber alguna manera.

—¡Que si me oyes! —Mamá me agarró por los hombros y me sacudió con tanta fuerza que me castañearon los dientes—. ¡Mírame cuando te hablo, chaval! —Me dio un golpe tan fuerte que tropecé, y el dolor me hizo zumbar los oídos.

Me encogí mientras lo veía venir, pero no tuve tiempo de evitar que mi cabeza se estrellara contra la esquina de la mesa del comedor y todo se volviera negro.

Parpadeé, y el olor a salsa de espaguetis y a vodka se desvaneció y fue sustituido por el del hielo fresco y el perfume abrumador de Jas.

Bridget y Steffan se acercaron patinando y las cámaras se volvieron locas.

Clic. Clic. Clic.

—... algunas semanas —dijo Steffan—. Pero me encantaría salir contigo de nuevo cuando vuelva.

—¿Vas a algún sitio? —pregunté.

Era inapropiado que me metiera en su conversación, pero me importaba una mierda.

Steffan lanzó una mirada sorprendida en mi dirección.

—Sí. Mi madre se cayó y se rompió la cadera ayer. Está bien, pero se está recuperando en nuestra casa de Preoria. Está bastante sola ahora que mi padre está aquí, en la sesión del Parlamento, así que me quedaré con ella hasta que se mejore.

Respondió con mucha elegancia, cosa que me molestó aún más. Cuanto más difícil era odiarle, más le odiaba.

—Qué pena —dije.

Steffan hizo una pausa, con dudas respecto a cómo interpretar mi tono.

—Esperemos que se recupere pronto. —Bridget me lanzó una mirada de leve reproche—. Ahora, respecto a ese chocolate caliente...

La guio hacia el puesto de chocolate caliente en el otro extremo de la pista mientras yo echaba humo.

Aceptar un puesto permanente como guardaespaldas de Bridget significaba que tenía que ver cómo salía con otras personas. Lo sabía, y esa sería mi cruz.

Pero no esperaba que fuese a ocurrir tan pronto.

Había tenido algunas citas en Nueva York, pero eran diferentes. Ninguno de esos tipos le había gustado, y tampoco había planeado *casarse* con ninguno de ellos.

El ácido me consumía las tripas.

Afortunadamente, la cita terminó poco después, y la metí en el coche antes de que Steffan intentara darle un beso o cualquier mierda por el estilo en la primera cita.

—La recuperación inicial de una cadera rota lleva de uno a cuatro meses —dije mientras volvíamos al palacio—. Lo siento por él. Qué mal momento.

Ni siquiera el destino consideraba que fuera una buena pareja. Si lo hubiera considerado, no habría alejado a Steffan tan poco tiempo después de conocer a Bridget.

Nunca había creído en el destino, pero tal vez tuviera que enviarle una gran tarjeta de agradecimiento más adelante. Incluso podría incluir algunas flores y bombones.

Bridget no mordió el anzuelo.

—En realidad, es el momento perfecto —dijo—. Yo también estaré fuera de Athenberg unas semanas.

La miré por el retrovisor. No tenía ni puta idea de eso.

—No está confirmado todavía, así que no me mires así —dijo—. Me han propuesto hacer una gira de buena voluntad por todo el país. Conocer pequeños negocios locales, saber lo que piensan y las dificultades a las que se enfrentan. Me han criticado mucho por no estar en contacto con lo que sucede en Eldorra y, bueno, tienen razón.

—Es muy buena idea. —Giré por King's Drive.

—¿Tú crees? —La voz insegura de Bridget se tiñó de un tono de alivio.

—No soy experto en política, pero suena bien.

Tal vez Bridget no quisiera ser reina, pero eso no significaba que no se le pudiera dar bien. La mayoría de la gente pensaba que la cualidad más importante de un líder es la fuerza, pero era la compasión. La fuerza no valía una mierda si no la usabas por las razones correctas.

Por suerte para ella y Eldorra, Bridget tenía ambas cosas a montones.

—Aún tiene que aprobarlo el rey —dijo después de que aparcáramos y entráramos por la puerta del palacio—. Pero no creo que diga que no.

—Te refieres a tu abuelo. —Los miembros de la realeza siempre hacían las cosas a su manera, pero me inquietaba lo formales que eran a veces.

Bridget me dirigió una sonrisa rápida mientras entrábamos por el vestíbulo principal.

—La mayoría de las veces, sí. Pero en asuntos como este, es mi rey.

—Hablando del rey de Eldorra...

Los dos nos pusimos rígidos al oír aquella voz.

—Quiere verte. —Andreas apareció pavoneándose, y de solo verle me puse enfermo. No sabía qué era lo que me molestaba tanto de él, pero a Bridget no le caía bien, y eso era suficiente —. ¿Qué tal la cita? ¿Ya te han propuesto matrimonio?

—Si te interesa tanto mi vida amorosa te sugiero buscar un nuevo pasatiempo —dijo Bridget en tono monocorde.

—Gracias, pero ya tengo muchos *hobbies* para entretenerme. Por ejemplo, acabo de venir de hablar con su majestad y lord Erhall de la ley de reforma fiscal. —Andreas sonrió al ver la cara de sorpresa de Bridget, que ella disimuló enseguida—. Como sabréis, me interesa entrar más en

política, y el presidente ha sido muy amable de dejar que le siga durante algunas semanas. Para ver cómo funciona todo.

—Como un becario —dijo Bridget.

Andreas sonrió más ampliamente.

—Uno que está aprendiendo mucho. —Se volvió hacia mí—. Señor Larsen, me alegro de volver a verte.

Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Alteza. —Odiaba tener que dirigirme a él con el mismo título que a Bridget. No se lo merecía.

—Su majestad te espera en su despacho —le dijo Andreas a Bridget—. Quiere verte. A solas. Ahora, si me disculpáis, hay algunos asuntos de importancia que requieren mi atención. Aunque ninguno tan emocionante como una cita en una pista de patinaje sobre hielo, eso seguro.

Me hizo falta todo mi autocontrol para no arrancarle cada uno de sus dientes.

—Tú solo pídemelo, y puedo hacer que parezca un accidente —dije en cuanto Andreas se alejó.

Bridget negó con la cabeza.

—Ignórale. Lleva siendo un mierdecilla satánico desde que éramos pequeños, y le encanta llamar la atención.

Se me escapó una carcajada.

—Dime que las palabras «mierdecilla satánico» no acaban de salir de tu boca, princesa.

Me respondió con una sonrisa socarrona.

—Le he llamado cosas peores en mi cabeza.

Esa es mi chica.

Me gustaba ver destellos de la Bridget de verdad, incluso a pesar de estar tan agobiada con toda la parafernalia real.

Mientras iba a reunirse con el rey, yo volví a la casa de huéspedes, aunque di por hecho que ya era mi propia casa, ahora que trabajaba allí de forma permanente.

Acababa de entrar en el dormitorio cuando sonó el teléfono.

—Qué.

—Hola a ti también —dijo Christian—. La gente ya no tiene modales al teléfono. Qué lástima.

—Ve al grano, Harper. —Puse el altavoz y me quité la camiseta. Estaba a punto de tirarla en el cubo de la ropa sucia cuando me paré en seco. Miré alrededor.

No sabía exactamente qué, pero algo no iba bien.

—Qué encantador eres siempre. —Christian hizo una pausa antes de añadir—: Magda no está.

Me quedé paralizado.

—¿Qué quiere decir que no está?

Me había pasado un mes protegiendo a Magda a petición de Christian, hasta que otro

guardaespaldas elegido a dedo terminó su contrato con su anterior cliente y se hizo cargo. Por eso no había podido volver antes a Eldorra.

—Pues que no está. Rocco se ha levantado esta mañana y había desaparecido. Pero no han saltado las alarmas ni nada.

—¿Y no puedes encontrarla?

Christian era capaz de encontrar a cualquiera con la más mínima huella digital. Tenía unos conocimientos informáticos legendarios.

Su voz sonó calmada.

—Puedo y lo haré.

De pronto sentí lástima de cualquiera que hubiera estado involucrado en la desaparición de Magda. Pero se merecían lo que les esperaba si eran tan estúpidos como para traicionar a Christian Harper.

—¿Qué necesitas que haga?

—Nada. Yo me encargo. Pero me parecía que debías saberlo. —Christian recuperó su tono habitual. Incluso cuando estaba furioso, como me imaginaba que debía de estar por que le hubieran sacado ventaja, podía actuar como si todo marchara bien... antes de destripar a la otra parte como a un pez.

—¿Cómo te va con la princesa?

—Bien.

—He oído que hoy ha tenido una cita.

Me latió una vena en la sien. Primero Andreas, ahora él. ¿Por qué todo el mundo insistía en sacar el tema?

—Estaba ahí. Pero gracias por la noticia.

El cabrón se rio.

Colgué, dejando la conversación a medias. Se estaba convirtiendo en costumbre, pero si tenía algún problema, que me lo dijera a la cara.

Una vez más, Christian tenía problemas más graves si Magda había desaparecido.

Revisé con la mirada el dormitorio, intentando localizar el origen de mi anterior mal presentimiento. Las ventanas estaban cerradas y bloqueadas por dentro, todas mis pertenencias estaban donde debían estar, y no había nada fuera de su sitio.

Pero mi instinto nunca se equivocaba, y algo me decía que alguien había estado allí recientemente..., alguien que no debía estar.

26

Bridget

Mi abuelo quería saber qué tal había ido la cita con Steffan.

Eso es. La razón por la que el rey me había convocado en su despacho de manera inmediata nada más llegar al palacio era para que le contara con todo lujo de detalles mi primera cita con el futuro duque de Holstein, y potencial futuro príncipe consorte. También se disculpó por no haberme invitado a la reunión de emergencia de la ley de reforma fiscal, que Erhall había convocado de manera improvisada. Estaba convencida de que lo había hecho a sabiendas de que yo no podría asistir debido a mi cita con Steffan, pero no podía demostrarlo.

Edvard, mientras tanto, estaba convencido de que Steffan era el elegido . No sabía en qué se basaba exactamente, pero imaginaba que el título de Steffan, su fotogenia y su actitud diplomática tenían algo que ver.

Mi abuelo no era el único. La prensa y el público se habían vuelto locos con las fotos de nosotros dos patinando en el hielo, y todo el mundo hablaba de nuestra «floreciente relación», a pesar de que solo hubiera hablado con Steffan dos veces en mi vida.

Aun así, Elin insistía en que aprovechara la atención con otra cita. Sería una cita «privada» sin prensa (para dar sensación de intimidad), pero que después se «filtraría» a la prensa. Estuve de acuerdo, aunque solo fuera porque tenía razón. Los titulares de «Princesa a Tiempo Parcial» habían desaparecido, y se habían convertido en especulaciones sobre el nuevo «amor» de mi vida.

Ojalá supieran.

En teoría, Steffan era el marido perfecto. Era guapo, inteligente, amable y divertido, y era de lejos la mejor opción de todos los «candidatos solteros» que habían ido a mi baile de cumpleaños.

Solo había un problema: no teníamos nada de química.

Nada. Ninguna. Cero.

Sentía el mismo interés romántico por Steffan que por la planta suculenta que tenía en mi cuarto.

—Eso es porque aún no os habéis besado —dijo Mikaela cuando le conté mi dilema—. Al menos dale un beso al hombre. Se puede saber todo con un beso.

Tal vez tenía razón.

Así que al terminar mi segunda cita con Steffan, me armé de valor para besarle, aunque me pareciera demasiado pronto. Pero al día siguiente se iba a Preoria, por lo que necesitaba saber si aquello iba a alguna parte. No podía pasarme varias semanas con la duda.

—Debo admitir que me ha sorprendido que quisieras quedar tan pronto después de la primera cita. —Me dirigió una sonrisa tímida—. Sorprendido en el buen sentido.

Estábamos paseando por el cálido y amplio invernadero del Real Jardín Botánico. Por todos los rincones brotaban flores exuberantes, llenando el aire de un aroma dulce, y sobre nosotros titilaban cordeles de luces como pequeñas estrellas. Era el entorno más romántico posible, e intenté centrarme en Steffan, en lugar de en el guardaespaldas que vigilaba cada uno de nuestros movimientos.

Si las miradas mataran, Steffan ya estaría enterrado bajo tierra por culpa de Rhys.

Había otra razón por la que dudaba de si besar a Steffan. Y es que me parecía mal hacerlo... delante de Rhys.

Dios, ojalá lo hubiera pensado bien antes.

—Me lo he pasado muy bien —dije cuando me di cuenta de que no le había respondido todavía—. Gracias por aceptarla, a pesar de que debes de estar ocupado con la preparación del viaje de mañana.

—Un placer.

Steffan sonrió.

Yo sonreí.

Me empezaron a sudar las palmas de las manos.

Hazlo y punto. Un beso pequeño. No tienes por qué sentirte culpable. No estás saliendo con Rhys.

—No sé bien por qué, pero me está entrando el impulso de contarte todos los datos curiosos que sé sobre las flores —dijo Steffan—. ¿Sabías que los tulipanes valían más que el oro en la Holanda del siglo XVII ? Como lo oyes.

Lo típico que haces cuando estás nervioso. Ponerte a divagar sobre un montón de datos inútiles.

Era una sutil insinuación de Steffan de que él también quería un beso. No tenía ninguna otra razón para estar nervioso.

Me sequé discretamente las palmas de las manos en la falda. No mires a Rhys. Si lo hacía, no me atrevería a hacer nada.

—Es fascinante. —Hice una mueca cuando me di cuenta de que ese era el tipo de respuesta que alguien daba cuando el tema le parecía cualquier cosa *menos* interesante—. De verdad.

Steffan se rio.

—Me temo que solo hay una forma de evitar que te mate de aburrimiento con mis conocimientos florales, alteza —dijo con seriedad.

—¿El qué? —pregunté, distraída por la sensación de que la mirada de Rhys me ardía en el hombro.

—Esto. —Antes de que pudiera reaccionar, los labios de Steffan se posaron sobre los míos, y aunque sabía que el beso iba a llegar, estaba tan aturdida que solo pude quedarme ahí, inmóvil.

Sabía ligeramente a menta, y tenía los labios muy suaves al contacto con los míos. Fue un beso agradable y dulce, el tipo de beso que las cámaras enfocan en las películas y por el que la mayoría de las mujeres suspiran.

Por desgracia, yo no era una de esas mujeres. Era como si le hubiera dado un beso a la almohada.

La decepción se apoderó de mí. Esperaba que un beso cambiara las cosas, pero solo confirmó lo que ya sabía. Steffan, a pesar de todas sus maravillosas cualidades, no era para mí.

Tal vez fuera ingenua por pensar que podría encontrar un prometido que me atrajera y cuya compañía disfrutara, pero solo era una veinteañera. Por mucho que todo el mundo intentara meterme prisa, no estaba dispuesta a renunciar a mi búsqueda de amor.

Por fin reuní el valor suficiente para retroceder, pero antes de que pudiera hacerlo, un fuerte golpe rompió el silencio del invernadero.

Steffan y yo nos separamos de un salto, y mis ojos se posaron en Rhys, que estaba junto a una maceta rota de lirios.

—Se me ha resbalado la mano. —Su voz no contenía ni un ápice de disculpa.

Aquello era, a falta de un término mejor, una auténtica mierda. A Rhys no se le había resbalado nada. Tal vez era más corpulento que la media, pero se movía con la agilidad letal de una pantera.

A eso me recordaba en este momento: a una pantera preparada para abalanzarse sobre una presa inconsciente. Tenía el rostro tenso, los músculos rígidos y la mirada clavada con la intensidad de un láser en Steffan, que se revolvió de incomodidad.

—Atención a todos los visitantes, les comunicamos que los jardines cerrarán en quince minutos. —El anuncio sonó por el sistema de megafonía, salvándome en el momento más incómodo de mi vida—. Por favor, diríjanse a las salidas. Los jardines cerrarán en quince minutos. Rogamos a los clientes de la tienda de regalos que finalicen sus compras.

—Supongo que esa es nuestra señal. —Steffan extendió el brazo con una sonrisa, aunque mantuvo un ojo puesto en Rhys—. ¿Vamos, alteza?

Habíamos reservado el invernadero para nosotros, pero el resto de los jardines seguían abiertos al público. Probablemente podríamos habernos quedado más si hubiéramos querido, pero yo no tenía muchas ganas de alargar la noche.

Me agarré del brazo de Steffan y fuimos a la salida, donde nos despedimos con un medio abrazo forzado, un medio beso en la mejilla y la promesa de volver a quedar cuando volviera a Athenberg.

Rhys y yo no hablamos hasta que llegamos al coche.

—Vas a pagar por esa maceta —dije.

—Me hago cargo.

El aparcamiento estaba vacío, a excepción de unos pocos coches a lo lejos, y había tanta tensión entre nosotros que casi podía masticarla.

—Ya sé que es el típico príncipe encantador, pero quizás quieras seguir buscando. —Rhys abrió el coche—. Te he visto besar a gatos con más pasión.

—¿Por eso has tirado los lirios?

—Se-me-ha-resbalado-la-mano —masculló.

Tal vez fuera el vino que había tomado en la cena, o que el estrés me estaba afectando. Fuera lo que fuera, no pude evitarlo: me eché a reír. Una carcajada salvaje e histérica que me dejó sin aliento y agarrándome el estómago allí mismo, en mitad del aparcamiento.

—¿Qué te hace tanta gracia? —El tono malhumorado de Rhys solo consiguió hacerme reír con más fuerza.

—Tú. Yo. Nosotros. —Me limpié las lágrimas de risa de los ojos—. Eres un exmilitar de la Marina y yo soy de la realeza, y como sigamos negando que aquí pasa algo, nos va a crecer la nariz de tanto mentir.

No esbozó ni un atisbo de sonrisa ante mi intento de broma, sin duda penoso.

—No sé de qué hablas.

—Ya está bien. —Estaba cansada de discutir—. Ya te lo pregunté una vez, y te lo vuelvo a preguntar ahora. ¿Por qué volviste, señor Larsen? Esta vez quiero una respuesta sincera.

—Ya te di una respuesta sincera.

—La otra respuesta sincera.

Se le tensó la mandíbula.

—No sé qué quieres que te diga, princesa.

—Quiero que me digas la verdad.

Yo sabía mi verdad. Quería escuchar la suya.

¿Mi verdad? Solo había un hombre que me hubiera provocado mariposas en el estómago con un beso. Un hombre que me había encendido y me había hecho creer en todas esas cosas fantásticas con las que soñaba cuando era pequeña.

Amor, pasión, deseo.

—¿La verdad?

Rhys dio un paso hacia mí, mientras el duro acero de sus ojos daba paso a turbulentas tormentas.

Di un paso hacia atrás por instinto hasta que mi espalda chocó con el lateral de nuestro todoterreno. Había otro coche junto a nosotros, y los dos vehículos formaban una coraza improvisada que vibró de electricidad cuando él plantó las manos a ambos lados de mi cabeza.

—La verdad , princesa, es que volví sabiendo que esto era lo que había firmado. Verte todos los días y no poder tocarte. Besarte. Reclamarte . —El aliento de Rhys me ardió contra la piel

cuando bajó la mano y la deslizó por mi muslo. Abrasó las gruesas capas de la falda y las medias hasta hacerme apretar el coño y endurecerme los pezones—. He vuelto a pesar de saber la tortura por la que tendría que pasar, porque no puedo alejarme de ti. Incluso cuando no estás, estás en todas partes. En mi cabeza, en mis pulmones, en mi alma, joder. Y estoy intentando con todas mis fuerzas no perder la cordura ahora mismo, cariño, porque lo único que quiero es cortarle la cabeza a ese cabrón y servirla en una bandeja por haberse atrevido a tocarte. Luego te tumbaré sobre el capó y te daré unos azotes en el culo por haberle dejado. —Me agarró entre las piernas y apretó. Gemí con una mezcla de dolor y placer—. Así que no-me-obligues.

Por las venas me corrían mil emociones y acabé mareada de la excitación y el peligro.

Porque lo que acababa de decir Rhys era peligroso. Lo que estábamos haciendo y sintiendo era peligroso.

Pero no podía forzarme a preocuparme.

—Rhys...

El sonido de la alarma de un coche atravesó el aire de la noche, seguido de una carcajada en la distancia. Parpadeé, y parte de la niebla se despejó de mi cabeza, pero no me moví.

Rhys se apretó contra mí con una sonrisa forzada.

—Ahí tienes mi respuesta sincera, princesa. ¿Contenta?

Volví a intentarlo.

—Rhys...

—Sube al coche.

Hice lo que me pedía. No era tan estúpida como para presionarle en ese momento.

—Tenemos que hablar de esto —dije una vez que estuvimos en la carretera.

—No quiero hablar más.

Desde mi asiento en la parte de atrás, pude ver cómo se le tensaban de rabia los músculos del cuello, y se agarraba al volante con tanta fuerza que tenía los nudillos en tensión.

Tenía razón. Esa noche no debíamos hablar más.

Miré por la ventanilla las luces de Athenberg.

Si antes pensaba que mi vida era complicada, eso no era nada comparado con el lío en el que me encontraba ahora.

27

Bridget

Dos semanas después de mi cita con Steffan, me fui a la gira de buena voluntad con Mikaela, Rhys, otro guardaespaldas llamado Elliott; Alfred, el fotógrafo de la Casa Real; Luna, la asistente de Alfred, y Henrik, un reportero del *Eldorra Herald* .

A todos les encantó mi idea, incluido a mi abuelo, y la Casa Real había trabajado a contrarreloj para organizar el itinerario perfecto con poca antelación. Recorrimos todas las regiones más importantes del país, incluido el centro manufacturero de Kurtland del Norte y el centro petrolero y energético de Hesbjerg. Me sentí como si estuviera haciendo campaña por un cargo que ya ocupaba, de forma un tanto inmerecida, gracias a la lotería genética.

Pero tenía que hacerlo. Tras varios años viviendo en el extranjero, necesitaba volver a conectar con el pueblo de Eldorra. Entender cómo vivían, qué problemas les quitaban el sueño y qué necesitaban que yo les diera. En la práctica, el primer ministro y el Parlamento gobernaban el país, pero la familia real, como institución, ejercía mucho más poder en Eldorra que en otros países. Contaba con un índice de aprobación del ochenta y nueve por ciento (mucho más alto que el de cualquier político) y las opiniones del monarca tenían mucho peso.

Si quería ser una buena reina, tenía que volver a estar en contacto con el pueblo. Daba igual que no quisiera la corona. Algún día sería mía a pesar de todo.

—Solo somos nosotros y un puñado de empleados —dijo Ida, la propietaria de la granja lechera que estábamos visitando—. Nuestra granja es de las más pequeñas, pero lo hacemos lo mejor que podemos.

—Parece que hacéis un excelente trabajo. —Recorrí el establo. Era más pequeño que los otros que habíamos visitado, pero estaba bien cuidado y las vacas parecían sanas. Sin embargo, me di cuenta de que la mitad de los establos estaban vacíos—. ¿El resto de las vacas están con los mozos de la granja?

Detrás de nosotros, la cámara de Alfred hizo clic y emitió un zumbido. Los titulares de «Princesa a Tiempo Parcial», que ya se veían menos gracias a mis citas con Steffan, habían desaparecido casi por completo durante la gira, y habían sido sustituidos por fotos mías recorriendo fábricas y leyendo cuentos a colegiales.

De cualquier forma, habría hecho la gira aunque no la hubiera cubierto ningún medio.

Disfrutaba de los encuentros con los lugareños, mucho más que de las aburridísimas galas.

—No. —Ida negó con la cabeza—. La industria lechera no va muy bien. Los precios de la leche han bajado con los años y muchas granjas de la zona han cerrado. Tuvimos que vender algunas de nuestras vacas para conseguir dinero extra. Además, no hay suficiente demanda de leche para justificar el mantenimiento de tantas vacas.

A pesar de sus palabras, la tristeza se reflejó en su rostro. La granja había pertenecido a su familia durante generaciones, y me imaginaba lo difícil que debía de ser ver cómo se reducía año tras año.

—¿Se ha puesto en contacto con el ministro correspondiente para tratar el tema?

Según mis datos, la caída de los precios de la leche se debía a una disputa comercial entre Eldorra y otros países de Europa. La política comercial y arancelaria era competencia del Parlamento.

Ida se encogió de hombros, con cara de resignación.

—Antes escribíamos al ministro, pero solo recibíamos respuestas tipo, así que dejamos de hacerlo. De todos modos, nadie nos escucha.

Fruncí el ceño. El objetivo del Parlamento era ocuparse de las preocupaciones de los ciudadanos. ¿Qué estaban haciendo entonces?

—Pueden escribirme a mí —dije en un impulso—. Todos sus amigos y vecinos pueden escribirme a mí. Si tienen algún problema que quieran comunicar, escríbanme o envíen un email y lo consultaré con el Parlamento. No les puedo garantizar que se legisle, pero al menos puedo asegurarme de que se escuchen sus voces.

Elin carraspeó, y Henrik, el reportero, empezó a escribir como loco en su cuaderno.

Ida parpadeó.

—Oh, no me atrevería a...

—Insisto —dije con decisión—. Elin, ¿le puedes dar la dirección postal y de correo electrónico antes de irnos? De hecho, dásela a todos a los que hemos visitado hasta ahora.

Elin se frotó la sien.

—Sí, alteza.

Esperó hasta que volvimos al hotel para echarme la bronca.

—Princesa Bridget, el objetivo de esta gira es la *buena voluntad* —dijo—. No complicar más las cosas con el Parlamento. ¿De verdad quiere que cualquier persona le escriba con cualquier problema insignificante?

—No son gente cualquiera, son ciudadanos de Eldorra. —Estaba sentada en la sala común con Rhys, y Elin se encontraba de pie junto a la chimenea, con los brazos en jarras. Henrik, Alfred, Luna y Elliott ya se habían retirado a sus habitaciones—. No voy a cambiar las normas. Solo intento ayudar a la gente para que se escuchen sus voces. No —dije cuando Elin abrió la boca—. No voy a discutir sobre esto. Ha sido un día muy largo y mañana tenemos que madrugar.

Torció el gesto, pero accedió con un desganado: «Sí, alteza».

Era una maestra a la hora de elegir qué batallas librar y, al parecer, esta no merecía la pena.

Desapareció por las escaleras, dejándome a solas con Rhys.

Él estaba sentado en un rincón, mirando las brasas de la chimenea con expresión melancólica. Fuera lo que fuera lo que le preocupara, no éramos nosotros ni lo que había pasado en el aparcamiento del Real Jardín Botánico. Era otra cosa. Había estado de peor humor que de costumbre desde que comenzó el viaje.

—Me gustaría saber en qué estás pensando —le dije. Apenas habíamos hablado en todo el viaje, salvo que los «*buenos días*» y las «*buenas noches*» cuenten como hablar.

Rhys me miró por fin. La luz de la chimenea le iluminaba la cara, proyectando sombras danzantes sobre su fuerte mandíbula y sus pómulos esculpidos.

—Pareces feliz —dijo—. Mucho más feliz de lo que te he visto en las fiestas elegantes a las que vas en Athenberg.

Se había dado cuenta . Por supuesto que sí. Era el hombre más observador que conocía.

—Me encanta —admití—. Conocer a la gente, escuchar sus preocupaciones, tener algo concreto con lo que contribuir en la próxima reunión con el presidente del Parlamento. Siento que por fin puedo hacer algo significativo. Como si tuviera un propósito en la vida.

Esa era una de las cosas que más me molestaba de ser princesa. Sí, la monarquía era simbólica, pero no quería pasarme la vida sonriendo a las cámaras y dando entrevistas sobre mi estilo de vida. Quería algo *más* .

Pero tal vez no había pensado bien en mi papel. Tal vez, en lugar de conformarme con lo que siempre había significado ser la princesa heredera, podía darle la forma que yo quisiera.

Una pequeña sonrisa asomó en los labios de Rhys.

—Siempre supe que serías una gran reina.

—Todavía no soy reina.

—No necesitas una corona para ser reina, princesa.

Las palabras se me deslizaron por la piel, dejando un cosquilleo a su paso. Las permití flotar en el aire un minuto más antes de cambiar de tema, dolorosamente consciente de quiénes y qué éramos.

Prohibido sentir cosquilleos.

—¿Te está gustando el viaje? —pregunté—. A mí me gusta salir de la ciudad.

Se le borró la sonrisa.

—Está bien.

—¿Solo bien? —Tal vez yo no fuera imparcial, pero Eldorra era preciosa, y habíamos visitado algunas de las regiones más impresionantes del país.

Se encogió de hombros.

—No soy el mayor fan de Eldorra. Casi no acepté este trabajo para no tener que visitarla.

—Ah. —Intenté no sentirme ofendida. Sin éxito—. ¿Por qué no?

Eldorra era como Suiza o Australia. No todo el mundo la amaba, pero nadie la odiaba.

El silencio se prolongó durante unos instantes antes de que Rhys respondiera.

—Mi padre era de Eldorra —dijo con la voz apagada y sin emoción—. Le prometió a mi madre que la traería aquí y que vivirían felices para siempre. Ella nunca renunció a ese sueño, incluso después de que él se fuera y quedara claro que no iba a volver. No paraba de hablar de Eldorra, de cómo iba a salir de nuestro pueblo de mierda para mudarse aquí. Tenía postales y artículos de revistas sobre este país por toda la casa. Eso fue lo único que oí en mi infancia. Eldorra, Eldorra, Eldorra. La idea del país le gustaba más que yo, y eso me hizo odiarlo. Se convirtió en un símbolo de todo lo malo de mi infancia. Aun así, podría haber superado mi manía con el tiempo, pero...

Rhys se apretaba la mano en la rodilla.

—Uno de mis últimos despliegues fue una misión conjunta. Tanto Estados Unidos como Eldorra tenían agentes que habían sido capturados por el grupo terrorista al que seguían, y debíamos recuperarlos. Por razones diplomáticas, tuvimos que mantener nuestra misión en secreto, lo que significaba que no había apoyo aéreo. Estábamos en territorio hostil, en inferioridad numérica y de armamento. Nuestra mayor ventaja era el elemento sorpresa.

Sentí un mal presentimiento recorriéndome la espalda.

—La noche de la misión, uno de los soldados de Eldorra, un tipo impulsivo y violento, se desvió del plan. Habíamos chocado desde el principio, y no le gustó que siguiéramos mi plan en vez del suyo. —Rhys tenía una expresión sombría—. En lugar de esperar mi señal como habíamos acordado, entró en cólera cuando vio a uno de los líderes del grupo salir del recinto. El encargado de torturar a los prisioneros, según nuestra información. Era un objetivo muy jugoso..., pero no era nuestra prioridad, y delató nuestra ubicación. Entonces todo se fue a la mierda. Nos rodearon, y de los ocho hombres de mi escuadrón, sobrevivieron tres. Los agentes tampoco salieron vivos. Fue una puta carnicería.

Sus palabras hicieron saltar algo en mi memoria. Hace unos años una unidad de soldados de Eldorra fue aniquilada en una misión conjunta que salió mal. Recibió una cobertura mediática ininterrumpida durante una semana, y apuesto a que era la misma misión de la que hablaba Rhys.

Sentí una punzada de horror y compasión en el pecho.

—Lo siento mucho.

Debía ser leal a Eldorra, y lo era , pero la lealtad no significaba ceguera. Todo el mundo metía la pata y, en el caso de Rhys, el error del soldado le había costado la vida de sus seres queridos.

—No lo sientas. No es tu culpa. —Rhys se pasó una mano por la cara—. Sucedió hace años, y sí, se sumó a mi larga lista de problemas con Eldorra, pero lo pasado, pasado está. Ya no puedo hacer nada al respecto.

Volvimos a quedarnos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, antes de que me armara de valor para preguntar:

—¿Por qué aceptaste el trabajo de guardaespaldas entonces? Si sabías que significaba tener que visitar Eldorra.

La expresión de Rhys se relajó en una sonrisa.

—Porque tienes una cara muy bonita. —Su sonrisa se amplió ante mi resoplido de exasperación—. No sé. Supongo que me pareció bien en ese momento.

—Siempre acabamos donde nos lleva el destino —dije con suavidad.

Sus ojos se detuvieron en los míos.

—Puede.

Odiaba Eldorra, pero no solo había aceptado el trabajo, sino que se había mudado ahí permanentemente. Por mí.

—Bueno. —Forcé una sonrisa, apenas capaz de escucharme por encima del rugido de mi corazón—. Debería irme a la cama. Mañana madrugo.

Rhys se levantó al mismo tiempo que yo.

—Te acompaño a tu habitación.

El suave crujido de las escaleras de madera bajo nuestros pies se mezcló con el sonido de nuestras respiraciones: la mía, entrecortada; la de Rhys, profunda y uniforme.

¿Sentía él la corriente eléctrica que corría entre nosotros? ¿O solo estaba en mi imaginación?

Tal vez no, porque cuando llegamos a mi habitación, no abrí la puerta y él no se fue. Se me puso la piel de gallina, no sé si por la proximidad de Rhys o por el aire acondicionado que corría por el pasillo.

«Incluso cuando no estás, estás en todas partes. En mi cabeza, en mis pulmones, en mi alma, joder.»

Su confesión del aparcamiento resonó en mi cabeza. No habíamos vuelto a hablar de esa noche, pero tal vez no necesitábamos palabras.

Los ojos de Rhys se dirigieron a mis pechos. Seguí su mirada y me di cuenta por primera vez de lo fina que era mi blusa. Llevaba un sujetador de encaje, pero tenía los pezones tan duros que se me notaban claramente a través de las dos capas de tela fina.

Debía irme, pero la mirada fundida de Rhys me inmovilizaba, me borraba el anterior escalofrío y dejaba a su paso un profundo y punzante dolor.

—¿Sabes lo que dijiste antes? ¿Lo de que siempre acabamos donde nos lleva el destino? —Me pasó la mano por el cuello y el corazón me golpeó tan fuerte contra la caja torácica que parecía que se me iba a salir del pecho hasta caer en sus brazos.

No me atreví a hablar, pero logré asentir un poco.

La densidad del aire me acarició como un amante, y *supe* en lo más profundo de mi ser que estaba al borde de un peligroso barranco. Y cualquier movimiento podía hacer que me precipitara al vacío.

La pregunta era si quería salvarme, o si el placer merecería la pena si venía seguido de dolor.

—Quizás... —Rhys me rozó el cuello y la curva del hombro. Me estremecí y se me volvió a erizar la piel—. Siempre estuve destinado a encontrar mi camino hacia ti.

Oh, Dios.

Cualquier atisbo de oxígeno desapareció de mis pulmones.

—Deberías entrar en tu habitación, princesa. —Tenía la voz arenosa, oscura y áspera—. Entra en tu habitación y cierra la puerta.

Sacudí la cabeza.

—No quiero hacerlo.

No sabía qué estaba pasando, pero era diferente de Costa Rica.

No había lista de deseos ni excusas a las que recurrir. Éramos solo él y yo, tomando una decisión que llevábamos mucho tiempo deseando.

Rhys gimió y, con ese sonido, supe que él ya había tomado su decisión.

Respira. Aunque no haya oxígeno, ni aire, ni nada a excepción de él. Respira.

Bajó la cabeza, pero en lugar de besarme en la boca, me besó en el hueco de la garganta. Fue tan suave que pareció más un susurro que un beso, pero fue suficiente para que me temblaran las rodillas.

Yo era un pararrayos, y Rhys, la tormenta que me iluminaba desde dentro.

Cerré los ojos y se me escapó un gemido mientras él arrastraba la boca por mi cuello, centímetro a centímetro. Justo cuando la lentitud posesiva de su tacto me empezaba a adormecer, me arrastró hacia él con una mano y hundió los dientes en la curva entre mi cuello y el hombro. Con fuerza. Casi tan fuerte como la gruesa excitación que me presionaba contra el vientre y hacía que mi cuerpo palpitara de necesidad. La otra mano de Rhys me tapó la boca, silenciando mi grito de sorpresa.

—Dime. —Bajó la voz—. ¿Qué pensaría tu novio de esto?

¿Novio? Tardé un momento en caer. Steffan.

Habíamos salido dos veces. No se le podía considerar mi novio, daba igual lo que dijera la prensa.

Pero tenía la sensación de que ese argumento no le valía a Rhys, que aflojó la mano lo justo para que yo jadeara:

—Steffan no es mi novio.

El aire se espesó de peligro.

—No me gusta oír su nombre en tus labios. —Eran palabras letalmente suaves, cada una lanzada con la precisión de un misil guiado—. Pero has salido con él. Le has besado. —La voz de Rhys se oscureció aún más, y me apretó más contra la pared mientras me rodeaba la garganta con una mano—. ¿Lo has hecho para provocarme, princesa? ¿Mmm?

—N... no. —Estaba empapada. La oscuridad del vestíbulo, la dureza de la voz de Rhys, todo iba directo al calor palpitante entre mis piernas—. Tenía que salir con alguien después del baile. Y no creí que te importara.

—Me importa todo lo que haces. Incluso cuando no debería. —Rhys me apretó la garganta—. Una última oportunidad, princesa. Pídeme que pare.

—No.

Era demasiado consciente de que Elin, Mikaela y el resto del equipo dormían detrás de las puertas a ambos lados de nosotros. Solo hacía falta que se levantaran un momento para ir al baño, o que alguien tuviera el sueño ligero, para que nos oyeran y se fuera todo al infierno.

Pero, de alguna manera, el peligro intensificaba aún más la emoción que me corría por las venas. Fuera lo que fuera lo que había entre nosotros, había estado creciendo desde el momento en que Rhys salió de su coche frente a mi casa en Thayer, y ya no podía detenerlo aunque quisiera.

Rhys exhaló un suspiro y me soltó la garganta, solo para agarrarme la nuca con la mano. Volvió a atraparme hacia él, apretando mi boca contra la suya, y mi mundo implosionó.

Lengua, dientes, manos. Nos devoramos el uno al otro como si el mundo fuera a acabarse y esa fuera nuestra última oportunidad de sentir algo. Tal vez lo era. Pero ahora no quería pensarlo, no cuando nuestros cuerpos se apretaban tanto el uno contra el otro que estábamos a punto de fundirnos en uno solo, y yo caía y caía a un abismo del que no quería salir nunca.

Mikaela tenía razón. Se podía saber todo con un beso.

Tiré a Rhys del pelo, desesperada por más. Más tacto, más sabor, más olor. Quería llenar cada hueco de mi alma con aquel hombre.

Me agarró con los dientes el labio inferior y tiró. Jadeé, tan excitada que sentía cómo la humedad me resbalaba por los muslos.

—Silencio —dijo con la voz áspera—. O nos van a oír. —Deslizó la palma de la mano por el interior de mi muslo hasta mi entrepierna y se le escapó un gemido débil cuando se dio cuenta de lo mojada que estaba—. Me estás matando, princesa.

Me frotó el pulgar contra el clítoris a través de mis bragas empapadas, y reprimí un gemido mientras me arqueaba sobre su mano. Movió las bragas a un lado y...

El crujido de una cama sonó en una de las habitaciones.

Rhys y yo nos quedamos inmóviles al mismo tiempo, con la respiración agitada.

Estábamos tan inmersos en lo que estábamos haciendo que se nos había olvidado que había gente durmiendo a pocos metros.

Oímos otro crujido, seguido del ruido de alguien levantándose de la cama. Henrik, si la dirección del sonido era la que creíamos.

Rhys maldijo en voz baja y retiró la mano. Fue lo más inteligente, pero yo quería llorar por la pérdida de contacto.

Abrió la puerta de mi habitación detrás de mí y me empujó suavemente al interior.

—Mañana por la noche. En el cenador —dijo en voz baja—. Iremos juntos.

Había un cenador detrás de una granja abandonada, a unos quince minutos a pie de nuestro hotel. Habíamos pasado por allí de camino al pueblo.

—Y, princesa..., no te molestes en llevar ropa interior.

Volví a sentir más intensamente la pulsación entre las piernas.

Rhys cerró mi puerta justo cuando se abrió la de Henrik. Sus voces se escucharon a través de

la madera mientras me ponía de puntillas frente a la cama y me metía en ella, con la cabeza dando vueltas por los acontecimientos de la última hora.

¿El placer merecería la pena si venía seguido de dolor?

Solo tenía que escuchar los frenéticos latidos de mi corazón para saber la respuesta.

28

Rhys

Había intentado resistirme. De verdad.

Tal vez lo habría logrado si Bridget hubiera sido guapa y punto. La belleza, por sí sola, no significaba nada para mí. Mi madre había sido guapa hasta que dejó de serlo, y no me refiero a lo físico.

Pero ese era el problema. Bridget no era guapa y punto. Lo tenía todo. Amabilidad, fuerza, comprensión, humor. Lo veía en su forma de reír, en su empatía cuando escuchaba los problemas de la gente y en su compostura cuando le hablaban de todo lo que creían que fallaba en el país.

Antes de este viaje ya sabía que era más que una cara bonita, pero algo dentro de mí se rompió la noche anterior. Tal vez fuera la forma en que me miraba, como si pensara que yo también lo era todo, cuando no era nada, o tal vez fuera el hecho de saber que podían arrebatármela en cualquier momento. Podría comprometerse la semana siguiente y yo perdería incluso la posibilidad de tenerla para siempre.

Fuera lo que fuera, borró de un plumazo cualquier rastro de autocontrol en mí. Costa Rica había abierto una grieta, pero ¿esto? Esto era la destrucción total.

La hierba crujía mientras Bridget y yo nos abríamos paso a través de los campos hacia el cenador. Nos habíamos escabullido después de que todo el mundo se hubiera ido a dormir y, aunque era tarde, la luna brillaba lo suficiente como para no necesitar las luces de los teléfonos para alumbrar el camino.

¿Era lo que estábamos haciendo (lo que estábamos a punto de hacer) una mala idea? Joder, sí. La nuestra era una historia destinada a un final trágico, pero cuando ya estás metido en un tren que se dirige al precipicio, lo único que te queda es agarrarte fuerte y hacer que cada segundo cuente.

Caminamos en silencio hasta el cenador, y ella se colocó en el centro para observarlo mejor. Al margen de la pintura desconchada, había resistido el paso del tiempo sorprendentemente bien.

—¿Aquí no viene nadie? —preguntó.

—Ni un alma. —Había investigado. El pueblo tenía pocos habitantes, pero se extendía a través de vastas hectáreas de granjas. El hotel era el edificio habitado más cercano, y todos

estaban dormidos. Me aseguré de eso antes de enviarle un mensaje a Bridget para que nos reuniéramos en el vestíbulo.

—Bien. —Su respuesta salió entrecortada.

El sur de Eldorra era mucho más cálido que Athenberg, y podíamos prescindir de las chaquetas incluso por la noche. Yo me había puesto mi uniforme habitual: camiseta, pantalones militares y botas, mientras que Bridget llevaba un vestido púrpura que se arremolinaba alrededor de sus muslos.

La devoré con la mirada, sin perderme ni un solo detalle. Los mechones de pelo que se le ondulaban alrededor de la cara, la nerviosa expectación en sus ojos, la forma en que su pecho subía y bajaba al compás de mis propias respiraciones entrecortadas.

Una parte de mí quería acercarse, levantarle la falda y follarla allí mismo. Otra parte de mí quería saborear el momento, los últimos segundos salvajes y palpitantes antes de destruir lo que quedaba de nuestros límites.

Yo siempre cumplía las reglas por naturaleza. Así había sobrevivido la mayor parte de mi vida. Pero, por Bridget, rompería todas las reglas posibles.

Solo tardé las seis semanas que estuve separado de ella y las seis siguientes de puta agonía para aceptar la verdad, pero ahora que lo había hecho, ya no había vuelta atrás.

—Bueno. —Bridget se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, con la mano temblorosa —. Ya que estamos aquí, ¿qué tienes planeado, señor Larsen?

Sonreí, lenta y perversamente, y se estremeció con un pequeño y visible escalofrío.

—Tengo muchos planes para ti, princesa, y cada uno de ellos termina con mis dedos, lengua o polla metidos dentro de tu dulce coñito.

No perdí el tiempo yendo por las ramas. Aquello se había gestado durante dos años, desde que entré en su casa y la vi mirándome fijamente con esos grandes ojos azules.

Bridget von Ascheberg era mía y solo mía. Y me daba igual que no pudiera serlo. La haría mía de cualquier forma, y si podía tatuarme en su piel, enterrarme en su corazón y grabarme en su alma, lo haría.

Puso los ojos como platos, pero antes de que pudiera responder, acorté la distancia entre nosotros y la agarré de la barbilla con la mano.

—Pero, antes, quiero dejar una cosa clara. A partir de este momento, eres mía. Ningún otro hombre te tocará. Como lo haga... —Le clavé los dedos en la piel—. Conozco setenta y nueve maneras de matarle, y puedo hacer que setenta de ellas parezcan un accidente. ¿Entendido?

Ella asintió, con el pecho subiendo y bajando más rápido que de costumbre.

—Lo digo en serio, princesa.

—Entendido. —Adiós respiración.

—Bien. —Le deslicé el pulgar por el labio inferior—. Quiero oírte decirlo. ¿Quién es tu dueño?

—Tú —susurró. Ya podía oler su excitación, dulce y embriagadora, y no sería capaz de

aguantar mucho más tiempo.

—Eso es —gruñí—. Yo.

La agarré de la nuca, la atraje hacia mí y la besé con fuerza en los labios. Me rodeó el cuello con los brazos, con el cuerpo ardiente y maleable contra el mío mientras me hundía en su boca. Sabía a menta y a fresas, y quería más. Necesitaba más.

El corazón me retumbaba en el pecho, latiendo al mismo tiempo que mi polla. Todos mis sentidos se agudizaron hasta alcanzar una claridad casi dolorosa: su sabor en mi lengua, el tacto de su piel bajo mis manos, el olor de su perfume y el sonido de sus pequeños gemidos mientras se aferraba a mí como si nos estuviéramos ahogando y yo fuera su último salvavidas.

La coloqué contra una viga de madera, le levanté el vestido hasta las caderas y le separé los muslos con la rodilla. Le pasé el dedo entre las piernas y musité una señal de aprobación cuando descubrí que estaba resbaladiza y desnuda para mí.

—Sin ropa interior. Buena chica —susurré—. Porque como te atrevas a desobedecerme... —Le mordí el labio inferior, le metí un dedo dentro de su calidez húmeda y apretada, y sonreí al oírla jadear—. Tendré que castigarte.

Levantó la cadera cuando le metí otro dedo dentro. Empecé a meterlos y sacarlos, primero despacio, después acelerando hasta que tenía casi los nudillos dentro y el sucio sonido de mis dedos entrando y saliendo de ella se mezcló con sus gemidos.

Bridget tenía los ojos entrecerrados y la boca entreabierta. La cabeza le caía hacia atrás contra la viga, dejando al descubierto la espléndida longitud de su garganta, y todo su cuerpo temblaba mientras se aproximaba al orgasmo. Reduje el ritmo en el último minuto, y ella dejó escapar un gemido de frustración.

—Por favor. —Me agarró del brazo, clavándome las uñas en la piel.

—¿Por favor, qué? —Le metí los dedos otra vez, con fuerza, hasta que arqueó el cuerpo y dejó escapar un pequeño grito—. ¿Por favor, qué? —repetí.

Estaba bañado en sudor, y la polla me apretaba en el pantalón, tan dura que estaba a punto de reventar. Me estaba muriendo de desesperación por penetrarla, pero también podría disfrutar de ella así toda la noche. Sin sonrisas falsas, sin inhibiciones, solo placer y abandono salvaje mientras su coño convulsionaba en mis dedos y los empapaba de fluidos.

Era preciosa, joder. Y era mía .

—Fóllame —jadeó. Me clavó las uñas más fuerte en los bíceps hasta que me hizo un poco de sangre—. Por favor, fóllame.

—Qué palabras tan sucias para una princesa. —Me saqué la polla del pantalón y me puse un condón con la mano libre antes de sacarle los dedos, levantarla y colocarle las piernas alrededor de mi cintura—. Sabes que no hay vuelta atrás después de esto.

—Lo sé. —Bridget abrió los ojos, llenos de confianza y lujuria.

Se me encogió el pecho. No me la merecía, pero, joder, me daba igual.

Además, nadie había dicho que yo fuera una buena persona.

Coloqué la punta de mi polla en la entrada y esperé un instante antes de clavársela de un solo golpe. Estaba tan mojada que se deslizó casi sin fricción, pero aun así podía sentir su coño dilatándose y acomodándose a mi tamaño.

Bridget gritó, aferrada a mí como a un tornillo, y yo dejé escapar una retahíla de maldiciones.

Estaba caliente. Húmedo. Apretado. Muy apretado.

—Me estás matando —gruñí. Dejé caer mi frente sobre la suya y cerré los ojos, imaginando las cosas menos sexis que pude (brócoli, dentaduras), hasta que recuperé el control para continuar.

Deslicé la polla fuera hasta que solo quedó la punta dentro, y volví a clavársela otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Establecí un ritmo rápido, profundo y brutal, metiéndole cada centímetro de mí hasta que mis huevos empezaron a golpearle la piel y sus gemidos se volvieron gritos.

—¡Ssh! Vas a despertar a todos, princesa. —Le bajé la parte de arriba del vestido. Los pechos le rebotaban con cada embestida y tenía los pezones como piedras de la excitación, una imagen que estuvo a punto de hacerme estallar.

Apreté los dientes. Aún no.

Bajé la cabeza y le chupé y le lamí los pezones mientras le follaba salvajemente el coño apretado.

Llegados a ese punto, ya era más animal que hombre, solo impulsado por un instinto primitivo de enterrarme en ella tan profundo como fuera posible, y hacerla mía hasta no salir nunca de su piel.

Sonó un trueno a lo lejos, ahogando el sonido de mis gemidos y los chillidos de Bridget.

Me di cuenta de que estaba a punto de llover y de que no teníamos paraguas ni nada para cubrirnos cuando saliéramos del cenador, pero ya me preocuparía más tarde. Ahora mismo, solo importábamos nosotros.

—*Rhys* . Oh, Dios —gimió Bridget—. No puedo... Necesito...

—¿Qué necesitas? —Le mordí un pezón con suavidad—. ¿Necesitas correrte? ¿Mmm?

—S... sí. —Le salió mitad súplica, mitad gemido.

Estaba destrozada. Tenía la melena despeinada, la cara llena de lágrimas, la piel resbaladiza del sudor y caliente de la excitación.

Levanté la cabeza y arrastré la boca hasta su cuello hasta llegar a su oreja, donde susurré:

—Córrete para mí, princesa.

Le pellizqué un pezón y la follé con la embestida más fuerte hasta ahora, y explotó, con la boca abierta en un gemido inaudible mientras me apretaba la polla con el coño.

Sonó otro trueno, esta vez más cerca.

Sostuve el cuerpo inerte y tembloroso de Bridget contra la viga, hasta que recuperó el aliento. Una vez lo hizo, la bajé al suelo y la doblé boca abajo.

Yo todavía no me había corrido (el viejo truco de recitar jugadores de béisbol aún

funcionaba), y mi cuerpo vibraba con una tensión casi incontrolable.

—¿Otra vez? —jadeó mientras le deslizaba la polla por los pliegues resbaladizos.

—Cariño, no estaría haciendo mi trabajo si no te corrieras en mi polla al menos tres veces esta noche.

La tormenta rompió sobre nosotros al mismo tiempo que la penetraba, y la lluvia empezó a caer a nuestro alrededor mientras la follaba contra la viga de madera. Un rayo partió en dos el cielo, iluminando la pálida curva del hombro de Bridget mientras se aferraba a la barandilla como a su propia vida. Giró la cabeza hasta que la mejilla le presionó contra la madera y le miré la boca abierta mientras intentaba recuperar el aliento entre embestida y embestida.

La agarré del pelo y lo utilicé para penetrarla más profundamente.

—Esto es por todas las veces que no me has hecho caso. —La agarré del culo antes de darle un azote tan fuerte que pegó un grito—. Esto es por lo del Borgia. —Zas—. Y esto por lo de los jardines. —Zas.

Mi frustración contenida durante años florecía en su piel en tonos rosados, y dejé escapar una carcajada cuando Bridget se empezó a agitar con más fuerza contra mí con cada azote.

—¿Te gusta? —Le tiré del pelo hacia atrás hasta que me miró con los ojos llenos de lágrimas —. ¿Te gusta que te azote el culo mientras te follo ese coño real con mi polla dura?

—Sí. —La palabra se convirtió en gemido y le fallaron las rodillas.

Respiré profundamente. Dios, era perfecta. En todos los sentidos.

Le pasé un brazo por la cintura, levantándola ligeramente, y me doblé sobre ella hasta que le presioné la espalda con mi pecho. Cubrí casi todo su cuerpo con el mío, protegiéndola de las salpicaduras de lluvia mientras la penetraba tan profundamente que pensé que no saldría nunca de ella.

Y no quería salir. Así, tal y como estábamos, era como quería estar siempre.

Bridget. Solo con Bridget.

—¡Oh, Dios! *¡Rhys!*

El sonido de mi nombre en sus labios mientras se rompía en mí finalmente pudo conmigo.

Me corrí justo después de ella con un fuerte gemido, y el orgasmo me sacudió con la fuerza de un huracán. Juraría que perdí el oído durante un segundo, pero cuando recuperé los sentidos, todo parecía amplificado. El olor de la lluvia y la tierra mezclado con el sexo y el sudor, el sonido del agua repiqueteando contra la madera, el frescor de las gotas en mi piel acalorada.

Bridget se estremeció bajo mi cuerpo, la levanté y la metí dentro del cenador, para refugiarla de la lluvia.

—¿Estás bien, princesa? —Mi respiración se calmó por fin hasta convertirse en algo parecido a la normalidad mientras le deslizaba los tirantes de su vestido de vuelta a los hombros y le apartaba el pelo de la cara antes de darle un suave beso.

No era el típico tío dulce y cariñoso en ningún ámbito de mi vida, pero quizás había sido muy duro con ella. Si hubiera sido por mí, habríamos hecho esto en un dormitorio normal, con una

cama normal, pero las paredes del hotel eran casi de papel.

Bridget asintió, todavía temblorosa.

—Guau.

Me reí.

—Me lo tomaré como algo bueno. —Todavía la tenía agarrada con un brazo, sosteniéndola. Me invadió un instinto de protección cuando me apretó la cara contra el pecho.

Dios, qué mujer. No tenía ni idea de lo que haría por ella.

Nos quedamos en el cenador hasta que dejó de llover, que por suerte fue poco después. Por mí me habría quedado allí para siempre, pero quería asegurarme de que Bridget podía ducharse y dormir un poco antes de que nos despertaran por la mañana.

—No tienes que llevarme. Puedo andar —dijo Bridget entre risas cuando la cogí en brazos para llevarla de vuelta al hotel—. Mañana no lo sé. Tengo la sensación de que me va a doler todo el cuerpo.

—El suelo está mojado y todo está muy oscuro —dije. Una nube había tapado la luna, y tenía que caminar despacio para asegurarme de que no me tropezaba con nada indeseado—. Es mejor que te lleve en brazos, cariño.

No respondió, pero entrelazó los brazos alrededor de mi cuello y me besó la mandíbula tan suavemente que hizo que me diera un extraño vuelco al corazón.

Una vez más, nada en mi vida era normal desde que Bridget von Ascheberg había entrado en ella.

29

Bridget

Después de la noche en el cenador, Rhys y yo no disfrutamos de más tiempo a solas en todo el viaje. Pero cuando volvimos a Athenberg unos días más tarde, nos las arreglamos para vernos a escondidas, a pesar de mi apretada agenda.

En la casa de huéspedes a medianoche, cuando todo el mundo se había ido a dormir. En la despensa del tercer piso del ala del servicio a la hora de la comida. En mi azotea favorita, encima de la cocina. Ningún lugar estaba prohibido.

Era arriesgado, peligroso y se salía de cualquier norma para los dos, teniendo en cuenta lo prácticos que solíamos ser, pero no habríamos podido parar aunque hubiéramos querido. Habíamos esperado mucho tiempo y lo necesitábamos demasiado.

Era una locura que en algún momento tendría que terminar, y aunque nunca hablábamos del futuro, habíamos llegado a un acuerdo silencioso para disfrutar cada segundo que pudiéramos.

Pero por mucho que quisiera pasar todos los días y las noches con Rhys, tenía otras responsabilidades, y tres semanas después de mi regreso a Athenberg, me encontraba en el despacho de mi abuelo, esperando a que Erhall terminara de hablar para presentar varios asuntos que me interesaban.

—Déjeme adivinar. Tiene otro tema del pueblo que le gustaría abordar, alteza —añadió Erhall muy tenso, recordando que mi abuelo estaba delante.

Respondí con una sonrisa calmada.

—Sí. A eso nos dedicamos, ¿no? A ayudar al pueblo de Eldorra.

Erhall, Edvard, Andreas y yo estábamos sentados frente al escritorio de Edvard en la reunión semanal con el presidente. Era mi tercera reunión desde que había vuelto de la gira de buena voluntad, que había sido un éxito absoluto. Henrik había publicado un artículo muy elogioso sobre mí en el *Eldorra Herald* , y mi índice de aprobación se había disparado hasta casi rivalizar con el de mi abuelo.

Personalmente me daban bastante igual los índices, pero era una de las armas más peligrosas de mi arsenal, ya que yo no tenía ningún poder político real. También me encantaba el hecho de que Erhall estuviera casi veinte puntos por debajo de mí.

—Claro. —Erhall se aflojó la corbata, con pinta de haberse tragado un limón—. ¿De qué

quiere hablar?

En la granja de Ida tomé la decisión impulsiva de crear un programa oficial de Cartas Ciudadanas mediante el cual los ciudadanos podían escribirme o enviarme un correo electrónico con sus preocupaciones, y yo siempre las valoraba. Las más importantes, las presentaba a Erhall en las reuniones semanales. Probablemente no haría nada con la mayoría de ellas, pero tenía que intentarlo.

—Es sobre las carreteras de Rykhauver... —Comencé la presentación, ignorando la sonrisa de Andreas. Odiaba que estuviera allí, pero seguía siendo «la sombra» de Erhall y, como era el segundo en la línea de sucesión al trono, nadie se oponía a que asistiera a las reuniones.

Me daba igual. Nunca sería rey mientras yo tuviera una sola objeción al respecto, y, como princesa heredera, tenía bastantes objeciones.

—Me ocuparé del asunto —dijo Erhall. Otra manera de decir: «*En cuanto salga de esta sala fingiré que esta conversación nunca ha ocurrido*» .

—Ahora bien, majestad, sobre la reforma fiscal...

Edvard me lanzó una mirada comprensiva. Se abstuvo de librar mis batallas por mí porque no quedaría bien que corriera a pedirle ayuda cada vez que Erhall se comportara como un imbécil, pero...

Dios. Por poco salto de la silla.

Erhall hizo una pausa y me miró con extrañeza antes de reanudar su discurso.

Apreté los muslos bajo la mesa mientras las silenciosas pero poderosas vibraciones se reanudaban entre mis piernas.

Le voy a matar.

Rhys me había ordenado llevar un vibrador todo el día y yo, como una idiota, había aceptado. Sonaba muy excitante, y Rhys tenía un desglose minuto a minuto de mi horario del día. Había mantenido el vibrador apagado durante mis reuniones, así que no entendía por qué...

Mis ojos se posaron en el reloj de pie de la esquina.

Maldita sea. Nos habíamos pasado de la hora. Quince minutos más, para ser exactos. Probablemente Rhys pensaba que ya había salido.

Por la frente me resbaló una gota de sudor mientras trataba de no gemir, retorcerme o hacer cualquier cosa que pudiera delatarme.

—¿Estás bien? Pareces... sofocada. —Andreas levantó las cejas, con los ojos afilados mientras me miraba fijamente.

—Sí. —Forcé una sonrisa—. Perfectamente bien.

—No tienes buen aspecto —dijo Edvard con tono preocupado.

Dios mío, cada minuto que pasaban preguntando por mí era un minuto más que se alargaba la reunión. Tenía que terminar, pronto, antes de que me corriera en medio de una discusión sobre la maldita legislación fiscal.

—Hace un poco de calor aquí. Por favor, no os preocupéis por mí —logré decir.

Las vibraciones subieron de intensidad y me clavé las uñas en la piel con tanta fuerza que me hice pequeños surcos en las palmas.

Edvard no parecía muy convencido, pero él y Erhall reanudaron la conversación mientras Andreas me observaba con los ojos entrecerrados.

En otra ocasión le habría devuelto una mirada gélida, pero ahora no podía concentrarme en otra cosa que no fuera el palpitar de mi clítoris y el roce de mis pezones contra el sujetador.

Por suerte, la reunión terminó poco después. Me despedí apresuradamente de Edvard, saludé a Erhall con un gesto seco e ignoré por completo a Andreas antes de salir con la mayor normalidad posible. No quería levantar más sospechas huyendo de la sala, aunque estuviera a punto de llegar al orgasmo.

En cuanto salí al pasillo, las vibraciones cesaron.

Cómo no.

Me pasé una mano por la parte delantera de la falda y conseguí caminar de forma medio normal hasta mi despacho, donde me esperaba Rhys.

El corazón me dio un vuelco cuando le vi apoyado en mi escritorio.

Los ojos oscuros, los brazos cruzados sobre el pecho, la pose despreocupada y arrogante.

—Eso ha sido muy cruel. —Le clavé una mirada severa mientras mi clítoris volvía a palpitar, no por el vibrador, sino por su aspecto. La barba incipiente, los tatuajes, la forma en que me miraba como si yo fuera la única persona del mundo... Basta. Concéntrate —. Estaba en una reunión.

—Se suponía que terminaba hace media hora.

—Se ha alargado.

—Ya veo. —Los ojos de Rhys se iluminaron con un brillo perverso—. Ven aquí, princesa.

Sacudí la cabeza, aunque estaba tan excitada que la más leve ráfaga de aire contra mi piel hacía que se me acelerara la respiración. Era una cuestión de principios.

—No.

—No era una pregunta.

Los pezones se me endurecieron hasta convertirse en puntas dolorosas ante su tono autoritario, y crucé los brazos sobre el pecho para ocultarlos.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Ven. Aquí. —Su voz bajó a un decibelio peligrosamente suave—. Antes de que te tumbe en mi regazo y te dé unos azotes tan fuertes que no podrás sentarte durante días.

La imagen me hizo estremecerme, y estuve a punto de negarme para que pudiera hacer exactamente eso. Pero después de horas de excitación no aguantaba más, y avancé con piernas temblorosas hasta situarme delante de él.

—Ya está. No ha sido tan difícil. —Rhys me agarró de la nuca y tiró de mí hacia él—. Recuerda. En público, eres mi princesa, pero, en privado, eres mi puta. —Bajó la otra mano y me frotó el clítoris hinchado hasta que chillé mientras sentía la sacudida de los primeros temblores

de un orgasmo—. Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga, y tomarás mi polla como yo quiera. ¿Lo harás?

Oh, Dios . Otro torrente de humedad se apoderó de mis piernas.

—Sí —dije entre jadeos.

No había terminado de pronunciar la palabra cuando él se la tragó con un beso agresivo que hizo que me fallaran las rodillas, y cualquier rastro de resistencia se esfumase.

Le rodeé el cuello con los brazos, deleitándome con su sabor y su tacto. Habíamos sido insaciables desde la noche en el cenador, y yo seguía sin tener suficiente.

Los escarceos, las citas nocturnas, las miradas furtivas en salas llenas de gente... Todo podía derrumbarse a nuestro alrededor en cualquier momento. Pero por una vez en mi vida, me daba igual.

Nunca me había sentido tan viva.

—¿Qué tal el día, cariño? —Rhys respiró contra mis labios, suavizando su tono.

—Bien. Frustrante —dije con retintín antes de suavizar la voz también—. Te he echado de menos.

Llevaba sin verle desde el desayuno.

Arrugó los ojos al sonreír, y el corazón me dio un vuelco tan grande que pensé que iba a salir volando.

Si pudiera pedir tres deseos en el mundo, serían la paz mundial, que mis padres vivieran y las sonrisas de Rhys para siempre.

—Yo también te he echado de menos. —Me dio un beso más suave y prolongado antes de volver a deslizar la mano por el interior de mi muslo y se le escapó un gemido gutural—. Estás empapada. —Su tono volvió a ser el duro y dominante al que estaba acostumbrada—. Túmbate y levántate la falda.

Obedecí, y la idea de tenerle dentro de mí pronto hizo que me temblaran los dedos mientras me apoyaba sobre el escritorio y me subía la falda por encima de las caderas.

—Quítate las bragas.

Deslicé la mano en la goma elástica de las bragas y me las bajé hasta los tobillos.

El calor me subió a las mejillas al darme cuenta de que Rhys tenía ahora el panorama completo de mi vibrador y del desastre que había dejado: mis bragas completamente empapadas, mis muslos chorreando de fluidos.

Sin embargo, estaba tan excitada que dejé de lado la vergüenza.

Me agarré al borde del escritorio, con el cuerpo tenso por la expectación, pero solo hubo silencio. No hubo palabras ni contacto.

Volví la cabeza, confusa.

Rhys estaba de pie detrás de mí, con la mirada feroz mientras me devoraba. Entre sus ojos hambrientos y mi postura, me sentía como un cordero esperando a que un león se abalanzase sobre mí para despedazarme.

—Abre más las piernas. Déjame ver cómo chorrea para mí ese precioso coño.

Estaba ardiendo de pies a cabeza, pero hice lo que me pidió.

—Precioso. —Me dio un azote con las dos manos y me apretó el culo—. ¿Qué dirían los buenos ciudadanos de Eldorra si te vieran ahora, eh? Su princesa, tan fina y correcta, doblada sobre la mesa, esperando a que se la folle una polla dura.

¿Era posible correrse solo al oír unas palabras? Porque estaba a punto.

—No cualquier polla —dije entre jadeos—. La tuya. Ahora, ¿vas a seguir hablando o me vas a follar en algún momento?

Rhys se rio. Se desabrochó el cinturón y el pantalón con un rápido movimiento y se me secó la boca. Nunca me cansaba de admirar lo grande que la tenía. Era gruesa, larga y dura, y ya estaba empezando a gotear.

—Efectivamente. —Sacó el vibrador y me colocó la punta de la polla en la entrada—. Eres mía. Solo mía. Que no se te olvide, princesa.

Me penetró con un profundo empellón, y pegué un grito que se convirtió en una serie de gemidos ahogados mientras me embestía desde atrás. Los gemidos se mezclaron con sus gruñidos, el crujido del escritorio que temblaba con la fuerza de sus golpes, y el sonido de la carne contra la carne. Una sinfonía sucia y deliciosa que me revolvió los pensamientos hasta que solo pude concentrarme en el vaivén de su penetración...

—¿Bridget? ¿Estás ahí?

Mikaela.

Tardé unos segundos en asimilar su voz en mitad de toda la neblina sexual, pero cuando lo hice, abrí los ojos de par en par e intenté levantarme, pero Rhys me volvió a tumbar.

—Todavía no he terminado contigo, princesa. —Me volvió a embestir y me tapó la mano con la boca para ahogar el gemido.

—Rhys, está justo al otro lado de la puerta —susurré cuando aflojó la mano para dejarme hablar. Tenía unas ganas desesperadas de correrme, pero se me revolvía el estómago ante la perspectiva de que nos pillaran.

Podría haber fingido que no estaba, pero Mikaela y yo teníamos una reunión programada que se me había olvidado completamente hasta ese momento.

—La puerta está cerrada con llave.

—Pero nos puede oír.

Hablábamos en un volumen solo perceptible para el otro, pero estaba tan paranoica que me parecía que estábamos gritando.

—Entonces mejor estate calladita, ¿eh? —El aliento cálido de Rhys me resbaló por la piel mientras me acariciaba los pezones. Me atravesó otra descarga de lujuria.

—Bridget. —Mikaela empezaba a impacientarse—. Está echada la llave. ¿Va todo bien?

—S... sí. Estoy... —Rhys me asestó una embestida especialmente brutal—. ¡Estoy llegando!

La última palabra se convirtió en un grito ahogado mientras me sacudía la oleada de un

orgasmo.

Enterré la cara entre los brazos y me los mordí para amortiguar los gritos.

La respiración de Rhys cambió, y un segundo más tarde se corrió con un rugido silencioso antes de sacármela.

No podíamos permitirnos el lujo del descanso poscoital, y los escalofríos del orgasmo todavía me sacudían mientras nos limpiábamos.

—¡Un minuto! —le grité a Mikaela.

Le lancé una mirada asesina a Rhys, que se había vestido en tiempo récord y parecía a punto de soltar una carcajada.

—No tiene gracia.

—Bonito juego de palabras —dijo con una sonrisa burlona.

Estoy llegando.

Me ruboricé mientras me recolocaba el pelo y la ropa. Me miré rápido al espejo y vi que seguía un poco despeinada, pero podía echar la culpa al hecho de que llevaba todo el día corriendo de un lado a otro del palacio.

—Casi echo de menos los días en que eras un capullo autoritario y sobreprotector.

—Entonces te alegrará saber que sigo siendo un capullo autoritario y sobreprotector. Y, princesa... —La voz de Rhys me detuvo antes de llegar a la puerta—. Se te olvida una cosa.

Me ardió la cara cuando me enseñó el vibrador.

—Te estás esforzando para meternos en un lío. —Le arrebaté el vibrador y lo envolví apresuradamente con un pañuelo de papel antes de meterlo en un cajón del escritorio. Ya me ocuparía de él más tarde.

—Es Mikaela. No se fija en nada que no tenga que ver con fiestas y cotilleos de la alta sociedad. Podrías ponerle un elefante delante y lo más probable es que no se diera cuenta. ¿Crees que lo habría hecho si hubiera sido Markus o Elin?

Vale, Mikaela no era la persona más perspicaz del planeta, pero Rhys estaba exagerando. En este caso, sin embargo, esperaba que tuviera razón.

Abrí la puerta y por fin dejé entrar a mi amiga, que parecía molesta.

—¿Por qué has tardado tanto? —refunfuñó—. He quedado con mi madre... —Se detuvo al ver a Rhys—. Ah, hola, Rhys. ¿Qué haces aquí?

Técnicamente él nunca estaba de guardia mientras yo estaba en el palacio, y me esforcé en pensar en una excusa creíble.

—Estábamos revisando el plan de seguridad —improvisé—. Para la boda de Nik. Hay alguna cosa, eh..., confidencial. Por eso he tardado tanto en abrir.

Nikolai y Sabrina seguían en California, pero se iban a casar en Athenberg y los preparativos estaban en plena marcha.

Mikaela frunció el ceño.

—¿Solo vosotros dos? Creía que de eso se encargaba la Guardia Real.

—Es el plan de seguridad *personal* —corregí rápidamente.

—Oh. —La confusión de Mikaela pareció despejarse—. ¿Sigue siendo un buen momento para reunirnos? Si no, puedo volver en otro momento.

—Ahora es perfecto —dije, aunque lo único que me apetecía era ducharme y echarme una siesta. Agradecí que no hiciera más preguntas sobre por qué había tardado tanto en abrir la puerta. Un poco de investigación y la excusa se me habría desmontado más rápido que un cochecito de juguete.

—Hasta luego, alteza. Lady Mikaela. —Rhys inclinó la cabeza y se fue, no sin antes hacerme un guiño.

Reprimí una sonrisa.

—Qué pena —dijo Mikaela, con los ojos fijos en su culo durante unos segundos más de lo que me habría gustado, antes de que la puerta se cerrara tras él.

—¿El qué? —Ordené distraídamente unos papeles sobre mi escritorio e intenté apartar de mi mente las imágenes de lo que estaba haciendo ahí mismo diez minutos antes.

—Que Rhys sea guardaespaldas. —Mikaela volvió la atención a mí y se dejó caer en la silla delante de mí—. Está buenísimo . No sé cómo convives con él todos los días sin que se te caiga la baba. Si no fuera plebeyo... —Se abanicó—. Iría directa a por él.

Me puse rígida, por varios motivos.

—Solo porque no tenga un título no significa que sea menos que cualquier noble.

Debería haberle seguido la corriente, porque lo último que quería era fomentar la atracción que sentía por Rhys, pero odiaba la insinuación de que los aristócratas eran mejores solo porque habían tenido la suerte de nacer en una familia con título.

Mikaela parpadeó, sorprendida por mi tono cortante.

—Por supuesto que no —dijo—. Pero ya conoces la dinámica social, Bridge. Liarse con un empleado es de muy mal gusto. Y yo soy la hija de un barón. —La última frase tuvo un extraño toque de amargura—. Mi posición social no es lo suficientemente alta como para sobrevivir a ese tipo de escándalo.

La aristocracia tenía una estricta jerarquía, y los barones y baronesas estaban en la parte inferior. Sospechaba que esa era una de las razones por las que Mikaela se esforzaba tanto en establecer contactos y en estar al tanto de los chismes de la sociedad, para superar la percepción de su estatus inferior, aunque su familia seguía siendo más rica que la media de la gente de Eldorra.

—Como digo, es una pena, pero al menos alegra a la vista. —Mikaela se animó de nuevo—. Tienes mucha suerte de tener un guardaespaldas atractivo. O no, ya que no puedes enrollarte con él.

Se rio, y me obligué a unirme a su risa.

—Por supuesto que no —dije—. Eso sería una locura.

30

Rhys

Era adicto.

Yo, el hombre que se había pasado la vida evitando la mayor parte de las sustancias adictivas (las drogas, el tabaco, el alcohol, incluso el azúcar hasta cierto punto), había encontrado lo único a lo que no podía resistirme.

Fuerza, resiliencia y luz, envuelto en un metro setenta y cinco de piel cremosa y una fría compostura que escondía un corazón de fuego en el fondo.

Pero si ella era una adicción... Joder, no quería superarla nunca.

—¿Vas a pintarme como a una de tus chicas francesas? —se burló Bridget, estirando los brazos por encima de la cabeza.

Mi polla dio un salto de interés al verla tirada en el sofá, desnuda, aunque seamos sinceros, había muy pocas cosas que Bridget hiciera que *no* le interesaran a mi polla.

Tenía un día libre después de sus reuniones matutinas, lo cual era poco frecuente, y nos habíamos pasado toda la tarde en una habitación de hotel a las afueras de Athenberg. Si alguien preguntaba, Bridget se estaba tomando un día de *spa* , pero, en realidad, lo único que habíamos hecho era follar, comer y follar un poco más. Era lo más parecido a una cita que habíamos tenido nunca, o que podíamos tener.

—Cuidado con las risitas, princesa, si no quieres que te dibuje una verruga en el retrato —la amenacé.

Ella sonrió, y la visión me golpeó como un puñetazo en las tripas.

Nunca me cansaría de sus sonrisas. Sus sonrisas auténticas , no las que mostraba al público. Había visto a Bridget desnuda, con vestidos elegantes y en lencería, pero nunca estaba más guapa que cuando era ella misma, despojada de todos los artificios que el título la obligaba a llevar.

—No te atreverás. —Se dio la vuelta y se sostuvo la barbilla con las manos, que tenía apoyadas en el brazo del sofá—. Eres demasiado perfeccionista con el arte.

—Eso ya lo veremos. —Pero tenía razón. Era muy perfeccionista con el arte, y la obra en la que estaba trabajando tal vez era mi favorita hasta la fecha, aparte de la que le hice en Costa

Rica, que había conseguido acabar con mi bloqueo artístico—. Mmm, veamos. Añadiré un tercer pezón aquí... Una verruga peluda por allá...

—¡Para! —Bridget se rio—. Si vas a ponerme verrugas, al menos ponlas en un lugar poco visible.

—Muy bien. En el ombligo entonces.

Esta vez, fui yo el que se rio cuando me lanzó una almohada.

—Años de mal humor, y de repente haces bromas.

—Siempre he hecho bromas. Solo que nunca en voz alta. —Le dibujé las sombras de la melena. Le caía por la espalda, siguiendo la elegante curva de su cuello y sus hombros. Esbozaba una pequeña sonrisa en los labios y le brillaban los ojos de picardía. Hice todo lo posible para que el dibujo a carboncillo fuera realista, aunque no era nada comparado con la realidad.

Nos sumimos en un cómodo silencio: yo dibujaba y Bridget me observaba con una expresión tranquila y somnolienta.

Estaba más relajado de lo que había estado en mucho tiempo, a pesar de que seguía en alerta por la posibilidad de que alguien husmeara en mi casa. Había mejorado el sistema de seguridad y añadido cámaras ocultas que podía controlar y vigilar directamente desde mi teléfono. Todavía no había ocurrido nada fuera de lo normal, así que había que esperar.

De momento, disfrutaría de uno de los raros momentos que Bridget y yo podíamos pasar juntos sin preocuparnos de que alguien nos pillara.

—¿Alguna vez le enseñas tus dibujos a alguien? —preguntó después de un rato. Estaba empezando a ponerse el sol y la luz dorada de la tarde la bañaba con un brillo de otro mundo.

—Te los enseño a ti.

—Además de a mí.

—No. —Ni siquiera Christian había visto mis dibujos, aunque sabía que existían. Lo mismo ocurría con mi antigua terapeuta.

Bridget levantó la cabeza, separando los labios con sorpresa.

—Así que soy...

—¿La primera persona a la que se los he enseñado? Sí. —Me concentré en terminar de dibujar, pero sentí el peso de su mirada en mi cara.

—Señor Larsen.

—¿Qué? —dije, consciente del toque sensual de su voz.

—Ven aquí.

—¿Me estás dando órdenes?

Bridget esbozó otra sonrisa.

—Puede ser. Tengo un problema y necesito tu ayuda.

Dejé el lápiz con un suspiro.

—No tienes ningún problema. Tú eres el problema.

Me acerqué al sofá y chilló cuando la levanté y la agarré contra mí. Presioné la polla contra su

coño. Tan solo nos separaba la tela de mis calzoncillos.

—Ya estoy aquí. ¿Y ahora qué?

—Ahora... —Se levantó sobre las rodillas para poder bajarme los calzoncillos—. Ayúdame. Estoy un poco tensa.

Se me entrecortó el aliento cuando se sumergió en mi polla.

—Eres insaciable. —Para ser tan imponente en público, Bridget era una bomba en la cama. O en el salón, o en la ducha, o en la cocina.

Sonrió ampliamente.

—Te encanta.

Mi risa se transformó en un gemido cuando alcanzó un ritmo exquisito.

—Sí, princesa. Me encanta. —La observé, sintiendo casi tanto placer al ver la excitación de su rostro como al sentir su coño.

Media hora más tarde, cuando ambos ya estábamos saciados y sin aliento, nos quedamos tumbados en el sofá, abrazados. Esos eran mis momentos favoritos con Bridget: cuando teníamos un rato de paz para poder estar juntos. Pero había muy pocos de esos.

—¿Cómo te la hiciste? —Me pasó los dedos por la cicatriz de la ceja—. Nunca me has hablado de esta.

—Me di un golpe con una mesa. —Acaricié el brazo de Bridget distraídamente—. Mi madre entró en uno de sus ataques y me dio una bofetada. Me caí. Tuve suerte de no darme en el ojo, o te estarías tirando a un pirata.

Bridget no sonrió ante mi intento fallido de broma. En su lugar, volvió a acariciar la cicatriz antes de apretar los labios sobre ella en un suave beso, como había hecho con las cicatrices de mi espalda en Costa Rica.

Cerré los ojos, con un nudo en la garganta.

Había hablado más de mi madre con Bridget que con cualquier otra persona, incluida mi antigua terapeuta. Ya no era tan difícil, pero Bridget tenía una manera de hacer que hasta las cosas más difíciles para mí fueran fáciles.

Relajarse. Hablar. Reír. Cosas simples que me hacían sentir casi humano de nuevo.

—¿Alguna vez has pensado en buscar a tu padre? —preguntó—. Para poner punto y final a todo.

—¿Que si he pensado en ello? Sí. ¿Que si lo he hecho? No. —Si quisiera, podría localizar a mi padre en cuanto quisiera. Christian me había dicho más de una vez que le bastaría con pulsar un par de veces un botón para sonsacarme esa información, pero no me interesaba—. No tengo ningún interés en conocerle. Si lo hiciera, probablemente me arrestarían por asesinato.

Mi padre era un mierda y, al menos para mí, no existía. Cualquier hombre que dejara a una mujer en la estacada de esa manera no merecía reconocimiento.

A pesar de que ansiaba tener una familia, prefería acumular ira contra él antes que gastar energía en buscarle.

—Es muy fuerte hasta qué punto nuestros padres moldean nuestras vidas —dijo Bridget—. Con sus decisiones, sus recuerdos, sus legados.

Se le ensombreció la mirada y supe que estaba pensando en sus propios padres. Su madre falleció al dar a luz, y su padre murió pocos años después, y ella tuvo que pasar el luto muy pequeña, con millones de ojos observándola.

Recordé haber visto una foto de ella caminando detrás del ataúd de su padre cuando era niña, con la cara contraída en un evidente intento de contener las lágrimas, y pensé que aunque mi situación en casa era una mierda, al menos podría llorar en el funeral de mis padres.

—Creo que parte de la razón por la que me da tanto miedo ser reina es que temo no estar a la altura del legado de mi madre. De decepcionarla de alguna manera. —Bridget miró al techo, pensativa—. Nunca la conocí, pero leí y vi todas las entrevistas que cayeron en mis manos. Los vídeos caseros, las anécdotas que contaban los empleados y mi familia... Era la princesa, la hija y la madre perfecta. Habría sido una gran reina. Mejor que yo. Pero la maté. —Su voz se entrecortó y, de alguna manera, supe que era la primera vez que pronunciaba esas palabras.

Un profundo dolor me atravesó el corazón y se agudizó cuando vi las lágrimas no derramadas en sus ojos.

Me incorporé y le agarré la cara con las manos.

—Bridget, tú no mataste a tu madre —le dije con firmeza—. ¿Lo entiendes? Eras un bebé. No tienes la culpa solo por haber nacido.

—No me planearon. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Fui un embarazo accidental. Si no fuera por mí, seguiría viva y sería reina, y todo sería mejor para todos.

Joder. Algo se me partió dentro del pecho con tanta fuerza como para alarmarme si no hubiera estado ya tan destrozado por Bridget. Había muy pocas cosas en el mundo que no podía soportar, pero ver llorar a Bridget era una de ellas.

—No para mí —dije—. Ni para tus amigas, ni para tu familia, ni para ninguna de las personas cuyas vidas has cambiado. Tu madre tomó la decisión de tenerte y nadie te culpa de lo que le ocurrió. Fue una complicación médica que podría haberle ocurrido a cualquiera. No tuvo nada que ver contigo.

—Lo sé. —Se le quebró la voz.

La abracé con más fuerza, desesperado por que lo entendiera. No sabía por qué era tan importante. Solo sabía que lo era.

—¿Recuerdas lo que me dijiste durante la gira? Siempre acabamos donde nos lleva el destino, y tú estabas destinada a estar aquí. —Conmigo.

Bridget dejó escapar un sollozo mezclado con una carcajada.

—Señor Larsen, creo que esa es la mayor cantidad de palabras seguidas que me has dicho nunca.

—Estoy seguro de que no es verdad. Pero si lo es, quiero una medalla real.

Se volvió a reír y se limpió la cara.

—Lo siento. No suelo derrumbarme así. No sé qué me ha pasado.

—No hace falta que te disculpes. —Le sequé una lágrima con el pulgar—. Solo dime que lo entiendes.

—Sí —susurró—. Creo que lo entiendo.

Le di un beso en la cabeza, con el corazón en un puño todavía. Ojalá pudiera verse como yo la veía.

Preciosa, inteligente, fuerte. Perfecta en todos los sentidos.

Cuando salimos de la *suite* , el sol ya se había ocultado por detrás del horizonte y Bridget había recuperado la compostura, aunque en sus ojos aún quedaba un atisbo de vulnerabilidad.

Caminamos en silencio hacia el ascensor, de vuelta a nuestros roles de princesa y guardaespaldas. Pero cuando doblamos la esquina, me detuve tan repentinamente que casi me choco con ella.

Se me encendieron todas las alertas al examinar posibles amenazas a nuestro alrededor.

No había armas. Ni *paparazzi* .

Pero lo que vi fue casi peor.

—Bridget. —Steffan abrió los ojos de par en par con una mezcla de sorpresa y alarma—. ¿Qué haces aquí?

31

Bridget

—Steffan. —El corazón me dio un vuelco de pánico, aunque no estaba haciendo nada malo. Por lo menos, no en ese preciso momento—. No sabía que habías vuelto a la ciudad.

—Eh..., s-sí —tartamudeó, extrañamente nervioso—. Fue una decisión de último minuto. No tenía que volver hasta la semana que viene, pero me surgió algo urgente en la ciudad y tuve que volver inmediatamente. Te iba a llamar mañana después de solucionarlo todo. —Volvió los ojos a su izquierda y me di cuenta de que no estaba solo.

Una mujer bajita y morena con el pelo rizado estaba a su lado, con la cara roja y los brazos cruzados.

—Alteza. —Hizo una pequeña reverencia y en sus labios se dibujó una pequeña sonrisa forzada.

—Esta es Malin. —La incomodidad de Steffan aumentó visiblemente—. Me ha traído de vuelta a la ciudad.

—No sabía que los futuros duques necesitaran hacer autostop. —Una cuchilla de sospecha afiló el tono cortante de Rhys.

El Rhys juguetón y amable de la tarde había desaparecido, y en su lugar había vuelto el guardaespaldas estoico y sereno que tan bien conocía.

—Ella tenía que volver a la ciudad igualmente, así que tenía sentido. —Steffan pasó la mirada de mí a Rhys.

Algo no me cuadraba. Si tenía una urgencia en la ciudad, ¿qué hacía en un hotel a las afueras de Athenberg a esas horas de la noche?

Por otra parte, yo no era quién para cuestionar qué hacía allí.

Los cuatro estábamos en el pasillo, mirándonos con recelo unos a otros. A lo lejos sonaba el ascensor y el aire acondicionado zumbaba con ansiedad. La tensión podía cortarse con una uña.

—El hotel no está en la ciudad —dijo Rhys. No se había movido ni un centímetro desde que nos habíamos encontrado con Steffan y Malin.

Malin miraba al suelo mientras Steffan se pasaba una mano por el pelo.

—Tenía una reunión para cenar en el restaurante. Y Malin tuvo, eh..., la amabilidad de esperar mientras yo terminaba. ¿Qué haces tú aquí?

La última parte estaba dirigida a mí, y me di cuenta de que no le había contestado la primera vez que me preguntó.

—Me he tomado un día de *spa* . Ya nos íbamos.

Evité mirar a Rhys, temiendo que el gesto delatara de algún modo lo que realmente habíamos estado haciendo toda la tarde.

¿Qué significa girar la cabeza en Eldorra? Ah, solo que me he follado a mi guardaespaldas en una docena de posiciones diferentes durante seis horas.

—Por supuesto. No quería entretenerte. —Steffan se hizo a un lado para que yo pudiera pasar, pero antes Malin dijo algo.

—Steffan, ¿no había algo que querías preguntarle a su alteza? —preguntó a Steffan, que afinó los labios mientras la miraba fijamente. Compartieron un mensaje en clave antes de que él se volviera hacia mí.

—No quería hacerlo así —dijo con tono de disculpa—. Pero ya que estamos aquí, te tenía que preguntar algo. Por favor, perdóname por el atrevimiento, pero ¿te gustaría ser mi pareja en la boda del príncipe Nikolai?

Rhys se movió por primera vez, acercó su cuerpo al mío y deslizó la mano por la pistola que llevaba en la cintura.

—Pues... —De todas las cosas que esperaba que Steffan me preguntara, esa no era una de ellas. Nos habíamos mandado algunos mensajes amables después de la cita en el Real Jardín Botánico, pero llevábamos semanas sin hablar y, para ser sincera, no me había vuelto a acordar de él hasta ahora.

También sospechaba que él y Malin tenían una relación más complicada de lo que decía, quizás incluso romántica. Estaba claro que no quería invitarme a salir, y ella miraba al suelo con el ceño fruncido.

Pero si estaban juntos, ¿por qué le presionaba para que tuviera una cita conmigo?

—Te lo iba a preguntar mañana por teléfono —añadió Steffan. Sonrió y volví a vislumbrar al antiguo Steffan, simpático y relajado—. Como íbamos a quedar cuando volviera y como se acerca la boda, he pensado que te gustaría que fuéramos juntos. A menos que ya tengas pareja...

La boda de Nikolai y Sabrina era dentro de un mes, y ese fin de semana iban a volver para terminar de preparar los últimos detalles. Yo era dama de honor junto con la hermana y la mejor amiga de Sabrina, que venían de Estados Unidos.

—No tengo. —Todos esperaban que ya la tuviera, pero ni siquiera lo había pensado. Había estado demasiado inmersa en el programa de Cartas Ciudadanas, en las clases y en Rhys. Me debatí, antes de responder por fin:

—Me encantaría que fueras mi pareja. Gracias por preguntar.

Rhys se puso más rígido a mi lado.

—Excelente. —Steffan carraspeó—. Pues luego cerramos los detalles, si te parece. Tengo muchas ganas.

—Yo también.

—Haréis una pareja estupenda. —Había algo en la voz de Malin. ¿Tal vez un atisbo de advertencia? O bien hostilidad mezclada con tristeza. No fui capaz de identificarlo, pero fuera lo que fuera, hizo que Steffan se estremeciera.

—Gracias. —Me costó mucho no darle entonación de pregunta. ¿Por qué había dicho eso?

Hubo otro silencio incómodo antes de que me excusara y dejara a Steffan y Malin en medio del pasillo, mirándose el uno al otro.

Rhys esperó hasta que entramos en el ascensor para decir:

—Estos follan.

Se me había pasado el mismo pensamiento por la cabeza, pero no tenía sentido.

—No lo sabes seguro.

—Créeme, sé cuándo la gente folla, y estos dos lo hacen.

Salimos del ascensor y entramos al vestíbulo.

—Si eso es verdad, ¿para qué le anima a que me pida salir?

—No lo sé. A lo mejor les va el rollo de grupo. —Rhys no me miró.

Estaba enfadado. No me lo dijo, pero yo lo *notaba* , y no era difícil adivinar por qué.

—Tenía que aceptar la propuesta —dije cuando nos metimos en el coche—. Todo el mundo espera que lleve pareja a la boda de Nik.

Edvard y Elin no se habían olvidado de mi búsqueda de marido y sacaban el tema a la primera de cambio, pero no había mucho más que pudieran hacer mientras Steffan estuviera de viaje. Ahora que había vuelto...

Más complicaciones. Menos tiempo con Rhys.

Se me encogió el estómago de frustración.

—Ya veo —dijo Rhys en tono neutro, pero no había nada neutral en el peligro que emanaba de él como el calor del asfalto al sol.

Odiaba no poder llevar a Rhys como pareja, y que tuviéramos que escondernos y escabullirnos constantemente, cuando lo único que nos separaba eran nuestros nacimientos. Estábamos en el siglo XXI , pero parecía el XVII .

Sentí una punzada de frustración dentro de mí.

¿Cómo habíamos pasado tan rápido de una maravillosa tarde de ensueño a esto ?

—Siguen esperando que te cases pronto. —Rhys giró a la derecha, con las manos tan aferradas al volante que tenía los nudillos blancos.

—Sí —dije en voz baja.

Las últimas semanas habían sido nuestra particular versión de una luna de miel, una en la que podíamos estar juntos sin necesidad de preocuparnos por la tempestad que se avecinaba. Pero la tempestad ya estaba ahí, a punto de destrozar todo lo que habíamos sembrado.

Yo era la princesa heredera al trono, y él, mi guardaespaldas.

Por mucho que nos pareciera una eternidad, al final tendríamos que separarnos... A menos que

hiciera algo drástico.

Algo que nunca nadie había hecho antes.

Algo como derogar la Ley de Matrimonios Reales.

32

Bridget

Problema: no podía derogar la ley yo sola. Necesitaba apoyos, y mis opciones eran limitadas. No quería decírselo a Rhys hasta trazar un plan más concreto, y, desde luego, no se lo iba a decir a mi familia ni a ninguno de los responsables de palacio. Mis amigas de Washington estaban demasiado lejos y alejadas de la política de Eldorra como para poder ayudarme.

Solo había alguien en quien podía confiar.

—¿Que quieres qué ? —Mikaela me miró con la boca abierta como si tuviera dos cabezas—. Bridget, la Ley de Matrimonios Reales es tan antigua como el propio país. Es imposible derogarla, especialmente con todos esos dinosaurios en el Parlamento.

—No es imposible, solo improbable —corregí—. Hay una diferencia. Y las cosas improbables se pueden volver probables con la estrategia correcta.

—Vale. ¿Cuál es la estrategia?

—No la sé todavía.

Refunfuñó.

—Bridge, es una locura. ¿Cómo vas a meterte en el lío de anular la ley? Pensaba que te iba bien con Steffan. A ver, ha estado de viaje un tiempo, pero ya ha vuelto y está más guapo que nunca. Y además es tu pareja en la boda de Nikolai. —Le dio un sorbo al té y se sentó en la mesa —. ¿O hay algo que no sepa?

Me mordí el labio. ¿Debía soltar prenda con lo de Rhys? Confiaba en Mikaela, pero no tanto en su reacción a la noticia, teniendo en cuenta lo que dijo en mi despacho respecto a salir con los empleados.

—La ley es arcaica —dije—. No es solo para mí. Es para todos los reyes y reinas que vengan después. Si no fuera por la ley, Nikolai podría seguir siendo príncipe heredero *y* casarse con Sabrina.

—Vale, pero las leyes no se pueden derogar a menos que el presidente del Parlamento lleve la moción al pleno y tres cuartas partes del Parlamento voten a favor —señaló Mikaela—. ¿Cuándo fue la última vez que derogaron una ley?

Quince años antes, cuando derogaron una ley que prohibía los límites de velocidad superiores a los ochenta kilómetros por hora en todo el país.

Las probabilidades no estaban a mi favor.

—Ya me las apañaré. —Erhall sería difícil, pero encontraría la forma de persuadirlo—. ¿Me ayudarás?

—Estás loca. Y esto es una locura.

Pero a pesar de las quejas, Mikaela aceptó a regañadientes, y la semana siguiente auné toda mi energía para trazar un plan factible. Analicé todas las leyes derogadas de la historia de Eldorra (no eran muchas), estudié los diferentes ministros del Parlamento y los clasifiqué en función de la probabilidad que había de que apoyaran la moción. Todavía no se me había ocurrido una estrategia para Erhall, así que le dejé para el final.

Sin embargo, no fue hasta mi siguiente reunión con Elin cuando se me ocurrió algo. Era algo tan simple que me sentí como una idiota por no haberlo pensado antes.

—Su majestad está encantado de que vaya a la boda del príncipe Nikolai con Steffan —dijo Elin con un movimiento de cabeza—. La cobertura mediática ha sido muy positiva, así como la gira de buena voluntad y la boda, pero queremos mantener ese impulso. Además, queremos asegurarnos de que todo esté en su sitio para cuando lleve la corona. No hay nada que refleje más estabilidad que un buen matrimonio con un consorte bueno y sólido, y sabe Dios que necesitamos algo de estabilidad después de la abdicación.

—No veo cómo el matrimonio afecta a la capacidad de gobernar —dije soltando un bostezo. Anoche me había quedado hasta tarde investigando, y hoy estaba pagando el precio.

—Afecta a la opinión pública, alteza —dijo Elin en un tono que sugería que yo ya debería saberlo—. Nadie es inmune a la opinión pública. Ni siquiera la familia real.

Me quedé helada.

—¿Qué acabas de decir?

Levantó una ceja interrogativa.

—Nadie es inmune a la opinión pública, ni siquiera la familia real.

Se me encendió una bombilla en la cabeza, y por poco salto de la silla de la emoción.

—Elin, eres un genio —dije—. Un genio total. Te mereces un ascenso ahora mismo.

—Excelente. Por favor, comuníqueselo a su majestad la próxima vez que hable con él. —Miró el reloj—. Eso es todo por hoy, a menos que...

—No. —Yo ya estaba de camino a la puerta—. Ha sido una reunión estupenda. Hasta la semana que viene.

Prácticamente salí corriendo al pasillo.

—¡Alteza, por favor, recuerde que las princesas no corren! —me gritó Elin.

La ignoré. Las ideas me brotaban a tal velocidad que no podía abarcarlas. Algunas eran más perversas que otras, pero alguna tendría que funcionar. Seguro.

En otoño habría elecciones parlamentarias, y mi popularidad seguía por las nubes gracias a la gira de buena voluntad. Si podía hacer que el público apoyara la derogación...

Me choqué contra un muro de ladrillo.

—¡Eh! ¿Adónde vas con tanta prisa? —La voz de Rhys, divertida, calló todo el ruido de mi cerebro. Me agarró de los brazos y me estabilizó.

El corazón me dio un vuelco al verle y sonreí.

—¿Qué haces aquí?

No teníamos ninguna reunión programada, pero, de cualquier forma, los horarios estaban sobrevalorados.

—Se me ha ocurrido venir a explorar. A ver si pasaba algo interesante o si alguna princesa necesitaba protección. —En sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

—Mmm. —Puse cara de reflexión—. No sé si protección, pero se me ocurren un par de cosas que podrían interesarte.

No había nadie más en el pasillo, pero aun así hablábamos en voz baja. Con intimidad.

El calor fundió la plata de los ojos de Rhys.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Como un *tour* por el salón del trono. —Caminé hacia atrás despacio hasta llegar a la puerta principal de la sala ceremonial, y echamos un vistazo a ambos lados antes de entrar.

Iba a pensar en formas de conseguir que el público apoyara la derogación, pero eso podía esperar. No había visto a Rhys en todo el día.

—Así que esto es un salón del trono. —Rhys miró alrededor del lujoso espacio. Tenía unos enormes candelabros de cristal, gruesas alfombras, revestimientos de pared de color carmesí y adornos dorados. Era la sala más recargada del palacio, pero solo la utilizábamos para la ceremonia ocasional de nombramiento de caballeros o para algún acto social. Nadie entraba allí si no era necesario—. Es exactamente como siempre me imaginé que sería un salón del trono.

—No hagas como si no hubieras estudiado ya cada centímetro de cada sala del palacio.

Rhys me sonrió despacio y me dio un vuelco el estómago.

—Crees que me conoces muy bien.

—Porque te conozco muy bien.

—Mmm. —Se acercó a mí hasta que apenas nos separaban unos pocos centímetros—. ¿Y entonces sabes lo que voy a hacer ahora?

Contuve el aliento.

—¿Qué?

Se inclinó y susurró:

—Voy a sentarte en ese trono tan bonito y te voy a comer el coño hasta que me supliques que pare.

Ahogué una risa mientras me levantaba y me colocaba sobre su hombro como un saco de patatas.

—¡No puedes! Nadie se sienta en el trono, excepto el rey.

Rhys me depositó en la silla dorada de terciopelo.

—Algún día será tuyo. Así te vas acostumbrando —dijo—. ¿Qué se siente?

—Pues... —Miré a mi alrededor. La sala parecía distinta desde ese lugar. Más grande, más intimidante—. Es raro. Y da miedo. Pero... no tanto como creía.

En mi mente, el trono era tan grande que nunca podría ocuparlo entero, pero ahora que estaba sentada encima, parecía manejable.

—Porque ya estás lista —dijo Rhys como si no hubiera duda—. Eres una puta reina, no dejes que nadie te diga lo contrario. Ni siquiera tú misma.

Abrí la boca mientras el corazón se me derretía hasta formar un charco.

—Si alguna vez dejas lo de guardaespaldas, podrías ganarte la vida como *coach* motivacional.

Se rio.

—No es motivación, solo la verdad. El trono te queda bien. Y ahora... —Se arrodilló delante de mí y me separó los muslos—. ¿Cómo puedo servirla, alteza?

El calor me consumió mientras me bajaba las bragas.

—Rhys —susurré, con el pulso acelerado con una mezcla de lujuria y ansiedad—. Nos van a pillar.

Las probabilidades eran bajas, pero no cero.

Su sonrisa perversa hizo que se me estremecieran los dedos de los pies.

—Entonces mejor hacer que valga la pena, ¿no, princesa?

No tuve opción de responder antes de que me pusiera las piernas encima de sus hombros, sumergiera la cabeza entre mis muslos y todas mis protestas se pulverizaran en el aire.

Rhys me empezó a devorar como un hombre hambriento perdido en el desierto, lamiéndome el clítoris y metiéndome la lengua hasta que se me nublaron los sentidos. Yo me retorcía y gemía, deslizándome hacia el borde del trono hasta que las piernas en sus hombros y su forma de agarrarme de las caderas fueron lo único que evitó que me derrumbara.

Demasiado. No suficiente. En todas partes. Más.

No podía pensar con claridad.

Mis gemidos retumbaban por toda la sala, rebotaban en los tapices y en los retratos de antiguos reyes y reinas, que me arrojaban miradas reprobatorias mientras mi guardaespaldas me follaba con la lengua en el trono hasta quitarme el sentido.

Me chupó el clítoris con fuerza y solté un grito, obnubilada por el placer. Intenté apartarlo, pero me agarraba de las caderas con las manos como cadenas de acero, obligándome a quedarme quieta hasta que mi cuerpo empezó a convulsionar y me corrí.

Antes de que pudiera recomponerme, ya estaba encima y dentro de mí, con el cuerpo ocultándome de la vista de cualquiera que pudiera entrar, y la polla penetrándome con tanta fuerza como para que el trono retrocediera un poco con cada embestida.

Esto está fatal.

No estaba bien, pero no me importaba nada mientras Rhys me agarraba por los tobillos y me volvía a poner las piernas en los hombros, doblándome casi por la mitad.

—Así es como se trata a una reina —dijo, con los ojos oscuros y voraces mirando

alternativamente mi cara y el punto donde su polla entraba y salía fuera de mí—. ¿No crees?

—Mmmfggfg. —Gemí algo ininteligible porque no era capaz de hablar. Ni de pensar .

Era pura sensación, fuego por dentro y por fuera, y el último pensamiento coherente que tuve antes de que otro volcán entrara en erupción y me arrastrara con él fue: a veces no está tan mal ser reina.

33

Rhys

Nuestro encuentro en el salón del trono fue el último rato de tiempo a solas que Bridget y yo tuvimos antes de que llegaran su hermano y su futura cuñada, y la absorbieran en una vorágine de compromisos previos a la boda. Las bodas normales ya me parecían aburridas, pero las bodas reales eran otro cantar.

La parte buena era que Bridget tampoco tenía tiempo de quedar con Steffan. El idiota había vuelto a la ciudad, y de solo pensar en verlos saliendo otra vez me hervía la sangre.

He perdido la cabeza.

Joder, había perdido el juicio entero. Nunca había pasado de la tercera cita con ninguna mujer. Nadie me había interesado lo suficiente. Y ahora estaba pensando en matar por una.

Bridget me había jodido pero bien.

—Contrólate —murmuré, dejando caer un frasco de salsa de tomate en la encimera—. Solo es un día.

Excepto que no solo era un día, porque llegaría un momento en el que tendría que casarse con alguien noble. Alguien de sangre azul. Alguien que no era yo.

Sentí como me atravesaban la furia y el dolor, y me obligué a concentrarme en la tarea que tenía entre manos antes de entrar en bucle. No terminaría bien ni para mí ni para mi cocina.

Acababa de encender el fuego cuando alguien llamó a la puerta. Bridget estaba en no sé qué cosa de la preboda con el resto de las damas de honor, así que no podía ser ella. ¿Quién más me iba a visitar a estas horas de la noche?

Volví a apagar el fuego y comprobé la cámara de seguridad.

Tiene que ser una broma.

Salí de la cocina, atravesé el salón y abrí la puerta principal.

—¿Qué mierdas haces aquí?

Andreas levantó las cejas.

—Me voy a empezar a ofender con los malos modos con los que Bridget y tú me saludáis siempre. Quizás ella pueda salirse con la suya, pero yo soy un príncipe y tú no. —En su voz noté un atisbo de algo extraño, pero desapareció tan rápido que supuse que me lo había imaginado.

—Si te presentas en mi puerta sin avisar, te saludaré como me dé la gana. —Mi sonrisa

contenía más amenaza que humor—. Tienes suerte de que no te salude con el cañón de la pistola.

Andreas soltó un cacareo de decepción.

—Y pensar que vengo a ayudarte.

—Lo dudo mucho.

—Al contrario de lo que te haya dicho Bridget, no soy un mal tipo. Solo quiero lo mejor para mi familia y mi país. —Se recolocó los puños de la camisa—. Por ejemplo, me parece bastante admirable que Nikolai abdicara por amor. Al fin y al cabo, es él quien tiene que vivir su propia vida, y ha elegido la felicidad. Me alegro por él.

Me invadió la impaciencia.

—¿Vas a llegar a alguna parte, o es que te gusta escuchar tu propia voz?

—Me gusta escuchar mi voz —dijo Andreas—. A menudo es porque digo la verdad. Pero la boda de Nikolai me ha hecho preguntarme... ¿qué escogería Bridget si tuviera la oportunidad? ¿Su corazón o el país?

Apreté el pomo de la puerta. Estaba a esto de estampársela en la cara, me daba igual que fuera un príncipe.

—No va a abdicar. No sé qué estás tramando, pero no va a funcionar.

—Puede que tengas razón, y en ese caso me da pena mi prima. Atrapada en un matrimonio de conveniencia para el resto de su vida. —Andreas puso cara de compasión, pero no me engañó—. Es una romántica, aunque intente ocultarlo. Le encanta el amor verdadero y todo eso. Por desgracia, al heredero al trono no siempre le tocan esas cartas. —Hizo una pausa—. Una vez más, Steffan Holstein puede ser la excepción. Hacen una bonita pareja, ¿no te parece?

Me tembló un músculo en la mandíbula.

—Como digo, yo miro por mi familia y mi país. —Andreas parpadeó—. Quiero que todos sean felices, y así como Steffan parece el consorte perfecto, Bridget sería mucho más feliz si abdicara.

—Para que tú puedas ser rey —dije en tono monocorde.

Se encogió de hombros.

—De cualquier forma, ella nunca ha querido ser reina. ¿Por qué no pasarme el trono a mí?

—A ver, esto parece más bien un problema personal. Tuyo —dije con frialdad—. No entiendo para qué me lo cuentas.

La sonrisa de Andreas me hizo ponerme en guardia.

—¿Un empleado externo que se muda a otro país para ser el guardaespaldas permanente de la princesa? Creo que sí lo sabes. —Se dio la vuelta, pero antes de irse, añadió—: Gracias por tu tiempo, señor Larsen. Ha sido una conversación muy reveladora.

Bridget tenía razón. Era un mierdecilla satánico, por no mencionar que también era peligroso. Si no sabía lo que había entre Bridget y yo, al menos sospechaba que yo sentía algo por ella.

Cerré de un portazo.

¿Era Andreas el que había estado fisgando en la casa de huéspedes? No se me ocurría ninguna

buena razón para que lo hubiera hecho, a menos que esperara encontrar algo que pudiera incriminar a Bridget, en cuyo caso no tendría suerte.

¿Cuál era la condena por partirle la cara a un príncipe? Fuera la que fuera, quizás valía la pena.

Sonó el teléfono y contesté sin mirar el identificador de llamadas.

—¿Qué? —ladré. Debía de ser Christian otra vez, que llamaba para ponerme de peor humor.

—¿Te he pillado en mal momento? —El tono divertido de Bridget sonó al otro lado de la línea.

Relajé los músculos y dejé escapar un suspiro.

—Pensaba que eras otra persona, princesa. —Me apoyé en la pared—. ¿No se suponía que estabas en lo de las damas de honor?

—Sí. Pero me he escapado al baño. No puedo hablar mucho, pero la boda es mañana y... —Bridget bajó la voz—. Te echo de menos.

Nos veíamos todos los días, pero sabía lo que quería decir. Echaba de menos los momentos a solas.

—Yo también te echo de menos, princesa. —Esta vez sonreí de verdad—. ¿Hay alguna posibilidad de que te convenza de que te escapes por la ventana del baño para que podamos terminar la noche por todo lo alto? Por así decirlo.

Se le escapó una carcajada que se convirtió en un ronquido, y que enseguida cortó con una tos.

Yo también solté una carcajada.

—¿Eso era un ronquido?

—No .

—No es muy propio de una princesa.

—No era un ronquido. —Prácticamente le podía ver la cara sonrojada al otro lado de la línea. Era adorable, joder.

—De todos modos, no puedo escaparme por la ventana. Estamos en el tercer piso.

—El tercer piso no es tan alto.

Bridget resopló.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no eres el que está en peligro de muerte.

—Créeme, princesa. Preferiría la muerte antes que hacer algo que pudiera hacerte daño.

No había planeado esas palabras. Simplemente me salieron, como si llevaran ahí todo el tiempo y hubieran estado esperando el momento exacto para manifestarse.

Lo más curioso era que no me molestó ni me avergonzó, aunque la frase se parecía demasiado a una confesión como para sentirme cómodo. Pero me hizo sentir bien.

Todo con Bridget me hacía sentir bien.

—Lo sé —dijo ella, con una voz tan suave y cariñosa que parecía que estaba a mi lado, acariciándome—. Confío en ti.

Un silencio cargado se extendió sobre la línea, lleno de palabras no pronunciadas que esperaban su momento, y se me encogió el corazón como si quisiera advertirme de que no la cagara.

—Hemos recorrido un largo camino, ¿verdad? —dije, rompiendo por fin la tensión antes de hacer (o decir) algo de lo que me arrepintiera. Algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer.

—De pelear como el perro y el gato a follar como...

—Rhys.

—¿Qué? ¿Me dejas comerte en el trono, pero no puedo decir la palabra «*follar*» ?

—Eres imposible. —La diversión suavizó su tono severo—. Te... —Oí un golpe de fondo, seguido de voces lejanas. Bridget debía de haber tapado el teléfono con la mano—. Lo siento, era Sabrina —dijo con la voz más clara—. Tengo que irme, pero te veré mañana. —Suavizó la voz aún más—. Buenas noches, señor Larsen.

—Buenas noches, princesa.

Esperé a que colgara antes de hacerlo yo.

Me quedé allí durante un largo rato, con la mente llena de imágenes de cierta rubia, mientras contemplaba mi casa real de Eldorra y me preguntaba cómo demonios había acabado ahí.

34

Bridget

—¿Va todo bien? —preguntó Sabrina cuando salí del baño. Había llamado para saber cómo estaba, porque llevaba media hora y no me había dado cuenta.

—Sí. Es que tenía que ocuparme de unos preparativos de última hora para un evento de la semana que viene —dije avergonzada por la facilidad con que la mentira se me escapó de la lengua—. Disculpa.

—No hace falta que te disculpes. —Sabrina señaló a su hermana y a su mejor amiga, que se habían desplomado en el sofá mientras se proyectaba *El diablo viste de Prada* en la pantalla—. Al menos estás despierta.

Se me escapó una pequeña risa.

—*Deberíamos* irnos a la cama pronto. Mañana es el gran día.

—Puede que tengas razón. No puedo creer que ya haya llegado. —Sabrina jugueteaba con su anillo de compromiso, parecía abrumada y un poco perdida—. Me parece surrealista. Quería una boda pequeña, pero...

—Te han organizado la parafernalia completa, ¿no? —Me hundí en el sofá junto a ella—. Bienvenida a la vida real. Aunque Nik haya abdicado, sigue siendo un miembro de la realeza por sangre, y todo lo que hace es un reflejo de la corona.

—Ya. Solo espero no quedar en ridículo. —Sabrina me dedicó una sonrisa nerviosa antes de ponerse más seria—. Bridget, sé que no nos conocemos mucho, pero quería agradecerte que hayas aceptado formar parte de mi fiesta nupcial. De verdad. Significa mucho para mí.

—Pues claro. Vas a ser mi cuñada.

Cuando Nikolai me habló por primera vez de su abdicación, estuve un tiempo resentida con ella. No era algo de lo que estuviera orgullosa, pero era cierto. Si no hubiera conocido a Sabrina, él seguiría siendo el príncipe heredero al trono, y yo estaría viviendo mi vida en Nueva York.

Pero mientras la miraba ahora, me di cuenta de que no volvería a mi vida en Estados Unidos aunque pudiera. Había sido una ilusión de libertad, nada más. Había estado atrapada en la misma monotonía diaria de sonrisas falsas y eventos soporíferos. Ser la princesa heredera de la corona conllevaba más reglas y una jaula más pequeña, pero también un propósito mayor, y eso era lo único que siempre le había faltado a mi vida.

De alguna manera, en algún punto del camino, me había adaptado a mi nuevo rol. Pasaría un tiempo antes de poder sentirme totalmente cómoda, pero lo estaba consiguiendo.

—Sí. Espero ser una buena cuñada. —Sabrina me apretó la mano—. Amo a Nikolai, y mentiría si dijera que no estoy feliz de que haya abdicado. Pero también sé la enorme carga que supuso para ti y, por eso, lo siento.

—No te disculpes. No hiciste nada malo, solo te enamoraste.

Ya lo sabía. Siempre lo había sabido. Pero no fue hasta que lo pronuncié en voz alta en ese momento que se desvaneció cualquier resentimiento persistente que tuviera hacia Nikolai y Sabrina.

No era culpa de ellos. No tomaron la decisión equivocada. Si Nikolai hubiera elegido el trono en lugar de a Sabrina, habría sido devastador para él, pero habría sido comprensible. Si hubiera elegido a Sabrina, como finalmente hizo, también habría sido comprensible. El amor o el país. Una elección imposible cuando llevas sobre los hombros el futuro de una nación.

El único culpable era el sistema que le obligaba a elegir.

—Mi hermano te adora —añadí. Nikolai y yo no éramos superamigos, pero le conocía lo suficiente como para notar la diferencia. Era una persona diferente cuando estaba con Sabrina, una persona más feliz, y yo nunca le habría podido negar eso.

A Sabrina se le iluminó la cara, borrando parte del estrés anterior.

—A veces me sigue pareciendo un sueño —admitió—. Conocer a alguien que me ve tal y como soy, con todos mis defectos, y que me quiere a pesar de todo. —Me volvió a apretar la mano, con una gran madurez en la mirada para tener veinticinco años—. Espero que tú también encuentres ese tipo de amor algún día. Ya sea en Steffan o en otra persona.

«Créeme, princesa. Preferiría la muerte antes que hacer algo que pudiera hacerte daño.»

Forcé una sonrisa.

—Algún día.

Pero más tarde, esa misma noche, mientras miraba el techo y pensaba en Rhys, Steffan y en mi plan de dudosa eficacia de derogar la Ley de Matrimonios Reales, no pude evitar preguntarme si solo habría espacio para un final feliz en este reino..., y si no era ya demasiado tarde para que fuera el mío.

35

Rhys

Como era de esperar, la boda del príncipe Nikolai y Sabrina fue un despropósito. La mitad de las carreteras de la ciudad estaban cortadas, los helicópteros sobrevolaban por todas partes para captar imágenes aéreas del desfile, y miles de personas se agolpaban en las calles, ansiosas por ver el cuento de hadas hacerse realidad. Llegaron periodistas de todo el mundo para cubrir sin descanso cada detalle, desde la longitud de la cola del vestido de novia de Sabrina hasta la lista de invitados, repleta de estrellas. Solo permitieron entrar en la ceremonia real a los reporteros del periódico de Eldorra y a los de la emisora nacional, que habían recibido derechos exclusivos de cobertura, pero eso no impidió que los demás se pelearan por la mejor posición a las puertas de la iglesia.

Bridget se pasó el día haciendo lo que hicieran las damas de honor. Mientras ellas se preparaban en la *suite* nupcial, yo vigilaba en el vestíbulo con el guardaespaldas de Sabrina, Joseph, que también era un externo estadounidense, ya que Nikolai había renunciado a su derecho a tener Guardia Real al abdicar.

Mientras Joseph divagaba sobre las hazañas de su anterior cliente (algo poco profesional, pero yo no era su jefe), yo controlaba los alrededores. En un día como ese había muchas cosas que podían salir mal.

Por suerte, todo parecía tranquilo, y después de un rato se abrió la puerta y Sabrina salió, radiante, con un elegante vestido blanco y un velo. Las damas de honor salieron detrás, con Bridget en la retaguardia.

Llevaba el mismo vestido verde pálido que el resto de las damas de honor, pero brillaba como nadie más podía hacerlo. Detuve la mirada en la sombra de su escote y en la forma en que el vestido se le ceñía a las caderas antes de volver a su rostro, y me quedé sin aliento.

No podía creer que fuera real.

Bridget me dedicó una sonrisa tímida al pasar, y recorrió con la mirada mi traje y mi corbata.

—Qué elegante, señor Larsen —murmuró.

—Tú también. —Me puse detrás de ella y bajé la voz hasta que apenas se oyó—. Me muero por arrancarte ese vestido más tarde, princesa.

No respondió, pero vi lo suficiente de su perfil como para detectar un rubor en sus mejillas.

Sonreí, pero el buen humor no me duró mucho, porque en cuanto entramos en el salón de bodas, la primera persona a la que vi fue al puto Steffan Holstein sentado en uno de los bancos delanteros. Con los zapatos brillantes, el pelo repeinado y los ojos clavados en Bridget.

Estaba convencido de que se estaba follando a la mujer con la que le vimos en el hotel, pero si no dejaba de mirar a Bridget de esa manera, le iba a arrancar la lengua y ahogarle con ella.

Me obligué a concentrarme en la ceremonia y no en los pensamientos violentos que merodeaban por mi cabeza. En las instrucciones de Elin no ponía nada, pero supuse que asesinar a un invitado de alto rango en mitad de una boda real estaría mal visto.

Bridget ocupó su sitio en el altar mientras yo me quedaba en las sombras laterales, contemplándola. Se colocó a un lado frente a mí, y mientras Nikolai y Sabrina pronunciaban sus votos, me hizo un gesto y me dedicó otra de sus pequeñas sonrisas, una tan sutil que habría sido imperceptible de no haber estado atento a cada una de sus microexpresiones.

Relajé los hombros y esbocé mi propia sonrisa fantasma.

Un momento solo para nosotros, robado delante de las narices de cientos de personas en la iglesia más grande de Athenberg.

Al terminar la ceremonia, todos se dirigieron al salón de baile del palacio para la primera recepción. La segunda recepción, más íntima, tuvo lugar en Tolose, la nueva residencia de Nikolai y Sabrina, situada tan solo a diez minutos a pie del palacio. Solamente estaban invitados doscientos amigos y parientes cercanos de la familia, y no se permitió la entrada a la prensa.

Allí fue donde los invitados se soltaron de verdad... y donde tuve que ver a Bridget y Steffan bailar juntos. Él le puso la mano en la parte baja de la espalda y dijo algo que la hizo sonreír.

Me atravesaron unos celos punzantes y salvajes.

—Qué bonita pareja hacen —dijo Joseph, al ver que los miraba—. La princesa y el duque. El típico cuento de hadas. —Sacudió la cabeza y se rio—. Lástima que ella nunca se decantaría por un tipo medio como tú o yo, ¿eh? Me la foll...

—Ten cuidado con lo que estás a punto de decir. —Una calma letal envenenaba mis palabras —. O será lo último que digas.

Quizás Steffan era intocable, pero ¿Joseph? Podía destrozarle y usar sus huesos como palillos de dientes.

Él también debía de saberlo, porque se calló y se apartó un centímetro de mí.

—Era una broma —murmuró—. Te tomas tu trabajo demasiado en serio, ¿no?

—Ten un poco de respeto. Es la princesa heredera a la corona. —Y tú no eres digno ni de limpiarle la mugre de los zapatos.

¿Cómo narices había acabado Sabrina con un guardaespaldas como Joseph? El tío tenía la sensibilidad de un ladrillo, y eso lo decía yo, que no era capaz (ni quería) de lamerle el culo a nadie ni aunque me pusieran pegamento en la lengua.

Joseph fue lo suficientemente inteligente como para no volver a abrir la boca. Se quedó a unos metros de distancia con una expresión hosca, pero me importaba una mierda que estuviera

enfadado. Tenía otras cosas de las que preocuparme.

La música cambió, pero Steffan y Bridget se quedaron en la pista de baile. Sabía que ella se quedaba por presión social, pero no dejaba de ser una mierda verlos juntos, sobre todo porque Joseph tenía razón. *Sí* que hacían buena pareja. Bridget, angelical y regia. Steffan, impecable con su elegante esmoquin.

Y luego estaba yo, tatuado y lleno de cicatrices, atormentado por las cosas que había hecho y la sangre que me manchaba las manos.

A todas luces, Steffan era la mejor opción, y la más fácil para Bridget. Su abuelo, el palacio, la prensa..., todos salivaban con la historia de amor de la princesa y el duque.

Me importaba una puta mierda.

Bridget era mía.

No podía ser mía, pero lo era de cualquier forma. Sus risas, sus miedos, su alegría y su dolor. Cada centímetro de su cuerpo y los latidos de su corazón. Todo mío.

Y ya estaba harto de verla en los brazos de otro hombre.

Abandoné mi puesto y atravesé la pista de baile, ignorando las quejas de Joseph. Estaba rompiendo todas las reglas del protocolo, pero era tarde y la mayoría de los invitados ya estaban demasiado borrachos para prestarme atención. Era un empleado, invisible la mayor parte del tiempo, y en este caso funcionaba a mi favor.

—Alteza. —Mi voz, normalmente monocorde, destiló algo oscuro—. Lamento interrumpir, pero ha llamado Jules. Es una emergencia.

Le estaba guardando el teléfono a Bridget mientras bailaba, así que la excusa tenía sentido.

Puso cara de susto.

—Oh, no. Debe de ser grave. Nunca llama para emergencias. —Miró a Steffan—. ¿Te importa si...?

—Por supuesto que no —dijo él. No había ni rastro del incómodo Steffan del hotel—. Lo entiendo. Por favor, coge la llamada. Te espero aquí.

Mejor espera sentado . Tal vez podría sobornar a un servidor para meterle algo en la bebida. No tanto como para matarle, pero sí lo suficiente como para incapacitarle lo que quedaba de noche.

Le di a Bridget su teléfono para mantener el engaño mientras salíamos de la sala de recepción, pero le dije:

—Jules no ha llamado.

—¿Qué? —Frunció el ceño, confusa—. Entonces, ¿por qué...?

—Se estaba acercando mucho a ti. —Apreté los dientes con tanta fuerza que me hice daño en la mandíbula.

Pasó un momento antes de que Bridget relajara la expresión. Miró a su alrededor antes de susurrar:

—Sabes que tenía que bailar con él.

—Has bailado con él dos veces .

—Rhys, técnicamente es mi pareja.

Fue un error decir eso, y a juzgar por la mueca de Bridget, se dio cuenta.

Me detuve frente a lo que sabía que era la biblioteca, por la investigación que había hecho antes de la boda.

—Entra —dije cortante.

Las delicadas líneas de la garganta de Bridget se movieron cuando tragó saliva, pero obedeció sin rechistar.

La seguí al interior y cerré la puerta tras de mí con un suave clic. Aún no habían amueblado del todo la sala y estaba vacía salvo por una alfombra, una mesa y un gran espejo. Las luces estaban apagadas, pero la luz de la luna se filtraba lo suficiente a través de las cortinas como para que pudiera ver la expresión de suspicacia de Bridget.

—Ya te lo dije, tenía que venir con él —dijo—. Todos esperaban que viniera con pareja, y habría sido raro si solo hubiera bailado con él una vez.

—Deja de decir la palabra «pareja». —Me salió con un tono tan suave y peligroso que le dio un escalofrío.

Caminé hasta la mesa junto a la ventana y me apoyé en ella mientras miraba a Bridget con los ojos oscuros y entrecerrados.

Me invadió una sensación de furia posesiva, no contra ella, sino contra toda la situación y el mundo que nos obligaba a escondernos como delincuentes. Odiaba tener que ocultarla, que ocultarnos. Quería decirle al mundo que era mía y solo mía. Quería tatuarme en su piel y hundirme en ella tan profundamente que no pudiera salir nunca.

—Quítate el vestido —dije.

—Rhys...

—Quítate-el-vestido.

Podía oír la respiración agitada de Bridget desde el otro lado de la habitación. No volvió a discutir. En lugar de eso, se llevó la mano a la espalda e hizo lo que le pedí, manteniendo los ojos clavados en los míos durante todo el tiempo.

Aparte de nuestras respiraciones agitadas, el suave sonido metálico de la cremallera era lo único que rompía el silencio.

Me quedé quieto, con los músculos tensos.

Más allá de estas paredes no podía reclamarla, pero ¿aquí, ahora, cuando estábamos los dos a solas?

Iba a hacerla mía hasta acabar con todo.

36

Bridget

El vestido se me resbaló hasta los pies, dejándome tan solo con el sujetador de encaje y el tanga. Me puse a temblar, por la expectación o por la corriente de aire frío, no estaba segura. Probablemente por una mezcla de las dos.

La silueta de Rhys se recortaba contra la luz de la luna, por lo que no le podía ver la cara, pero sí que sentía el calor de su mirada mientras me devoraba. Oscuro y posesivo como la caricia de un amante, dejando un rastro de deliciosos escalofríos a su paso.

Me humedecí los labios, muriéndome por tocarle, pero con la certeza de que más me valía no moverme hasta que él me lo dijera.

—Sujetador. Fuera.

Dos segundos más tarde, el encaje blanco cayó al suelo junto a la seda verde.

Me agaché para quitarme la parte de abajo, pero un gruñido me detuvo.

—No te he dicho que hicieras eso. —Rhys me miró los pechos y los pezones, que ya estaban tan duros que podían rayar el diamante—. Déjate el tanga, los guantes y los tacones —dijo, todavía en un tono suave—. Y arrástrate hasta mí.

Me quedé sin aliento del estupor, pero el corazón me dio un vuelco.

Nunca me había arrastrado por el suelo por nadie, y menos aún desnuda. Incluso aunque no fuera la futura reina, sería degradante. Humillante. Depravado.

Y nunca me había puesto tan cachonda.

Me puse a cuatro patas, temblando al contacto con el frío suelo de madera de mi piel desnuda.

Y empecé a gatear.

La sala no era muy grande, pero el deseo la hacía infinita. A medio camino, me miré en el espejo de pie que había colgado en la pared, y me ardió la piel al ver la imagen.

Todavía llevaba los elegantes guantes hasta el codo que formaban parte de mi conjunto de dama de honor, pero ahora que solo llevaba eso, junto a los tacones y el tanga, parecían obscenos.

Mi respiración se agitó. Estaba tan mojada que los muslos resbalaban uno contra el otro, y cuando llegué hasta Rhys, chorreaba por las piernas.

Me detuve delante de él y levanté la vista. Ahora le veía con más claridad, pero su expresión

seguía insondable, a excepción del fuego que le ardía en la mirada.

—Buena chica. —Me agarró del pelo con una mano y con la otra se desabrochó el pantalón. Su polla emergió, gruesa y dura, con la punta goteando.

Dios, necesitaba probarla. Nadie me había puesto nunca tan cachonda como él. Cada palabra, cada caricia, cada mirada. Lo deseaba todo.

Le miré con ojos de súplica.

Rhys no había terminado de asentir cuando me la metí en la boca, disfrutando de sus gemidos y sintiendo cómo me agarraba del pelo mientras se la chupaba con ansia.

—¿Qué diría tu pueblo si te viera ahora mismo, princesa? —gruñó, empujando la polla más profundamente, hasta hacer que me llegara al fondo de la garganta. Balbuceé, con los ojos llorosos por su tamaño—. ¿Si te vieran arrastrarte y atragantarte con la polla de tu guardaespaldas?

Dejé escapar un gemido ininteligible. Me llevé la mano entre las piernas, pero no me dio tiempo a tocarme antes de que él me levantara y me diera un beso agresivo.

Seguía enfadado por lo de Steffan. Podía notarlo en su lengua, sentirlo en la dureza de sus manos mientras me apretaban el culo.

—Para mí eres más que un guardaespaldas. —Necesitaba que lo entendiera, incluso en medio de toda aquella bruma de lujuria.

—Sí, también te pongo cachonda —dijo Rhys cáusticamente—. Me apuesto lo que quieras a que ninguno de esos aristócratas de pacotilla es capaz de follarte como tú necesitas.

No mordí el anzuelo.

—Es más que eso.

Era lo más cerca que había estado nunca de verbalizar en voz alta lo que había en mi corazón.

En la mirada de Rhys brilló un destello de vulnerabilidad, y suavizó su tacto durante un segundo antes de volver a endurecer la expresión. Me dio la vuelta y me tumbó contra la mesa, haciendo presión con su cuerpo hasta que cada centímetro de él se fundió con cada centímetro de mí.

Bajó la boca hasta mi oído y entrelazó la mano en la mía.

—Quiero que sepas una cosa, princesa —dijo con la voz áspera contra mi piel—. No hay muchas cosas en el mundo que reclame como mías. He visto y he hecho demasiadas cosas en la vida como para creer en la eternidad. Pero tú... —Me acarició la barbilla con la mano libre—. Me perteneces. Me importa una mierda la ley o lo que digan los demás. Eres mía. ¿Entendido?

—Sí. —Le apreté la mano, con una punzada en el corazón y otra en el cuerpo, por motivos distintos.

Rhys dejó escapar un suspiro áspero y estremecedor y se apartó. Estaba a punto de protestar cuando me separó los muslos bruscamente y me arrancó el tanga.

El torrente de deseo que tenía dentro se desató aún más.

—Hay otra cosa que deberías saber. —Deslizó dos dedos por mi humedad antes de

metérmelos en la boca, obligándome a saborear mis fluidos. Se me escapó un gemido no deseado al sentir el sabor desconocido en la lengua—. No me gusta que los demás toquen lo que es mío. Especialmente cuando es una pareja que no soy yo.

Sabía que me estaba metiendo en problemas en cuanto le dije esa palabra.

—Pero quizás tenga que darte una lección para que te quede claro. —Rhys me frotó el clítoris hinchado con el pulgar antes de dejar caer la palma de su mano en el mismo sitio. Mi cuerpo se sacudió, y se me escapó de la garganta un grito de sorpresa y dolor, pero los dedos de Rhys en mi boca amortiguaron el sonido.

Volvió a dejar caer una sonora palmada en mi coño. Y otra. Y otra.

Estaba temblando, con los ojos llenos de lágrimas mientras me atravesaba una sensación aguda. Todo mi mundo se redujo al calor pulsante entre mis piernas y al hombre que me estaba provocando dolor y placer al mismo tiempo.

—¿De quién es tu coño? —Rhys me sacó los dedos de la boca y me apretó las tetas.

—Tuyo —jadeé, agarrada al borde de la mesa con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

—Repítelo. —Duro. Exigente. Autoritario.

—¡Tuyo! Mi coño es tuyo. —Se me quebró la voz en un sollozo cuando me dio otra palmada en el clítoris.

—Eso es. Me pertenece, que no se te olvide nunca. —Zas.

Dejé escapar un gemido agudo, intentando zafarme de él y atraerle hacia mí al mismo tiempo. No sabía si lo que estaba pasando me encantaba o le odiaba, solo que estaba chorreando y ardiendo y que cada roce de mis pezones contra la mesa de madera me provocaban otra descarga de calor que iba directa a mi clítoris palpitante.

—¿Vas a volver a bailar con tu pareja ? —La voz de Rhys sonaba notablemente tranquila, aunque denotaba una tensión velada.

Sacudí la cabeza, con las lágrimas resbalándome por las mejillas.

—Bien. —Zas —. Estás empapada, princesa. —Zas —. Deberías ver cómo tienes ahora mismo el clítoris de hinchado y de bonito. Como si me suplicara que le diera más fuerte. —ZAS .

Fue demasiado. Las palabras, el castigo brutal y sucio, el hecho de que estuviéramos haciendo eso justo al lado del salón donde estaban mi familia y mis amigos.

Exploté. Con fuerza. Con violencia. Me zumbaban los oídos, me temblaban las rodillas, se me nubló la vista con mil destellos tras los ojos. Me habría caído al suelo de no ser porque Rhys me sostuvo mientras el orgasmo más fuerte de mi vida me recorrió como una tormenta eléctrica y tuve que bajar la cabeza y enterrarla en los brazos para ahogar mis gritos.

Seguía cabalgando en las olas de aquella liberación descontrolada cuando sentí la lengua de Rhys lamiéndome el clítoris con suavidad, calmándolo hasta que el ardor se desvaneció.

Mientras me recomponía, se levantó y me metió la polla despacio. Se retiró con la misma

lentitud, hasta que solo quedó la punta dentro, e hizo una pausa. Tomé aire, pero mi primera respiración normal de la noche se convirtió en un gemido cuando me penetró de golpe de una embestida. Me agarraba del pelo para mantenerme en mi sitio mientras me atravesaba con cada sacudida, y el contraste entre la suavidad de su inicio y la furia salvaje con la que me estaba follando ahora me nubló los sentidos hasta el punto de que solo fui capaz de agarrarme a la mesa como a mi propia vida.

Dentro y fuera. Cada vez más duro y más rápido, hasta que el cosquilleo en la base de mi espina dorsal se hizo real y volví a estallar.

—Oh, Dios, Rhys .

—Eso es, princesa. —Me dio un beso en el hombro, con los movimientos cada vez más descontrolados. Él también estaba a punto de correrse—. Qué buena chica. Córrete para mí.

Lo hice, sin control y sin vergüenza, me rompí en un millón de pedazos.

Y mientras Rhys se corría también con un gemido, me pregunté si sabría que todos aquellos pedazos eran suyos, no solo los de mi cuerpo, sino también los de mi corazón.

37

Bridget

Rhys y yo no volvimos a la recepción. Cuando terminó conmigo, no hubo forma de recomponerme para volver a estar presentable ante los demás, así que nos escabullimos por una puerta lateral y volvimos al palacio. No nos pillaron de milagro.

Era horrible que una dama de honor se fuera antes de tiempo sin decir nada, pero la fiesta ya estaba de capa caída cuando nos retiramos, y, de todos modos, la mayoría de los invitados estaban demasiado borrachos como para notar mi ausencia.

Sin embargo, sí que me sentí fatal por dejar tirado a Steffan. Le llamé a la mañana siguiente y me disculpé mil veces, alegando que la urgencia de mi amiga había durado más de lo esperado. Como era previsible, se lo tomó bien. Durante la recepción no había estado tan nervioso como el día del hotel, pero sí que estuvo distraído y sospeché que se debió de sentir aliviado cuando desaparecí de repente.

—¿Adónde fuiste? —me preguntó Mikaela cuando terminé la llamada. Estábamos en mi habitación, pensando ideas para conseguir que Erhall llevara al pleno la moción de derogación de la Ley de Matrimonios Reales—. Desapareciste en mitad de la fiesta.

—Una amiga de la universidad me llamó para una urgencia. —Evité su mirada mientras estudiaba el registro de votaciones parlamentarias de Erhall.

—¿En serio? —dijo vacilante—. ¿Te llamó desde otro país?

—Necesitaba consejo para un tema personal.

Otra mentira. Se me estaban acumulando, unas encima de otras, y pronto me sepultarían y me dejarían sin escapatoria.

Pasé la página con más ímpetu del necesario.

—Vale. —Mikaela seguía con un atisbo de duda, pero no insistió—. Te lo pregunto porque tu primo te estaba buscando.

Me quedé helada.

—¿Andreas? ¿Me estaba buscando en la recepción?

—Sí, dijo que tenía que decirte algo importante.

Se me disparó el ritmo cardíaco.

Te estás poniendo en lo peor .

Creía que Andreas ya se había ido. Le había oído despedirse de Nikolai y Sabrina mucho antes de que Rhys y yo nos fuéramos. ¿Había oído mal o es que había vuelto por alguna razón? ¿Nos habría visto irnos a Rhys y a mí? Aunque fuera así, no podía saber lo que estábamos haciendo... A menos que nos hubiera seguido. Pero si Andreas lo sabía , no habría perdido oportunidad de habérmelo dicho a la cara, y ya había pasado un día entero.

Me daba vueltas la cabeza mientras imaginaba todos los escenarios posibles.

—¿Le dijiste dónde estaba?

—No —dijo Mikaela despacio—. Yo no sabía dónde estabas, ¿te acuerdas?

—Cierto. Perdón. —Me presioné las sienes con los dedos, intentando poner en orden mis pensamientos—. Tengo el cerebro frito. ¿Podemos seguir con esto en otro momento?

—Claro. Además tengo una cena en un rato. —Puso cara de preocupación mientras recogía el bolso y se lo colgaba al hombro—. ¿Estás segura de que no pasa nada más? Llevas varias semanas muy rara.

—No, solo estoy estresada. Necesito vacaciones. —Solté una risa forzada—. Luego hablamos. Que lo pases bien en la cena.

Cuando Mikaela se fue, guardé las notas de Erhall y respondí a las cartas de los ciudadanos de esa semana. El volumen de correo había crecido tanto que iba a necesitar un ayudante, pero de momento me gustaba contestarlas personalmente cuando podía. Además, era una buena forma de distraerme de la inquietud que me provocaba Andreas.

Estaba sacando demasiadas conclusiones de un comentario sin importancia de Mikaela. Andreas podía haberme buscado por un sinfín de motivos diferentes, y tenía una idea distorsionada de lo que era importante. Probablemente se quería quejar de que le habían sentado en la mesa equivocada en el banquete de bodas, o algo así.

Llevaba la mitad de la pila de cartas cuando en mi portátil sonó la notificación de un email nuevo. Estuve a punto de ignorarlo, pero algo me hizo pinchar en ella y sentí una punzada de desconfianza al ver la dirección de correo del remitente (una combinación aleatoria de números y letras de un dominio que no conocía) y el cuerpo del mensaje, que solo tenía una línea.

«Hay que tener más cuidado, alteza.»

Me quedé mirando el archivo MP4 adjunto al correo. No tenía nombre, ni había ninguna pista del contenido.

No abrir archivos de correos desconocidos era de primero de ciberseguridad, pero este era un email que solo tenía mi círculo más personal. Para la correspondencia pública tenía otro.

De nuevo, tampoco era tan difícil averiguar un email , ni siquiera uno privado.

La curiosidad pudo a la desconfianza y pinché en el archivo.

Perdonadme, dioses de la ciberseguridad.

El vídeo se abrió y se empezó a reproducir. Estaba muy oscuro y tenía mucho grano, por lo que me costó un poco entender la imagen, pero cuando lo hice se me cayó el alma a los pies.

Me agarré al borde del escritorio y miré con espanto la imagen: Rhys y yo en la biblioteca de

Nikolai. Aunque no tuviera sonido, era condenatorio: yo estaba tumbada en la mesa, él me agarraba del pelo y me embestía desde atrás.

Estaba lo bastante oscuro como para que no se nos reconociera, de no ser porque yo giraba la cabeza en mitad de la grabación. La cara de Rhys no salía en cámara, pero su pelo, su altura y su complexión hacían que se le pudiera reconocer sin mucha dificultad, y probablemente con algo de edición se podría mejorar la calidad y aclarar la imagen para que cualquiera pudiera ver exactamente lo que estábamos haciendo.

Voy a vomitar.

Me empezó a arder la piel, y sentí un zumbido en los oídos mientras me asaltaban las preguntas.

¿De dónde había salido el vídeo? ¿Quién lo había conseguido tan rápido? ¿Quién sabía dónde encontrarlo?

A juzgar por el ángulo, la cámara estaba dentro de la sala, aunque Nikolai y Sabrina siempre habían sido muy tajantes sobre no tener cámaras de seguridad en sus dependencias privadas. Alguien debió de ponerla. ¿Esperaban pillar a Nikolai y Sabrina haciendo algo y en su lugar nos pillaron a Rhys y a mí? Y de todos los lugares donde colocar una cámara, ¿por qué hacerlo en una biblioteca a medio construir? ¿Por qué no en un dormitorio o en un despacho?

Y lo más importante de todo... ¿Qué quería la persona que lo había enviado?

38

Bridget

Me pasé toda la semana hecha un manojo de nervios. Intenté ocultarlo, pero todo el mundo se dio cuenta: Rhys, Mikaela, mi familia. Yo le eché la culpa al estrés, pero no estaba segura de que los demás me creyeran.

No le conté a nadie lo del vídeo. Todavía no. El remitente no me había contactado desde entonces, y cuando le escribía, su correo me rebotaba las respuestas. Convencí al equipo de seguridad de Nikolai y Sabrina para repasar el sistema de la casa en busca de alguna grieta, pero no encontraron nada, ni siquiera en la biblioteca.

Debería haberme hecho sentir mejor, pero solo me ponía más en tensión. Fuera quien fuera el remitente, se movía como Pedro por su casa por uno de los edificios mejor custodiados de la ciudad sin que le detectaran, y eso no me gustaba. Ni un pelo.

Mi primer sospechoso era Andreas, pero él no era de esconderse. Si hubiera tenido un vídeo que nos incriminara a Rhys y a mí, me lo habría tirado a la cara. Me habría tentado con él. Probablemente me habría chantajeado. No me lo habría mandado para luego desaparecer durante una semana.

Me había estado buscando en la recepción, y todavía no sabía para qué, ya que llevaba sin verle desde la boda y no había contactado conmigo... Pero eso ocurrió mientras estábamos en la biblioteca.

Y si *no* había sido Andreas, ¿quién podía ser? ¿Y cuándo encajarían las piezas?

Porque había más piezas. Eso estaba claro.

—Algo te preocupa —dijo Rhys mientras volvíamos en coche al palacio después de la ceremonia de inauguración de una tienda solidaria—. No me digas que solo es estrés. No lo es.

Esbocé una sonrisa débil.

—Te crees que lo sabes todo.

Debía contárselo a Rhys. Él sabría qué hacer. Pero una pequeña parte de mí, estúpida y egoísta, tenía miedo de lo que pudiera pasar entre nosotros si se lo contaba. Si descubría que alguien nos había descubierto, ¿se alejaría de mí? ¿Rompería conmigo?

Pero si no se lo contaba, el vídeo podría estallarnos en la cara y le perdería igualmente.

Me dolía la cabeza de la indecisión.

—Lo sé todo sobre ti. —Las palabras de Rhys me llegaron hondo y me llenaron de confianza.

Díselo y punto. Quítatelo de golpe, como una tirita. De otro modo, estaría dándole vueltas al secreto Dios sabe por cuánto tiempo más, como una guillotina a punto de caer.

Pero antes de que pudiera abordar el tema, el coche se detuvo. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que nos estábamos alejando del palacio, en lugar de acercarnos.

Rhys había aparcado en el arcén de la carretera, junto a un bosque a las afueras de Athenberg. Una vez en el instituto fui allí de acampada con Nikolai (bajo estricta supervisión), pero no había vuelto desde entonces.

—Confía en mí —dijo cuando se dio cuenta de mi confusión, que no dejaba de aumentar a medida que me guiaba a través del bosque. Había un sendero abierto entre los árboles, lo que daba a entender que otros debían de haber tomado ese mismo atajo, aunque el bosque tenía una entrada principal con un aparcamiento y una tienda de regalos.

—¿Adónde vamos? —susurré, sin querer romper el imponente silencio que envolvía la arboleda.

—Ya verás.

Siempre tan críptico.

Suspiré, molesta e intrigada a partes iguales.

Una parte de mí le quería contar ya lo del vídeo, pero no quería estropear el momento antes de descubrir la sorpresa.

Excusas, excusas, me susurró mi conciencia.

Sin embargo, al llegar al final del camino, no pude contener un grito ahogado.

—Rhys...

Estábamos en un claro del bosque donde no había nada a excepción de un enorme y precioso cenador. No sabía que hubiera un cenador en el bosque.

Se me encogió el corazón al recordar nuestra primera vez.

—Si nos pillan, sacas la pieza de la reina. —Rhys me tendió la mano. La agarré y le seguí hasta la estructura de madera—. Estamos bastante lejos del camino principal, así que no debería haber problema.

—¿Cómo has encontrado este lugar? Eres como un descubridor de cenadores.

Se rio.

—Quería venir a hacer senderismo por aquí y estudié los planos del bosque. El cenador no es ningún secreto. Pero a la mayoría de la gente le da pereza venir hasta aquí.

—¿Por qué...? —Me volví a callar cuando se puso a toquetear el teléfono y empezó a sonar una música suave.

—Nunca llegamos a bailar en la boda —dijo.

—No te gusta que baile —respondí medio en broma, intentando ocultar la emoción que me abrumaba en el pecho.

Lo que pasó en la biblioteca durante la recepción de Nikolai no se me iba a olvidar nunca.

—Me encanta que bailes. Pero solo conmigo. —Me puso la mano libre en la espalda.

—Si tú no bailas.

—Contigo sí.

Empezó a hacer más calor.

—Cuidado, señor Larsen, o pensaré que te gusto de verdad.

En su boca se dibujó una sonrisa burlona.

—Cariño, creo que ya hemos ido mucho más allá.

Sentí cómo explotaban todas las mariposas de mi estómago y por las venas me empezaba a correr una calidez dulce y dorada.

Por primera vez en días, sonreí.

Me abracé a Rhys, y nos balanceamos al ritmo de la música mientras enterraba la cabeza en su pecho y respiraba su aroma limpio y reconfortante.

Nuestros bailes serían siempre nuestros. Secretos, privados... Prohibidos.

Una parte de mí adoraba los momentos que solo nos pertenecían a los dos, pero otra deseaba que no tuviéramos que escondernos. No éramos ningún secreto obsceno. Éramos lo más bello que existe, y quería compartirlo con el mundo, como merecen compartirse las cosas bonitas.

—¿Adónde te has ido, princesa? —Me acarició la espalda con los nudillos y yo sonreí a pesar de la punzada que sentía en el corazón.

Qué bien me conocía.

—Estoy aquí. —Levanté la cabeza y le besé. Fue un beso suave y lento, en el que nos exploramos con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo.

Aunque no lo tuviéramos.

El beso, la música, el cenador... Era un momento perfecto. Pero, como todos los momentos, no podía durar.

Al final terminaría, y nosotros también.

—¡Bridget, despierta!

A la mañana siguiente, me desperté con unos fuertes golpes en la puerta.

Gruñí, con el cuerpo resistiéndose todavía a moverse, aunque se me aceleró el pulso al oír el pánico en la voz de Mikaela.

—¡Bridget! —Más golpes.

—¡Un momento! —Me obligué a salir de la cama y a ponerme la bata antes de abrir la puerta y toparme con Mikaela, hecha un manojo de nervios y con los ojos como platos. Estaba más pálida de lo habitual, y se le marcaban las pecas como una constelación por toda la nariz y las mejillas.

Vivía a pocos minutos del palacio, pero no habría llegado tan temprano si no hubiera una emergencia.

—¿Qué pasa?

¿Era el vídeo?

Me dio un vuelco el estómago. Dios, debería habérselo contado a Rhys el día anterior, pero no quería estropear el momento en el cenador, y luego..., luego...

Oh, ¿a quién intentaba engañar? Había tenido tiempo de sobra para contárselo después. Pero me había echado atrás como una gallina, y ahora tenía a todo el gallinero en mi propia casa.

Respira. Mantén la calma. Todavía no sabes lo que pasa.

—Es... —Mikaela dudó—. Bridge, pon el *Daily Tea* .

El *Daily Tea* era una empresa de medios de comunicación e información dueña de algunas de las revistas más leídas del país y de uno de los canales de televisión más populares. Algunos lo consideraban un medio basura, pero tenía mucha audiencia.

Mikaela me siguió hasta la sala de estar, donde cogí el mando con las manos temblorosas y encendí la tele.

—... demuestra que la princesa Bridget mantiene una relación con su guardaespaldas, un estadounidense llamado Rhys Larsen. —La voz de la presentadora del *Daily Tea* temblaba de emoción—. Larsen lleva trabajando para la princesa desde su último curso en la prestigiosa Universidad de Thayer en Estados Unidos, y durante años se han acumulado las sospechas sobre su relación...

¿Durante años? Eso era, por decirlo de algún modo, una patraña absoluta. Rhys y yo ni siquiera nos gustábamos hace años.

Miré al televisor sin creer lo que veían mis ojos, mientras nuestras fotos aparecían en pantalla a medida que la periodista hablaba. Caminando juntos por la calle y Rhys con la mano en mi espalda (para esquivar un charco que no había visto, si no recordaba mal). Rhys mirándome a los ojos mientras me ayudaba a salir del coche en una gala benéfica. Yo a su lado, demasiado cerca, en un evento al aire libre unos meses atrás, solo porque estaba helada y necesitaba calor humano.

Todo eran momentos inocentes que, dispuestos de una cierta manera y capturados en un segundo específico, hacían parecer que eran más de lo que eran.

Después aparecieron fotos un poco más explícitas. Rhys matando con la mirada a Steffan en la cita en la pista de patinaje sobre hielo, con aspecto de novio celoso. O presionándome contra el coche en el aparcamiento del Real Jardín Botánico. Los dos saliendo del hotel donde pasamos aquella tarde increíble, con las cabezas demasiado juntas.

¿Cómo demonios habían sacado aquellas fotos? Además de la pista de hielo, no habíamos visto nunca a ningún *paparazzo* que nos siguiera. Una vez más, nos habían pasado factura las distracciones.

Lo bueno era que no mencionaban el vídeo sexual. Si el *Daily Tea* lo tuviera en su poder, sería lo único de lo que estarían hablando.

—¿Esto es verdad? —preguntó Mikaela—. Dime que no es verdad.

—Solo son fotos —dije.

Recuperé el aliento. Solo un poco, porque seguía siendo una movida grande, pero tenía

solución. No tenían el vídeo.

—Podemos...

—*¡BRIDGET!*

Mikaela y yo nos miramos con los ojos como platos al oír el grito de mi abuelo al otro lado del pasillo.

Oh, oh.

Una hora después, estaba en el despacho de mi abuelo con Elin, Markus y Nikolai, que insistió en unirse a la reunión de emergencia. A Mikaela la habían invitado a irse, firme y educadamente. No estaba segura de dónde estaba Rhys, pero suponía que era cuestión de tiempo que apareciera en la conversación.

—Alteza, debe decirnos la verdad. Es la única manera en la que podemos ayudarla a solucionar esto. —Cuando Elin se enfadaba, le temblaba el ojo izquierdo, y ahora le temblaba tanto que parecía que se le iba a salir de la cuenca—. ¿Hay algo de verdad en estas acusaciones?

Estaba en una encrucijada.

Podía mentir, y seguir con la pantomima, o bien podía contar la verdad, y destapar el pastel de una vez.

Si hacía lo último, despedirían a Rhys, aunque probablemente ya estaba en la lista negra, fueran o no verdad las acusaciones. Ya había llamado bastante la atención, y el cotilleo estaba asegurado de cualquier modo. La Casa Real no se podía permitir ese tipo de escándalos.

Pero si mentía, al menos podía ganar algo de tiempo. No mucho, pero sí algo, y eso era mejor que nada.

—Bridge, puedes confiar en nosotros —dijo Nikolai con suavidad—. Estamos para ayudarte.

No te creas, tuve ganas de decir. Estáis para ayudar a la corona y su reputación.

Tal vez era injusto, pero era verdad. No les importaba yo, Bridget. Solo les importaba la princesa, la corona y nuestra imagen.

Mi abuelo y mi hermano me querían, pero llegado el caso, elegirían lo mejor para la familia real como institución por encima de lo mejor para mí.

Tampoco los culpaba. Era lo que tenían que hacer, pero eso significaba que no podía confiar en ellos completamente.

La única persona que me había visto de verdad y que me había puesto como prioridad era Rhys.

Miré a mi alrededor. Ahí estaba mi abuelo, con una expresión hierática a pesar de que le estuviera consumiendo la furia y la preocupación. Markus, con la cara y los labios en tensión, sin duda fantaseando con estrangularme. Elin, que por una vez no estaba mirando el móvil, sino a mí, con el alma en vilo. Y, por último, Nikolai, de lejos el más comprensivo del grupo, aunque con una expresión de cautela.

Pensé en Rhys. En sus manos y su voz áspera, y en cómo me abrazaba. Me besaba. Me miraba, como si no quisiera parpadear nunca.

«Cariño, creo que ya hemos ido mucho más allá.»

Tomé aire, me puse firme y elegí el camino por el que seguir.

—Las acusaciones son ciertas —dije—. Todas.

Todos ahogaron un grito al mismo tiempo. Markus se apretó las sienes mientras Elin se ponía en acción, tecleando en el teléfono tan rápido que casi provoca un huracán de categoría cuatro.

La cara de Edvard se llenó de surcos de decepción.

—Vamos a anular el contrato del señor Larsen, con efecto inmediato —dijo con el tono más severo que le había oído nunca—. Romperás la relación con él y nunca más volverás a verle o a hablarle.

No hablaba como mi abuelo, sino como mi rey.

Me clavé las uñas en los muslos.

—No.

Todos volvieron a ahogar un grito.

Edvard se incorporó, y su expresión hierática se fue transformando en furia. Nunca le había desobedecido en algo tan importante. Le quería, le respetaba y odiaba decepcionarle.

Pero estaba harta y cansada de que los demás me dijeran cómo debía vivir o con quién debía salir. Aunque no tuviera la libertad de una persona normal, una que no hubiera tenido una vida así, tenía que marcar los límites en alguna parte. ¿Cómo iba a mandar en un país si ni siquiera podía mandar en mi propia vida?

—No puedo evitar que despidáis a Rhys —dije—. Pero no voy a romper mi relación con él.

—Oh, por el amor de Dios. —Era la primera vez que oía a Markus hablar así—. Alteza, él es, o era , su guardaespaldas. Es un plebeyo. Usted es la primera en la línea de sucesión al trono, y la ley dicta...

—Ya sé lo que la ley dicta, tengo un plan.

Bueno, medio plan, pero si lo perfeccionaba, sería un plan completo. Sabía lo que tenía que hacer, solo me quedaba averiguar cómo hacerlo. Había un buen puñado de ministros que sabía que apoyarían sin reservas la derogación de la Ley de Matrimonios Reales, pero para convencer a los demás necesitaba un gran apoyo popular.

Sin embargo, si sacaba el tema en ese momento, con todas las acusaciones que había, sería como levantar un cartel que dijera: ¡Es verdad! ¡Estoy saliendo con mi guardaespaldas!

Edvard se puso más rojo aún y Markus me lanzó una mirada asesina.

—¿Cómo? —El consejero de mi abuelo parecía estar a punto de lanzarme a la cabeza uno de los tomos de mil páginas de derecho romano que había en la estantería a mi espalda—. Si cree que el Parlamento va a derogar la ley, créame, no lo hará. Ya hemos pasado por esto con el príncipe Nikolai. Para que lo tengan en cuenta, el presidente tiene que llevar la moción al pleno, y lord Erhall ya ha dejado muy claro que nunca lo hará.

—Se acercan las elecciones —dije—. Si consigo...

Un golpe me interrumpió.

Durante un segundo, creí que Markus había estallado y había lanzado alguna cosa en un arrebato de furia. Pero escuché el grito de Nikolai y me di cuenta con terror de que el sonido no era de algo.

Era de alguien , mi abuelo, que se había desplomado en el suelo.

39

Rhys

—... afirman que el rey se encuentra estable después del infarto que sufrió hace cuatro días. La Casa Real ha pedido al pueblo que por favor respeten la intimidad de la familia real en estos tiempos tan difíciles, y estos días han sido muchas las personas que se han acercado a llevar tarjetas y flores a las puertas del palacio...

La voz del presentador de las noticias salía del televisor de la esquina, y miré fijamente al guardia que tenía delante.

—Voy a ser muy claro —dije con una voz calmada que arropaba la furia que me hervía dentro —. Hoy voy a ver a la princesa Bridget, te guste o no. No quiero hacerlo por las malas.

El guardia se puso firme, a pesar de lo cual le seguía sacando una cabeza.

—¿Me estás amenazando?

Sonreí y él tragó saliva.

—Sí.

—Pues, escúchame, soy un guardia real...

—Me-importa-una-mierda —pronuncié despacio y vocalizando, por si era tan tonto de no darse cuenta de que estaba a esto de clavarle una jeringa en la garganta como no se quitara del medio.

Estábamos en la puerta del ala privada del hospital donde estaba el rey. Habían pasado cuatro días desde las acusaciones sobre mi relación con Bridget y el infarto del rey.

Cuatro días sin verla, sin hablar con ella o sin saber si estaba bien.

Cuatro putos días de infierno.

La Casa Real había rescindido mi contrato el mismo día que salieron a la luz las acusaciones, alegando algo sobre mi incapacidad para hacer mi trabajo debido a la «atención mediática recibida».

No me importaba tanto quedarme sin trabajo, lo cual suponía que iba a ocurrir, como no poder ver a Bridget antes de que los guardias me escoltaran fuera de los terrenos del palacio. Desde ese día no había contestado a mis llamadas ni mensajes, y necesitaba saber si estaba bien para no volverme loco. Joder, ya estaba volviéndome loco.

—Ya no eres su guardaespaldas —dijo el guardia—. Solo se permite el paso a la familia y a

los empleados acreditados. Y de todas formas, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Aunque una parte de mí valoraba que se mantuviera firme, ya que tenía razón, yo no tenía permitido el paso, a otra parte mucho más grande se le estaba agotando la paciencia.

—No es de tu incumbencia. Lo que deberías hacer es echarte a un lado si no quieres tener que explicar al jefe de seguridad de la Casa Real cómo has acabado con la nariz rota.

Lo cierto era que me había tenido que disfrazar como si fuera una estrella del pop huyendo de la prensa para burlar a los *paparazzi* acampados en la puerta del hospital. Los rumores sobre mi relación con Bridget habían pasado a un segundo plano tras el ingreso del rey, pero mi cara estaba en todos los programas de televisión de Eldorra, y no podía arriesgarme a que alguien me reconociera.

Había tanto caos en el hospital que me había colado en la planta vip y había llegado hasta la habitación del rey sin que me pillaran. No decía mucho de la seguridad del hospital ni de la seguridad de la Casa Real, aunque era verdad que se me daba especialmente bien burlar a los guardias y a las cámaras.

El guardia abrió la boca, pero antes de que pudiera decir otra gilipollez, se abrió la puerta. Me dio un vuelco al corazón al ver una melena rubia, que se convirtió en decepción cuando reconocí a Elin con el ceño fruncido.

—Señor Larsen —dijo—. Me pareció oír su voz. —Le hizo un gesto al guardia—. Yo me ocupo.

Puso cara de alivio y yo hice un ruido de disgusto. Había entrenado a reclutas en el ejército con más huevos que él.

Elin abrió más la puerta, y me apresuré a entrar en el ala del hospital reservada al rey. No vi a Bridget, pero podía estar en cualquiera de la media docena de habitaciones que había. Aquello era más grande que las casas de la mayor parte de la gente.

—Supongo que quiere ver a la princesa Bridget. —Elin se cruzó de brazos, tan impecable como siempre, con su moño, su traje y sus tacones. No tenía ni un pelo fuera de su sitio ni una arruga en la ropa.

Levanté la barbilla.

—¿Dónde está?

—En la habitación del rey. Tercera puerta a la izquierda.

Me invadió la desconfianza. No puede ser tan fácil.

—¿Así, sin más?

Elin me dedicó una sonrisa forzada.

—Ya está aquí, señor Larsen, y es fácil adivinar que no se irá sin verla. No quiero hacer un esfuerzo inútil, así que, por favor. —Me señaló el pasillo—. Adelante.

Mi nivel de desconfianza volvió a subir otro escalón, pero, qué coño, a caballo regalado no le mires el diente.

Fui a la habitación del rey, me detuve frente a la puerta y se me formó un nudo en la garganta

al ver a Bridget a través del cristal.

Estaba sentada junto a la cama de su abuelo, sosteniéndole la mano y con un aspecto más pequeño y vulnerable del que jamás la había visto. Incluso a distancia, me di cuenta de que estaba pálida y tenía los ojos rojos.

Sentí una fuerte punzada en el corazón.

Abrí la puerta y entré.

—Hola, princesa.

Mantuve la voz baja para no romper el silencio ni despertar al rey. La luz del sol se filtraba por las ventanas a ambos lados de la cama, dando un toque de alegría al sombrío ambiente, pero en el pecho de Edvard había varios tubos conectados a unos monitores que emitían un pitido constante.

Bridget se quedó inmóvil y tardó unos instantes en volverse hacia mí.

—Rhys. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

Algo no iba bien. Tal vez por la forma en la que evitaba mirarme a los ojos, o la tensión de su rostro, pero se notaba que lo había pasado muy mal los últimos días. No podía esperar que se lanzara a mis brazos con una sonrisa.

—¿Cómo está tu abuelo?

—Mejor. Débil, pero estable. —Le apretó la mano—. Le van a mantener aquí unos días más, pero han dicho que la semana que viene le podrán dar el alta.

—Qué bien. No puede estar muy mal si le dejan irse a casa.

Bridget asintió, todavía evitando el contacto visual, y me invadió la inquietud.

—Vamos a la otra habitación. Se acaba de quedar dormido.

Volvió a apretarle la mano a su abuelo antes de salir al pasillo. Elin se había ido, y en el aire solo quedaba el olor del antiséptico y el débil sonido de los pitidos.

—Aquí. —Bridget me guio hasta una habitación dos puertas más allá—. Aquí es donde he dormido estos días.

Observé el espacio. Tenía un sofá cama, una pequeña cocina y un baño. Una gruesa manta cubría el respaldo del sofá y en la mesa había una botella de Coca-Cola medio vacía, junto a una pila de revistas.

Me imaginé a Bridget durmiendo aquí sola, noche tras noche, esperando a que le dijeran si el estado de su abuelo había empeorado, y sentí una punzada de dolor en el corazón.

Quería estrecharla entre mis brazos y abrazarla con fuerza, pero una extraña distancia entre nosotros me lo impedía. Estaba a unos pocos metros de mí, pero parecían kilómetros.

—Siento no haberte respondido a las llamadas ni a los mensajes —dijo mientras jugueteaba con la manta—. Han sido unos días de locos. La Casa Real está intentando averiguar cómo nos sacaron esas fotos, y entre eso y el ingreso de mi abuelo...

—Lo entiendo. —Ya hablaríamos de esto más tarde—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Tan bien como cabría esperar. —Por fin me miró, con los ojos cansados y sin su brillo habitual, y sentí otra punzada en el corazón—. Nik y yo nos hemos quedado estos días a dormir aquí, pero ahora se ha ido a casa a encargarse de varios asuntos. Ha pospuesto la luna de miel con Sabrina hasta que el abuelo esté mejor. —Dejó escapar una risa débil—. Vaya regalo de bodas, ¿no?

Sí, era una mierda, pero Nikolai y Sabrina me daban exactamente igual. Solo me importaba una persona en el mundo, y en este momento estaba sufriendo.

—Ven aquí, princesa. —Abrí los brazos.

Bridget dudó un momento antes de acortar la distancia entre nosotros y enterrar la cabeza en mi pecho, con los hombros temblorosos.

—Sssh, no pasa nada. —La besé en la cabeza y le acaricié el pelo, con un nudo en el pecho al oírla sollozar. Había soportado fuego de artillería, misiones nocturnas a temperaturas subárticas y más huesos rotos y heridas casi mortales de las que recordaba, pero el llanto de Bridget estaba más cerca de romperme que todas esas cosas juntas.

—Sí, sí que pasa. Por poco le mato. —La voz de Bridget sonaba ahogada, pero su dolor se palpaba con claridad—. Ha tenido el infarto por mi culpa.

La estreché más fuerte, sintiendo cómo su dolor se traspasaba a mis huesos.

—Eso no es verdad.

—Sí. No estabas allí. No sabes... —Se apartó, con la nariz roja y los ojos vidriosos—. Estábamos en una reunión de emergencia por lo que había salido a la luz sobre... nosotros dos. Les confesé que las acusaciones eran ciertas y cuando me dijo que tenía que romper contigo, me negué. Estaba discutiendo con Markus cuando se desmayó. —Parpadeó, con las pestañas brillantes de las lágrimas—. Yo tengo la culpa, Rhys. No me digas que no, porque es así.

Se me partió el corazón en dos. Bridget ya se culpaba a sí misma por la muerte de su madre. Si además de eso, sumaba el infarto de su abuelo...

—Pues no es así —dije con firmeza—. Tu abuelo ya tenía una enfermedad. Podría haberla desencadenado cualquier cosa.

—Sí, pero esta vez he sido yo. Se supone que tenía que reducir sus niveles de estrés, y en un solo día yo sola le di como para un año. —La risa de Bridget sonó hueca mientras se separaba de mí y se rodeaba la cintura con los brazos—. Qué buena nieta soy.

—Bridget... —Volví a por ella, pero negó con la cabeza, con la vista fija en el suelo.

—No puedo seguir con esto.

Todo se quedó en silencio. Mi corazón, mi pulso, el rumor de la nevera y el tictac del reloj de la pared.

¿Seguiría vivo si el corazón me dejaba de latir?

—¿Con qué? —Mi voz sonó extraña en el vacío que habían creado las palabras de Bridget. Más grave, más gutural, como un animal atrapado en una trampa que hubiera hecho él mismo.

Era una pregunta estúpida.

Y sabía la respuesta. Ambos la sabíamos. Una parte de mí llevaba temiendo este momento desde nuestro beso en un pasillo oscuro hace una vida, pero aun así, mantenía la esperanza.

Bridget parpadeó, con sus preciosos ojos azules ensombrecidos de dolor, y mi esperanza sufrió una muerte fulminante.

—Esto. Nosotros. —Nos señaló—. Lo que tuviéramos. Tiene que terminarse.

40

Bridget

No le mires.

Si le miraba, perdería la cabeza, y ya estaba a punto de volverme loca. La ansiedad, la culpa y el agotamiento de los últimos cuatro días se me habían metido en los huesos y me habían convertido en un zombi.

Pero no pude evitarlo. Le miré.

Y el corazón se me rompió todavía en más pedazos.

Rhys me miraba tan fijamente que parecía una estatua, si no fuera por el dolor que se reflejaba en sus ojos.

—¿Tuviéramos? —Ese tono calmado y monocorde nunca era buen presagio.

—Fue bonito mientras duró. —Sentí un amargor en la boca al decir las palabras, como si fueran píldoras de mentiras venenosas con las que me alimentaba para aguantar una hora más, o quizás el resto de mi vida—. Pero la gente ya lo sabe. Todo el mundo nos está mirando. No podemos continuar con... lo que sea que sea esto.

—Bonito —repitió en el mismo tono peligrosamente calmado.

—Rhys. —Me apreté los brazos contra el pecho. El personal del hospital mantenía la temperatura en unos veintidós grados, pero al tocarme la piel la noté fría como el hielo—. Por favor, no me lo pongas más difícil.

Por favor, deja que mi corazón se rompa en paz.

—Y una mierda. —Se le habían oscurecido los ojos grises hasta volverse casi negros, y una vena le palpitaba en la sien—. Dime una cosa, princesa. ¿Lo haces porque quieres, o porque sientes que tienes que hacerlo?

—No siento que tenga que hacerlo. Tengo que hacerlo. —Me atravesó una punzada de frustración, aguda y violenta. ¿Es que no lo entendía?—. Es solo cuestión de tiempo que la prensa confirme las acusaciones. Elin, Markus y mi familia ya lo saben. ¿Qué crees que va a pasar cuando todo salga a la luz?

—¡Su majestad!

—¡Abuelo!

Nikolai, Markus y Elin se acercaron a Edvard corriendo mientras yo me quedaba quieta,

incapaz de moverme.

Debía ir con ellos. Asegurarme de que estuviera bien.

Pero claro que no estaba bien. Acababa de desmayarse... Por mi culpa y por lo que le había dicho. Porque pensé, por un segundo, que podía tener algo de control sobre mi vida.

Si hubiera muerto, nuestra última conversación habría sido una discusión.

—Romperás la relación con él y nunca más volverás a verle o a hablarle.

—No.

Algo dentro de mí se marchitó hasta cerrarse en una cáscara.

—Bridget...

El sonido de mi nombre, profundo y áspero, chocó contra mi fuerza de voluntad, haciendo mella en algo que nunca había tenido el valor de hacer. No con él.

Cerré los ojos, intentando recordar la versión fría e inquebrantable de mí misma que mostraba a los demás. La que me hacía sonreír durante horas de pie y saludar mientras me sangraban los pies por culpa de los tacones. La que me hizo caminar detrás del féretro de mi padre mientras contenía las lágrimas hasta que pude hacerme un ovillo en el baño durante el velatorio.

Pero no podía. Nunca había sido capaz de ocultar a Rhys quién era realmente.

Le oí caminar hacia mí. Olí ese aroma limpio y masculino que se había convertido en el aroma de mi hogar a lo largo de los años, porque significaba que él estaba cerca y yo estaba a salvo. Sentí cómo me secaba con el pulgar una lágrima que ni siquiera sabía que se me había escapado.

No le mires. No le mires.

—Princesa, mírame.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos con más fuerza. Se me formó un nudo de emociones en la garganta que no me dejaba respirar.

—Bridget. —Más firme esta vez, más dominante—. Mírame.

Me resistí durante un minuto más, pero la necesidad de aplacar el dolor palidecía en comparación con la necesidad de empaparme del último pedazo de Rhys Larsen que pudiera.

Le miré.

Unas tormentas grises me devolvieron la mirada, crepitando de agitación.

—El lío de las fotos ya lo resolveremos. —Me agarró la barbilla y me pasó el pulgar por el labio inferior, con expresión errática—. Ya te he dicho que eres mía y no te voy a dejar marchar. Me da igual que me manden a todo el ejército de Eldorra.

Ojalá fuera tan fácil y pudiera sumergirme en su fe y dejarme arrastrar.

Pero nuestros problemas iban mucho más allá de las fotos ahora.

—No lo entiendes. *No* vamos a tener un «felices para siempre». —No éramos un cuento de hadas. Éramos una carta de amor prohibida, metida en el fondo de un cajón y tan solo rescatada en la oscuridad de la noche. Éramos el capítulo de la felicidad antes de que llegara el clímax y todo se convirtiera en cenizas. Éramos una historia que estaba destinada a acabarse—. Y punto.

Mi madre murió al darme a luz.

Mi padre murió cuando volvía de comprar algo que yo le había pedido.

Mi abuelo casi muere porque me negué a renunciar a lo único que me hacía feliz.

Eso me pasaba por ser una egoísta, por querer algo para mí . Las futuras reinas no vivían para sí mismas, sino para su país. Ese era el precio del poder.

Por mucho que intentara cambiar la realidad, seguía siendo la única verdad, y ya era hora de que madurara y la afrontara.

Rhys me apretó la barbilla con más tensión.

—No necesito un «felices para siempre». Necesito estar a tu lado. Necesito que seas feliz, que estés bien y a salvo. Joder, Bridget, te necesito a ti . De todas las maneras en las que pueda tenerte. —Se le quebró la voz por primera vez desde que le conocía, y se me rompió el corazón en respuesta—. Si crees que voy a dejarte sola con toda esta mierda, es que no me conoces en absoluto.

El problema era que *sí* le conocía, y sabía lo único que le podía hacer reaccionar, pero no me atrevía a decirlo ahora.

Un último acto de egoísmo.

—Bésame —susurré.

Rhys no cuestionó mi repentino cambio de tono. En lugar de eso, me rodeó la nuca con la mano y posó sus labios sobre los míos. Fue profundo, salvaje y posesivo, como si nada hubiera cambiado entre nosotros.

Siempre sabía lo que necesitaba sin que yo se lo dijera.

Bebí cada gota de él que pude. Su sabor, su tacto, su olor... Deseaba poder embotellarlo todo para tener algo que me mantuviera caliente durante las noches y los años venideros.

Rhys me levantó y me llevó al sofá, donde me subió la falda, me bajó las bragas y se hundió en mí con una lentitud exquisita y deliberada. Encajando en mí. Llenándome. Rompiéndome en mil pedazos y volviéndome a juntar, una y otra vez.

Aunque me dolía el corazón, mi cuerpo respondió a él como siempre lo había hecho: ansioso, dispuesto y desesperado por más.

Rhys me acarició un pecho y me pasó el pulgar por el pezón, jugando con el sensible bulto hasta que una nueva oleada de calor se apoderó de mi estómago. Mientras tanto, bombeaba dentro de mí, las lentas y pausadas sacudidas de su polla me hacían ver las estrellas al golpear contra un punto concreto.

—Rhys, por favor.

—¿Qué quieres, princesa? —Me pellizcó el pezón, y la repentina aspereza del gesto hizo que se me escapara un jadeo de la boca abierta.

A ti. Para siempre.

Como no podía decir eso, me conformé con gemir:

—Más rápido. Más fuerte.

Bajó la cabeza y sustituyó la mano por la boca, dando vueltas y lamiendo mientras aumentaba el ritmo. Le clavé las uñas en la espalda y, justo cuando me tambaleaba al borde del precipicio, volvió a reducir la velocidad.

Casi grito de frustración.

Más rápido. Más lento. Más rápido. Más lento.

Rhys parecía intuir el momento exacto en que yo estaba a punto de correrme, y variaba la velocidad, llevándome al límite hasta convertirme en un desastre encharcado y lloroso. Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, me embistió y se hundió en mi boca con un beso violento mientras me follaba con tanta fuerza que el sofá se empezó a mover por el suelo con un chirrido.

Exploté en mil destellos. Arqueé el cuerpo y él amortiguó mi grito con un beso mientras me atravesaba otro orgasmo que me dejó exhausta.

Rhys se corrió a continuación con un espasmo silencioso y nos fundimos en un abrazo, con las respiraciones sincronizadas a la par.

Me encantaba el sexo con él, pero aún más el momento de tranquilidad posterior.

—Otra vez. —Le rodeé con los brazos, sin querer salir todavía de nuestra burbuja. Solo un ratito más.

—Eres insaciable —susurró, acariciándome el cuello y la mandíbula con la punta de la nariz.

Sonreí al recordar nuestra tarde en el hotel. Nuestro último momento a solas realmente feliz, antes de que todo se fuera al infierno.

—Te encanta —dije.

—Sí, princesa, me encanta.

Pasamos la siguiente hora así, subiendo a lo más alto y cayendo juntos.

Fue perfecto, como lo habían sido todos nuestros momentos robados juntos. Follamos duro y rápido e hicimos el amor dulce y lentamente. Fingimos que esa era nuestra vida, no solo una instantánea en el tiempo, y yo fingí que el corazón aún me latía en el pecho cuando en realidad los pedazos yacían dispersos a nuestros pies.

—No hay otra manera, alteza. —Elin parpadeó con tristeza un segundo antes de que su expresión se endureciera de nuevo—. Hay que hacerlo.

—No. — Sacudí la cabeza, con la negación hundiéndome las garras en la piel—. Es demasiado pronto. Está bien. Los médicos han dicho...

—Los médicos han dicho que se recuperará... esta vez. Pero lo cierto es que su majestad ha sido hospitalizado dos veces en un año. No podemos arriesgarnos a que ocurra una tercera vez.

—Podemos reducir su carga de trabajo —dije desesperada—. Que sus ayudantes se encarguen del papeleo y de las reuniones más agotadoras. Aún puede seguir siendo rey.

Elin miró a Markus, que estaba de pie en la esquina con la expresión más sombría que le había visto jamás.

—Ya hablamos de esto con su majestad después de su primera hospitalización —puntualizó

—. Dijo expresamente que si sufría otro infarto, daría un paso a un lado.

Recordaba vagamente que mi abuelo había dicho algo así en las semanas posteriores a su primer infarto, pero estaba tan concentrada en la abdicación de Nikolai que había pasado por alto las implicaciones que conllevaba.

—Soy consciente de que tal vez no es el mejor momento para hablar de esto —dijo Elin en otra demostración de empatía—. Pero el estado de su majestad es estable, y tenemos que empezar los preparativos de inmediato.

—Preparativos. —Algo terrible arraigó en mi estómago y se me extendió por el pecho, el cuello, los brazos y las piernas, entumeciéndome de dentro afuera.

Elin y Markus volvieron a intercambiar miradas.

—Sí —dijo Elin—. Los preparativos para su coronación como reina.

Creía que tendría más tiempo, tanto con Rhys como para convencer al Parlamento de que derogara la Ley de Matrimonios Reales, pero no era así. El tiempo se había acabado.

—¿Te acuerdas de Costa Rica? —Los labios de Rhys rozaron los míos mientras hablaba. Estaba tumbado encima de mí, su poderoso cuerpo me engullía, pero había apoyado un antebrazo en el sofá para no aplastarme con su peso.

—¿Cómo olvidarlo? —Era uno de los recuerdos más felices de mi vida.

—Me preguntaste si alguna vez había estado enamorado. Dije que no. —Me besó en la boca con suavidad—. Pregúntame otra vez, princesa.

Se me encogieron los pulmones.

Respira.

Pero era difícil cuando todo me dolía, hasta el punto de que ya no recordaba cómo era *no* sentir dolor. En el corazón, en la cabeza, en el alma.

—No puedo. —Me obligué a apartar a Rhys.

Se me heló la piel inmediatamente ante la ausencia de su calor, y me sacudieron pequeños escalofríos mientras me levantaba del sofá y me dirigía al baño. Me limpié y me recoloqué la ropa con las manos temblorosas mientras su mirada me quemaba la espalda a través de la puerta abierta.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Díselo. Díselo y ya está —. Voy a ser reina.

—Eso ya lo sabíamos.

—No lo entiendes. —Me lavé las manos y volví a la habitación, donde le miré otra vez. La tensión se le marcaba en las facciones y le dibujaba un profundo surco entre las cejas—. No me refiero a algún día. Me refiero a que voy a ser reina dentro de nueve meses.

Rhys se quedó congelado.

—Y eso no es todo. —Apenas podía hablar por culpa del nudo en la garganta—. Debido a la Ley de Matrimonios Reales, tengo que...

—No lo digas. —Habló en voz tan baja que apenas le oí.

—Tengo que casarme, o al menos comprometerme, antes de la coronación. —Ya me esperaba una oleada de reacciones en contra de que ocupara el trono tan pronto. Necesitas toda la buena voluntad política que puedas conseguir , había dicho Markus. Le odiaba, pero tenía razón—. Yo...

—No lo digas.

—Me voy a casar con Steffan. Él ya ha aceptado.

No era un matrimonio de amor. Era un contrato político. Nada más y nada menos. Markus se había puesto en contacto con los Holstein el día anterior y les había hecho firmar un acuerdo de confidencialidad antes de hacer la propuesta. Aceptaron unas horas después. Todo había sucedido tan rápido que aún me daba vueltas la cabeza.

Así de fácil, ya estaba prometida, al menos en teoría. Según el acuerdo, Steffan se declararía oficialmente el próximo mes, cuando se hubiera calmado el caos por la hospitalización de mi abuelo. Además, el compromiso haría que las acusaciones sobre mi relación con Rhys desaparecieran de los titulares, como Elin había indicado de forma poco sutil.

Rhys se levantó del sofá. Ya se había arreglado la ropa. Iba todo de negro. Camisa negra, pantalones negros, botas negras, expresión negra.

—Y una mierda.

—Rhys, ya está decidido.

—No —dijo rotundamente—. ¿Qué te dije en el cenador, princesa? Dije que a partir de ese momento, ningún otro hombre te iba a tocar, y lo decía en serio. Te aseguro que no te vas a casar con otro. Tenemos nueve meses. Ya averiguaremos cómo coño lo hacemos.

Quería estar de acuerdo. Quería ser egoísta y robar algo más de tiempo con él, pero eso no sería justo para ninguno de los dos.

Ya había tenido a Rhys durante tres años. Era hora de dejarle ir.

Ya basta de ser egoísta.

—¿Y si quiero casarme con otra persona?

Rhys respiró profundamente por la nariz.

—No me mientas. Apenas conoces a Steffan. Has salido con él tres putas veces.

—El matrimonio real no consiste en conocer a alguien. Consiste en la conveniencia, y lo cierto es que él me conviene y tú no. —Esperaba que Rhys no notara cómo me temblaba la voz —. Además, Steffan y yo tenemos el resto de nuestras vidas para conocernos.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y en su expresión se reflejó un dolor tan crudo y visceral que me atravesó el alma.

—Soy la princesa heredera al trono, y tengo que actuar como tal —dije, odiándome más a cada segundo—. En todos los ámbitos de mi vida. No puedo estar con un guardaespaldas. Yo... —Las lágrimas se me atascaron en la garganta, pero me las tragué—. Estoy destinada a estar con un duque. Y los dos lo sabemos.

Rhys se estremeció. Fue un gesto pequeño, pero que me perseguiría para siempre.

—Así que hemos terminado. Así de simple —dijo en voz baja, lleno de dolor.

No, no es así de simple. Nunca sabrás hasta qué punto me rompe el corazón.

—Lo siento —susurré.

Deseaba poder decirle que nunca había sido tan feliz como cuando estaba con él.

Deseaba poder decirle que no era por el trono ni por el poder, y que si pudiera, daría un reino por él.

Pero «*lo siento*» fueron las únicas palabras que tenía permitido decir.

La emoción se borró de los ojos de Rhys hasta convertirse en un muro de acero, más duro e impenetrable incluso que el día que nos conocimos.

—No, alteza —dijo—. Yo lo siento.

Y se fue.

Estaba allí y, al minuto siguiente, se había ido.

Me derrumbé, me fallaron las rodillas mientras me hundía en el suelo y las lágrimas calientes me quemaban las mejillas y me goteaban por la barbilla. Sentía tanta presión en el pecho que no me llegaba el oxígeno a los pulmones, y estaba segura de que me moriría ahí mismo, en el suelo del hospital, a pocos metros de los mejores médicos y enfermeras del país. Pero ni siquiera ellos podrían arreglar lo que yo acababa de romper.

—Tienes que mudarte.

—¿Disculpa?

—Tu casa. Es una pesadilla para la seguridad. No sé quién eligió este sitio, pero tienes que mudarte.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—No. Pero espero estarlo algún día.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, señor Larsen.

En el cerebro se me agolpaban retazos de recuerdos mientras hundía la cara contra la manta que cubría el sofá, amortiguando mis sollozos.

—¿Alteza? —La voz de Elin sonó a través de la puerta, seguida de unos golpecitos—. ¿Puedo pasar?

No. Preferiría no volver a hablar contigo nunca más.

Pero tenía responsabilidades que cumplir y un compromiso que planear.

Me obligué a ralentizar mis sollozos hasta que se disiparon.

Respiraciones profundas y controladas. La cabeza inclinada hacia arriba. Músculos tensos.

Era un truco que había aprendido y que me había resultado útil en varias ocasiones a lo largo de los años.

—Un momento —dije después de calmarme. Me levanté del suelo y me eché agua en la cara antes de arreglarme el pelo y la ropa. Abrí la puerta, con la columna vertebral rígida—. ¿Qué pasa?

Si Elin me notó algún enrojecimiento persistente en los ojos o en la nariz, no dijo nada.

—He visto salir al señor Larsen.

Me tembló la barbilla durante una fracción de segundo antes de apretar los labios.

—Sí.

—Entonces, está hecho. —Me miró con una mirada escrutadora.

Respondí con un breve movimiento de cabeza.

—Bien. Es lo correcto, alteza —dijo en un tono mucho más suave del que estaba acostumbrada—. Ya lo verá. Y ahora... —Volvió a ser la misma de siempre—. ¿Repasamos los planes de la propuesta de matrimonio de lord Holstein?

—Claro —dije con la voz hueca—. Vamos a repasar los planes de la propuesta de matrimonio.

41

Rhys

El primer sorbo de alcohol me quemó. Y también el segundo. Sin embargo, cuando llevaba media botella de *whisky* , dejó de quemar y empezó a nublarme los sentidos, que era lo mejor que podía pasarme.

Desde que Bridget me había dejado dos días antes, había caído en picado. Y sin frenos. No había salido de la habitación del hotel desde que volví del hospital, en parte porque no tenía adónde ir y en parte porque no tenía ninguna intención de enfrentarme a los *paparazzi* . Ya tenía bastantes problemas como para que encima me arrestaran por agresión.

Me llevé la botella a los labios mientras veía el *Daily Tea* . Habían dado de alta a Edvard el día anterior, y ahora que la vida del rey ya no corría peligro, la prensa había vuelto su atención a las especulaciones sobre mi relación con Bridget.

Si ellos supieran.

El *whisky* me abrasó la garganta y desembocó en mi estómago.

Era mejor que apagara el programa, porque la mitad de lo que decían era una patraña absoluta (como que Bridget y yo habíamos participado en una orgía con una pareja de estrellas del pop en el sur de Francia), pero aunque fuera un acto de masoquismo, verla en pantalla era la única forma de conseguir mi dosis.

No era adicto al alcohol, todavía no, pero sí lo era a Bridget, y ahora que ya no la tenía, estaba pasando por el síndrome de abstinencia.

Piel húmeda, náuseas, dificultades para dormir. Ah, sí, y un puto agujero gigante del tamaño de Alaska en el pecho. Eso no aparecía en el listado de síntomas de la página web de Narcóticos Anónimos.

«No puedo estar con un guardaespaldas. Estoy destinada a estar con un duque.»

Habían pasado días, pero el recuerdo todavía cortaba con más profundidad que un cuchillo de caza afilado. Bridget no lo había dicho en serio. Y yo lo sabía. Esas palabras habían sido crueles, y ella era de todo menos cruel. Pero reflejaban demasiado mis dudas (que yo no era lo suficientemente bueno y que ella se merecía algo mejor) como para no afectarme.

Me terminé la botella. La tiré a un lado con asco, lleno de odio por haber caído tan bajo que había recurrido al alcohol y aún más por haber dejado las cosas con Bridget de aquella manera.

La había abandonado en el peor momento, cuando la ira y el dolor anulaban todo lo demás, y me había arrepentido incluso antes de llegar al vestíbulo.

Ella había hecho lo que creía que tenía que hacer y, aunque me rompiera el corazón, no era culpa suya.

Como si fuera una señal, en la pantalla apareció un plano de Bridget saliendo del hospital con su hermano y el rey. Iba muy elegante y arreglada, como siempre, pero su sonrisa parecía vacía mientras saludaba a la prensa. Estaba sola y triste, dos estados que siempre traté de evitar en ella.

Me ardía el pecho, y no era por el *whisky* . Y, al mismo tiempo, algo se intensificó en mi interior: la determinación.

Bridget no era feliz. Yo no era feliz. Y ya era hora de que hiciera algo al respecto.

Me importaba una mierda lo que dijera la ley. No se iba a casar con Steffan. Si era necesario, iría a ver a todos y cada uno de los ministros del Parlamento para obligarlos a reescribir la ley.

Llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

Me puse rígido al oír una voz familiar.

Dos segundos más tarde, abrí la puerta con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones haces aquí?

Christian arqueó una ceja.

—¿Te parece bonito saludar así a tu jefe?

—Que te den por culo.

Se rio sin muchas ganas.

—Tan simpático como siempre. Ahora déjame entrar para limpiar toda esta mierda.

Apreté los dientes y me hice a un lado, lamentando ese día, esa semana y toda mi vida en general.

Entró y recorrió con la mirada mi maleta a medio hacer y los restos de la cena del servicio de habitaciones sobre la mesa baja antes de detenerse en la botella de *whisky* vacía.

Puso cara de sorpresa, aunque la disimuló enseguida.

—Qué triste —dijo—. ¿Estás en el mejor hotel de Athenberg y no te puedes permitir un *filet mignon* ?

A primera vista, Christian aparentaba ser el estereotipo de *playboy* encantador y simpático. Aunque tenía treinta y un años, podría haber pasado por veinteañero, y se aprovechaba de ello. La gente le veía la cara de niño bonito y los trajes italianos a medida y le subestimaba. No se daban cuenta de que era un lobo con ropa cara hasta que era demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí, Harper? —repetí.

Ya lo sabía, por supuesto. Me había echado la bronca por teléfono la semana anterior después de que se hicieran públicas las noticias sobre mi relación con Bridget, pero no esperaba que viniera tan pronto, con Magda aún desaparecida.

Debería haberme anticipado y no lo hice, lo que demostraba lo jodido que estaba por lo de

Bridget. No podía pensar con claridad. Solo podía pensar en dónde estaría ella, con quién y qué estaría haciendo.

Me daba igual que me hubiera roto el corazón. Como alguien le hiciera daño a mi princesa en cualquier sentido (física, mental o emocionalmente), lo pagaría con el infierno.

—Adivina adivinanza. —Christian se apoyó en la encimera, con expresión despreocupada, pero mantenía una mirada dura que expresaba lo contrario—. Tu clienta, Larsen. La futura reina.

—Solo son rumores de la prensa rosa, y ella ya no es mi clienta. —Necesito otro trago.

Ya entendía por qué la gente recurría al alcohol como consuelo. Porque recuperaba una parte perdida de nosotros mismos, o al menos daba esa falsa impresión.

—Se te ha olvidado. Sé cuándo me mientes. —Christian bajó la voz varios tonos. Su ira era fría, no caliente, y cuando se callaba era justo cuando la gente corría y se agachaba para cubrirse —. Y aunque no lo supiera, ¿te crees que no he investigado la situación yo mismo? Lo que has hecho es una falta por la que podría despedirte.

—Pues despídeme. —Tenía suficientes ahorros como para mantenerme bastante tiempo, y la idea de hacer de guardaespaldas de alguien que no fuera Bridget no me atraía en absoluto.

El pensamiento se cristalizó y echó raíces dentro de mí.

—En realidad, ¿sabes qué? Renuncio.

Christian se me quedó mirando fijamente.

—Así de simple.

—Así de simple. —Hice un gesto sombrío con la boca—. La he jodido, y lo siento. Pero he terminado con el juego de los guardaespaldas.

Repiqueteó los dedos en la cómoda. Mirando. Pensando.

—Supongo que has roto con la princesa, teniendo en cuenta los rumores que estoy escuchando sobre ella, Steffan Holstein y algo de un compromiso.

Un gruñido retumbó en mi garganta, pero él lo ignoró.

—¿Por qué sigues aquí, Larsen? Viviendo como un ermitaño y emborrachándote . —Hizo una mueca de desagrado. Christian poseía una de las colecciones de bebidas alcohólicas más extensas y caras del país. No tenía nada en contra de la bebida, pero supuse que le molestaba mi forma de hacerlo—. Tú no bebes.

—Pues parece que ahora sí.

—Es hora de irse. No lo digo como tu jefe, sino como tu amigo. Esto... —Señaló a su alrededor en la habitación—. Es patético. Por no mencionar que tu visado caduca pronto. No tiene sentido alargar lo inevitable.

Estaba en Eldorra con un visado especial gracias a mi anterior empleo en el palacio, pero caducaba a finales de mes ahora que ya no trabajaba para ellos.

—Ya no eres mi jefe —dije con frialdad—. Me iré cuando me dé la gana.

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado? Usa la cabeza, Larsen —espetó Christian—. La que tienes sobre los hombros, no entre las piernas. ¿O tan bueno es ese coño real...?

Se me escapó un gruñido del pecho. No llegó a pronunciar el resto de la frase antes de que yo atravesara la habitación en dos zancadas y le estampase contra la pared.

—Vuelve a hablar así de ella y te arranco los dientes para dártelos de comer.

Christian parecía imperturbable, a pesar de que estaba a dos segundos de que le partieran la cara.

—Nunca antes te había molestado. Y cuidadito con el traje. Me lo acaban de hacer a medida.

—Has hecho mucho por mí estos años. —El peligro flotaba en el aire, tan denso que casi podía saborearlo. Estaba deseando pelearme, y él era el candidato perfecto—. Pero si no tienes cuidado con lo que dices, este es el fin de nuestra amistad.

Me evaluó con una mirada afilada.

—Bueno, bueno. —En su voz intuí una pizca de sorpresa y diversión—. Nunca pensé que llegaría este día. Rhys Larsen enamorado.

Enamorado.

Nunca había estado enamorado. Nunca había querido estar enamorado. Joder, ni siquiera sabía lo que era el amor. Siempre había oído hablar de él, pero no lo había experimentado, hasta que conocí a una mujer que rompió mi férrea coraza como nadie lo había hecho antes. Alguien que adoraba la lluvia y los animales y el helado de chocolate en las noches tranquilas. Alguien que vio todas mis cicatrices y mi fealdad y aun así me encontró digno y, de alguna manera, llenó las grietas de un alma que jamás pensé que podría volver a estar completa.

Puede que no supiera lo que era el amor, pero sabía que estaba enamorado de Bridget von Ascheberg, hasta el punto de que ni siquiera yo (a quien mejor se le daba negarse a sí mismo todo lo bueno de la vida) podía negarlo.

La idea me atravesó como una bala en el pecho, y solté a Christian.

—No lo niegas —señaló. Sacudió la cabeza—. No tengo nada en contra del amor, aparte del hecho de que lo encuentro tedioso, aburrido y totalmente innecesario. La gente que se enamora es la más insufrible del planeta. —Se miró con desdén una pelusa del traje antes de quitársela—. Y si eso es lo que quieres, adelante. Pero no de la princesa.

—Mi vida personal no es de tu incumbencia.

Su mirada se tornó compasiva y me dieron ganas de volver a estamparle contra la pared. Era un buen resumen de nuestra extraña amistad. Había uno que siempre quería matar al otro. Así había sido desde que nos conocimos en Tánger, donde le salvé de una muerte lenta y dolorosa a manos de un caudillo militar al que había cabreado.

A veces, como ahora, deseaba haberle dejado a merced de aquel caudillo.

—Vete de Eldorra. Ya. Antes de que las cosas se te vayan de las manos todavía más —dijo Christian—. Da igual los desvíos que tomes, en esa historia solo hay un final posible. Córtala antes de que te impliques demasiado y no puedas salir.

Demasiado tarde. Ya me había implicado demasiado.

—Fuera —dije.

—Te crees que estoy siendo muy cruel, pero intento ayudarte. Tómatelo como si te estuviera devolviendo el favor de Tánger.

—Fuera-de-aquí.

—De verdad quieres hacer esto. —No era una pregunta.

—Es mi problema lo que haga o deje de hacer.

Christian suspiró.

—Si insistes en seguir por ese camino, tengo algo que puede ser de tu interés. Investigué un poco cuando salieron a la luz esas fotos tan entrañables de ti con la princesa. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño sobre—. Vas a querer ver esto. Pronto.

No lo cogí.

—¿Qué coño es eso?

Nunca confíes en Christian Harper cuando te lleva un regalo. Ese debería ser el lema vital de todo el mundo.

Pero nada podría haberme preparado para lo que dijo a continuación.

—La identidad de tu padre. —Hizo una pausa—. Y de tu hermano.

42

Rhys

Era curioso cómo un solo momento podía cambiarte la vida.

Mi madre estaba viva y, de un momento a otro, ya no lo estaba.

Mis compañeros de escuadrón estaban vivos y, de un momento a otro, todo se hizo pedazos. Literalmente.

Sabía cuál era mi lugar en el mundo y, de un momento a otro, se había puesto patas arriba solo con desplegar una hoja de papel.

La noche anterior me había vuelto loco en todos los sentidos y, mientras miraba fijamente la casa situada delante de mí, seguía planteándome la sensatez de mi decisión de hacer una visita a mi hermano. No había tanta seguridad como esperaba, y eso que la casa estaba en uno de los barrios más seguros del norte de Athenberg.

Hasta ahora, los únicos hermanos que había tenido eran los de mi unidad de la Marina. ¿La idea de tener un hermano de verdad ? Me jodía un poco, para ser sincero.

Me dirigí a la puerta principal y llamé, con la piel erizada de expectación.

Christian se había marchado esa mañana. Había hecho el viaje más rápido de la historia de los viajes internacionales, pero tenía un lío entre manos en Estados Unidos, así que no podía culparle.

Sin embargo, era propio de él soltar una bomba y luego marcharse.

Mi hermano respondió a la segunda llamada. Si le sorprendió verme en su puerta sin avisar un jueves por la tarde, no lo demostró.

—Hola, señor Larsen.

—Hola, hermano. —No me molesté en irme por las ramas.

A Andreas se le borró la sonrisa. Me miró durante varios segundos antes de abrir más la puerta y echarse a un lado.

Entré, y mis zapatos chirriaron en el reluciente suelo de mármol.

Quitando algunos toques de blanco, toda la casa era gris. Paredes gris claro, muebles grises, alfombras grises. Era como entrar en una nube de lluvia cara.

Andreas me condujo hasta la cocina, donde sirvió dos tazas de té y me dio una.

No la acepté. No había ido a tomar el té.

—Lo sabías. —Fui directo al grano.

Mi rechazo pareció molestarle y depositó la taza en la encimera con cara de pocos amigos.

—Sí.

—¿Por qué coño no has dicho nada?

—¿Por qué crees, señor Larsen? El mundo cree que soy un príncipe. Y soy un príncipe. ¿De verdad crees que pondría eso en peligro para reclamar el parentesco con un guardaespaldas estadounidense que, debo decir, ha sido bastante grosero conmigo en cada interacción que hemos tenido?

Me quedé mirando a Andreas.

—¿Cómo te enteraste?

Cuando Christian me dio el papel con los nombres de mi padre y mi hermano, había estado a punto de tirarlo. En el fondo sabía que abrirlo me traería problemas. Pero, al final, no pude resistirme.

Dos nombres.

Andreas von Ascheberg, mi medio hermano.

Arthur Erhall, mi padre.

Nuestro padre.

Resultaba que estaba emparentado con las dos personas que más odiaba de Eldorra.

Andreas guardó silencio durante un largo rato.

—Cuando me enteré de que Nikolai iba a abdicar, me... preocupé. Por Bridget. Nunca le ha importado mucho el trono, y no me parecía que le gustara mucho Eldorra. Había pasado tanto tiempo fuera del país que daba esa impresión. Pensaba que no era adecuada para el cargo de reina.

Un alambre de púas se me clavó en el corazón al oír el nombre de Bridget.

Melena rubia. Ojos brillantes. Una sonrisa que podía iluminar incluso mi alma, fría y muerta.

Solo habían pasado tres días y ya la echaba tanto de menos que me habría cortado el brazo derecho por poder verla en persona, pero llevaba encerrada en el palacio desde que salió del hospital. Probablemente estaba ocupada planeando su compromiso con Steffan.

Me sentía como si tuviera ácido en las venas y me obligué a concentrarme en lo que Andreas decía en lugar de volver a entrar en bucle.

—Ya veo que no tienes una buena opinión de mí, pero quiero lo mejor para el país. Eldorra es mi hogar, y se merece un buen monarca.

El insulto implícito me puso furioso.

—Bridget sería una muy buena monarca.

—Sí, bueno, tú no eres el más imparcial, ¿no? —dijo Andreas—. Contraté a alguien para que investigara lo que había hecho durante su estancia en Nueva York. Que averiguara en qué había estado pensando. Y me dijeron que vosotros dos parecíais muy... íntimos. Más íntimos de lo que suelen ser un guardaespaldas y su clienta.

—Mentira. Habría notado que nos seguían.

—Estabas distraído, y además no era solo una persona. Eran varias. —Andreas se rio de mi expresión sombría. ¿Cómo coño no me había dado cuenta de que nos seguían?—. No te sientas tan mal. Nadie iba a hacerle daño. Solo estaban para conseguir información. Me daba curiosidad el guardaespaldas que parecía tener tan enamorada a mi prima, así que le pedí a mi gente que indagara en tus antecedentes, incluida tu ascendencia.

Endureció la expresión.

—Imagina mi sorpresa cuando descubrí que teníamos el mismo padre. El mundo es un pañuelo.

Su tono seguía siendo ligero, pero la tensión de su mandíbula sugería que no estaba tan despreocupado como quería hacerme creer.

La historia era verosímil, excepto por el hecho de que hubiera pasado por alto que alguien nos seguía. Me había distraído, pero no creía que tanto .

Recordé mi enfrentamiento con Vincent en el Borgia, el viaje de última hora a Costa Rica y las miles de pequeñas cosas que yo jamás podría haber hecho antes de estar con Bridget.

«No me involucro en la vida personal de mis clientes. Estoy aquí para salvaguardar tu integridad física. Punto. No estoy aquí para ser tu amigo, ni tu confidente, ni ninguna otra cosa. Esto asegura que mi competencia no se vea comprometida.»

Me pasé una mano por la cara. Joder.

—Digamos que eso es cierto. ¿Me quieres explicar cómo eres un príncipe cuando tu padre es un simple lord?

Erhall. De todas las personas, tenía que ser Erhall.

Sentí cómo me subía la bilis a la garganta al recordar que éramos parientes.

Andreas cerró los ojos.

—Mi madre tuvo un romance con Erhall. Mi padre (mi verdadero padre, aunque no fuera el biológico) no lo supo hasta que ella se lo contó antes de morir. Hace seis años, de cáncer. Supongo que quería irse con la conciencia tranquila. Mi padre no me lo contó hasta antes de morir él, hace tres años. —Soltó una breve carcajada—. Al menos mi familia sabe llevarse los secretos a la tumba. Literalmente.

—¿Lo sabe Erhall?

—No —dijo Andreas con demasiada brusquedad—. Y no lo sabrá. Mi padre fue quien me crio, no Erhall. Mi padre... —Se le ensombreció la cara—. Era un buen hombre, y me quería lo suficiente como para tratarme como a su propio hijo incluso después de descubrir que no lo era. Erhall, en cambio, es una rata llorona.

Resoplé. Al menos estábamos de acuerdo en algo.

Andreas volvió a sonreír mientras le daba otro sorbo al té.

—Te voy a contar un secreto. No quiero el trono. Nunca lo he querido. Si me tocara, lo asumiría, por supuesto, pero prefiero que sea otro el que desempeñe ese papel, siempre y cuando

sea capaz. El trono es el asiento más poderoso, pero también la jaula más pequeña del palacio.

—Eso es una completa mentira —gruñí—. Has dejado claras tus intenciones en múltiples ocasiones. Las reuniones con el rey y el portavoz, la «conveniente» visita a mi casa la noche antes de la boda de Nikolai. ¿Te acuerdas?

—Bridget necesitaba un empujón —dijo con frialdad—. Quería ver si era capaz de luchar por la corona. Pero también volví porque... —Dudó durante un breve segundo—. Quería darle una oportunidad a Erhall. Ver si podíamos conectar de alguna manera. Por eso pedí ser su sombra durante sus reuniones, más que por mi deseo de ser rey. En cuanto a la visita a tu casa, estaba tratando de ayudarte. No soy un idiota, señor Larsen. ¿O debería llamarte Rhys, ahora que ambos sabemos que somos hermanos?

Le fulminé con la mirada y se rio.

—Señor Larsen, entonces —dijo—. Sabía que pasaba algo entre tú y Bridget mucho antes de que se hiciera pública la noticia. No tenía la confirmación, pero podía verlo en vuestra forma de miraros. Es una elección difícil, el amor o el país. Nikolai ya había elegido. Y Bridget, bueno, supongo que también. Pero, antes de que aceptara casarse con Steffan —el ácido de mis venas se espesó y se me acumuló en el estómago—, tuvisteis una oportunidad. Pensé en daros un pequeño empujón. Tú eres mi hermano y ella es mi prima . Dos de los pocos familiares que me quedan. Tómatelo como mi buena acción del año.

—Qué altruista —dije con evidente sarcasmo—. Deberían canonizarte.

—Ríete todo lo que quieras, pero estaba dispuesto a juntaros porque estáis claramente enamorados, incluso aunque eso significara tener que tomar el relevo si Bridget abdicaba. ¿No es eso un sacrificio?

Sí que era un sacrificio. Pero no lo iba a admitir delante de Andreas.

Me daba vueltas la cabeza con tal cantidad de información nueva. Había muchas posibilidades de que Andreas me estuviera engañando, pero mi instinto me decía que no era así.

—Por poco le cuento a ella lo de nuestro padre. En la recepción de la boda de Nikolai. No ayuda mucho con la Ley de Matrimonios Reales, ya que exige que el monarca se case con alguien de legítimo nacimiento noble. Tú naciste fuera del matrimonio y nunca fuiste reconocido por Erhall como su hijo, y ni siquiera sabe que eres su hijo, así que no cumples los requisitos. —Andreas se terminó el té y dejó la taza en el fregadero—. Pero desapareció de la recepción y, antes de que pudiera hablar con ella, se hicieron públicas las imágenes del *Daily Tea* . —Se encogió de hombros—. *C’est la vie.*

Maldita sea. Esperaba que ahora que sabía que era el hijo de un lord...

—Si no ayuda con la ley, ¿por qué se lo ibas a decir? —pregunté.

—Porque tengo una idea de cómo podría ayudar de forma indirecta. —Andreas sonrió—. Incluso podría ayudarte a recuperar a Bridget si trabajas lo bastante rápido. Holstein tiene previsto proponerle matrimonio el mes que viene. Estoy dispuesto a ayudarle...

—¿Pero? —Siempre había un «*pero*» en este tipo de juegos.

—Pero deja de tratarme como a un enemigo y sí como... Tal vez no un hermano, pero sí un colega. Somos, después de todo, el único familiar directo que nos queda, aparte de nuestro querido padre. —En la cara de Andreas brilló un destello fugaz.

—Así es. —Sentí una descarga de desconfianza en el estómago. Parecía demasiado fácil.

—Eso es todo. Lo tomas o lo dejas.

Se me ocurrió algo.

—Antes de responder, quiero saber una cosa. ¿Alguna vez te has metido en mi casa a fisgar cuando yo no estaba?

Me miró con extrañeza.

—No.

—La verdad.

Andreas se puso recto, con expresión ofendida.

—Soy un príncipe. No fisgo en las casas de huéspedes —la palabra rezumaba desdén— como un vulgar ladrón.

Apreté los labios. Decía la verdad.

Pero si él no había sido, ¿quién entonces?

Suponía que ya no importaba, teniendo en cuenta que ya no vivía allí, pero el misterio me irritaba.

Sin embargo, tenía cosas más importantes en las que concentrarme.

No confiaba en Andreas. Puede que en ese momento estuviera siendo sincero, y que no quisiera robarle la corona a Bridget, pero eso no significaba que fuera a serlo siempre.

Desgraciadamente, me estaba quedando sin tiempo y sin opciones.

Espero no arrepentirme de esto.

—Tu idea —dije—. Te escucho.

43

Bridget

La Casa Real volvió a asignarme a Booth de guardaespaldas. Llevaba de un humor de perros desde que Rhys se había ido, y el personal del palacio consideró que me ayudaría que le sustituyeran por alguien de mi confianza.

Booth asumió el puesto después de que Rhys dejara el hospital dos semanas atrás, y aunque nadie podía sustituir a Rhys, me gustó reencontrarme con la sonrisa de Booth.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad, alteza? —dijo mientras esperábamos a Elin y Steffan en mi despacho. Normalmente no iba con escolta dentro del palacio, pero se hacía la excepción en las reuniones con invitados externos.

Forcé una sonrisa.

—Sí.

Booth dudó y añadió:

—Han cambiado muchas cosas estos años. No soy el señor Larsen, pero lo haré lo mejor que pueda.

Sentí una punzada de dolor al oír el nombre de Rhys.

—Lo sé. Me alegro mucho de que hayas vuelto. De verdad.

Y aun así, me seguían consumiendo los recuerdos de ese pelo oscuro, esos ojos metálicos, esas cicatrices y esas sonrisas difíciles de sacar.

Hubo un tiempo en el que habría dado todo por volver a tener a Booth de guardaespaldas. En las semanas inmediatas a su partida, le había maldecido a diario por haberme dejado sola con Rhys.

Rhys, insufrible, dominante y arrogante, que se negaba a dejarme caminar por la parte externa de la acera y se tomaba cada salida a un bar como una misión en zona de guerra. Que fruncía el ceño más de lo que reía y que discutía más de lo que hablaba.

Rhys, que había planeado un viaje improvisado para que yo pudiera completar mi lista de deseos, aunque fuera en contra de todos sus instintos como guardaespaldas, y que me besó como si el mundo se estuviera acabando y yo fuera su última oportunidad de salvación.

El dolor se agudizó y se me extendió por la garganta, los ojos, el alma.

Estaba por todas partes. En la silla donde nos habíamos besado, en el escritorio donde

habíamos follado, en un retrato que nos hacía mucha gracia porque el artista había dibujado al hombre con una ceja más alta y torcida que la otra, dándole una permanente expresión de sorpresa.

Incluso aunque no estuviera en el despacho, él estaba siempre ahí, atormentándome.

La puerta se abrió, y me apreté la rodilla con la mano para calmarme mientras entraban Elin y Steffan.

—Gracias por venir —dije mientras Steffan tomaba asiento delante de mí. Era la primera vez que le veía en persona desde que aceptó el compromiso.

Me dedicó una sonrisa que parecía casi tan forzada como la mía.

—Por supuesto, alteza. Al fin y al cabo, nos vamos a comprometer.

Por la forma en la que lo dijo, me planteé que tal vez yo no era la única obligada a este acuerdo. En nuestras dos primeras citas se había mostrado bastante entusiasta, pero desde que había vuelto de Preoria estaba distante y distraído.

Recordé la tensión que había notado entre él y Malin.

Se hizo un silencio muy incómodo antes de que Elin se aclarara la garganta y sacara un bolígrafo y un cuaderno.

—Excelente. ¿Empezamos entonces la reunión, alteza? Lo primero es el momento y el lugar de la proposición. Lord Holstein se declarará dentro de tres semanas en el Real Jardín Botánico. Será un buen recordatorio de su segunda cita. Le diremos a la prensa que mantuvieron una correspondencia regular mientras él estaba en Preoria para que no parezca que la proposición ha surgido de la nada...

La reunión se alargó. La voz de Elin se desvaneció en una corriente de ruido de fondo, mientras Steffan se mantenía recto en su silla con la mirada vidriosa. Me sentí como si estuviera asistiendo a la negociación de una fusión empresarial y, en cierto modo, era algo así.

Justo el cuento de hadas soñado.

—... tu luna de miel —dijo Elin—. ¿Alguna idea?

Su mirada de expectación me sacó del lugar al que me había escapado mentalmente mientras divagaba sobre las entrevistas con los medios de comunicación y de las opciones de vestuario para la pedida de mano.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Tenemos que decidir el lugar de la luna de miel —repitió—. París es un clásico, aunque sea un cliché. Las Maldivas son populares, pero se están poniendo demasiado de moda. Podríamos elegir un lugar más singular, tal vez en América Central o del Sur. Brasil, Belice, Costa Rica...

—¡No!

Todos dieron un salto cuando pegué el grito. Booth puso los ojos como platos y Elin frunció el ceño en un reproche.

Solo Steffan mantuvo una expresión neutral.

—No, a Costa Rica no —repetí con más calma, con el corazón a mil—. A cualquier sitio menos allí.

Preferiría ir de luna de miel a la Antártida sin más ropa que un bikini.

Costa Rica era mía y de Rhys. De nadie más.

Número cuatro de la lista de deseos.

«¿Has estado enamorada alguna vez?»

«No. Pero espero estarlo algún día.»

«Mira arriba, princesa.»

Un ardor familiar me empezó a quemar por detrás de los ojos, y me obligué a controlar la respiración hasta que se pasó.

—De todas formas, todavía es muy pronto para hablar de la luna de miel. —Mi voz sonó lejana, como las de los sueños—. Ni siquiera estamos comprometidos aún.

—Queremos ultimar todos los detalles lo antes posible. Planear una boda real y una coronación el mismo año no es poca cosa —dijo Elin—. La prensa querrá saber.

—Primero la pedida de mano. —Mi tono no dio lugar a réplica—. La prensa puede esperar.

Ella suspiró, con la boca tan apretada que temí que se le quedara así para siempre.

—Sí, alteza.

Después de una hora, por fin terminamos la reunión y Elin salió corriendo a otra con mi abuelo. Edvard se estaba recuperando bien después del ingreso, pero aún no habíamos hablado de Rhys ni de lo que había pasado en su despacho antes del infarto.

No tenía problemas con eso. Pero no estaba preparada para esa charla.

Mientras tanto, Steffan seguía en su silla. Repiqueteaba los dedos en los muslos y tenía una mirada vidriosa que dio paso a algo más sombrío.

—¿Puedo hablar contigo, alteza? ¿A solas? —Miró a Booth, que me miró a mí.

Asentí con la cabeza y Booth salió de la habitación.

Una vez que la puerta se cerró, dije:

—Puedes llamarme Bridget. Sería raro que estuviéramos comprometidos y me siguieras llamando alteza.

—Mis disculpas. La costumbre, alte... Bridget. —Hizo un gesto de incomodidad antes de añadir—: Espero que esto no sea demasiado incómodo, pero quería hablar contigo en relación con, eh..., el señor Larsen.

Cada músculo se tensó. Si había una persona con la que menos quería hablar de Rhys, aparte de con mi abuelo, era con mi futuro prometido.

—No te voy a preguntar si la... noticia es cierta —añadió Steffan apresuradamente. Él sabía que lo era. La cara de seta de Rhys durante nuestra primera cita, la maceta rota en el Real Jardín Botánico, el día que se encontró con nosotros en el hotel... Podía ver cómo encajaban las piezas en su cabeza—. No es asunto mío lo que hicieras antes de nuestro... compromiso, y sé que no soy tu primera opción como marido.

Me ruboricé de culpa. Si nos casáramos, no sería la única atrapada en una unión sin amor.

—Steffan...

—No, no pasa nada. —Sacudió la cabeza—. Esta es la vida que nos ha tocado. Mis padres se casaron por conveniencia política, y los tuyos también.

Es cierto. Pero mis padres se querían. Tuvieron suerte, hasta que dejaron de tenerla.

—Tú no me quieres, y no espero que lo hagas. Nosotros..., bueno, solo hemos hablado un par de veces, ¿no? Pero disfruto de tu compañía, e intentaré ser un buen consorte. Tal vez no sea el romance de cuento de hadas que soñaste, pero podemos tener una buena vida juntos. Nuestras familias, al menos, serán felices. —Aparte de la pizca de amargura que tiñó su última frase, Steffan sonaba como si estuviera leyendo el texto en un teleprónter.

Le examiné mientras miraba fijamente el escritorio, con el rostro tenso y las manos agarradas a las rodillas con los nudillos blancos. Reconocí más que de sobra esa expresión y esa postura. Últimamente vivía en ellas.

—¿Es Malin?

Steffan levantó la cabeza, con una expresión parecida a la de un ciervo delante de los faros de un coche.

—¿Perdón?

—La mujer de la que estás enamorado —dije—. ¿Es Malin?

Steffan tragó saliva.

—Y qué importa.

Tres palabras. Una confirmación de algo que ambos ya sabíamos.

Ninguno de los dos quería esto. Nuestros corazones pertenecían a otras personas, y si nos casábamos, sería cómodo. Agradable. Lo segundo mejor.

Pero no sería amor. Nunca sería amor.

—Creo que importa bastante —dije con suavidad.

Steffan suspiró profundamente.

—Cuando te conocí en tu baile de cumpleaños, tenía toda la intención de ir a por ti —dijo—. Eres genial, pero entonces en Preoria... Ella era la ayudante que tenía mi madre mientras se recuperaba. Estuvimos los dos solos en la casa, además de mi madre, y, poco a poco, sin que me diera cuenta...

—Te enamoraste —terminé.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Ninguno de los dos lo vio venir. Al principio no nos soportábamos. Pero sí, me enamoré. —Se le borró la sonrisa—. Mi padre se enteró y me amenazó, no solo con repudiarme si no rompía la relación, sino con asegurarse de que Malin no volviera a trabajar en Eldorra. Y él nunca va de farol. No cuando está en juego una relación con la familia real. —Steffan se pasó la mano por la cara—. Lo siento, majes... Bridget. Soy consciente de que no es muy apropiado que comparta esto, teniendo en cuenta nuestro acuerdo.

—Está bien. Te entiendo. —Mejor que la mayoría de la gente.

—Tenía el presentimiento de que me entenderías.

Saqué a relucir algo a lo que había estado dando vueltas desde nuestro encuentro en el hotel.

—Si estabais juntos, ¿por qué te insistió para que me invitaras a salir?

En los ojos le brilló un destello de tristeza.

—El hotel fue nuestra última vez juntos —dijo—. Mi padre había vuelto a Preoria y la despidió como ayudante de mi madre, así que tuvimos que irnos a algún sitio donde no nos... Donde pudiéramos estar a solas. Ella estaba al tanto de la situación contigo y de lo que mi padre esperaba de mí. Fue su manera de despedirse.

Intenté imaginarme empujando a Rhys a los brazos de otra mujer y me estremecí de solo pensarlo.

Apenas conocía a Malin, pero me daba pena.

—Lo siento.

—Yo también.

Nos quedamos un momento en silencio antes de que Steffan se aclarara la garganta y se colocara recto.

—Pero me gusta tu compañía, Bridget. Creo que hacemos buena pareja.

Esbocé una sonrisa triste.

—Sí, yo también lo creo. Gracias, Steffan.

Me quedé en el despacho después de que se fuera, mirando las cartas sobre el escritorio, el sello real y el calendario colgado en la pared.

Tres semanas para la pedida de mano.

Seis meses para mi boda.

Nueve meses para mi coronación.

Ya me lo imaginaba. El vestido, la iglesia, el juramento de la coronación, el peso de la corona en la cabeza.

Cerré los ojos con fuerza. Sentí que las cuatro paredes se me echaban encima y el rugido de la sangre me retumbaba en los oídos, anulando cualquier otro sonido.

Me había acostumbrado a la idea de ser reina. En realidad, una parte de mí estaba emocionada por asumir el cargo y actualizarlo al siglo XXI . La monarquía tenía muchas costumbres anticuadas que ya no tenían sentido.

Pero no esperaba que ocurriera tan rápido, ni tampoco que ocurriera sin Rhys a mi lado, aunque fuera solo como mi guardaespaldas.

Severo y firme, gruñón y protector. Mi roca y mi ancla en la tormenta.

«Respira, princesa. Eres la futura reina. No dejes que te intimiden.»

Me pregunté si Rhys se habría ido ya de Eldorra, y si se acordaría de nosotros dentro de diez, veinte, treinta años.

Me pregunté si, cuando me viera en la televisión o en una revista, pensaría en Costa Rica y en

la tormenta del cenador y en la tarde lánguida en aquella habitación de hotel, o si solo sentiría una chispa de nostalgia y pasaría de largo por el recuerdo.

Me pregunté si yo le atormentaría tanto como él a mí.

—Ojalá estuvieras aquí —susurré.

Mi deseo rebotó en las paredes y flotó por la habitación, persistiendo un momento antes de desvanecerse en la nada.

Unas horas después, seguía en el despacho cuando apareció mi abuelo.

—Bridget, quiero hablar contigo.

Levanté la vista de mi pila de cartas ciudadanas, con la mirada borrosa.

Había estado trabajando desde mi reunión con Elin y Steffan, y había liberado a Booth hacía tiempo.

El trabajo era lo único que me mantenía en pie, pero no me había dado cuenta de lo tarde que se había hecho. El sol de la tarde se colaba por las ventanas y proyectaba largas sombras sobre el suelo, y me rugía el estómago. Solo había comido un yogur y una manzana (comprobé el reloj) siete horas antes.

Edvard estaba en la puerta, con la cara cansada, pero con un color notablemente mejor que hacía unos días.

—¡Abuelo! —Salté de la silla—. No deberías estar levantado tan tarde.

—Si ni siquiera es la hora de cenar todavía —refunfuñó mientras entraba y se sentaba delante de mí.

—Los médicos han dicho que necesitas descansar.

—Sí, y ya he tenido bastante estas últimas dos semanas para el resto de mi vida. —Levantó la barbilla en un ángulo obstinado, y yo suspiré.

No se podía discutir con él cuando se ponía así.

Si había algo que Edvard odiaba, era no tener nada que hacer. Había reducido la carga de trabajo, como le habían indicado los médicos, pero como sus obligaciones como rey le habían impedido dedicarse a ningún pasatiempo a lo largo de los años, se estaba volviendo loco de aburrimiento, un hecho que no dejaba de mencionar cada vez que nos veía a mí o a Nikolai.

—¿El programa de Cartas Ciudadanas? —Examinó los documentos que había en mi escritorio.

—Sí, estoy terminando las de esta semana. —No mencioné la acumulación de correos electrónicos en la bandeja de entrada oficial. Incluso con dos asistentes ayudándome, estábamos desbordados. Resultó que los ciudadanos de Eldorra tenían mucho que decir.

Estaba encantada con el éxito del programa, pero sería necesario contratar a más personal pronto. Profesionalizarlo, en lugar de tratarlo como un proyecto secundario.

—Hay algunos temas que me gustaría plantear en la próxima reunión de la junta —dije—. Me imagino que Erhall estará emocionado.

—Erhall no se ha emocionado desde que fue elegido presidente hace diez años. —Edvard se

puso los dedos bajo la barbilla y me observó—. Lo estás haciendo bien. Te mantienes firme, incluso cuando trata de socavarte. Te has convertido en una persona muy importante en los últimos meses.

Tragué saliva con fuerza.

—Gracias. Pero yo no soy tú.

—Por supuesto que no, pero no deberías intentar serlo. Ninguno de nosotros debe esforzarse por ser nadie más que nosotros mismos, y tú no eres menos que yo ni que nadie. —La expresión de Edvard se suavizó—. Sé que la perspectiva de convertirte en reina es abrumadora. ¿Sabías que yo estuve hecho polvo durante los meses previos a mi coronación?

—¿Ah, sí? —No me podía imaginar a mi abuelo, tan orgulloso y regio, nervioso por nada.

—Sí. —Se rio—. La noche antes de la ceremonia, vomité en la maceta favorita de la reina madre. Tendrías que haberla oído gritar cuando descubrió el... regalo que le dejé.

Una pequeña carcajada me brotó de la garganta ante la imagen que crearon sus palabras. Mi bisabuela había muerto antes de que yo naciera, pero había oído que era una mujer de armas tomar.

—La cuestión es que es normal sentirse así, pero tengo fe en ti. —Edvard le dio un golpecito al sello real de mi escritorio—. Tu coronación llega antes de lo que cualquiera de nosotros esperaba, pero serás una buena reina. No me cabe ninguna duda.

—Ni siquiera he terminado la formación —dije—. Nik estuvo toda la vida formándose para asumir el cargo, y yo solo llevo unos meses. ¿Y si lo estropeo todo?

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral y volví a apretar la mano contra la rodilla para evitar que rebotara.

—Nadie espera que seas perfecta, aunque pueda parecerlo —dijo Edvard—. Admito que hay menos margen para que un rey o una reina cometan errores, pero tú puedes cometerlos, siempre que aprendas de ellos. Ser un líder no tiene nada que ver con los conocimientos técnicos. Tiene que ver contigo como persona. Tu compasión, tu fuerza, tu empatía. Todo eso lo tienes a raudales. Además... —Se le arrugaron los ojos en una sonrisa—. No hay mejor manera de aprender que trabajando.

—Mientras millones de personas miran.

—Hay que saber trabajar bajo presión —reconoció.

Mi risa sonó oxidada después de una semana sin usarla.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo? —Me corroía la incertidumbre, y traté de no pensar en lo que habría hecho mi madre en mi lugar. La elegancia con la que habría manejado todo mucho mejor que yo.

—Lo sé. Pero ya estás tomando responsabilidades en las reuniones con el presidente, sabes enfrentarte a Erhall, y la gente te quiere. —Edvard irradiaba tanta confianza que me recordó a Rhys, que no había dudado ni una sola vez de mi capacidad para hacer nada.

«No necesitas una corona para ser reina, princesa.»

Dios, le echaba de menos. Más de lo que nunca pensé que echaría de menos a alguien.

—Estoy aquí siempre que quieras hablar de cualquier cosa de la corona, pero hoy no venía a eso. —Edvard me examinó, con la mirada incisiva a pesar de su convalecencia—. Quería hablar contigo , Bridget. No con la princesa.

Me invadió la inquietud.

—¿Qué pasa conmigo?

—Eres profundamente infeliz, querida. Lo has sido desde que salí del hospital. —Me dirigió una sonrisa irónica—. Por mi propio bien, daré por hecho que no estás devastada porque haya salido de esta. Pero da la casualidad de que el marco temporal coincide con cierta pedida de mano próxima y la marcha de cierto guardaespaldas.

El escritorio se nubló y parpadeé para recuperar la visión.

—Estoy bien. Tenías razón. Tenía que romper con él, y Steffan será un buen consorte.

—No me mientas. —La voz de Edvard se agravó con una autoridad regia, y me estremecí—. Eres mi nieta. Sé cuándo me estás mintiendo, y sé cuándo no eres feliz. Ahora mismo, me mientes y no eres feliz.

Tomé la prudente decisión de no responder.

—Estaba, y sigo estando, bastante molesto por tu relación con el señor Larsen. Fue una insensatez, y la prensa todavía está haciendo el agosto con eso. Pero... —Dejó escapar un suspiro lleno de tristeza y empatía—. Eres, ante todo, mi nieta. Quiero que seas feliz por encima de todo. Pensaba que tu relación con él era algo pasajero, pero a juzgar por la manera en la que vagas por ahí como una zombi con el corazón roto, supongo que no era el caso.

Me pellizqué debajo del escritorio para asegurarme de que no estaba soñando. Un dolor agudo me confirmó que, en efecto, la frase «zombi con el corazón roto» había salido de la boca de mi abuelo.

Pero por muy raras que sonaran sus palabras, tenía razón.

—No pasa nada —dije, recordando lo que había dicho Steffan ese mismo día—. Ya es tarde. Estaba intentando derogar la Ley de Matrimonios Reales antes de que se convirtiera en un problema, pero ya no hay tiempo.

—Quedan nueve meses, si no recuerdo mal.

—Y tres semanas para la pedida de mano —señalé.

—Mmm. —El sonido parecía cargado de significado.

No podía estar insinuando lo que creía que estaba insinuando.

—Abuelo, tú quisiste que rompiera con Rhys. Todo este tiempo me has presionado para que me casara con Steffan y... —Se me formó un nudo de emoción en la garganta—. Te dio un infarto cuando me negué.

Puso cara de terror.

—¿De verdad piensas eso? —Edvard se incorporó, con los ojos como platos—. Bridget, no fue por tu culpa ni por ninguna otra cosa. Fue por una acumulación de estrés. En todo caso, fue

culpa mía por no escucharte ni a ti ni a Nikolai. —Hizo un gesto de preocupación—. Debería haber reducido mi carga de trabajo, y no lo hice. El infarto llegó en un momento desafortunado, pero *no* fue culpa tuya. ¿Entendido?

Asentí, mientras el nudo de emoción se expandía por todo mi cuerpo. Sentía una presión en el pecho, y la piel me ardía y se me helaba en oleadas.

—No te culpo por lo que ha pasado. Ni lo más mínimo —dijo—. Y, por decreto real, te ordeno que dejes de culparte tú también.

Esbocé una sonrisa débil al mismo tiempo que una lágrima me resbalaba por la mejilla.

—Oh, cielo. —Edvard suspiró profundamente—. Ven aquí.

Abrió los brazos y yo rodeé el escritorio y le abracé, respirando su aroma tan familiar, a cuero y a colonia cara. Noté cómo se aflojaba algo la presión que tenía dentro desde que le había dado el infarto.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de cómo necesitaba su perdón.

—Eres mi nieta, quiero que seas feliz. —Edvard me estrechó entre sus brazos—. No podemos romper la ley, pero eres una chica muy inteligente, y tienes nueve meses. Haz lo que tengas que hacer. ¿Entiendes lo que te digo?

—Creo que sí —susurré.

—Bien. —Se retiró y me dio un beso en la frente—. Piensa como una reina. Y recuerda, los mejores gobernantes son aquellos capaces de manejar igual de bien el palo que la zanahoria.

«Los mejores gobernantes son aquellos capaces de manejar igual de bien el palo que la zanahoria.»

Las palabras de Edvard se quedaron flotando mucho tiempo después de que se marchara y el sol de la tarde se convirtiera en el frío azul del crepúsculo.

Cogí el teléfono, con la cabeza acelerada por todas las implicaciones que tendría lo que estaba dispuesta a hacer.

Tenía un as en la manga, pero no me había planteado la idea hasta ahora porque era manipuladora, tramposa y estaba completamente en contra de mi moral.

No era una zanahoria ni un palo. Era el equivalente a una bomba nuclear.

Pero aunque en teoría tenía nueve meses, respetaba demasiado a Steffan como para humillarle rompiendo con él después de la pedida de mano, en caso de que lograra derogar la Ley de Matrimonios Reales. Tampoco podía cancelar la pedida sin una buena razón. La Casa Real se hundiría.

Así que tenía tres semanas para conseguir que Erhall, que me despreciaba, presentara una moción a la que ya se había declarado en contra y convenciera a tres cuartas partes del Parlamento de anular una de las leyes más antiguas de la nación.

La bomba nuclear era mi única opción viable.

Recorrí mi lista de contactos hasta llegar al nombre que buscaba. Dudé mientras pasaba el pulgar por la pantalla.

¿De verdad quería hacer esto? ¿Sería capaz de vivir conmigo misma?

«Esta es la vida que nos ha tocado.»

«Tenemos nueve meses. Ya averiguaremos cómo coño lo hacemos.»

«Cariño, creo que ya hemos ido mucho más allá.»

Marqué el número. Contestó en el primer tono.

—Te llamo para un asunto personal. —Me salté el saludo y fui directa al grano. Si alguien valoraba la eficiencia, era él.

—Estaba esperando tu llamada. —Prácticamente pude ver la sonrisa de Alex Volkov a través del teléfono, seria y gélida—. ¿Qué puedo hacer por ti, alteza?

44

Bridget

Me había vuelto loca pidiendo ayuda a Alex. Por mucho que saliera con Ava, y por mucho que fuera menos... sociópata desde que habían vuelto el año pasado, no me fiaba ni un pelo de él.

Pero, a pesar de todo, quería a Ava de verdad, y me debía una por haberle dado un empujón antes de irme a Nueva York. Si no lo hubiera hecho, todavía estaría deprimido por haber roto con ella y aterrorizando a todo el mundo a su alrededor.

Nuestra llamada de cuatro días antes había sido breve y concisa. Le dije lo que quería y me confirmó que podía conseguirlo. No dudaba de su capacidad, porque era Alex, pero no me había dado una fecha de entrega y desde entonces estaba en ascuas.

—Alteza. —Booth habló a un volumen más bajo de lo habitual, y su cuerpo temblaba de nervios mientras caminábamos hacia mi habitación. Acabábamos de volver de un evento en el Teatro Nacional de la Ópera, y había estado tan distraída pensando en mi plan que no me había preguntado por qué Booth me acompañaba a mi *suite* cuando normalmente nos despedíamos en la entrada del palacio.

—¿Sí? —Levanté una ceja cuando Booth miró furtivamente el pasillo vacío. Era buen guardaespaldas, pero como espía era malísimo.

—Léelo cuando te quedes sola —dijo en un tono casi imperceptible mientras me deslizaba un trozo de papel en la mano.

Fruncí el ceño.

—¿Qué...?

Una sirvienta dobló la esquina y Booth retrocedió tan rápido que por poco se estrella contra el jarrón de porcelana de una mesa auxiliar cercana.

—Bueno —dijo, ahora con la voz tan fuerte que me dio un susto—. Si eso es todo, alteza, me retiro. —Volvió a susurrar—: No se lo digas a nadie.

Hizo un gesto con la mano y se fue a toda velocidad por el pasillo hasta desaparecer por la misma esquina que había doblado la doncella.

Fruncí el ceño aún más.

¿Qué narices? No era propio de Booth ser tan críptico, pero hice lo que me pidió y esperé a cerrar la puerta tras de mí antes de desdoblar el papel. A Booth no le pegaba nada darme notas

secretas. Lo que había...

El tiempo se detuvo. La sangre se me subió a la cara y el estómago se me encogió ante el garabato atropellado y familiar que tenía entre las manos.

Esta noche a las 21.00, princesa. Dos sillas.

No había firma, pero no la necesitaba.

Rhys seguía en Eldorra.

Me invadió una descarga de alivio, seguida de ansiedad y de una punzada de pánico. No habíamos hablado desde el hospital, y no habíamos terminado exactamente en buenos términos. ¿Por qué se acercaba ahora, dos semanas y media después? ¿Cómo había convencido a Booth para que me enviara una nota a escondidas? ¿Qué...?

—¡Bridget!

Durante un segundo, pensé que la llamada de mi nombre venía de otra habitación, pero entonces levanté la vista y vi a una morena bajita dentro de mi *suite* .

Me invadió otra descarga de alivio, esta vez de otro tipo.

—¡Ava! ¿Qué haces aquí? —Me guardé corriendo la nota de Rhys en el bolsillo, donde se quedó vibrando entre la seda y mi piel.

Su rostro se convirtió en una amplia sonrisa.

—¡Sorpresa! He venido a verte, por supuesto. Y no vengo sola.

En ese momento, Jules apareció en el salón vestida con un abrigo verde que me resultaba familiar.

—Buenas tardes, alteza —canturreó.

Ladeé la cabeza.

—¿Ese es mi abrigo?

—Sí —dijo sin ninguna vergüenza—. Me encanta. Me resalta el color del pelo. —El esmeralda, en efecto, le resaltaba el pelo rojo.

—Tu armario es *flipante* . Luego necesito un *tour* en profundidad.

—Ya has hecho un *tour* en profundidad tú solita. —Stella se acercó por detrás, con un elegante vestido blanco que hacía brillar su piel aceitunada. Como la *influencer* de moda de nuestro grupo, su armario rivalizaba con el mío, aunque sus elecciones de ropa eran más informales—. Te has pasado media hora cotilleando su colección de zapatos.

—Se llama investigación —dijo Jules—. Voy a ser abogada. Los tacones potentes son esenciales para pisotear a la acusación.

Dejé escapar una suave carcajada mientras abrazaba a mis amigas, y mi sorpresa se fue transformando en emoción. No las había visto en persona desde que volví a Eldorra, y no me había dado cuenta de cuánto había echado de menos nuestras charlas hasta ahora.

Sin embargo, me contuve en saludar a la última persona del grupo con un abrazo.

—Alex. —Saludé con la cabeza al novio de Ava, aunque esa es una palabra demasiado sosa

para describirle. Los novios eran dulces y amables. Alex tenía los ojos fríos y su comportamiento era más frío si cabe, por lo que era cualquier cosa menos eso, aunque su expresión subía varios grados cuando miraba a Ava.

—Bridget.

Ninguno de los dos dimos señales de haber interactuado más allá de este tipo de ambientes grupales. Me sentí mal al ocultarle a Ava mi llamada, pero cuanto menos supiera de lo que estábamos haciendo, mejor. La negación plausible era importante.

—Vimos en las noticias lo que pasó con tu abuelo y Rhys. —Ava frunció el ceño con preocupación—. Queríamos venir antes, pero Jules tenía que terminar las prácticas y yo no he podido tomarme días libres hasta ahora. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien. Mi abuelo está mucho mejor. —No mencioné a Rhys a propósito.

—Sabía que tenías algo con ese guardaespaldas tan guapo. Nunca me equivoco —bromeó Jules antes de ponerse también seria—. ¿Necesitas algo de nosotras, cariño? ¿Que nos liemos a leches con algún *paparazzo* ? ¿O que te cubramos mientras te escapas a una cita de medianoche con tu amante? Puedo teñirme de rubia.

—J, Bridget te saca una cabeza —dijo Stella.

Jules levantó un hombro.

—Es lo de menos. Nada que no arreglen unos tacones.

Me volví a reír, aunque la nota de Rhys me ardía en el bolsillo. «21.00. Dos sillas»—. ¿Cómo habéis entrado aquí?

—Nikolai nos ayudó con la sorpresa —dijo Jules—. Lástima que esté cogido. Tu hermano está bueno.

—Nos vamos a quedar el fin de semana —añadió Stella, apartándose un rizo suelto de la cara. Tenía los ojos verdes, la piel oscura y unas piernas fantásticas; era la persona más guapa que conocía, y aunque ella era plenamente consciente del efecto que su aspecto tenía en los demás (especialmente en los hombres) nunca presumía de ello—. Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo, pero no podemos cogernos tantos días libres.

—No pasa nada. Me alegro de que hayáis venido. —El nudo de soledad en mi estómago se aflojó un poco. Por mucho que quisiera releer la nota de Rhys una y otra vez hasta memorizar cada curva de las letras, también quería pasar el rato con mis amigas. Había pasado demasiado tiempo.

—Decidme. ¿Qué me he perdido?

Como no tenía ninguna reunión en lo que quedaba de día, pasé la tarde poniéndome al tanto con mis amigas mientras Alex atendía una serie de llamadas de trabajo. Les hablé de mi formación, de la gira de buena voluntad y del baile de cumpleaños. Ellas me hablaron de sus trabajos, de sus citas fracasadas y de su viaje por carretera al Parque Nacional de Shenandoah.

Finalmente, pasamos los temas ligeros y llegamos al tema jugoso.

—Tú y Rhys. —Ava me apretó la mano—. ¿Qué pasó?

Dudé, sin tener claro cuánto contarles, y al final me decanté por una versión breve y aséptica de la historia, empezando por cuando me enteré de la abdicación de Nikolai y terminando con nuestra ruptura en el hospital. Lo conté todo sin derrumbarme, lo que consideré una gran victoria.

Una vez que terminé, mis amigas se quedaron boquiabiertas, con caras que iban del asombro a la tristeza y la empatía.

—Joder —dijo Jules—. Tu vida es un culebrón.

—No exactamente. —Los culebrones solían tener finales felices, y el mío seguía en el aire.

—¿Hay algo que podamos hacer? —La empatía se reflejó en el rostro de Stella. Por una vez, no estaba pendiente del teléfono, lo cual era un gran logro, ya que prácticamente vivía en internet.

Negué con la cabeza.

—Ya lo averiguaré.

Si Alex lo consigue. Volví la vista hacia la ventana, donde estaba él de pie hablando por teléfono en ruso a toda velocidad.

—Se solucionará, cariño. —Jules irradiaba confianza—. Siempre hay solución. Si no es así, declara la ley marcial y diles que te quedas con la corona *y* con el guardaespaldas buenorro. ¿Qué van a hacer, guillotinarte?

Sonreí. Siempre podía contar con las ideas de bombero de Jules.

—No funciona así, pero a lo mejor lo hacen.

—Que se jodan. Que lo intenten. Si lo hacen, Alex se encargará de ellos. ¿A que sí, Alex? —Jules puso una voz burlona y cantarina.

Alex la ignoró.

—Deja de provocarle —dijo Ava—. No siempre puedo salvarte.

—No le estoy provocando. Es un cumplido. Tu hombre es capaz de conseguir cualquier cosa. —Cuando Ava se dio la vuelta, Jules se inclinó y susurró—: Le tiene completamente a su merced. Mira. —Levantó la voz hasta un nivel de pánico—. ¡Dios mío! Ava, ¿estás sangrando?

Alex levantó la cabeza de golpe. Menos de cinco segundos después, colgó la llamada y fue directo a Ava, que tenía aspecto confuso y se quedó con la mano inmóvil, a punto de coger un bollo de la mesa.

—Estoy bien —dijo Ava mientras Alex la examinaba en busca de alguna herida. Le lanzó una mirada asesina a Jules—. ¿Qué te acabo de decir?

—No puedo evitarlo. —A Jules le brillaron los ojos de picardía—. Es muy divertido. Es como jugar con un juguete mecánico.

—Hasta que el juguete cobra vida y te mata —murmuró Stella lo suficientemente alto como para que todos la oyeran.

Alex miró a Jules con antipatía. Sus rasgos eran tan perfectos que resultaba un poco desconcertante, como ver a una estatua cuidadosamente esculpida cobrando vida. A algunas

personas les gustaba eso, pero yo prefería a los hombres un poco más imperfectos. Prefiero mil veces las cicatrices o una nariz ligeramente torcida por haberse roto demasiadas veces a la perfección.

—Reza para que Ava y tú sigáis siendo amigas para siempre —dijo Alex con la suficiente frialdad como para ponerme la piel de gallina.

Jules no pareció inmutarse por la amenaza implícita.

—En primer lugar, Ava y yo seremos amigas para siempre. En segundo lugar, atrévete, Volkov.

Ava suspiró.

—¿Ves con lo que me has dejado sola en Washington? —me dijo en voz baja.

Me solidaricé con ella.

Mis amigas se quedaron una hora más antes de irse a cenar. Rechacé su invitación, alegando que tenía algunos asuntos oficiales que atender con urgencia, pero prometí enseñarles el palacio por la mañana.

Miré a escondidas el reloj.

Faltaban tres horas para las nueve de la noche.

Me dolía el estómago de los nervios. ¿Qué diría cuando viera a Rhys? ¿Y qué diría él ? No quería contarle mi plan hasta estar segura de tener todas las piezas en su sitio y, de todos modos, a lo mejor no le parecía bien. Mis métodos no eran muy honestos, la verdad.

—Ahora mismo salgo. —Alex le dio un beso en la frente a Ava—. Voy al baño un momento.

Cuando todos salieron, me volví hacia Alex y me crucé de brazos.

—Ya has tardado bastante. Y podrías haberme avisado de que ibas a venir.

—Dirijo una de las empresas más importantes del país. Tengo otros asuntos que atender además de tu vida personal. —Se estiró las mangas de la camisa—. Si quieres también puedes buscar el significado de «sorpresa». Ava insistió.

Suspiré, sin ganas de meterme en discusiones con él.

—Vale. ¿Tienes lo que necesito?

Alex se metió la mano en el bolsillo y sacó una memoria USB.

—Información sobre los ciento ochenta miembros del Parlamento de Eldorra, como me pediste. —Información , otra forma de decir material de chantaje—. Una vez te entregue esto, estamos en paz.

—Entiendo.

Me examinó durante unos segundos antes de depositar el USB en mi mano extendida.

Cerré los dedos en torno al diminuto dispositivo mientras se me aceleraba el corazón como un conejo asustado. No me puedo creer que esté haciendo esto. Yo no era una chantajista. Pero necesitaba alguna ventaja, y rápido, y esa era la única forma que se me ocurría para conseguirla.

Esperaba no tener que recurrir a la información. Sin embargo, a medida que el reloj avanzaba y los ministros rechazaban mis ruegos de manera educada pero firme, aumentaban las

probabilidades de tener que hacerlo.

—Admito que estoy impresionado —dijo Alex—. No creí que tuvieras el valor. Tal vez sí que tengas madera de reina, después de todo.

Cómo no , Alex pensaba que el buen liderazgo se basaba en la manipulación y el engaño. Su filósofo favorito probablemente era Maquiavelo.

—Alex —dije—. No te lo tomes a mal, pero eres un cabrón.

—Esa es una de las cosas más agradables que me han llamado nunca. —Miró el reloj—. Te daría las gracias, pero me da igual. Confío en que te las apañarás a partir de aquí. —Señaló con la cabeza la memoria USB.

—Sí. —Se me ocurrió algo. No debía preguntar, porque tenía la sensación de que no me iba a gustar la respuesta, pero...—: También tienes material para chantajearme a mí, ¿no?

No había hecho muchas cosas en mi vida por las que me pudieran chantajear, excepto mi relación con Rhys cuando era un secreto... y lo que estaba haciendo ahora.

Qué irónico.

Alex curvó ligeramente los labios.

—La información es poder.

—Si algo se filtra, Ava nunca te perdonará.

Era la única amenaza que funcionaba contra él.

No creía que fuera a revelar nada, pero con Alex Volkov nunca se sabía.

Su expresión se tensó.

—Con esto concluye nuestro acuerdo, alteza. —Se detuvo en la puerta—. Te sugiero que busques primero en la familia de Arthur Erhall. Hay información que te resultará muy interesante.

Desapareció en el vestíbulo, dejándome tan solo con el USB y una sensación de malestar en el estómago.

Meter a Alex en esto había sido una idea horrible, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Cogí mi ordenador portátil secreto y conecté el USB. No me fiaba de él como para conectar a mi ordenador personal cualquier cosa que viniera de su parte.

Abrí la carpeta de Erhall. Finanzas. Relaciones pasadas. Familia. Acuerdos políticos y escándalos que habían sido encubiertos. Tuve la tentación de sumergirme en el último, pero primero cliqué en el archivo de la familia, como había sugerido Alex.

Al principio, parecía normal, solo un resumen del linaje de Erhall e información sobre su exmujer, que había muerto en un accidente de avión hacía años. Entonces me fijé en la palabra hijos y en los dos nombres que aparecían debajo.

Me llevé la mano a la boca.

Dios mío.

45

Rhys

No iba a venir.

Estaba en la azotea de la torre norte del palacio, con la mandíbula tensa mientras miraba cómo pasaban los minutos en el reloj.

Las nueve y seis minutos. Y siete. Y ocho.

Bridget siempre era muy puntual, a menos que tuviera alguna reunión, y nunca tenía reuniones a esas horas de la noche.

Tic. Tic. Tic.

Se me revolvió el estómago de incertidumbre. Había arriesgado mucho metiendo en esto a Booth y colándome en el palacio, pero estaba desesperado por verla.

Sabía que había alguna probabilidad de que Bridget fuera tan testaruda de no presentarse. Pero también la conocía. Daba igual lo que dijera, quería alejarse de mí tanto como yo quería alejarme de ella, y suponía que las últimas dos semanas habrían sido un infierno para ella, al igual que lo habían sido para mí.

Una parte de mí esperaba que no fuera así, porque la idea de que sufriera cualquier tipo de dolor me daba ganas de prenderle fuego al palacio hasta acabar con todo. Pero otra parte, la más egoísta, esperaba haberla atormentado como ella me atormentaba a mí. Que en cada respiración le costara llenarse los pulmones de oxígeno, y que cada mención de mi nombre le provocara una aguda punzada de dolor en el pecho.

Porque el dolor significaba que todavía le importaba.

—Vamos, princesa. —Miré fijamente la puerta roja de metal y recé para que la atravesara—. No me falles.

Las nueve y doce minutos. Y trece.

La mandíbula me palpitaba al compás de los latidos de mi corazón.

Me la sudaba. Si lo de esa noche no funcionaba, lo volvería a intentar hasta conseguirlo. Había luchado y ganado batallas imposibles a lo largo de toda mi vida, y la de Bridget era la más importante de todas.

Si ella no podía o no quería luchar por nosotros (por su culpa, su deber, su familia o cualquier otra razón), yo lucharía por los dos.

Las nueve y catorce minutos. Y quince.

Maldita sea, princesa, ¿dónde estás?

O Bridget no había recibido la nota, o había decidido no venir.

Booth me había escrito confirmando que le había entregado la nota, y confiaba en él. De lo contrario, no le habría contactado. Si lo que decía era cierto, entonces...

El dolor me atravesó, pero me obligué a apartarlo de mí. Esperaría toda la noche si era necesario, por si cambiaba de opinión, o si...

La puerta se abrió de golpe y, de repente, apareció. Sin aliento, con las mejillas rojas y el pelo alborotado por el viento.

Se me multiplicó el ritmo cardíaco en un milisegundo.

Me puse rígido, y sentí como el aire me llenaba los pulmones mientras volvía a la vida.

Bridget seguía en la puerta, con una mano en el pomo, los labios entreabiertos y la respiración agitada.

La luz de la luna salpicaba toda la azotea, tiñendo de plata su melena dorada e iluminándole las esbeltas curvas del cuerpo. El viento arrastraba hacia mí un leve rastro de su exuberante olor a jazmín, y el vestido verde le dejaba al descubierto los hombros y, al ondearle sobre los muslos, dejaba ver la larga y suave extensión de sus piernas.

Me encantaba ese vestido. Ella sabía que me gustaba ese vestido. Y algo dentro de mí se relajó por primera vez en semanas.

—Hola —dijo ella. Agarró con fuerza el pomo de la puerta, como si intentara estabilizarse.

Sonreí.

—Hola, princesa.

El espacio que nos separaba vibraba, lleno de tensión por la expectación y las palabras no pronunciadas, como si estuviera vivo y en cada respiración nos acercara un poco más el uno al otro. Ya no existía la distancia que había sentido en el hospital. Ella estaba en mi piel, en mi alma, en el propio aire que respiraba.

Todo lo que había pasado en las últimas dos semanas para llegar aquí había valido la pena.

—Perdona por llegar tarde. Me encontré con Markus y me empezó a hablar sobre la coronación. —Bridget se apartó el pelo de la cara y me di cuenta de que le temblaba ligeramente la mano—. Resulta que el arzobispo...

—Ven aquí, cariño.

Me importaban tres cojones Markus o el arzobispo. La necesitaba a ella. Solo a ella.

Se quedó inmóvil al oír mis palabras después de tanto tiempo de espera. Por un instante pensé que se daría la vuelta y saldría corriendo, algo que tal vez fuera lo más sensato, teniendo en cuenta la furia contenida que tenía dentro. Pero entonces echó a correr hacia mí , con la melena al viento.

La estreché entre mis brazos mientras nuestras bocas se hundían una en la otra. Nos enredamos con las lenguas. Nos rozamos con los dientes. Nos palpamos con las manos cada

centímetro de carne al que pudimos acceder.

Habían sido dos semanas que parecían dos años, por la forma en que nos devoramos el uno al otro.

La agarré del culo y le mordí el labio inferior como castigo por habernos obligado a perder todo aquel tiempo en que podríamos haber estado juntos. Por pensar que podría decir algo que me hiciera renunciar a ella, cuando era lo único que había querido en toda mi vida.

Incluso aunque hubiera hecho alguna gilipollez, como marcharme en el fragor del momento, siempre encontraba el camino de vuelta a ella.

—Lo siento —susurró Bridget con la voz cargada de emoción—. Por lo que dije en el hospital. No quiero casarme con Steffan, y no...

—Lo sé. —Con la palma de la mano le acaricié la espalda, y su piel caliente se convirtió en seda fría. Le recorrió otro pequeño escalofrío—. Siento haberme marchado.

Me corroía el arrepentimiento. Nuestra separación había sido tanto culpa mía como de ella. Debería haberme quedado. Haber luchado más.

Por otra parte, ella necesitaba ese espacio para poner en orden sus pensamientos. El ataque al corazón de su abuelo aún estaba demasiado reciente, y era imposible que cambiara de opinión ese mismo día.

—Ya pensaba que no ibas a venir. —Detuve la mano en la parte baja de su espalda—. Recuérdame que mate a Markus la próxima vez que le vea.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—Vale. —Bridget levantó la barbilla hasta que su mirada se encontró con la mía—. Yo... —Pareció pensarse mejor lo que iba a decir—. ¿Cómo has entrado aquí? Como te haya visto alguien...

—No me han visto. Estuve en la Marina, ¿recuerdas? —dije—. Soy capaz de burlar a unos cuantos guardias reales.

Ella puso los ojos en blanco, y sonreí ante la divertida imagen de su exasperación, que tan bien conocía. Joder, cómo la había echado de menos. Esto. A nosotros.

—¿Y Booth?

—Por poco le doy un susto de muerte al presentarme en su casa, pero puedo ser bastante persuasivo. —Convencerle me había costado menos de lo que creía. Según Booth, Bridget llevaba deprimida desde el hospital, y esperaba que verme la ayudara. No era estúpido, sabía que Bridget y yo teníamos algo.

Booth podría perder el trabajo si alguien se enterara de que le pasaba a Bridget notitas de mi parte, pero se arriesgó igualmente.

Le debía una cena y una cerveza en algún momento.

—No esperaba que volvieras después de lo que pasó —dijo Bridget—. Pensaba que estabas molesto conmigo. Pensaba... —tragó saliva— que te habías ido.

—Y me fui. Tuve que salir del país para conseguir un nuevo visado —aclaré cuando levantó

las cejas—. Seis meses como turista. —Esbocé una media sonrisa—. Supongo que ahora me tendré que comprar una camiseta de «Recuerdo de Eldorra».

Me dirigió una diminuta sonrisa.

—Entonces, ¿te vas a quedar seis meses? —Sonaba aliviada y triste a la vez.

Seis meses era mucho tiempo, pero estaba muy lejos de ser suficiente.

—No, princesa. Me quedaré mientras tú estés aquí.

La mirada de Bridget se llenó de alegría antes de que se volviera a poner en tensión.

—¿Cómo...? ¿Por qué...?

—Ya veré cómo. En cuanto al porqué... —La apreté más contra mí—. No te voy a dejar. Si estás en Eldorra, yo estaré en Eldorra. Si estás en la Antártida, en el Sáhara o en mitad del puto océano, yo estaré allí. Soy tan tuyo como tú eres mía, princesa, y no me alejará de ti una ley. Me da igual lo que diga un trozo de papel. Le prenderé fuego a todo el puto Parlamento si es necesario.

En su cara se reflejaron un millón de emociones.

—Rhys...

—Hablo en serio.

—Lo sé. Y no sé qué me pasa, porque nunca me ha emocionado tanto la idea de provocar un incendio. —Se le borró la sonrisa—. Pero tengo que decirte algo. Varias cosas, de hecho.

Su tono de voz me inquietó.

—De acuerdo.

—Es curioso que hayas mencionado quemar el Parlamento. Tengo una idea... No para quemarlo físicamente —añadió enseguida cuando arqueé las cejas—. Pero creo que tengo una forma de derogar la ley antes de que Steffan me proponga matrimonio.

La bestia dentro de mi pecho rugió al oír su nombre. El plan de Andreas no resolvía el problema a corto plazo del compromiso de Bridget y Steffan (y era un problema a muy corto plazo), pero yo mismo me encargaría de ello. De ninguna manera Bridget se iba a poner en el dedo el anillo de otro hombre.

—Sin embargo, no sé si podré seguir adelante con ello. —En los ojos le brilló un destello de vulnerabilidad—. No es, lo que se dice, muy legal.

—¿Qué es?

Las mejillas de Bridget se tiñeron de rosa antes de que se pusiera firme y dijera:

—Chantajear a los ministros para que apoyen la moción y voten por la derogación.

Espera un puto segundo.

—Repite eso.

Y repitió:

—Como he dicho, no es la estrategia más legal, pero...

Se me escapó un ruido gutural que la cortó. Frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Has hablado con Andreas? —Si no lo había hecho, la situación era demasiado irónica.

Frunció el ceño un poco más.

—No. ¿Por qué iba a hablar con Andreas de esto? Quiere robarme la corona.

No exactamente. Andreas y yo habíamos pasado bastante tiempo juntos elaborando el plan y, aunque seguía sin fiarme un pelo de él, sabía que no quería la corona. Le gustaba demasiado su estilo de vida despreocupado como príncipe sin ningún tipo de responsabilidad.

—Porque tiene una idea similar, aunque la suya solo se aplica a Erhall, no a todo el Parlamento. —Sonreí—. Tú siempre has destacado mucho más que el resto.

—¿Por qué hablas con...? —Bridget puso los ojos como platos—. Lo sabes.

Mi sorpresa fue similar a la de ella. ¿Cómo había...? Entonces me di cuenta. Su chantaje a Erhall. Debía de haber conseguido información sobre mí y Andreas.

Pero antes de decir nada, quería asegurarme de que estuviéramos hablando de lo mismo. Había estado dándole vueltas a cómo revelar mi parentesco; no quería soltarle la bomba sin estar seguro.

—Sé lo de Andreas. —La observé con cautela—. Es...

Un tenso silencio vibró entre nosotros.

—Tu hermano.

—Mi hermano.

Lo dijimos al mismo tiempo. Ya estaba. Mi secreto, al descubierto.

Después de treinta y cuatro años sin familia, excepto mi madre, que apenas contaba como familia, era extraño pensar que tenía un hermano.

—Así que es verdad. —Bridget soltó un largo suspiro, todavía con expresión conmocionada —. ¿Cómo te has enterado?

—Christian investigó un poco y me lo dijo. Fui a ver a Andreas. —Le conté lo que había sucedido en su casa, además del plan de Andreas para chantajear a Erhall con la información de que yo era su hijo. Erhall no podía permitirse un escándalo antes de las elecciones, y un hijo no reconocido de una relación de hace tanto tiempo era la perfecta definición de «escándalo».

—Me aterra un poco que se me haya ocurrido la misma idea que a mi primo. —Podía ver los engranajes trabajar en la mente de Bridget mientras digería la información—. ¿Cómo sabes que podemos confiar en él?

—No lo sé, pero tenemos ventaja. No quiere que nadie descubra que Erhall es su padre, porque...

—... podría perder su estatus real —concluyó Bridget—. Para él, es un destino peor que la muerte.

—Eso es.

Toda la situación era un embrollo enorme. Odiaba las manipulaciones, y estábamos atrapados en la red más retorcida de maniobras y estrategias. Tampoco me gustaba la idea del chantaje, pero si era lo que había que hacer, lo haría.

Bridget me examinó, con sus preciosos ojos azules llenos de empatía.

—Debe de haber sido un *shock* enterarte de lo de Erhall y Andreas. Sé que tienes sentimientos encontrados respecto a tu padre.

Esa era una forma de decirlo. Otra forma era que le despreciaba aún más, ahora que conocía su identidad.

—No es mi padre. —Erhall era, en el mejor de los casos, un donante de esperma—. Pero no quiero hablar de él ahora. Centrémonos en tu plan.

Tenía mucha mierda que resolver en lo que respectaba a Erhall, pero podía ocuparme más adelante.

Bridget captó la indirecta y cambió de tema.

—Bien. Entonces —levantó la barbilla—, vamos a hacer esto de verdad. Chantajear al presidente del Parlamento.

A pesar de su valentía, por debajo de sus palabras se intuían muchos nervios, y me consumía la necesidad imperiosa de protegerla (del mundo, de sus propias dudas e inseguridades).

Me habría gustado que pudiera verse a sí misma como yo la veía. Jodidamente perfecta.

Le enmarqué el rostro con las manos.

—Si lo hacemos, lo hacemos juntos. Tú y yo contra el mundo, princesa.

Su sonrisa me provocó una descarga de calor en los huesos.

—No querría tener a ninguna otra persona a mi lado, señor Larsen. —Respiró profundamente —. Puede que necesitemos la información para presionar a Erhall, pero quiero intentar algo antes de hacer lo mismo con el Parlamento. Todo este tiempo he tratado a los periodistas de la prensa rosa como a mis enemigos, pero quizás puedan convertirse en aliados.

Me explicó su plan. Era más fácil que chantajear a ciento ochenta poderosos de Eldorra, pero también era un riesgo importante.

—¿Estás segura? —pregunté cuando terminó—. Tiene mucho riesgo.

Bridget era la que más tenía que perder si no salía bien.

—Sí. No me puedo creer que no se me haya ocurrido antes. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad, sí puedo. Tenía miedo del qué dirán, y de que disminuyera mi legitimidad como gobernante. Pero estoy cansada de tener miedo. Un gran riesgo conlleva una gran recompensa, ¿verdad?

Esbocé una pequeña sonrisa en los labios.

—Por supuesto.

Bridget era, después de todo, mi mayor riesgo *y* mi mayor recompensa.

Levantó una mano y entrelazó los dedos con los míos.

—Te he echado de menos.

El estado de ánimo cambió, pasando de la energía práctica de nuestro plan a algo más suave y dolorosamente vulnerable.

—Estoy aquí. No me voy a ir. —Le acaricié el labio inferior con el pulgar—. Cuido lo que es

mío, y tú has sido mía desde el momento en que te vi en la puerta de tu casa de Thayer, con ese sistema de seguridad tan malo. Malo hasta que lo arreglé, claro.

Se le escapó una sonrisa.

—En ese momento no me soportabas.

—Da igual. Seguías siendo mía. —La agarré de la nuca con la mano mientras mantenía mi pulgar en su labio—. Y debía luchar por ti. Y protegerte. Y follarte. —Bajé la voz—. Y amarte.

Bridget inspiró profundamente.

—En Costa Rica me preguntaste si alguna vez me había enamorado. Dije que no. —Bajé la cabeza hasta que nuestras frentes se tocaron y sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos—. Pregúntamelo otra vez.

Era la misma pregunta que le había hecho en el hospital, pero esta vez, Bridget no interrumpió nuestra mirada mientras preguntaba:

—¿Has estado enamorado alguna vez, señor Larsen?

—Solo una vez. —Deslicé la mano desde su cuello hasta la parte posterior de su cabeza—. Y tú, princesa, ¿has estado enamorada alguna vez?

—Solo una vez —susurró.

Exhalé con fuerza y sus palabras se hundieron en mi alma, abriendo grietas que no sabía que existían.

Hasta que llegó Bridget, nunca había amado ni me habían amado, y por fin entendí por qué se le daba tanta importancia. Era mejor que cualquier armadura a prueba de balas o el olvido que encontré en el fondo de la botella durante mi efímera aventura con el alcohol.

El alcohol servía para adormecerse, y yo no quería estar adormecido. Yo quería sentir absolutamente todo con ella.

Atraje a Bridget hacia mí hasta que nuestros cuerpos se apretaron el uno contra el otro.

—Eso es —dije abrumado por la pasión—. Solo una vez. La primera y la última. No lo olvides, princesa.

La agarré del pelo y le tiré de la cabeza hacia atrás, con mi boca hundida en la suya, cálida y voraz, mientras avanzábamos hacia una silla.

Había noches en las que me tomaba mi tiempo, saboreando cada centímetro de su cuerpo antes de darnos lo que ambos queríamos, y luego había noches como esta, en las que nuestra desesperada necesidad de estar juntos prevalecía sobre todo lo demás.

—Rhys... —Jadeó cuando le subí la falda hasta las caderas y le arranqué las bragas, demasiado impaciente para bajárselas cuando se sentó. Tiré la seda rota al suelo y le abrí las piernas con la rodilla.

—Me encanta que digas mi nombre. —Entonces me hundí en ella, tragándome su pequeño grito con un beso, mientras la penetraba más profundamente hasta enterrarme hasta la empuñadura.

Tuvimos que ahogar nuestros gemidos para que no se los llevara el viento y, de alguna

manera, eso aumentó aún más la intensidad del momento, como si estuviéramos conteniendo todas nuestras emociones en esta pequeña burbuja en la que solo existíamos nosotros.

—Más fuerte, por favor . —Bridget se arqueó hacia mí, mientras me clavaba las uñas en la piel, y la suya, cálida, contrastaba con el frío del viento nocturno en mi espalda.

Me agarré al respaldo de la silla para colocarme en un ángulo mejor y le di lo que me pedía, y se me escapó un gemido de la garganta cuando enterró la cara en mi pecho para ahogar los gritos.

—Qué bien lo haces, princesa.

La sangre me corría caliente mientras la penetraba una y otra vez, con los músculos agarrotados del esfuerzo. Estaba resbaladiza y sentí su aliento cálido contra mi piel mientras se arqueaba contra mí y se rompía con un grito sin palabras.

Mi orgasmo llegó poco después, y me atravesó con tanta intensidad que tardé el doble de lo habitual en recuperarme.

Cuando dejé de temblar, me levanté con la fuerza de mis brazos para no aplastar a Bridget con mi peso, pero ella me aprisionó con las piernas y me atrajo hacia sí.

—¿Segunda ronda? —Le aparté un mechón de pelo de la cara. Tenía aspecto somnoliento y lánguido y satisfecho, y todavía me sorprendía que fuera real.

No solo era real, sino que estaba allí, conmigo.

Soltó una carcajada suave.

—Eres insaciable —dijo, usando la misma palabra que había usado yo con ella.

—¿Contigo? —Le di un beso en la mandíbula—. Siempre.

Los ojos de Bridget se fundieron bajo la luz de la luna, y me apretó con fuerza.

—Te amo.

Suspiré de nuevo.

—Yo también te amo —dije con la voz llena de una emoción largamente enterrada.

Volví a besarla.

Su boca contra la mía, sus extremidades atrapando mi cuerpo, nuestros alientos y nuestros latidos sincronizados hasta ser uno... Llevaba toda la vida viviendo en el infierno, y hasta ahora no había conocido el paraíso.

Pero a medida que nuestro beso se hacía más intenso y volví a sumergirme en ella, me di cuenta de que estaba equivocado.

Bridget era mejor que el paraíso. Era mi hogar.

46

Bridget

Después de la noche con Rhys, puse en marcha mi plan y recé para que funcionara. No me sentía especialmente mal por presionar a Erhall, pero no era inteligente enemistarse con todo el Parlamento. No creía en la dictadura del miedo.

Así fue como de pronto me encontré delante de tres docenas de periodistas el domingo, tres días después de mi encuentro con Rhys. Los había convocado en el jardín norte del palacio y, detrás de la manada de prensa, muchos curiosos se arremolinaban contra las vallas metálicas, ansiosos por ver en persona a un miembro de la realeza.

Mis amigas se habían ido esa mañana. Las había informado de mis planes, pero esperé a que estuvieran en el avión de vuelta a Estados Unidos para dar la rueda de prensa. No quería que tuvieran que enfrentarse a la locura que estaba a punto de desatarse. No les gustó mi decisión; quisieron quedarse para darme apoyo moral, pero era algo que tenía que hacer yo sola.

—Buenas tardes. —Mi voz resonó en el recinto y el barullo se disipó—. Gracias por venir, teniendo en cuenta que hemos avisado con poca antelación. Soy consciente de que es domingo, y de que seguramente preferiríais estar ahora mismo en otro lugar, desayunando algo rico o en la cama. —Se oyó alguna pequeña carcajada; no estaban acostumbrados a que los miembros de la familia real hablaran en un tono tan informal—. Así que os agradezco vuestra asistencia. Pero, antes de responder a las preguntas, me gustaría decir algo sobre el motivo por el que os he reunido aquí.

Observé los rostros expectantes que me devolvían la mirada. Pum. Pum. Pum. A pesar de que el corazón me latía con fuerza, estaba extrañamente tranquila. Era como si hubiera gastado tanta energía preocupándome de antemano que no me quedara ninguna para el momento de la verdad.

Rhys tenía razón. Era un riesgo enorme, y a Elin casi le da un infarto cuando se enteró de la rueda de prensa de última hora, pero ya estaba harta de ir siempre sobre seguro.

Si quería algo, tenía que luchar por ello, aunque significara la posibilidad de estrellarme delante del mundo entero.

Si no era lo suficientemente valiente como para defender lo que quería, no había ninguna esperanza de que pudiera defender lo que el pueblo necesitaba.

—Soy una orgullosa ciudadana de Eldorra. Amo este país y a su gente, y para mí es un honor

serviros como princesa. También espero poder ser una reina digna de vuestro orgullo, llegado el momento. —Respira. Puedes hacerlo— . Sin embargo, soy consciente de que ha habido cierta inquietud sobre mi deseo e idoneidad para servir a la corona desde que me convertí en princesa heredera. Esas preocupaciones no han sido del todo infundadas.

Se escuchó una oleada de murmullos en reacción a la declaración, pero continué:

—Creo que hablo en nombre de todos los presentes cuando digo que ninguno de nosotros podría haber predicho los acontecimientos que me han llevado a donde estoy hoy: a nueve meses de mi coronación como reina de este gran país. —Respiré profundamente—. Cuando me enteré de los planes de abdicación de mi hermano, el príncipe Nikolai, tuve miedo. Miedo de asumir un cargo que nunca había esperado ocupar, miedo de no estar a la altura del título y fallar a mi familia, a mi país. Pero el miedo no es razón para quedarse paralizada y, afortunadamente, tengo a un equipo maravilloso que me guía a través de los entresijos que requiere un cargo tan importante. A principios de este año, pasé tres semanas viajando por el país, conociendo a ciudadanos como vosotros. Cómo vivían, qué preocupaciones les quitaban el sueño...

Continué el discurso, hablando no solo de la gira, sino del programa de Cartas Ciudadanas y de los puntos del orden del día que llevé al Parlamento, antes de llegar a la parte más importante de mi discurso.

—Me he dado cuenta de que ser reina no consiste solo en representar al país tal y como es. Consiste en hacer avanzar a la nación y en mantener las tradiciones que hacen de Eldorra un lugar único y maravilloso; y al mismo tiempo desprender al país de aquellas que lo frenan. Eso se aplica a las reformas que he ayudado a impulsar en el Parlamento. Pero también a las tradiciones que atan a la corona a normas y expectativas anticuadas... como la Ley de Matrimonios Reales. Lo que me lleva al siguiente punto.

Más murmullos, más altos esta vez.

Tomé aire de nuevo, más profundamente. Allá vamos.

—Como ya sabéis, el mes pasado salió a la luz información sobre una supuesta relación entre mi antiguo guardaespaldas, Rhys Larsen, y yo. Esas acusaciones fueron oficialmente negadas. Pero hoy estoy aquí para deciros que son ciertas.

Los murmullos estallaron en un estruendo. Los periodistas saltaron de los asientos, gritando y acercándome los micrófonos. Detrás de ellos, la multitud enloqueció.

Flashes de cámara. Gritos. Un millón de teléfonos móviles elevados en el aire, apuntando hacia mí.

Mi ritmo cardíaco se redujo y me retumbó en los oídos.

Intenté no imaginarme las reacciones de Elin o de mi familia. Debían de estar como locos. Me había negado a decirles de antemano lo que iba a decir, y había insistido en que se quedaran dentro del palacio durante el evento.

Hoy mandaba yo.

Levanté la voz para hablar por encima del bullicio.

—También estoy aquí hoy para deciros que sigo manteniendo una relación con el señor Larsen.

El acabose.

Había tanto jaleo que no podía oírme pensar, pero ya había terminado el discurso. Era el momento de atender a los periodistas, a una en particular.

—Sí. —Señalé a Jas, la reportera del *Daily Tea* .

—Alteza. —La multitud se calló para escuchar su pregunta—. ¿Qué pasa con la Ley de Matrimonios Reales? Será coronada como reina en menos de nueve meses, y la ley exige que se case con alguien de cuna noble antes de la ceremonia —dijo Jas, tal y como habíamos acordado.

Era increíble lo que podía conseguir la promesa de la primera entrevista exclusiva con la reina de Eldorra.

Sonreí.

—Gracias, Jas. Has planteado una interesante cuestión. Aunque la Ley de Matrimonios Reales exige que el monarca se case con un noble, *no* requiere que se case antes de la coronación. Dicho esto, creo que es hora de replantear la ley. Fue creada en el siglo XVIII , cuando Eldorra necesitaba asegurar las alianzas a través del matrimonio real para sobrevivir como nación, pero ya no estamos en el siglo XVIII . Europa ya no está en guerra. Y creo que ya es hora de derogar la Ley de Matrimonios Reales.

—Se necesitaría que el presidente de la Cámara llevara la moción al pleno y que al menos tres cuartas partes del Parlamento aprobaran la derogación —dijo Jas, justo a tiempo—. Este tema ya salió a colación cuando abdicó el antiguo príncipe heredero Nikolai. No hubo suficientes votos.

—Eso es cierto. —Hice una pausa, obligando a la multitud a esperar lo que tenía que decir a continuación. Mantén la intriga. La voz de Elin resonó en mi cabeza. No estábamos de acuerdo en todo, pero ella sabía lo que hacía cuando había que manejar a la prensa—. Lo que pasó con mi hermano fue una tragedia. Habría sido un rey maravilloso, pero tuvo que elegir entre el amor y el país, y eligió el amor. Es algo con lo que creo que todos nos podemos sentir identificados. Aunque nosotros, como familia real, nos esforzamos por representar al país y servir a los ciudadanos de Eldorra lo mejor que podemos, también somos humanos. Amamos y perdemos... —Se me quebró la voz al visualizar los rostros de mis padres—. Y, a veces, tenemos que tomar decisiones imposibles. Pero ni mi hermano ni nadie de los presentes debería tener que tomar esa decisión. Que el monarca se case o no con un noble *no* influye en su capacidad de servicio. La Ley de Matrimonios Reales es una reliquia de una época que ya no existe, y hago un llamamiento al Parlamento para que reconsidere su postura al respecto.

Esas fueron mis palabras, pero mi verdadero llamamiento (el sentido de mi discurso) iba dirigido al público. Abordar sus preocupaciones sobre mí desde el principio, conectar con ellos emocionalmente a través de la confesión de que tenía miedo de asumir mi cargo, recordarles el bien que había hecho y mi experiencia en el Parlamento, y explicar la lógica de por qué había que derogar la ley.

Ethos y *logos* .

Había pensado cada palabra, pero también había pasado horas elaborando estratégicamente el discurso. Si quería tener éxito como reina, no solo necesitaba saber jugar al juego, sino dominarlo, y la opinión pública significaba todo cuando no tenía ningún poder político real.

Por supuesto, quedaba una parte importante de la rueda de prensa.

Pathos .

—Sigue refiriéndose a la elección entre amor y patria —dijo Jas—. ¿Significa eso que está enamorada del señor Larsen?

La multitud contuvo la respiración. Todo el país, al parecer, contuvo la respiración.

A lo lejos, un coche tocó la bocina, y un pájaro se lanzó en picado, batiendo las alas contra la claridad del cielo azul. Ninguno de los dos rompió el denso silencio que cubría el prado.

Esperé un momento. Dos. Luego, con una pequeña sonrisa, dije:

—Sí. Lo estoy. Eso es todo. Gracias a todos por venir hoy.

Abandoné el podio en medio de un frenesí de gritos y vítores.

Me temblaban las piernas y me retumbaba el corazón mientras caminaba hacia el fondo del palacio. Ya está. No podía creerlo.

Pero no podía celebrarlo todavía. Me quedaba una cosa por hacer.

Entré en el pasillo de mármol de la entrada lateral del palacio. Rhys esperaba entre las sombras de las columnas, con los ojos grises en llamas.

—Bien hecho, princesa.

Me acerqué a su abrazo, con el pulso martilleándome en la garganta.

—Todavía no ha terminado. —Le rodeé el cuello con los brazos y le susurré—: Bésame como si el mundo entero estuviera mirando.

Su lenta sonrisa me atravesó como una suave miel.

—Con mucho gusto, alteza.

La boca de Rhys se fundió con la mía y oí el suave y revelador clic de un obturador de cámara desde los arbustos cercanos.

—¿Crees que lo han captado? —Me rozó con los labios mientras hablaba.

—Sin duda.

Sonrió y volvió a besarme. Más profundo esta vez, más intenso, y me apreté contra él, dejándome llevar por su tacto y su sabor.

El primer beso era para el mundo. Este era para nosotros.

47

Rhys

Una semana después

—¡Alteza! —La asistente de Erhall se levantó de golpe de su escritorio, con los ojos como platos —. Lo siento mucho. No sé qué ha pasado, pero no la tenemos en la agenda. Debe de haber habido una confusión...

—No te preocupes —dijo Bridget con una sonrisa amable—. No he concertado cita, pero nos gustaría hablar con el presidente. ¿Está disponible?

—Oh, eh... —La mujer, visiblemente nerviosa, rebuscó entre sus papeles antes de sacudir la cabeza—. Sí, por supuesto. Por favor, síganme.

Nos condujo a través de las dependencias del presidente hacia su despacho. La gruesa alfombra azul amortiguaba el sonido de nuestros pasos, y se me tensaron los músculos de la inquietud.

De verdad vamos a hacer esto.

No me daba miedo Erhall, pero era la primera vez que le veía desde que descubrí que era mi padre. El biológico, al menos. No había hecho una mierda para ganarse el honor del título.

La asistente de Erhall llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—¿Qué? ¡Te he dicho que no me molestaras! —ladró Erhall.

La mujer se estremeció.

—Señor presidente, ha venido a verle su alteza la princesa Bridget. Y, eh..., el señor Larsen. —Me echó un rápido vistazo.

Reprimí una mueca.

Después de la última semana, todo Eldorra (mejor dicho: todo el mundo) conocía mi cara y mi nombre. Habían copado los titulares desde Tokio hasta Nueva York, y las imágenes de la rueda de prensa de Bridget, así como las fotos y los vídeos «espontáneos» de nosotros besándonos después, se habían emitido en bucle por todos los canales de noticias.

La prensa hizo que la historia se convirtiera en un cuento de hadas al revés, sobre una princesa y su guardaespaldas, y se siguió fomentando con miles de artículos y columnas de opinión sobre el amor, el deber y la tradición.

La respuesta pública fue apabullante. Según Bridget, el Parlamento se vio desbordado por las llamadas para derogar la ley, y el *hashtag* #AmorOPatria fue tendencia toda la semana en las redes sociales.

El amor era la emoción más universal. No todo el mundo lo experimentaba, pero todos lo querían (incluso los que decían que no lo querían) y la rueda de prensa de Bridget se había aprovechado de esa necesidad fundamental. Ya no era solo una reina. Era un ser humano y, lo más importante, se identificaban con ella todos los que no podían estar con la persona que querían, fuera por la razón que fuera.

No había nada más poderoso para despertar la empatía de los demás.

El plan de Bridget había funcionado mejor de lo que cabía esperar, pero era desconcertante ver mi cara por todos los quioscos y que la gente se detuviera a mirarme por donde quiera que fuera.

Pero había accedido al plan a sabiendas de que destruiría cualquier atisbo de privacidad que me quedara, y si salir de las sombras y ocupar el centro de atención era lo que hacía falta para que estuviéramos juntos, estaba dispuesto a matarme a entrevistas con cualquier revista que me lo pidiera.

Bridget, la asistente de Erhall y yo nos quedamos esperando la respuesta del presidente del Parlamento a la visita de Bridget.

Oí el golpe de un cajón del escritorio, seguido de varios segundos de silencio, antes de que la puerta se abriera, dejando ver a un Erhall de aspecto irritado.

La tensión de mis músculos se duplicó. Mi padre. No sé qué esperaba. Tal vez un vuelco en el estómago al ver al hombre que técnicamente era una mitad de mí, o un odio que se había cocinado a fuego lento y en secreto durante más de tres décadas, esperando el día en que pudiera descargarlo en una lluvia de puños, sangre e insultos.

En cambio, no sentí nada. Nada, excepto un vago asco por el pelo excesivamente engominado y resbaladizo de Erhall, y rabia por la sonrisa forzada y casi irrespetuosa que le dedicó a Bridget.

—Alteza. Por favor, pase. —Su tono indicaba que la sorpresa no le hacía mucha gracia y no me dijo nada cuando entramos en su gran despacho de paneles de roble.

Bridget y yo tomamos asiento frente a él. El despacho le definía bien: era frío y carente de objetos personales, salvo los títulos universitarios enmarcados que colgaban de las paredes.

Estudié a Erhall, intentando ver el parecido entre nosotros. Encontré un atisbo en el ángulo de sus pómulos y en la curva de su frente. No era lo suficientemente obvio como para que los desconocidos nos miraran y adivinaran que éramos parientes, pero estaba ahí si se observaba con suficiente atención.

Parpadeé y el parecido desapareció, sustituido por un rostro enjuto y unos ojos fríos y calculadores.

—Bueno. —Erhall se puso los dedos debajo de la barbilla, con los labios tan finos como el resto de su cara—. La mismísima princesa de la corona me visita en mi despacho. ¿A qué debo el

honor?

—Tengo que hablar con usted de un punto del orden del día de la próxima sesión del Parlamento.

Bridget irradiaba autoridad, y el orgullo se apoderó de mí. Había recorrido un largo camino desde el día en que nos sentamos en su *suite* de hotel en Nueva York, viendo la abdicación de Nikolai en la televisión. Durante aquel discurso parecía tener ganas de vomitar, pero ya no quedaba ni rastro de esa chica asustada e insegura.

—Lleve al pleno la moción para derogar la Ley de Matrimonios Reales.

Erhall se la quedó mirando durante un segundo antes de empezar a reírse. A carcajadas.

Un gruñido me retumbó en la garganta, pero me obligué a guardar silencio. Esto era cosa de Bridget.

—Creía que era otra cuestión de escritura ciudadana —dijo Erhall—. Me temo que no puedo hacerlo. La ley es una de las más antiguas de Eldorra, y, por muy... conmovedora que fuera su rueda de prensa, es una tradición. Por no mencionar que tenemos asuntos mucho más importantes, incluyendo el problema de la contaminación del agua que usted trajo a colación el mes pasado. Quiere agua potable para los habitantes de Hedelberg, ¿verdad?

Bridget sonrió, sin pestañear, ante su amenaza torpe.

—Me temo que me malinterpreta. No era una petición, y confío en que el Parlamento sea lo suficientemente competente como para poder manejar más de un asunto a la vez. Si no lo es, sugiero un cambio en la forma de dirigir la Cámara, señor presidente..., o un cambio en la presidencia.

La risa de Erhall se esfumó, y agravó el gesto.

—Con el debido respeto, alteza, el Parlamento consulta a la corona por cortesía, pero nadie, ni siquiera su majestad, dicta la ley.

—Entonces, menos mal que no dicto yo la ley. —Bridget cruzó las piernas, con una postura impecable, mientras le miraba fijamente—. Le digo que derogue una. Está anticuada y no tiene ningún valor práctico para el país ni para su gente. Sin valor, la tradición no es más que una imitación del pasado, y el pueblo está de acuerdo. Una encuesta pública reciente demuestra que el noventa y tres por ciento de los ciudadanos está a favor.

El pecho de Erhall se agitó de indignación.

—Siento discrepar. La tradición es la base de este país, de mi cargo y del suyo propio. No podemos ir destruyéndola a nuestro antojo. Así que no, me temo que no puedo llevar la moción al pleno. Me da igual cuántas camisetas de recuerdo vendan con la cara del señor Larsen —añadió con una pequeña mueca.

Bridget y yo intercambiamos miradas.

¿Estás segura?

Sí. Hazlo.

Breve, concisa y silenciosa. Fue la conversación más eficaz que habíamos tenido nunca.

—Debería preocuparse más por el perfil público del señor Larsen —dijo Bridget con un tono suave que no dio ningún aviso antes de soltar la bomba—. Teniendo en cuenta que es su hijo.

La mayoría de las explosiones eran ensordecedoras, y hacían rechinar los dientes y los tímpanos con la fuerza de la energía liberada. Esta fue silenciosa, pero cien veces más mortífera, y su onda expansiva impactó en Erhall antes de que la viera venir.

Pude identificar el momento del impacto. Su rostro perdió todo el color, y se le borró de un plumazo la cara de arrogancia, mientras pasaba la mirada alternativamente de Bridget a mí. De una a otro, y de otro a una, como dos pelotas de *ping-pong* atrapadas en un péndulo.

—Eso es... es... es mentira —espetó Erhall—. No tengo ningún hijo.

—Míchigan, verano del 86 —dije—. Deidre Larsen.

No creí que fuera posible, pero el rostro de Erhall palideció aún más hasta igualar el color de su camisa almidonada.

—A juzgar por tu reacción, la recuerdas. —Me incliné hacia delante, y le dediqué una sonrisa sombría cuando retrocedió ligeramente en respuesta. En la frente le brillaba una débil capa de sudor—. Está muerta, por cierto. Se hundió en el alcohol y las drogas después de que un pedazo de mierda infame la abandonara cuando le dijo que estaba embarazada. Murió de sobredosis cuando yo tenía once años.

Me pareció atisbar una pizca de arrepentimiento en los ojos de Erhall antes de que lo enmascarara.

—Siento oír eso. —Un músculo se le tensó en la mandíbula, se llevó la mano a la corbata y la bajó antes de volver a mirarme—. Pero me temo que no conozco a ninguna Deidre Larsen. Me has confundido con otra persona.

Cerré las manos hasta formar dos puños. Bridget me deslizó una mano sobre la rodilla, con una caricia fría y tranquilizadora, y yo exhalé un largo suspiro antes de obligarme a relajarme.

No estaba ahí para darle una paliza a Erhall, al menos no físicamente. Teníamos un objetivo más importante que cumplir.

—Eso no es lo que dicen las pruebas de ADN. —Me metí la mano en el bolsillo y estampé los papeles (cortesía de Andreas) sobre el escritorio con un golpe que hizo que Erhall diera un bote —. Echa un vistazo si no me crees.

No los tocó. Ambos sabíamos que lo que había dicho era cierto.

—¿Qué quieres? —Erhall recuperó algo de su compostura—. ¿Dinero? ¿Un título? —Levantó una ceja—. ¿Excursiones mensuales para fomentar la relación padre e hijo?

A pesar de su tono burlón, me miró con una expresión extraña que casi...

No. El día en que participara voluntariamente en cualquier tipo de «relación» con él sería el día en que las ranas criaran pelo.

—Su alteza ya te lo ha dicho. —Incliné la cabeza hacia Bridget. Estaba sentada tranquilamente a mi lado, con una expresión neutra, casi aburrida, mientras observaba nuestra

conversación—. Queremos que lleves al pleno la moción para derogar la Ley de Matrimonios Reales.

—¿Y si no lo hago?

—A lo mejor se encuentra la noticia de su hijo ilegítimo en la portada del próximo *Daily Tea* —dijo Bridget—. Hipotéticamente hablando, por supuesto. O podrían llegar a manos de los periodistas cosas aún más jugosas. —Sacudió la cabeza—. Es una pena que no esperen hasta después de las elecciones. Este año tiene un rival bastante fuerte. Solo un pequeño atisbo de escándalo podría inclinar la balanza a su favor. Pero ¿qué sabré yo? —Volvió a sonreír—. No soy más que una «cara bonita».

La cara de Erhall cambió de blanco tiza a morado chillón en cero coma dos segundos. Habría sido alarmante si no hubiera sido tan satisfactorio.

—¿Me está chantajeando ?

—No —dijo Bridget—. Le estoy animando a hacer lo correcto. Porque hará lo correcto, ¿no es así, señor presidente?

Me di cuenta de que se estaba esforzando por contener algunos calificativos mientras su cabeza iba a toda máquina.

Si se negaba, se arriesgaba a perder su carrera política por el escándalo que provocaría un hijo ilegítimo. Representaba a uno de los condados más tradicionales del país, y sus votantes no responderían bien a la noticia de que había tenido un hijo con una camarera americana fuera del matrimonio.

Y si cedía, perdería el juego de poder, porque de eso se trataba. A Erhall no le costaría mucho llevar la moción al pleno, pero hacerlo significaba que Bridget ganaba la mano. La política era un juego y perder una partida (especialmente ante alguien a quien Erhall consideraba inferior sin otra razón que su género) debía de escocer.

El reloj de pie hacía tictac en la esquina, y el paso de los segundos retumbaba en el silencio.

Finalmente, Erhall dejó caer los hombros y me recorrió una sensación de victoria.

—Aunque lleve la moción al pleno, el Parlamento nunca la aprobará —dijo con rencor—. La opinión pública solo puede ayudarle hasta cierto punto.

La sonrisa de Bridget no vaciló.

—Deje que yo me preocupe del resto del Parlamento. Usted hace su parte y el mundo no tiene por qué enterarse de su indiscreción. Incluso podría ocupar el escaño de primer ministro algún día. Pero recuerde, señor presidente, que voy a ser reina. Y seguiré siendo reina mucho después de que su carrera política haya terminado y usted se ponga a vender sus memorias sobre sus días de gloria en los programas matutinos de televisión. Así que le conviene trabajar conmigo y no poner las cosas más difíciles. ¿No le parece?

Erhall era un cabrón, pero no era idiota.

—De acuerdo. Llevaré la moción a la próxima sesión del Parlamento —dijo con tono hosco.

—Excelente. —Bridget se levantó de su asiento—. Me encantan las reuniones productivas.

Señor Larsen, ¿hay algo más que quieras añadir?

Me quedé mirando a Erhall. Aunque ciertas cosas que decía y hacía me molestaban, mis sentimientos generales hacia mi padre habían pasado de la aversión a la indiferencia.

El control que ejercía sobre mí había desaparecido.

—Me he pasado la vida construyéndote en mi mente —dije—. Fuiste la decisión que cambió dos vidas sin remedio, el monstruo que convirtió a mi madre en el monstruo que ella misma acabó siendo. Podría haber descubierto tu identidad hace mucho tiempo, pero decidí no hacerlo. Me dije que era porque no confiaba lo suficiente en mí mismo como para no matarte por lo que hiciste. —Erhall se inclinó y retrocedió otro centímetro—. Pero la verdad es que tenía miedo de enfrentarme al fantasma que me había perseguido toda la vida, incluso cuando estaba convencido de que los fantasmas no eran reales. ¿Cómo sería el hombre que técnicamente era una mitad de mí? ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que yo era su hijo?

A Erhall se le volvió a tensar el músculo de la mandíbula.

—Bueno, pues por fin me he enfrentado a él, ¿y sabes de qué me he dado cuenta? —Le miré directamente a los ojos. No sentí ni una pizca de nada más que no fuera apatía—. De que no es un monstruo. Es un hombrecillo triste y patético que fue demasiado cobarde como para asumir las consecuencias de sus actos, y yo perdí décadas dejando que tuviera más poder sobre mi vida del que merecía. Así que no, no quiero ni querré nunca tu dinero, tu título ni cualquier tipo de relación contigo. En lo que a mí respecta, mi padre está muerto. Murió cuando se marchó hace treinta y cuatro años.

Erhall se estremeció mientras yo me ponía de pie, y mi altura arrojó una sombra sobre su figura encorvada. Asentí con la cabeza.

—Que tenga un buen día, señor presidente.

Bridget y yo estábamos a punto de salir por la puerta cuando dijo:

—Los matrimonios concertados no son solo cosa de la realeza, señor Larsen. La gente se veía obligada a contraer matrimonios sin amor desde mucho antes de que naciera su alteza.

Hice una pausa y miré hacia atrás, con los ojos clavados en los de Erhall. Vislumbré otro destello de arrepentimiento, pero no era suficiente. No por lo que le hizo a Deidre, ni por lo que me hizo a mí. No había excusa para la forma en la que había manejado la situación.

En lugar de responder, acorté la distancia que quedaba hasta la salida y le dejé allí, balbuceando y solo en aquel despacho enorme y frío.

Bridget esperó a que entráramos en el ascensor, lejos de los oídos y ojos indiscretos de la asistente de Erhall, antes de hablar.

—Deberíamos ganarnos la vida dando discursos —dijo—. Haríamos un gran negocio.

Una carcajada me retumbó en la garganta. Me había quitado un gran peso de encima, y mi risa fluyó con más libertad.

—No sé yo. No soy el típico tío que da discursos.

—Lo has hecho muy bien ahí dentro. —Bridget me apretó el brazo, y el gesto transmitió más

de lo que podrían las palabras. Un destello de picardía le iluminó los ojos—. Pensaba que le iba a estallar una arteria. Imagínate si hubiéramos mencionado también a Andreas.

Andreas se había empeñado en que Erhall no descubriera nunca la verdad sobre él. Tenía mucho más que perder que cualquiera de nosotros si salía a la luz la verdad sobre su parentesco, y yo no tenía ningún problema en mantener el secreto, en parte porque respetaba su decisión y en parte porque así le mantenía a raya. Aunque no quisiera la corona, seguía vigilándole de cerca. Lo hacía con cualquiera que supusiera una amenaza para Bridget.

—Así que hemos ganado la primera batalla —dije cuando el ascensor se detuvo en la planta baja del edificio del Parlamento—. ¿Qué es lo siguiente?

La picardía de Bridget dio paso a la determinación.

—Lo siguiente es ganar la guerra.

—Dalo por hecho.

Le tendí la mano y ella la agarró; su palma pequeña y suave se acomodó perfectamente en la mía, más grande y áspera.

Las puertas se abrieron y salimos en medio de un frenesí de cámaras y periodistas que nos gritaban preguntas.

Salir de las sombras y ocupar el centro de atención.

Nunca esperé el reconocimiento mundial, pero hablaba en serio cuando dije que seguiría a Bridget a cualquier parte, incluso hacia una tormenta de medios de comunicación.

¿Estás preparado, señor Larsen?

Nací preparado, princesa.

Bridget y yo mantuvimos las manos agarradas mientras atravesábamos la tormenta.

Una batalla ganada, una guerra por ganar.

Menos mal que era, y siempre seré, un soldado para la reina.

48

Bridget

El mes siguiente empecé a hacer campaña para convencer, o amenazar, a suficientes ministros para que votaran sí a la derogación. Algunos fueron fáciles de persuadir, otros no tanto. Pero después de un centenar de llamadas telefónicas, once charlas en persona, veintitrés entrevistas con los medios de comunicación e innumerables apariciones públicas (tanto programadas como «espontáneas») de Rhys y mías, finalmente llegó el gran día.

Rhys y yo estábamos sentados en mi *suite* , viendo la votación en la televisión. Yo canalizaba el estrés con dos paquetes de Oreo mientras él estaba sentado a mi lado, con el rostro impasible, pero con el cuerpo vibrando con la misma energía inquieta que me corría por las venas.

El recuento de votos hasta el momento era de: noventa a favor, treinta en contra y dos abstenciones, y aún quedaban cuarenta y ocho personas por votar. Necesitábamos ciento treinta y cinco votos a favor para la derogación. Tenía buena pinta, pero no iba a vender la piel del oso antes de cazarlo.

—Lady Jensen. —La voz agria de Erhall resonó por la sala de paneles de caoba en la pantalla.

—Sí.

—Lord Orskov.

—Sí.

Le apreté la mano a Rhys, con el corazón a mil por hora. Había puesto a Orskov en la columna de quizás , así que su voto era una gran victoria.

—La van a aprobar. —La tranquilidad de Rhys me calmó los nervios—. Y si no lo hacen, tenemos un plan B.

—¿Cuál?

—Quemar el Parlamento.

Me eché a reír.

—¿Cómo se supone que eso va a ayudar?

—No lo sé, pero me quedaría muy a gusto.

Otra risa, otro respiro a los nervios.

Cincuenta y siete menos. Cincuenta y seis. Cincuenta y cinco.

La votación continuó hasta que solo quedaban dos ministros y nos faltaba un sí para la

derogación. Si alguno de ellos votaba que sí, éramos libres.

Apreté la mano de Rhys de nuevo mientras Erhall llamaba al siguiente ministro.

—Lord Koppel.

—No.

Me desinflé mientras Rhys soltaba una retahíla de insultos. No esperaba que Koppel votara a favor, pero de todos modos fue decepcionante.

Empecé a notar cómo el arrepentimiento me subía por la garganta. Debería haber chantajeado a Koppel. Había tratado de no salirme de los límites legales en mi campaña, y no amenazar abiertamente a ninguno de los ministros, excepto a Erhall, pero quizás había calculado mal. No sería la primera persona en la historia a la que su conciencia le ha jugado una mala pasada.

Has hecho lo correcto.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Me incorporé y miré alrededor de mi *suite* , pero solo estábamos Rhys y yo. Sin embargo, habría jurado que acababa de oír una suave voz femenina susurrándome... Una voz que se parecía sospechosamente a la de mi madre, según los viejos vídeos que había visto de ella.

Esto me pasa por quedarme despierta hasta tarde. La noche anterior estaba demasiado nerviosa como para conciliar el sueño, y ahora claramente estaba delirando de cansancio.

En la pantalla, a Erhall se le dibujó en la cara una sonrisa de satisfacción, y me di cuenta de que estaba rezando para que la derogación fracasara. Había presentado la moción, como había prometido, pero su regocijo había sido visible cada vez que alguien votaba en contra.

—Lady Dahl.

Me mordí el labio inferior.

Dahl era la última ministra que quedaba. Tenía uno de los criterios de votación más impredecibles del Parlamento, y podía ir en cualquier dirección. Ninguna de las llamadas que le había hecho había logrado nada más que un cortés «Gracias, alteza. Me lo pensaré».

La energía inquieta que emanaba de Rhys se triplicó hasta ser casi audible en el denso silencio de mi *suite* . Las Oreo me chapoteaban en el estómago y deseé no haberme dado ese atracón de azúcar en tan poco tiempo.

Dahl abrió la boca y yo cerré los ojos con fuerza, incapaz de ver el momento que cambiaría mi vida, para bien o para mal.

Por favor, por favor, por favor...

—Sí.

Sí. Mi cerebro tardó un poco en procesar esa palabra.

Cuando lo hizo, abrí los ojos a tiempo de ver a un Erhall de aspecto irritado decir:

—Con un recuento final de ciento treinta y cinco votos a favor, cuarenta votos en contra y cinco abstenciones, el Parlamento declara oficialmente derogada la Ley de Matrimonios Reales de 1723. La Cámara...

No escuché el resto de su discurso. Estaba demasiado emocionada, con la piel acelerada por

un cosquilleo eléctrico y la cabeza me daba vueltas de incredulidad. Mi mirada aturdida se encontró con la de Rhys.

—¿Ha ocurrido de verdad?

Arrugó los ojos con una pequeña sonrisa.

—Sí, princesa, así es.

Se le llenó el rostro de alivio y de un orgullo feroz.

—Lo hemos logrado. —No era capaz de procesarlo. La ley había sido la pesadilla de mi existencia desde que me convertí en princesa heredera, y ahora había desaparecido. Podía casarme con quien quisiera sin renunciar al trono. Podía casarme con *Rhys* .

De pronto comprendí la magnitud de lo que había pasado.

—¡Lo hemos logrado! —chillé, y me lancé a los brazos de Rhys, que sonreía con fuerza. Todo se volvió borroso y me di cuenta de que estaba llorando, pero no me importó.

Tantos meses de agonía por la ley, tantos madrugones y noches de trabajo y conversaciones que me daban ganas de tirarme de los pelos... Todo había valido la pena, porque *lo habíamos logrado* .

Estoy orgullosa de ti, cariño. La suave voz femenina regresó y se me formó un nudo de emoción en la garganta.

No importaba si la voz era real o fruto de mi imaginación. Lo único que importaba era que estaba ahí, más cerca que nunca.

Gracias, mamá. Yo también estoy orgullosa de mí.

Rhys, mi abuelo y Nikolai me habían asegurado que era capaz de hacer mi trabajo como reina, pero no les había creído hasta ahora. Mi primera victoria real en el Parlamento. Esperaba que mi relación con los ministros fuera más cooperativa que combativa, pero no era tan ingenua como para pensar que todo iría sobre ruedas. Aún quedaban muchas batallas cuesta arriba, pero si había ganado una vez, podría volver a hacerlo.

Rhys se sumergió en mi boca con un beso profundo y tierno.

—Lo has logrado tú . Yo solo te he acompañado en el camino.

—No es verdad. —Me acurruqué cerca de él, tan eufórica que me habría caído al suelo si no me hubiera agarrado de la cintura con los brazos—. Tú también has participado en todo.

Entrevistas, reuniones, apariciones públicas. Todo.

Un profundo sonido retumbó en el pecho de Rhys.

—Parece que estás atrapada conmigo, princesa. —Me rozó la espalda con los nudillos—. Deberías haberlo pensado antes.

—¿Ah, sí? —Adopté una expresión pensativa—. Siempre puedo romper contigo y salir con otra persona. Hay un actor de cine que siempre me ha... —Volví a chillar cuando se levantó y me cargó encima del hombro.

—Rhys, bájame. —Me dolían las mejillas de sonreír—. Tengo llamadas que responder. —Agité la mano señalando mi teléfono, que llevaba vibrando con nuevos mensajes y llamadas

desde que había terminado la votación.

—Eso luego. —La palma de Rhys aterrizó en mi trasero con un fuerte azote, y pegué un grito mientras el calor me abrasaba por el impacto—. Tengo que darte una lección respecto a ese tipo de bromas. Especialmente las que son sobre otros hombres.

¿Estaba mal que se me humedecieran las bragas cuando su voz se convirtió en un gruñido posesivo? Tal vez. Pero no me importó que abriera la puerta de mi habitación de una patada y me tirara en la cama.

—¿Qué clase de lección? —Ya estaba tan mojada que mis muslos estaban pegajosos de la excitación, y la oscura sonrisa de Rhys me hacía mojarme cada vez más.

—Ponte a cuatro patas —dijo ignorando mi pregunta—. Y mirando a la pared.

Obedecí, y se me salió el corazón por la boca cuando la cama se hundió bajo el peso de Rhys. Me levantó la falda con una mano y me bajó las bragas con la otra con un movimiento tan enérgico que escuché el inconfundible desgarro de la seda.

Tenía que reservar un presupuesto mensual para reponer toda la ropa interior que había roto, pero no me quejaba.

—Luego celebramos la votación. —Rhys arrastró el dedo a través de mi humedad y sobre mi clítoris hipersensible, y se me escapó de la boca un pequeño gemido—. Pero, por ahora, vamos a ver si te crees tan graciosa cuando haya terminado contigo.

Esa fue la última advertencia que recibí antes de que una fuerte embestida retumbara en la habitación, y una descarga de dolor mezclada con placer me estallara en la piel.

Bajé la cabeza justo a tiempo de amortiguar mi grito con la almohada antes de que otra explosión de sensaciones se uniera a la primera.

Tenía razón. Podíamos celebrar la votación más tarde. Por ahora necesitábamos aliviar toda la tensión y la ansiedad del último mes y...

Ahogué un jadeo cuando Rhys me penetró desde atrás, y pronto todos los pensamientos se desvanecieron, y solo quedó la felicidad de su contacto y la plenitud de mi corazón.

49

Bridget

Nos pasamos el resto del día y de la noche en mi habitación, y solo salimos para comer, pero a la mañana siguiente nos dimos de bruces con la realidad y me obligué a salir de los brazos de Rhys.

Por mucho que estuviera disfrutando de nuestra victoria, todavía me quedaba una cuestión que abordar. Había esperado hasta después de la votación porque no podía permitirme ni una distracción hasta ese momento, pero ya era hora de enfrentarme a ello de una vez por todas.

Rhys se quedó en el dormitorio mientras yo esperaba a mi visita en el salón.

Escuché unos golpecitos en la puerta antes de que Mikaela asomara la cabeza.

—¿Querías verme?

—Sí. Por favor, siéntate.

Pasó y se dejó caer en el asiento frente a mí.

—Me moría por hablar contigo, pero ayer no respondiste a mis llamadas. Supuse que estarías... ocupada, pero, Dios mío, ¡la votación! ¡Hay que celebrarla! Es geni...

—¿Por qué filtraste las fotos a la prensa? —Me salté los preliminares y fui directa al grano. No soportaba las charlas vacías mientras había una nube negra sobrevolando por encima.

Mi tono de voz era neutro, pero tenía las uñas tan clavadas en el cojín del sofá que dejaron pequeñas marcas.

No había querido creer a Rhys cuando me lo contó. Una parte de mí aún esperaba que se hubiera equivocado. Pero la cara pálida y los ojos de pánico de Mikaela me confirmaron todo lo que necesitaba saber.

Era verdad.

La traición me apuñaló con afiladas garras y atravesó mi calma hasta ese momento fría.

No tenía muchos amigos en Eldorra. Tenía conocidos y gente que me hacía la pelota por mi título, pero no amigos de verdad. Mikaela había sido la única constante a mi lado, y había confiado en ella.

—Yo... No sé de qué estás hablando —dijo Mikaela, evitando el contacto visual.

—La antigua empresa de Rhys rastreó las fotos hasta *tu* dirección IP. —Al parecer, Christian, el antiguo jefe de Rhys, era un genio de la informática, y Rhys le había pedido que le ayudara a

descubrir la identidad del filtrador. Hacía semanas que sabía que Mikaela podía ser la culpable, y había tenido que fingir que no pasaba nada hasta enfrentarme a ella.

Si lo de la realeza no funcionaba, podría tener una carrera alternativa como actriz.

Mikaela abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Pensé que te estaba ayudando —dijo débilmente—. Me dijo que te ayudaría.

—Lo sé.

Las garras de la traición se me clavaron más profundo.

Christian había encontrado algunos... mensajes interesantes al investigar la correspondencia de Mikaela con el *Daily Tea* , y me habían dejado tan sorprendida como el descubrimiento de que Mikaela era técnicamente la filtradora.

El hecho de que no hubiera sido idea de Mikaela no disminuyó el escozor. Tendría que haberlo evitado.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante. —No aparté los ojos de Mikaela, que parecía querer hundirse en el sofá y no volver a levantarse nunca.

Elin entró, elegante e impecable con su traje blanco de Escada y sus tacones de cinco centímetros. Recorrió a Mikaela con la mirada antes de detenerse en mí.

—Ha pedido verme, alteza.

—Sí. Estábamos hablando de las fotos filtradas de Rhys y de mí. —Finalmente aparté la vista de mi amiga (examiga) y me enfrenté a la fría mirada azul de Elin—. ¿Sabes algo de eso?

Elin no era tonta. Se dio cuenta de mi insinuación de inmediato, pero, a su favor, hay que decir que no fingió ignorancia ni puso excusas.

—Lo hice para ayudarle, alteza —dijo después de solo un segundo.

—¿Filtrando fotos privadas mías? ¿Cómo se supone que me ayuda eso?

—No eran fotos privadas. —En su voz había un atisbo de irritación—. Eran fotos absolutamente inocentes dispuestas de forma sugerente. Nunca habría filtrado imágenes verdaderamente incriminatorias. Pero si no lo hubiera hecho, usted y el señor Larsen habrían seguido con sus imprudencias y habría salido a la luz algo más escandaloso. Solo era cuestión de tiempo. No crea que no me di cuenta de lo que ustedes dos trataban de ocultar delante de mis narices. No he mantenido tanto tiempo este cargo siendo una inconsciente.

Maldita sea. Debería haberme dado cuenta de que Elin se enteraría de nuestra relación.

Tenía razón. *Sí* que habíamos sido imprudentes, demasiado inmersos en nuestra fase de luna de miel como para tomar las precauciones habituales. Pero eso no significaba que estuviera bien lo que había hecho.

—¿Y el vídeo?

Por fin le había contado a Rhys lo del vídeo de la boda de Nikolai unas semanas atrás. Le molestó que lo hubiera mantenido en secreto durante tanto tiempo, pero como no había salido nada a la luz, se tranquilizó después de..., bueno, cinco días. Sin embargo, también le pidió a

Christian que investigara quién lo había enviado, y cuando supe que Elin también estaba detrás del vídeo, casi me caigo redonda.

Las sorpresas no dejaban de llegar.

Los ojos de Mikaela rebotaban entre Elin y yo.

—¿Qué vídeo?

La ignoramos, demasiado encerradas en nuestro duelo de miradas.

—Es un delito poner cámaras en una residencia privada —dije—. Especialmente en una residencia privada real .

—El príncipe Nikolai sabía lo de las cámaras. —Elin ni siquiera parpadeó—. El jefe de seguridad le convenció para que instalara una cámara oculta de vigilancia mientras la casa estaba de reformas. Demasiados obreros entrando y saliendo. Fue una medida de precaución.

Hice una pausa, absorbiendo la información, antes de decir:

—El chantaje también es ilegal.

—No le he chantajeado, ni lo haría nunca. —Las cejas de Elin se fruncieron con fuerza—. Le envié el vídeo con la esperanza de que le hiciera romper su relación con el señor Larsen. Como no lo hizo, tuve que filtrar las imágenes.

—No tenías que hacer nada. Podrías haber hablado conmigo primero —dije con frialdad—. Para ser la secretaria de Comunicaciones, no eres muy buena comunicadora.

—No habría cambiado nada. Es usted muy tozuda, alteza. Me habría dicho que iba a romper la relación y habría vuelto con él. Tuve que forzarlo un poco. Además, el reportero del *Daily Tea* al que le enviamos las fotos ya había estado husmeando, esperando encontrar algo sucio. Seguridad lo encontró invadiendo los terrenos del palacio. Ese fue especialmente insistente, casi como si tuviera algo personal. —Elin ladeó la cabeza—. Hans Nielsen, antes era del *National Express* . ¿Le suena?

Vaya que si me sonaba. Hans era el *paparazzo* cuya cámara Rhys había hecho trizas en el cementerio el año anterior. Al parecer, había ascendido en su carrera y le guardaba rencor.

Me remonté a unas semanas atrás, cuando Rhys me dijo que sospechaba que alguien había husmeado en la casa de huéspedes mientras él vivía allí. Apostaba a que había sido Hans, teniendo en cuenta que había ocurrido antes de que nos pillaran juntos a Rhys y a mí y de que Elin contratase a un fotógrafo para que nos siguiera.

Sin embargo, no le dije a Elin nada de eso.

—En cualquier caso, las fotos le satisficieron y evitaron que siguiera indagando —dijo Elin cuando no respondí—. Debo decir que, visto en perspectiva, su rueda de prensa estuvo inspirada, y usted y el señor Larsen la supieron gestionar. La votación de ayer fue una gran victoria, así que aquí no ha pasado nada.

Era curioso que ahora dijera que la rueda de prensa estuvo inspirada, después del escándalo que montó en su momento.

—¿Cómo que aquí no ha pasado nada? —repetí—. ¡Elin, conspiraste a mis espaldas,

provocaste un escándalo y metiste a Mikaela en el plan!

Mikaela, que había estado observando el duelo con los ojos como platos, bajó la cabeza.

—Necesitaba un intermediario. No podía dejar que las fotos me delataran. —Elin dejó escapar un profundo suspiro—. Sinceramente, alteza, todo salió bien. Alimenté a la prensa con un escándalo menor para que no tropezaran con uno mayor. Estaba protegiendo a la familia real. Ese ha sido siempre mi objetivo número uno.

—Puede ser. —Me puse firme—. Y aprecio tu servicio a la familia durante estos años, pero me temo que es hora de que nos separemos.

Mikaela chilló mientras el color se desvanecía en la cara de Elin.

—¿Me está despidiendo ? No puede despedirme. Su majestad...

—Él me ha dado la potestad para hacer cualquier cambio de personal que crea conveniente —concluí. Me presioné las manos contra los muslos para dejar de temblar. Elin era una de las empleadas más veteranas de la Casa Real, y siempre me había dado un poco de miedo. Pero aunque era excelente en la parte externa de su trabajo, yo necesitaba a alguien que trabajara a mi lado , no a alguien que conspirara a mis espaldas y tratara de dictar mis acciones—. Te pasaste de la raya y perdiste nuestra confianza. La mía *y* la del rey.

Elin se mantenía aferrada al teléfono, con los nudillos más blancos que su traje. Por fin, dijo:

—Como quiera. Tendré mi escritorio recogido para el fin de semana. —Le tembló un músculo debajo del ojo, pero, aparte de eso, no mostró ninguna emoción—. ¿Algo más, alteza?

Eficiente hasta el final.

—No —dije con una sensación extrañamente melancólica. Elin y yo nunca habíamos tenido confianza, pero era el fin de una era—. Puedes retirarte.

Me dirigió un tenso movimiento de cabeza y se marchó. No le gustaba el dramatismo y me conocía lo suficiente como para saber cuándo me proponía algo.

—Tú también —le dije a Mikaela.

—Bridget, te juro que...

—Necesito pensar bien las cosas. —Tal vez podría perdonarla algún día, pero su traición aún estaba fresca y nada de lo que dijera ahora aliviaría el dolor—. No sé cuánto tiempo me llevará, pero necesito tiempo.

—Lo entiendo. —Le tembló la barbilla—. De verdad , yo solo intentaba ayudar. Elin fue muy convincente. No la creí al principio cuando dijo que Rhys y tú teníais algo. Pero luego pensé en la forma en que os mirabais, y en aquella vez que tardasteis tanto en abrir la puerta de vuestra oficina... Todo tenía sentido. Me dijo que te podías meter en un problemón si...

—Mikaela, por favor. —Me presioné las sienes con los dedos. Me dolían casi tanto como el corazón. Quizás la antigua Bridget habría pasado por alto lo que hizo, pero ya no podía permitirme pasar nada por alto. Necesitaba gente alrededor en la que poder confiar—. Ahora mismo no.

Mikaela tragó saliva, con las pecas contrastadas en la palidez de su piel, pero se marchó sin

intentar poner más excusas.

Exhalé un profundo suspiro. La conversación había sido breve, pero más dura de lo que esperaba, incluso después de semanas de preparación mental.

Suponía que nadie nunca estaba del todo preparado para despedir a una de sus empleadas más veteranas y a una de sus amigas más antiguas en tan solo media hora.

Oí que Rhys se acercaba por detrás de mí. No habló. Se limitó a pasarme las palmas de las manos por los hombros y a masajearme los músculos con los pulgares.

—Esperaba que te equivocaras. —Me quedé mirando donde se había sentado Mikaela, con el escozor de la traición aún persistente en la piel.

—Princesa, nunca me equivoco.

Solté una media risa, rompiendo parte de la tensión.

—Se me ocurren algunos casos en los que sí te has equivocado.

—¿Sí? ¿Como cuándo? —me desafió Rhys, con un destello de diversión.

Agravé la voz para imitarlo:

—«Uno, no me involucro en la vida personal de mis clientes. Estoy aquí para salvaguardar tu integridad física. Punto. No estoy aquí para ser tu amigo, ni tu confidente, ni ninguna otra cosa. Esto asegura que mi competencia no se vea comprometida.» —Recuperé mi voz habitual—: ¿Qué tal te ha funcionado eso, señor Larsen?

Dejó de masajearme los hombros y me rodeó la garganta con una mano. Se me aceleró el pulso cuando bajó la cabeza hasta que sus labios me rozaron la oreja.

—¿Ya estamos con burlas? ¿Necesitas ya una lección de repaso, alteza?

La tensión se rompió un poco más.

—Puede. A lo mejor tú deberías repasar tus capacidades de enseñanza, señor Larsen —dije, siguiéndole el juego—. Las clases deberían durar más de un par de horas.

Se me escapó otra carcajada cuando Rhys me levantó y me dio la vuelta para colocarme frente a él, y le rodeé el cuello y la cintura con los brazos y las piernas.

—En cuanto te vi supe que ibas a darme problemas. —Me apretó el culo, con fuerza, pero su mirada gris como el acero era suave mientras me examinaba—. Has hecho lo que tenías que hacer, princesa.

A pesar de la forma de decirla, su breve frase me reconfortó más de lo que podría hacerlo un discurso entero de otra persona.

—Lo sé. —Apoyé la frente en la suya, con la tensión en el pecho—. Pero aquí hay muy pocas personas a las que puedo recurrir, y acabo de perder a dos de ellas en un solo día.

Demasiadas cosas estaban cambiando demasiado rápido. Algunas eran buenas, otras me ponían de los nervios. En cualquier caso, apenas era capaz de seguir el ritmo.

—Me tienes a mí.

—Lo sé —repetí, más suave esta vez.

—Bien. Y para que conste... —Los labios de Rhys esbozaron una pequeña sonrisa—. Nunca

he estado más feliz de estar equivocado. Qué gilipollez lo de no me involucro en la vida personal . No quiero eso. Quiero estar en tu mente, en tu corazón y en tu puta alma, igual que tú estás en la mía. Tú y yo, princesa...

—... contra el mundo —terminé. La opresión de mi pecho ya no tenía nada que ver con Elin y Mikaela.

—Así es. Nunca estás sola, princesa —me susurró junto a la boca—. Recuérdalo.

Rhys y yo aún no habíamos celebrado oficialmente la victoria de ayer, pero, mientras me besaba, me di cuenta de que no necesitábamos champán y fuegos artificiales. Siempre habíamos estado mejor a solas, sin necesidad de pompa y circunstancia, y la mejor celebración era estar juntos sin tener que escondernos.

Sin pudor ni culpa, sin votaciones decisivas ni conversaciones con examigas o exempleadas colgando sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles.

Solo nosotros.

Eso era lo único que necesitábamos.

50

Rhys

—No te puedes sentar al lado de la reina si no sabes qué tenedor utilizar. Vas a ponerte en evidencia en un acto oficial. —Andreas se cruzó de brazos—. ¿No has mirado el esquema que te envié?

—Son-todos-tenedores —mascullé—. Cumplen la misma función.

—Me gustaría verte intentando comer un filete con un tenedor de ostras.

En la sien me palpitó un dolor sordo. Llevábamos una hora repasando el protocolo de la cena y estaba a un segundo de apuñalar a Andreas con uno de sus queridos tenedores.

La semana anterior, tras la votación parlamentaria, se había mudado oficialmente del palacio a su casa, y estábamos revisando los cubiertos en su cocina.

Le había pedido que me ayudara a aclimatarme al estilo de vida de la realeza. Protocolo diplomático, quién es quién en la sociedad de Eldorra, etc.

Ya me había arrepentido, y ni siquiera habíamos terminado la primera lección.

Antes de que pudiera responder, sonó el timbre de la puerta, salvando a Andreas de ser asesinado con sus cubiertos.

—Estúdiate el esquema —dijo antes de abrir la puerta.

La sien me volvió a palpitar. Tendría que haberles pedido ayuda a los empleados del palacio en vez de a él. Eran autómatas sin gracia, pero al menos no me daban ganas de asesinarlos cada cinco minutos.

Escuché voces ahogadas, seguidas de pisadas.

—¿Rhys?

Levanté la mirada y vi a Bridget en la puerta con Booth. No estaba seguro de quién estaba más sorprendido, si ella o yo.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos al mismo tiempo.

—Parece que ahora soy el más popular de la familia. —Andreas se colocó junto a Bridget—. Qué irónico.

Ella se acercó a mí y me dio un beso rápido antes de fulminar a Andreas con la mirada.

—No eres el más popular en ningún sitio que no sea tu propia cabeza.

No me molesté en reprimir la sonrisa. La Bridget sarcástica era una de mis favoritas.

Andreas levantó una ceja.

—¿Te importa explicar a qué has venido, alteza? Supuse que estarías demasiado ocupada para visitarme a mí.

Buena pregunta. Se supone que Bridget estaba en una reunión para organizar la ceremonia de coronación.

—Mi reunión ha terminado pronto, así que he pensado en venir a darte las gracias. No he tenido la oportunidad de decirlo antes, pero aprecio que hayas ayudado a Rhys con Erhall. —Le salió algo forzado. La relación de Bridget con Andreas se había calmado un poco desde que descubrió que su primo había intentado ayudarla a su manera, pero nunca serían mejores amigos. Eran demasiado diferentes y tenían demasiada historia.

Andreas esbozó una sonrisa retorcida.

—No seas gilipollas —le advertí.

—¿Yo? Nunca —dijo antes de volverse hacia Bridget—. Aprecio la gratitud, querida prima. ¿Eso significa que me debes un favor en el futuro?

Ella entornó los ojos.

—No te pases.

Andreas se encogió de hombros.

—Valía la pena intentarlo. Ya que estás aquí, tal vez tú puedas explicarle a tu novio la disposición de los cubiertos. Hice un esquema perfecto, pero, por desgracia, no es suficiente.

La confusión de Bridget se transformó en risa cuando le expliqué la situación, sin dejar de mirar a Andreas.

—No conoce los tenedores —dijo Andreas cuando terminé—. Estoy tratando de civilizarle. Imagínate usar un tenedor de ensalada para comer pasta —bufó con desdén.

—Los conozco lo suficiente como para apuñalarte con uno de ellos —dije.

Booth resopló desde la puerta.

—La violencia es otra cosa en la que tenemos que trabajar. —Andreas apuró el *whisky* y lo dejó sobre la encimera—. Ahora sales con una princesa. No puedes ir por ahí apuñalando a la gente.

—Creo que la gente lo entenderá cuando descubra a quién apuñalo.

Bridget se rio.

—Pasa de él —me dijo—. Yo te ayudo. —Se volvió hacia Booth—. Estoy bien aquí. Rhys se queda conmigo. ¿No había un partido de fútbol que querías ver?

Fútbol europeo, no fútbol americano. Era una de las mil pequeñas cosas a las que me había tenido que acostumbrar.

A Booth se le iluminó la cara.

—Si no le importa, alteza.

Como se hacía tarde y Andreas no tenía nada más que leche y huevos, pedimos comida mientras Booth veía el partido en la sala de estar y Bridget y Andreas se peleaban por enseñarme

a usar los cubiertos. Al final le cogí el tranquillo y pasamos a los rangos de nobleza. No era difícil de recordar. Después de la familia real, los duques y las duquesas ocupaban los primeros puestos, seguidos de los marqueses, los condes y los barones. Eldorra tenía una jerarquía similar a la de Gran Bretaña.

—Al final resulta que sí que puedes ser un buen príncipe consorte después de todo. —Andreas se limpió la boca con una servilleta y miró el reloj—. Si me disculpas, tengo que llamar a un viejo amigo de Oxford. No te cargues la cocina mientras no estoy.

—Me alegro de oírlo. Ya sabes que vivo para complacerte —dije con un tono inexpresivo.

—Lo sé. —Me dio una palmada en el hombro al salir, y mi nivel de irritación subió un par de puntos.

No podía creer que compartiera el ADN con semejante tipo.

Cuando me volví hacia Bridget, intentó reprimir una sonrisa sin éxito.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú y Andreas. Discutís igual que Nik y yo. —Su sonrisa se amplió ante mi cara de incomprensión—. Discutís como hermanos.

«Hermanos.»

No me había dado cuenta hasta ese momento. Sabía que Andreas era mi hermano, pero es que era mi hermano de verdad. Y aunque fuera un plasta, era un hermano auténtico, al que veía a menudo. No parábamos de discutir, pero quizás eso era lo que hacían los hermanos, como había dicho Bridget.

Y no lo sabía. Había estado solo toda mi vida... hasta ahora.

El estómago se me revolvió con una sensación muy extraña.

—Todavía no confío plenamente en él —dije. El cinismo estaba metido en mi ADN, y aunque Andreas no había hecho nada turbio desde la conversación en la que hablamos de que éramos hermanos, solo habían pasado dos meses.

—Yo tampoco, pero de momento seamos optimistas. Además, será bueno para ti tener un hermano aquí. Aunque me gustaría que fuera menos...

—¿Menos como Andreas?

Bridget se rio.

—Eso.

—Mmm. Ya veremos.

La atraje hacia mí y le di un beso en la frente. A lo lejos se oía el partido de fútbol de Booth en la sala de estar, y la isla de la cocina estaba llena de envases de comida junto al vaso de *whisky* vacío de Andreas y el esquema arrugado que me había dibujado.

No parecía una reunión de la realeza. Parecía una noche de miércoles normal en casa.

Y mientras Bridget me rodeaba la cintura con los brazos y Andreas volvía refunfuñando por el retraso de su viaje de soltero a Santorini, identifiqué por fin la extraña sensación que me embargaba.

Era la sensación de tener una familia.

51

Rhys

Tres meses después

—¡Rhys! —Luciana me dedicó una enorme sonrisa—. ¿Cómo estás? —Miró a Bridget con un destello en los ojos y a continuación preguntó en tono burlón—: ¿Es tu novia?

Me reí y entrelacé los dedos con los de Bridget.

—Sí, es mi novia.

—¡Lo sabía! —dijo Luciana con alegría—. Por fin. Venid, venid. Tengo comida para ustedes.

Nos condujo a la misma mesa en la que nos habíamos sentado en nuestro último viaje a Costa Rica. No podía creer que hubiera sido solo un año antes. Había cambiado tanto desde entonces.

Joder, todo había cambiado mucho en los últimos tres meses. Por fin Bridget y yo podíamos disfrutar de estar juntos , incluso mientras ella estaba más inmersa en los preparativos de su coronación y yo me acostumbraba a la fama poco a poco. No disfrutaba de la atención, pero me sentía más cómodo con ella, por lo menos.

—Ha sido una buena idea. —Bridget suspiró de felicidad cuando Luciana nos trajo un festín de arroz con carne—. Necesitaba vacaciones.

Sonreí.

—Siempre tengo buenas ideas.

Bridget no quería irse de viaje hasta después de su coronación, pero me di cuenta de que se estaba hundiendo bajo el peso del estrés. Necesitaba una escapada para reponerse. Además, yo tenía una boca muy persuasiva, especialmente cuando la utilizaba para otros fines que no fueran hablar.

Eran nuestras primeras vacaciones como pareja oficial, y había elegido Costa Rica no solo por motivos sentimentales, sino porque nadie en la ciudad sabía o le importaba que Bridget fuera una princesa. Incluso después de la reciente cobertura de la prensa, la trataban como a cualquier otra persona: con cariño y amabilidad, a veces inquisitivos, pero nunca indiscretos.

—Cinco días en el paraíso —dije—. Nadando, tomando el sol, follando...

—Rhys.

—¿Qué, no te gusta el plan?

—Baja la voz —siseó, con la cara del mismo color que el tomate del plato—. Te van a escuchar.

—Nadie me escucha.

Habíamos viajado solos. Sin Booth, sin séquito. Me costó mucho convencerlos, pero finalmente la Casa Real había aceptado mi plan. Yo seguía cualificado para custodiar a Bridget, incluso aunque ya no fuera un empleado oficial.

Desde que dejé de trabajar para Christian, había aceptado algunos trabajos de consultoría de seguridad por cuenta propia. No necesitaba el dinero (Seguridad Harper me había pagado muy bien y yo no era un gran derrochador), pero me habría vuelto loco de aburrimiento si no hubiera tenido algo en lo que ocupar mis días.

—Eso no lo sabes. —Bridget se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, y la piel ya le brillaba por el sol. No llevaba maquillaje ni ropa elegante, y aun así seguía siendo la chica más guapa que había visto en mi vida—. Alguien podría estar escuchando.

—Confía en mí. Lo sé. —Las personas más cercanas a nosotros estaban sentadas a tres mesas de distancia, con los ojos pegados a un partido de fútbol de la televisión—. Incluso si lo son, no hay nada malo en follar...

—Rhys.

Me reí, pero dejé de intentar provocarla, no fuera que le explotara la cara de vergüenza. Nunca dejaba de sorprenderme lo remilgada que era Bridget en público en comparación con lo salvaje que era en la cama. Eso hacía que nuestro sexo fuera aún más excitante, al saber que podía ver un lado de ella que nadie más conocía.

Después de comer, paseamos un poco por el pueblo antes de convencerla de volver a la villa.

No podía esperar mucho más.

—Tengo una sorpresa para ti —le dije mientras subíamos la colina. No pude resistirme a soltar una indirecta, y hablar me permitió distraerme del nudo de nervios que tenía en el estómago.

No estaba acostumbrado a estar nervioso.

Bridget se animó.

—Me encantan las sorpresas. ¿Qué es?

Mantuve una mano agarrada al volante y entrelacé la otra mano a la suya.

—Si te lo dijera no sería una sorpresa.

—Me gustan las sorpresas para las que estoy preparada —dijo ella—. ¡Solo una pista!

Sacudí la cabeza con una sonrisa. Últimamente sonreía mucho más.

Algo había cambiado en los últimos meses. La nube oscura y pesada que me había acompañado toda la vida se había disipado. Todavía volvía de vez en cuando, pero los días soleados eran ahora la norma, no las tormentas.

Era... extraño. La oscuridad había sido un escudo protector y, sin ella, me sentía desnudo.

Indefenso, algo que nunca había querido sentir. Pero en momentos como este, cuando estaba a solas con Bridget, no necesitaba ninguna coraza. De cualquier forma, ella ya las había roto todas.

—Ya estamos. —Aparqué frente a la villa—. Sorpresa.

Bridget miró despacio a su alrededor.

—Vale... —Me dirigió una mirada confusa—. Odio decirte esto, pero ya hemos estado aquí, ¿te acuerdas? Cuando hemos dejado el equipaje esta mañana. ¿Número cuatro de la lista de deseos?

—Créeme, eso no se me va a olvidar nunca. —Torcí la boca ante el rubor que le subió por las mejillas—. Pero esa no es la sorpresa. Esto sí. —Le mostré un juego de llaves—. He comprado la casa.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Mi amigo estaba pensando en venderla de todos modos. Él y su familia se van a mudar al sur. Así que la compré. —Me encogí de hombros.

Podíamos alojarnos en los hoteles más bonitos del mundo, pero yo quería un lugar que nos perteneciera.

—Rhys, no puedes... —Los ojos de Bridget se dirigieron a la villa—. ¿De verdad?

—Sí. —Sonreí ampliamente cuando ella chilló de una manera indudablemente poco refinada y salió del coche de un salto.

—¡Y vendremos todos los años! —gritó mientras me miraba—. ¡Y necesitaremos más hamacas!

La seguí adentro, con una carcajada retumbando en mi pecho mientras visitaba todas las habitaciones como si fueran viejas amigas.

Me encantaba verla así, salvaje y despreocupada, con la guardia baja y el rostro iluminado por una sonrisa. Una de verdad .

—Me encanta este lugar. —Abrió la puerta de cristal de la terraza y suspiró al ver la piscina —. La perfección.

—¿Por qué crees que la he comprado?

Un brillo burlón iluminó sus ojos.

—Rhys, ¿eres un romántico secreto?

—No lo sé. —Rebusqué en el bolsillo y saqué una cajita de terciopelo mientras se multiplicaban los nervios dentro de mi estómago. Bridget ahogó un grito, pero por lo demás todo quedó en silencio: el viento, los pájaros, el rugido del Pacífico en la distancia. Era como si el mundo entero contuviera la respiración, esperando a ver qué ocurría a continuación—. Dímelo tú.

Abrí la caja, revelando el brillante anillo de diamantes que llevaba dos meses esperando al fondo del cajón de mi cómoda. Había querido esperar al momento perfecto. Ahora había llegado,

y me sentí como cuando tenía dieciocho años y fui por primera vez a un entrenamiento de la Marina, decidido pero muy asustado por cómo se desarrollaría el siguiente capítulo de mi vida.

La proposición era inevitable. Yo lo sabía, Bridget lo sabía, el mundo lo sabía. Pero que algo fuera inevitable no significaba que no fuera importante, y este era el momento más importante de mi vida.

—No soy el mejor con el lenguaje pomposo, así que lo haré simple. —Joder, ¿me estaba temblando la voz? Esperaba que no—. Nunca he creído en el amor. Nunca lo he buscado. No le veía ningún valor práctico y, para ser sincero, me iba bien sin él. Entonces fue cuando te conocí. Tu sonrisa, tu fuerza, tu inteligencia y tu empatía. Incluso tu rebeldía y tu terquedad. Llenaste una parte de mi alma que siempre pensé que estaría vacía, y curaste cicatrices que no sabía que existían. Y me di cuenta de que... no es que antes no creyera en el amor. Es que lo estaba guardando todo para ti.

Un medio sollozo brotó a través de la mano con la que Bridget se tapaba la boca.

Cogí aire profundamente.

—Bridget, ¿quieres casarte conmigo?

No había terminado de formular la pregunta cuando Bridget ya me estaba rodeando con sus brazos mientras me besaba.

—*Sí* . ¡Sí, sí, mil veces *sí* !

Sí. Una palabra de solo dos letras que me llenó tanto que estuve seguro de que no volvería a tener hambre.

Le deslicé el anillo en el dedo. Encajaba a la perfección.

—Ya no hay vuelta atrás —dije con voz seria, esperando que no se diera cuenta de cómo me temblaba la voz—. Ahora sí que estás atrapada conmigo.

Bridget dejó escapar otro sollozo, mitad llanto, mitad risa.

—No querría que fuera de ninguna otra forma, señor Larsen. —Entrelazó los dedos alrededor de los míos—. Tú y yo.

Una punzada profunda y agradable se me extendió por el pecho, calentándome más que el sol de la tarde.

No sabía qué había hecho para merecerla, pero estaba aquí, era mía, y nunca la dejaría ir.

—Tú y yo. —Le acaricié la cara y le rocé sus labios con los míos—. Para siempre.

Epílogo

Rhys

Seis meses después

—¿Jura solemnemente gobernar el reino de Eldorra acorde a sus respectivas leyes y costumbres?

—Lo juro solemnemente. —Bridget se sentó en el trono de la coronación, con el rostro pálido, pero la mano firme sobre el *Libro del Rey* , mientras prestaba juramento oficial. Su abuelo estaba a su lado, con un semblante solemne pero orgulloso, y en la catedral había tanto silencio que podía sentir en la piel el peso de la ceremonia.

Después de meses de planificación, por fin había llegado el gran día. En unos minutos, Bridget sería coronada reina de Eldorra, y yo, como su prometido, sería el futuro príncipe consorte.

No era algo con lo que hubiera soñado o que hubiera deseado tener, pero estaba dispuesto a seguir a Bridget a donde fuera, desde el pueblo más pequeño y mísero hasta la iglesia más grande. Mientras estuviera con ella, era feliz.

Yo estaba con Nikolai, Sabrina, Andreas y el resto de los Von Ascheberg en la primera fila, la más cercana a la coronación. La ceremonia se celebraba en la enorme catedral de Athenberg, repleta de miles de invitados de alto nivel. Jefes de Estado, miembros de la realeza de otros países, famosos, multimillonarios, todos estaban allí.

Apreté las manos, deseando que el arzobispo espabilara. No había hablado con Bridget en todo el día, y me moría de ganas de que llegara el baile de coronación para poder estar a solas.

—¿Hará con su poder que se ejecuten la ley y la justicia, en la misericordia, en todos sus juicios? —preguntó el arzobispo.

—Sí, lo haré.

El orgullo se apoderó de mí al escuchar la voz fuerte y clara de Bridget.

Completó el juramento, y el silencio inundó toda la catedral cuando el arzobispo levantó la corona de la cabeza de Edvard y la colocó sobre la suya.

—Su majestad la reina Bridget de Eldorra —declaró el arzobispo—. ¡Larga vida a su reinado!

—¡Larga vida a su reinado! —repetí las palabras junto con el resto de los invitados, con un nudo en la garganta. A mi lado, Nikolai agachaba la cabeza, con el rostro iluminado por la emoción; junto a Bridget, Edvard se mantenía erguido, con los ojos sospechosamente brillantes.

El arzobispo leyó unos versos del *Libro del Rey* y por fin dio por concluida la ceremonia.

Eldorra tenía un nuevo monarca, y era una mujer por primera vez en más de un siglo.

Empezó a sentirse un rumor bajo y eléctrico que reemplazó al silencio. Se elevó por el aire del salón y se me posó en la piel cuando Bridget se dirigió a la procesión de salida; a juzgar por la forma en la que el resto de los invitados empezaron a moverse y murmurar, no fui el único que lo sintió.

Era la sensación de ser testigo de cómo se hacía historia.

Llamé la atención de Bridget durante la procesión y le lancé una sonrisa fugaz y un guiño. Ella esbozó otra sonrisa que disimuló enseguida, y yo contuve la risa ante su expresión excesivamente seria mientras salía de la iglesia.

—Ha sido la ceremonia más larga de la historia. —Andreas bostezó—. Me alegro de no haber sido yo quien ha tenido que sentarse ahí arriba.

—Pues entonces menos mal que nunca vas a sentarte ahí arriba. —Mi relación con Andreas se había convertido en algo parecido a una auténtica amistad con el paso de los meses, pero su personalidad aún dejaba mucho que desear.

Se encogió de hombros.

—*C'est la vie* . Prefiero que Bridget cargue con el peso de la nación mientras yo vivo como un príncipe sin ninguna de las responsabilidades.

Nikolai y yo intercambiamos miradas y negamos con la cabeza. Así como Andreas y yo nunca perdíamos la oportunidad de lanzar una pulla al otro, con Nikolai la relación era mucho más fácil. Era otro hermano, aunque no de sangre, sino por matrimonio, y al menos la mitad de las veces no quería asesinarle.

Tras la procesión formal de salida, condujeron a los invitados al exterior de la catedral, y yo enseguida llegué al salón de baile del palacio, donde esperé con impaciencia la llegada de Bridget.

Solo unas cien personas habían sido invitadas al baile de la coronación, en comparación con los miles que habían asistido a la ceremonia, pero me seguían pareciendo demasiadas. Todo el mundo quería estrecharme la mano y saludarme, y yo los complacía con pocas ganas mientras no le quitaba ojo a la puerta. Al menos las lecciones con Andreas me resultaron útiles: me acordé de los títulos de todos y los saludé en consecuencia.

Se me aceleró el pulso cuando el anuncio del sargento de armas resonó finalmente en el salón de baile.

—Su majestad la reina Bridget de Eldorra.

Empezó a sonar una música triunfal, las puertas se abrieron y Bridget entró. Llevaba un vestido más ligero que el ornamentado que se había puesto para la ceremonia, y había sustituido su corona por una tiara más sencilla.

Saludó a la multitud con su sonrisa protocolaria, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, atisbé una pizca de picardía.

Me excusé de la conversación con el primer ministro de Suecia y me abrí paso entre la

muchedumbre. Por primera vez, no fue necesaria mi altura ni mi complexión: todo el mundo se apartó al verme pasar.

Las ventajas de ser el futuro príncipe consorte, supuse.

Cuando llegué hasta Bridget, tenía a media docena de personas luchando por su atención.

—Majestad. —Extendí la mano, cortando a una mujer que hablaba sin parar, entusiasmada con su vestido. La multitud se quedó en silencio—. ¿Me concede este baile?

Una sonrisa asomó en las comisuras de la boca de Bridget.

—Por supuesto. Señoras, señores, si me disculpan.

Me cogió la mano y nos alejamos con seis pares de ojos clavados en nosotros.

Bridget esperó a que estuviéramos fuera del alcance de sus oídos antes de decir:

—Gracias a Dios. Como tenga que oír un solo halago más de lady Featherton sobre mi vestido, me hago el harakiri con los pinchos de la tiara.

—Mejor no, ¿vale? Me gustas mucho viva. —Le apoyé la mano en la parte baja de la espalda mientras la guiaba a través del salón de baile—. Así que, eres oficialmente reina. ¿Qué se siente?

—Surrealista, pero también... bien. —Sacudió la cabeza—. No sé cómo explicarlo.

—Lo entiendo.

Era verdad. Yo sentía algo muy similar. No era a mí a quien habían coronado, por supuesto, pero habíamos esperado y planeado aquello durante tanto tiempo que era extraño que ya hubiera pasado la ceremonia. También habíamos tenido tiempo de acostumbrarnos a la idea de que Bridget fuera la reina y, ahora que lo era, nos parecía bien.

Siempre acabamos donde nos lleva el destino.

—Sé que lo entiendes. —A Bridget le brillaron los ojos de emoción antes de que hiciera una mueca—. Aunque no veo el momento de quitarme este vestido. No es tan horrible como el de la coronación, pero te juro que pesa varios kilos.

—No te preocupes. Te lo arrancaré más tarde. —Bajé la cabeza y susurré—: Nunca me he follado a una reina.

Se me escapó una pequeña carcajada ante el profundo rubor que se extendió por la cara y el cuello de Bridget.

—¿Tengo que dejar de llamarte princesa ahora? —pregunté—. Reina no suena tan bien.

Ella entornó los ojos.

—Ni se te ocurra. Por decreto real no puedes dejar nunca de llamarme princesa .

—Pensé que lo odiabas.

La hice girar y esperó a estar de nuevo en mis brazos antes de decir:

—Igual que tú odias que te llame señor Larsen.

Antes lo odiaba. Ya no.

—Era una broma. —Le rocé la frente con los labios—. Siempre serás mi princesa.

A Bridget le brillaron aún más los ojos.

—Señor Larsen, como me haga llorar en mi propio baile de coronación nunca se lo perdonaré.

Sonreí ampliamente y la besé, sin importarme si la demostración pública de afecto iba en contra del protocolo.

—Entonces es bueno que tenga el resto de nuestra vida para compensarte.

Bridget

Tres meses después de mi coronación, Rhys y yo volvimos a la catedral de Athenberg para celebrar nuestra boda.

Fue tan grandiosa y lujosa como cabría esperar de una boda real, pero trabajé con Freja, la nueva secretaria de Comunicaciones, para que la recepción fuera lo más íntima posible. Como reina, no podía celebrar una fiesta solo para amigos y familiares por razones diplomáticas, pero redujimos la lista de invitados de dos mil a doscientos. Lo consideré una gran victoria.

—Qué envidia —dijo Nikolai—. Solo tienes que saludar a doscientas personas. A mí casi se me caen las manos en mi recepción.

Me reí.

—Pero sobreviviste.

Nos quedamos cerca de la mesa de postres mientras el resto de los invitados comían, bebían y bailaban. La ceremonia de la boda en sí había transcurrido sin problemas y, por mucho que me gustara ver a mis amigas y a mi familia desatarse, estaba contando los minutos que faltaban para quedarme a solas con Rhys, que en ese momento estaba hablando con Christian y algunos de sus amigos de la Marina.

No esperaba que vinieran sus compañeros del ejército, ya que llevaba mucho tiempo sin hablar con ellos, pero no había faltado ni uno.

Todas las preocupaciones que tenía por el reencuentro parecían haberse esfumado. Rhys no paraba de sonreír como si estuviera completamente en paz.

—No sé yo —bromeó Nikolai antes de que se le desvaneciera la sonrisa—. Me alegro de que las cosas os hayan salido bien a Rhys y a ti —añadió suavemente—. Os lo merecéis. Cuando abdiqué, no pensé... Nunca quise echarte encima ese tipo de presión. Y cuando me di cuenta de lo que significaba... A lo que tendrías que renunciar...

—Tranquilo. —Le apreté la mano—. Hiciste lo que tenías que hacer. Fue un disgusto cuando me lo dijiste, pero todo se ha solucionado, y disfruto de ser reina... la mayor parte del tiempo. Especialmente ahora que Erhall ya no es el presidente.

Erhall había perdido su escaño por medio punto. Mentiría si dijera que la noticia no me había producido un inmenso placer.

Sin embargo, me preocupaba que Nikolai estuviera molesto o celoso por la derogación. ¿Le angustiaría que me quedara con Rhys y además conservara la corona? Pero no había hecho más

que apoyarme, y había admitido que disfrutaba de su nueva vida más de lo que esperaba. Creo que una parte de él sentía auténtico alivio.

Nikolai había crecido pensando que quería el trono porque *no* le quedaba otra opción y, ahora que se había liberado de esas expectativas, estaba cada vez mejor. Mientras tanto, yo había asumido el trono y me había crecido en el cargo.

Qué irónico era el curso de los acontecimientos.

—Sí, era un poco sapo, ¿no? —Nikolai sonrió y miró detrás de mí—. Ah, parece que se me ha acabado el tiempo. Luego hablamos. Tengo que rescatar a Sabrina antes de que el abuelo la obligue a llamar al bebé Sigmund en honor a su tío abuelo segundo. —Hizo una pausa dubitativa —. ¿Eres feliz, Bridget?

Volví a apretarle la mano, con un nudo en la garganta donde se me atascaron todas las emociones.

—Sí.

¿Sentía a veces que llevaba el peso del mundo sobre los hombros? Sí. ¿Me enfadaba, me frustraba y me estresaba? Sí. Pero le ocurría lo mismo a mucha gente. Lo importante era que ya no me sentía atrapada. Había aprendido a dominar las circunstancias, en lugar de dejar que me dominaran, y tenía a Rhys a mi lado. Daba igual lo horrible que fuera el día, podía volver a casa con alguien a quien amaba y que me correspondía, y esa era la clave que marcaba la diferencia.

Nikolai debió de notar la sinceridad de mi voz, porque relajó la expresión.

—Bien. Eso era lo único que quería saber. —Me dio un beso en la mejilla antes de dirigirse a Sabrina, embarazada de cinco meses. Estaba sentada con nuestro abuelo, que ya dedicaba su etapa de rey emérito a preocuparse por su futuro bisnieto, mientras trataba de encontrar alguna afición para ocupar el tiempo.

Edvard había obligado a Rhys a enseñarle a dibujar durante unas semanas, antes de que quedara claro que sus talentos no residían en el ámbito artístico. Desde entonces se había pasado al tiro con arco, y habíamos tenido que añadir un salario extra de peligrosidad para los empleados que le acompañaban.

Me giré para ver qué había hecho que Nikolai se marchara, y sonreí cuando vi que Rhys se acercaba.

—Cuánto tiempo —bromeé. Solo habíamos bailado una vez antes de que nos entretuvieran amigos y familiares.

—No me lo recuerdes. Mi propia boda, y apenas veo a mi mujer —refunfuñó, pero relajó la expresión cuando me atrajo hacia sus brazos—. Deberíamos habernos fugado.

—Puede que la Casa Real hubiera dicho algo al respecto.

—Que le follen a la Casa Real.

Solté una carcajada.

—Rhys, no puedes decir eso. Ahora eres el príncipe consorte. —El título de rey consorte no existía en Eldorra, así que aunque yo fuera la reina, él era el príncipe consorte.

—Lo que significa que tengo aún más derecho a decirlo que antes. —Rhys me acarició la mandíbula con los labios, y se me erizó la piel de los brazos—. Hablando de príncipe consorte..., ¿qué beneficios conlleva el cargo?

—Eh... —Intenté pensar entre la neblina de mi cabeza mientras él me acariciaba la nuca—. Una corona, una habitación muy bonita en el palacio, beneficios médicos...

—Coñazo. Coñazo. Aún más coñazo.

Me reí.

—¿Qué quieres, entonces?

Rhys levantó la cabeza, con los ojos brillantes.

—Quiero ponerte a...

—Hola, chicos, siento mucho interrumpir. —Ava se acercó a nosotros. Estaba preciosa con su vestido de dama de honor verde menta, pero traía cara de preocupación—. ¿Habéis visto a Jules y Josh? No los veo por ninguna parte.

—Tiene miedo de que se hayan asesinado —añadió Alex, acercándose a ella.

Ava puso los ojos en blanco.

—Estás exagerando.

—No te creas. Antes he visto a Jules con un cuchillo.

—Espero que no. Mala prensa si hay un asesinato en mi boda —bromeé—. Pero no, no los he visto. Lo siento.

Aun así, recorrí el salón con la mirada por si acaso.

Booth, a quien había insistido para que asistiera como invitado en lugar de como escolta, estaba sumido en una profunda conversación con su esposa y Emma, que había llegado hacía unos días para ponerse al día antes de la boda. Al parecer, se había encariñado más de lo esperado de *Flor* y de la mala leche de *Cuero* , y había adoptado a ambos del refugio. Yo estaba encantada, sobre todo cuando Emma prometió enviarme fotos y vídeos de ellos a menudo.

Steffan estaba bailando con Malin. Le había llamado después de mi rueda de prensa para disculparme por no haberle avisado, pero no le había molestado en absoluto. Dijo que le había dado valor para enfrentarse a su padre y, teniendo en cuenta que iba a asistir con Malin al evento más importante del año, esperaba que saliera bien.

Christian estaba entre las sombras, charlando con Andreas, pero sus ojos se desviaron hacia algo, o más bien alguien , en la pista de baile. Seguí su mirada y me estremecí al ver a Stella.

Esto no es bueno. O puede que estuviera sacando conclusiones precipitadas de la situación.

Incluso Mikaela estaba presente, pasando el rato con algunos de nuestros viejos amigos del colegio. La había invitado como ofrenda de paz, aunque aún tardaría en volver a confiar en ella.

Casi todas las personas importantes de mi vida estaban allí..., excepto Jules y Josh.

—Yo tampoco los he visto —dijo Rhys.

Ava suspiró.

—Gracias. Solo quería comprobarlo. Perdón por molestaros, y ¡felicidades de nuevo! —

Arrastró a Alex, probablemente para buscar a su hermano y a Jules, aunque parecía que Alex habría preferido cortarse un brazo.

—Pues nada, nos han cortado el rollo —dijo Rhys—. Ni siquiera podemos mantener una conversación sin que nos interrumpan.

—Tal vez deberíamos esperar hasta después de la recepción, porque eso va a seguir ocurriendo. Ya veo a Freja viniendo hacia aquí. A menos que... —bajé la voz, mientras se me encendía por dentro una chispa de picardía— nos escondamos.

Nos miramos fijamente durante un momento antes de que se le dibujara en la cara una sonrisa lenta.

—Me gusta cómo piensas, princesa.

Rhys se marchó primero, escabulléndose con el pretexto de ir al baño, y yo le seguí poco después. No podíamos desaparecer durante mucho tiempo, pero podíamos intentar robar unos minutos para nosotros.

—¡Majestad! —me llamó Freja cuando pasé por delante de ella—. ¿Adónde va? Tenemos que hablar de...

—Al baño. Ahora vuelvo. —Aceleré el paso y contuve la risa hasta llegar al pequeño salón donde Rhys me esperaba.

—Es como si volviéramos a vernos a escondidas. —Cerré la puerta tras de mí, con el corazón acelerado por la doble emoción de estar por fin a solas con él y de hacer algo que no debíamos hacer.

—Como en los viejos tiempos —dijo. Las luces estaban apagadas, pero la luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, lo suficiente para que pudiera vislumbrar las curvas talladas de su rostro y el tierno calor de sus ojos.

—Entonces, cuéntame. —Le rodeé el cuello con los brazos—. ¿Era aquí donde esperabas acabar de pequeño? ¿Escondido en un salón real con tu mujer la noche de tu boda?

—No exactamente. —Rhys me pasó el pulgar por el labio inferior—. Pero alguien me dijo una vez que siempre acabamos donde nos lleva el destino, y es aquí donde estoy destinado a estar. Contigo.

Ya no había mariposas. Una bandada entera de pájaros alzó el vuelo en mi estómago, salieron disparados hacia las nubes y me llevaron con ellos.

—Señor Larsen, creo que al final sí que vas a ser un romántico secreto.

—No se lo digas a nadie. —Me cogió el culo y lo apretó—. O tendré que darte otro azote.

Ahogué una carcajada justo antes de que hundiera la boca en la mía, y todo lo demás (Freja, la recepción, los cientos de personas reunidas en el salón de baile unos cuantos metros más abajo) dejó de existir.

El secuestro, el chantaje, las traiciones... El camino que habíamos hecho hasta donde estábamos en ese momento era de todo menos convencional. Yo no era una princesa de cuento, ni Rhys el príncipe encantador.

Tampoco quería que lo fuéramos.

Porque aunque lo que teníamos no fuera un cuento de hadas clásico, ni de lejos, era nuestro. Y era para siempre.

Contacta con Ana Huang

¡Únete a mi grupo de lectoras de Facebook, Ana Huang's Star Squad, para enterarte de las últimas noticias y hablar de libros, Netflix y mucho más!

https://www.facebook.com/groups/anasstarsquad

También puedes encontrar a Ana en:

Página web:

https://www.anahuang.com

BookBub:

https://www.bookbub.com/profile/ana-huang

Instagram:

https://www.instagram.com/authoranahuang

Goodreads:

https://www.goodreads.com/anahuang

Agradecimientos

¡Gracias por leer la historia de Bridget y Rhys!

Esta pareja ha acaparado toda mi atención durante meses y, ahora que ya han salido al mundo, ¡espero que os hayan cautivado igual que a mí!

Quiero agradecer especialmente a las personas que han hecho realidad este libro:

A mis lectoras alfa y beta: Brittney, Brittany (con a), Yaneli, Sarah, Rebecca, Aishah y Allisyn, por vuestros comentarios tan constructivos. Me habéis ayudado a que la historia brille y estoy muy agradecida por vuestra sinceridad y atención a los detalles.

A mi asistente, Amber, por no dejar que me volviera loca y siempre estar ahí cuando necesitaba una segunda opinión. ¿Qué haría yo sin ti?

A mi editora, Amy Briggs, y a mi correctora, Krista Burdine, por trabajar conmigo a lo largo de un eterno proceso de cambios de última hora y plazos ajustados. ¡Sois las mejores!

A Quirah, de Temptation Creations, por la increíble cubierta, y a los equipos de Give Me Books y Wildfire Marketing, por hacer que el día del lanzamiento fuera un sueño.

¡Y un enorme GRACIAS a todas las lectoras y blogueras que habéis expresado tanto amor hacia esta saga! Me emocionan todas las reseñas, dibujos y mensajes que me mandáis. Os merecéis el mundo.

Besos,

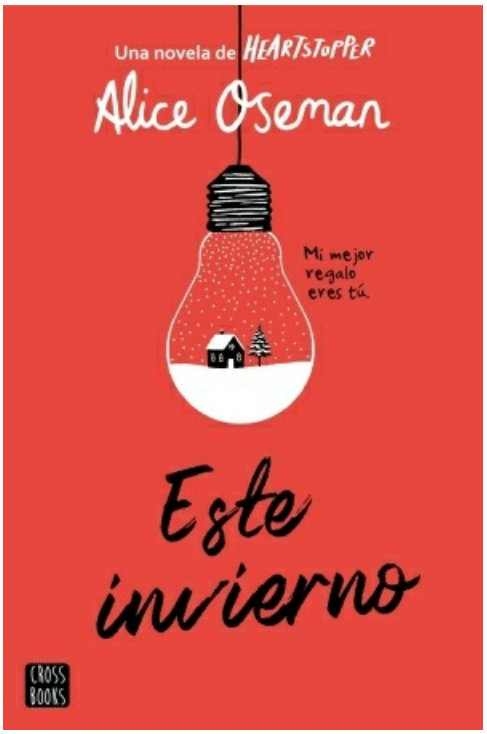
Ana

Twisted Games
Ana Huang
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Título original: *Twisted Games.*
© del texto: Ana Huang, 2021
© de la traducción: Julia V. Sánchez, 2023
Cubierta de E. James Designs
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-27008-9
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Este invierno

Oseman, Alice

9788408270355

192 Páginas

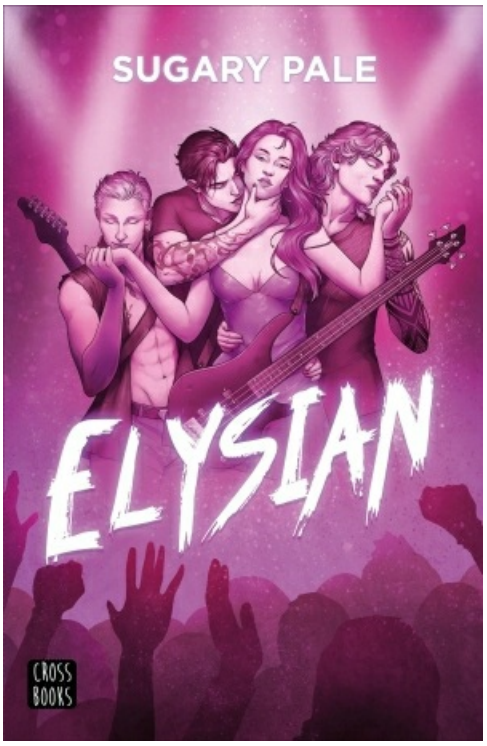
Cómpralo y empieza a leer

La novela que te cuenta más de los personajes de HEARTSTOPPER.

Estas Navidades no van a ser fáciles para Charlie. Es la primera vez que se enfrenta a una celebración tras salir del hospital. Su ingreso y que sea el único miembro de su familia abiertamente gay no ayudará a darle lo que más desea: tranquilidad y pasar inadvertido. Las cosas quizá no salgan como Charlie espera, pero, pase lo que pase, sabe que siempre podrá refugiarse en Nick, a su lado, en el sofá, mientras espera a que la tormenta a su alrededor se calme.

¡Con ilustraciones de Alice Oseman!

Cómpralo y empieza a leer



Elysian

Sugary Pale

9788408270249

512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tres no son multitud. Una manera de evitar las tentaciones… es caer en ellas.

Peach está dispuesta a todo para ser bajista de Elysian, incluso acatar las exigentes normas que los miembros del grupo de rock le han impuesto. Mudarse con ellos parece la más difícil de todas, pero vivir con tres chicos tan sexys hará que se salte la regla más importante: no tener sexo con sus compañeros.

Será difícil resistirse al ardiente Drew, no derretirse con el protector Zac y evitar sucumbir al frío Jax, la tentación más peligrosa de todas.

Cómpralo y empieza a leer



Punk 57

Douglas, Penelope

9788408262138

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Eran perfectos el uno para el otro hasta que se conocieron. La novela que ha arrasado en Tik Tok.

MISHA

Mi profesora creyó que Ryen era un chico, la suya que Misha era nombre de chica y las dos, completamente equivocadas, nos juntaron para ser amigos por correspondencia. A nosotros no nos costó mucho darnos cuenta del error, pero antes ya habíamos discutido sobre cualquier tema posible: ¿la mejor pizza de la ciudad? ¿iPhone o Android? ¿Es Eminem el mejor rapero de todos los tiempos?

Y ese fue el principio de todo. Esos fuimos nosotros los siguientes siete años.

Ella siempre escribía en papel negro con boli plateado. No lo hacía con regularidad: a veces me llegaba una a la semana. Otras, tres en un día. Daba igual. Las necesitaba. Ella es la única que me mantiene centrado, que me habla y que acepta todo aquello que soy. Solo tenemos tres reglas. Sin redes sociales, sin teléfono, sin fotos. Teníamos algo bueno. ¿Por qué arruinarlo?

Hasta que un día, encuentro la foto de una chica llamada Ryen, que ama la pizza de Gallo's y adora su iPhone. ¿Demasiada casualidad? Joder. Necesito conocerla. Solo espero no acabar odiándola.

RYEN

No me ha escrito en tres meses. Algo pasa. ¿Se habrá muerto? ¿Estará en la cárcel? Conociendo a Misha, cualquier opción es posible. Sin él, me estoy volviendo loca. Necesito saber que alguien me escucha. Y es mi culpa, debí pedirle su número de teléfono, o una foto. Algo. Puede que se haya ido para siempre. O puede que esté delante de mis narices y no ni siquiera saberlo.

Cómpralo y empieza a leer



El Reino del Puente

L. Jensen, Danielle

9788408270263

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y si te enamoraras de la persona que juraste destruir?

El fantasy romántico de la autora que ha seducido a Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout.

Lara, una princesa guerrera que ha sido duramente entrenada en soledad, ha crecido con dos convicciones indiscutibles: la primera es que el Rey Aren es su enemigo; y la segunda, que será ella quien lo ponga de rodillas.

El Reino del Puente aprovecha su enclave privilegiado para enriquecerse y oprimir a sus rivales, incluyendo la patria de Lara. Así que, cuando es entregada para cerrar un acuerdo matrimonial para conseguir la paz, está preparada para hacer todo lo que haga falta para desgastar desde dentro las defensas del Reino... y derribar las de su rey.

Sin embargo, a medida que se infiltra en su nuevo hogar y va descubriendo los intereses que se mueven en este juego, empieza a preguntarse si realmente ella es la heroína de esta historia, o es la villana.

Pero cuando descubra que sus sentimientos por Aren están transformándose, Lara deberá elegir qué reino va a salvar... y cuál va a destruir.

«No esperes a comprar este libro. ¡Corre!» Jennifer L. Armentrout

Cómpralo y empieza a leer



No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 2)

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este verano no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano signifi caba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría volver a ser como antes. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar…

Cómpralo y empieza a leer